

buscándote a ti

JENNIFER PROBST

PLAZA  JANÉS

JENNIFER PROBST

BUSCÁNDOTE
A TI

Traducción de
Ana Isabel Domínguez Palomo y
M^a del Mar Rodríguez Barrena

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Escribo historias de amor y romanticismo,
pero en mis libros siempre encontrarás amistades verdaderas.
Sin mi grupo de amigas que me acompaña desde el instituto,
no sería la misma persona.*

*Tal vez ya no nos veamos tanto como antes,
pero cuando lo hacemos, el tiempo y la distancia no existen.*

*Jodi Prada, Lisa Hamel Soldano, Marlaine Scotto, Colleen LaPierre,
Kimberly Cornman, Nancy Chaudhry,
gracias por estar siempre ahí.*

*En aquellas madrugadas jugando al póquer,
en los hombres buenos y los malos,
en las crisis familiares y los desengaños amorosos,
y en algunos de los momentos más divertidos de mi vida.*

Os adoro.

Las mujeres somos la caña.

Cada amigo representa un mundo dentro de nosotros, un mundo que tal vez no habría nacido si no lo hubiéramos conocido.

ANAIS NIN

Prólogo

Era oficial.

Aquella cita era un infierno.

Kate Seymour cogió la copa de vino, forzó una sonrisa alegre e intentó no mirar el trozo de queso que colgaba de la barbilla de su acompañante. Vale que era un poco torpe a la hora de relacionarse, pero eso no justificaba que no se diera cuenta de que tenía un trozo de queso en la cara.

Se dio una palmadita en la barbilla a modo de silenciosa plegaria para que él hiciera uso de la servilleta. Las mujeres usaban esa clase de gestos universales para avisar de que llevaban un trozo de papel higiénico en el zapato o de que se les veía la etiqueta de la camisa, pero ese tío no había leído el manual básico.

Llevaba todo el rato hablando de su empresa de marketing, que era un tema más o menos interesante, pero ¿cómo iba ella a centrarse en la conversación si era incapaz de dejar de mirar ese trozo de mozzarella?

—Mmm... Bradley... Tienes algo en... Mmm... Aquí, justo en...

Él se dio un golpe con la mano, como un oso tratando de atrapar un pez, y el queso cayó al plato.

—Gracias. Bueno, me alegra mucho que por fin nos hayamos conocido en persona. Me gustó hablar contigo por teléfono.

Kate, que a esas alturas había perdido el apetito, jugueteó con el salmón que tenía en el plato y asintió con la cabeza.

—A mí también. Soy empresaria, así que siempre me ha interesado el tema de las relaciones públicas y la mejor manera de publicitar una marca. ¿Qué

tipo de ser-ser-servicios ofrece tu empresa?

Dichoso tartamudeo. Siempre se presentaba cuando estaba nerviosa y quería quedar bien. Claro que a su acompañante no parecía interesarle su considerada pregunta. De hecho, estaba más interesado en el camarero, al que regaló una deslumbrante sonrisa y un respetuoso silencio cuando se presentó de repente para limpiar el desastre de la mesa.

Bradley atacó los espaguetis y sorbió a través de los dientes, con un siseo, los largos fideos serpenteantes. Cuando por fin logró tragar, alzó la vista. Su cara reflejaba una expresión rara.

—Bueno, no trabajo exactamente en ese departamento. Pero pronto lo haré, y sé más que la mayoría de los empleados.

Ja. Antes había insinuado que dirigía un departamento. Qué raro.

—Pero me dijiste que te dedicabas a las relaciones públicas, ¿no? ¿En qué departamento estás?

—Soy portero.

Kate parpadeó.

—Ah. ¡Vaya! Seguro que conoces a un montón de gente interesante.

Tenía los labios manchados de salsa. Kate mantuvo la vista fija un poco a la izquierda.

—Sí, me pareció que lo mejor era empezar desde abajo e ir escalando puestos.

Aquello todavía podía funcionar. Admiraba a los hombres con ambición. Había exagerado un poco la descripción de su trabajo, desde luego, pero tal vez le había dado vergüenza decírselo por teléfono. No pensaba criticarlo. Le importaba muy poco qué empleo tuviera un hombre siempre y cuando le gustara su trabajo. No tenía mal aspecto, era un hombre normal, como le gustaban a ella. Pelo corto y oscuro, ojos marrones, cara redonda. Le sobraban unos kilos, pero eso era algo habitual en un mundo lleno de comida basura y gratificación instantánea. Kate detestaba a los hombres guapos y seductores que veían a las mujeres como un medio al servicio de su ego.

—Buena estrategia. Fuiste a la Universidad de Nueva York, ¿verdad? — preguntó—. Yo también me gradué allí, en Administración y Dirección de Empresas. ¿Qué estudiaste?

—Me matriculé durante un curso, pero no acabé porque tuve que cuidar de mi madre.

De repente, sintió que nacía en su interior la llama de la simpatía y de la esperanza. Un hombre que respetaba a su familia era clave para forjar una buena relación de pareja.

—Lo siento, ¿sigue enferma?

Bradley tenía las comisuras de los labios llenas de migas de pan. Sí, comer con él iba a ser un calvario, pero un hombre que ayudaba a su madre debía de ser una buena persona.

—Le diagnosticaron artritis. Le dije que me mudaría con ella para ayudarla. ¿Por qué tenía la impresión de que la historia era más larga?

—¿Sufre problemas de movilidad? Tengo entendido que hay casos extremos muy dolorosos.

Bradley hizo una pausa para beber agua, y esta se añadió a toda la comida que tenía en la cara.

—A veces le duelen los dedos, así que la ayudo a abrir los botes y esas cosas. Yo le hago compañía y ella hace la comida, limpia y demás. Es un buen acuerdo.

Aquello ya parecía el *Titanic*, pero Kate se esforzó para luchar contra el iceberg como si su vida dependiera de ello. Necesitaba con desesperación que Bradley fuera el hombre definitivo. El cien era un número de la suerte, ¿no? Cien citas dejaban claro que era una mujer paciente. Había esperado, había invertido su tiempo con prudencia y se había entregado al proceso. Puesto que era la exitosa dueña de la agencia de citas Kinnections, vivía y respiraba su negocio. Creía en él, joder. Y a esas alturas resultaba un poco raro que la jefa siguiera soltera y sin un hombre a la vista.

Flexionó los dedos y luchó contra el impulso de tocarlo. Si sintiera aunque

solo fuera una chispa entre ellos, aguantaría su empleo y a su madre. El don que le permitía sentir la energía que unía a dos personas destinadas a estar juntas era también una maldición. ¿Cuántas veces había percibido la descarga eléctrica de una pareja formada por dos almas gemelas? ¿Cuántos hombres había cedido a otras mujeres, porque se había percatado de que su pareja ideal era la camarera o la empleada del servicio de atención al cliente o la dependiente de la tienda? Como casamentera la ayudaba mucho, pero en su vida personal era un martirio. Ese «toque» se transmitía de generación en generación entre las mujeres de su familia, pero ninguna lo había usado para lucrarse. Sin embargo, ella prefería la ciencia y la técnica para unir parejas en Kinnections, y se esforzaba para que el toque no interfiriera con sus planes empresariales. Lo usaba más bien para confirmar que habían unido a la pareja ideal una vez que las cosas empezaban a ir en serio. Claro que, de momento, no pensaba hablarle a Bradley ni a ninguna otra persona de su arma secreta.

Lo observó con atención desde el otro lado de la mesa y se negó a abandonar la esperanza. Bradley estaba destinado a ser su pareja, pero todavía no estaba preparada para tocarlo y confirmarlo.

La camarera se acercó a la mesa para dejar la cuenta en el centro con discreción. Kate contuvo el aliento, consciente de que esa era la prueba definitiva. Un hombre que pagaba en la primera cita tenía principios. Era una prueba fundamental para seguir o dejarlo. La emoción la asaltó de repente, y esperó ansiosa.

Bradley cogió la cuenta.

La embargó la alegría. Por fin. No se había equivocado. Sí, tendrían que pulir algunos aspectos, pero Kate estaba firmemente convencida.

Bradley ojeó la cuenta y sacó una calculadora de bolsillo. Con el corazón en un puño, lo vio teclear con rapidez.

—Ya está, como no es exacto, yo pagaré la cantidad más alta. Tú tienes que pagar cuarenta y tres dólares y yo, cuarenta y cuatro con sesenta y tres. He añadido una propina del quince por ciento. ¿Te parece bien?

Kate vio que el sueño de haber encontrado a su alma gemela se desvanecía más rápido que el cuerpo de la Bruja Mala del oeste, aunque en su caso no recibió unos zapatos de rubíes.

—Claro.

—Genial. ¿En efectivo o con tarjeta?

Kate introdujo la mano en su bolso de Coach y sacó la tarjeta de crédito.

—Aquí tienes.

—Gracias.

El camarero encargado de limpiar las mesas se acercó a ellos.

—¿Han acabado, señores?

Bradley asintió, mirando fijamente el ancho torso del muchacho y sus hombros musculosos, que rellenaban a la perfección el uniforme rojo y negro. Sintió que el pánico le atenazaba las entrañas al sentir que el aire se cargaba a su alrededor.

«No, no es posible.»

Pero debía confirmarlo.

El camarero cogió el plato, al tiempo que miraba a su acompañante de reojo con expresión seductora. Kate contuvo el aliento y le rozó la mano con el brazo al tiempo que sus dedos tocaban la mano de Bradley.

Sintió una leve descarga eléctrica que recorrió todo su cuerpo. Bradley sonrió al camarero con una expresión de deseo en la cara.

«Ah, mierda.»

Se había acabado.

Contuvo un suspiro y renunció a la cita número cien.

—Bradley, no tardo. Necesito ir al baño.

—De acuerdo.

Cogió su bolso y se dirigió al pasillo. Al cabo de unos minutos, el camarero pasó a su lado y ella lo aferró del brazo.

—Disculpa.

—¿Sí, señora?

Kate miró el nombre grabado en la placa.

—Gabe, lo siento, pero me preguntaba si podrías entregarle un mensaje a mi acompañante. No me encuentro bien y debo marcharme. Estoy segura de que a él le gustaría quedarse. ¿Te importaría invitarlo a tomar una copa durante tu descanso?

Gabe se puso colorado.

—¿No están juntos?

Kate sonrió.

—No, no soy su tipo. Estoy segura de que si te interesa, responderá afirmativamente.

Sus ojos oscuros se iluminaron al comprenderla y asintió.

—Me interesa.

—Gracias. Buena suerte. Saldré por la puerta trasera.

Salió del restaurante, dividida entre la desesperación por el aprieto en el que se encontraba y la alegría por haber forjado una pareja. Joder, su radar para detectar gays era un desastre.

Hacía una noche de marzo fría y desagradable en Verily. Kate respiró hondo, sin ganas de regresar a casa. Los comercios seguían abiertos los sábados a esa hora, y solo eran las ocho y media. Caminó por la acera acompañada por el repiqueteo de sus botas de tacón, disfrutando del ostentoso barrio que había crecido en el valle del Hudson, lleno de tiendas y cafeterías con un ambiente original y moderno. Los árboles que flanqueaban la calle estaban adornados con guirnaldas de luces blancas y se escuchaba la música procedente de Mugs, un bar de moda que cerraba a altas horas de la madrugada. La luna llena flotaba sobre el río, e iluminaba el puente Tappan Zee, que brillaba a lo lejos. Se abrió paso entre peatones que paseaban a sus perros y grupos de universitarios que no paraban de reírse, y dejó un dólar en el cubo de un chico que tocaba la guitarra y cantaba sobre corazones destrozados.

La embargó un sentimiento de soledad. Estaba muy cansada. ¿Cuándo le llegaría el turno a ella? ¿Cuándo sentiría por fin esa conexión con alguien? A menos que... jamás encontrara a nadie. Dolorida por las constantes desilusiones, se preguntó si quizá debería abandonar el sueño de encontrar pareja. Tal vez, solo tal vez, no todo el mundo estaba destinado a tener una pareja ideal. Tal vez, solo tal vez, ella estaba destinada a estar sola.

Luchó contra el repentino deseo de echarse a llorar y regodearse en la autocompasión. Había llegado al límite. Si organizaba una cita más y se llevaba otra decepción, no se veía capaz de recuperarse. A la mierda con el amor. Se compraría un libro nuevo, volvería a casa con Robert y se acurrucaría bajo una manta.

Se detuvo delante de la librería de segunda mano. Había llegado el momento de cambiar. No tendría ni una cita más; no perseguiría más el amor; se concentraría en su empresa, en sus amigos y en las cosas que la hacían feliz.

Con la cabeza bien alta tras haber tomado aquella firme decisión, entró en el establecimiento con el tintineo de la campanilla. La recibió un sinfín de olores conocidos. Cuero. Papel. Bolas de alcanfor. Perfección.

Recorrió la desgastada moqueta y se detuvo delante del mostrador ajado y arañado.

—Héctor, ¿tienes algo para mí?

El muchacho que atendía estaba delgado como un junco, tenía un montón de granos en la cara y llevaba el pelo de punta y de color morado. Héctor sonrió y negó con la cabeza.

—Kate, te estaba esperando. Hay una caja llena de libros de segunda mano en la trastienda. No he tenido tiempo de catalogarlos, así que a lo mejor no encuentras nada.

La atracción de lo desconocido le produjo un escalofrío. ¿Alguna vez se cansaría de abrir una nueva caja de libros y de rebuscar entre los tesoros?

—Tranquilo. ¿Te parece bien que les eche un vistazo?

Con un gesto, el adolescente la invitó a pasar dentro.

—Adelante. Me ahorrarás trabajo.

—Gracias. —Kate atravesó el pasillo vacío y entró en la trastienda.

El reducido espacio estaba abarrotado de cajas, archivadores y papeles, todo muy desordenado. Sin embargo, la caja que acababa de llegar estaba marcada, de manera que la apartó y la abrió con las manos en vez de usar el cúter. De todas formas, era incapaz de llevar una manicura perfecta.

Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo frío de hormigón y sacó los libros de uno en uno: una novela romántica, una biografía, un libro de dietas... Fue apartando los pocos que le llamaron la atención y en eso encontró uno genial sobre señales amorosas que parecía un tanto pasado de moda. Bueno, quizá aprendiera algo de la década de los ochenta. Podía ser útil. Lo añadió a los demás. Había otro libro interesante sobre cómo los hombres se relacionan con los perros. Desde luego, ese no podía dejarlo. Y justo después...

Tocó un volumen con tapas forradas de tela y lo sacó de la caja. Era de un intenso tono morado. *Libro de hechizos*. Un título sencillo. Pequeño, cuadrado, no parecía una novela, sino más bien un libro de instrucciones. Lo abrió y miró la primera página. Percibió una intensa vibración en la punta de los dedos. Sintió un hormigueo en las entrañas, como si hubiera visto a un hombre atractivo en lugar de un simple libro. La vibración aumentaba a medida que pasaba las páginas y ojeaba algo sobre un antiguo hechizo de amor y un canto a la Madre Tierra. Fascinante. Nunca había visto nada semejante. Ni siquiera aparecía el nombre del autor. ¿Cómo era posible?

Definitivamente, ese tenía que llevárselo. Tal vez a su clientela le hiciera gracia.

Lo dejó junto a la pila de los que había apartado. En ese momento una descarga eléctrica recorrió su cuerpo como si acabara de meter los dedos en un enchufe. Gritó y se apartó de un salto, sin dejar de mirar el libro de las cubiertas moradas. ¿Qué demonios era aquello? A lo mejor la tela de las tapas tenía electricidad estática o algo parecido. Pero, joder, dolía.

—¿Necesitas ayuda ahí atrás?

La voz de Héctor resonó en la trastienda. Kate negó, se puso de pie y devolvió la caja a su sitio. Con cuidado de no tocar el libro morado, cogió los que había decidido llevarse y volvió a la tienda.

—Ya tengo los que necesito. Me llevo seis. ¡Añádelos a mi cuenta, por favor!

—De acuerdo. Que disfrutes.

Un poco más animada gracias a sus recientes adquisiciones, se dirigió hacia el coche, dispuesta a pasar una típica noche de sábado con sus libros y su perro.

Adiós al número cien. Esa cita ya estaba anotada en el libro de los fracasos.

Pasaría mucho tiempo antes de que se viera con las fuerzas suficientes para pensar siquiera en el ciento uno.

—Me marcho.

Slade vio cómo su hermana arrastraba las enormes maletas con estampado de flores por el pasillo y las soltaba delante de la puerta principal. Sintió un extraño ataque de pánico, pero se quedó paralizado en el vestíbulo, observando la escena. Mierda, no. No estaba preparada para vivir sola; tenía que encontrar la manera de convencerla sin parecer un hermano obsesionado por el control. Habló con voz suave pero firme.

—Jane, no me parece buena idea. Sé que quieres tener tu propia casa, pero no creo que estés preparada. Además, me sentiré muy solo. Si esperas un poco, te ayudaré a encontrar un apartamento.

Jane se dio la vuelta a toda prisa, con los brazos en jarras y ese ceño fruncido que él conocía tan bien. Estaba claro: había vuelto a meter la pata.

—Antes de nada, un poco de respeto. Estoy preparada. Te agradezco que me hayas dejado vivir aquí, pero debería haberme mudado hace un año. Y el único motivo de que te sientas solo es tu negativa a estar con una mujer más de una noche.

Slade hizo una mueca. Siempre había sido muy discreto con las mujeres, no necesitaba que su hermana entablara amistad con ellas porque una relación duradera estaba destinada al fracaso desde el principio. Las estadísticas de divorcios bastaban para poner los pelos de punta.

La vio entrar en el salón, dirigirse a la estantería y coger unos cuantos libros de los estantes. Mierda, ¿era el nuevo libro de cocina de *The Chew*? Ni siquiera había echado un vistazo a las fotos.

—Sé razonable, Jane. No tienes adónde ir y no quiero que te quedes en un cuchitril en Manhattan. Te costará un ojo de la cara y no estarías segura. ¿Tan alterada sigues por la ruptura? Podemos pincharle las ruedas, emborracharnos y ver películas románticas. Es lo que hacéis las mujeres, ¿no?

Jane ladeó la cabeza y soltó una carcajada.

—Por Dios, Slade, si no te quisiera tanto, te mataría. Ya tengo un sitio donde ir. He alquilado un apartamento en Verily, junto al río. He dejado el trabajo y he conseguido otro puesto en el colegio universitario de la zona.

La habitación empezó a dar vueltas. Miró fijamente a la que solía ser su tímida, lógica y sensata hermana y se preguntó qué se había tomado para convertirse en míster Hyde.

—¿Has dejado el trabajo? ¡Eras profesora numeraria!

—Y lo detestaba. Era un puesto rígido, pomposo y aburrido. También detesto Manhattan. Está abarrotado y me duele la cabeza continuamente. —Jane tomó una honda bocanada de aire y se alejó para meter los libros en una bolsa. Sus largos rizos oscuros se agitaron con el movimiento y sus ojos castaños, del color del chocolate, lo miraron con expresión triste tras las gafas de pasta negra—. No puedo seguir así —continuó—. Necesito empezar de cero con mis condiciones. Verily es pequeña y bucólica, y el colegio universitario impulsa la creatividad en la literatura. Seguro que allí encajo. Quizá hasta conozco a un hombre que no me desplume antes de darme la patada. —Soltó una carcajada tan irónica que a Slade se le encogió el corazón.

No podía dejarla marchar. Si le pasara algo, sería culpa suya. De nuevo. Al menos si compartían el mismo techo, detectaría enseguida si empezaba a deprimirse. Se puso en modo abogado. Ser uno de los mejores abogados matrimonialistas del estado debía servir para algo más que para amasar dinero.

—Entiendo que quieras instalarte por tu cuenta. Estoy de acuerdo en que ya ha llegado el momento, pero dejar el trabajo y huir a una ciudad que no conoces es peligroso. Iré contigo a Verily este fin de semana. Echaremos un

vistazo, tal vez hasta pueda ayudarte a conocer a gente y así no estés sola. Lo solucionaremos juntos.

Jane alzó la voz a un nivel peligroso.

—¡No quiero que lo solucionemos juntos! Quiero solucionarlo yo sola. Por el amor de Dios, mira este sitio.

Extendió un brazo para abarcar el amplio apartamento emplazado en la cotizadísima Tribeca. El enorme espacio estaba dividido en dos plantas, conectadas por una elegante escalera de cristal. Desde la hilera de ventanales se veía Manhattan. Obras de arte caras, suelos de bambú, modernas mesas de cristal, encimeras de granito y enormes sillones de cuero completaban la imagen de soltero urbanita.

—¿Qué tiene de malo? Hay espacio de sobra.

—¡Es tuyo! No he tenido nada mío en los últimos tres años. Tengo veintiocho años. Ya es hora de que haga las cosas por mi cuenta sin que nadie se preocupe de si voy a tener un bajón emocional cuando algo me salga mal.

Slade dio un respingo. Jane era muy sensible; siempre le había costado desenvolverse en esa sociedad tan brutal. Había visto cómo un largo desfile de hombres la aplastaba como a una tierna flor bajo sus pies, hasta que solo quedaban unos cuantos pétalos. Se juró que nunca permitiría que volvieran a hacerle daño. Tenía que conseguir que se quedara.

—Cariño, sé que ahora eres mucho más fuerte. Ni se te ocurra pensar que estoy esperando a que te derrumbes. Pero creo que sería mejor esperar.

—Pues yo no. —Jane abrió la puerta del armario, cogió su abrigo de lana negro y metió los brazos en las mangas—. Cuando me instale, podrás llevarme el resto de mis cosas y hacerme una visita. Creo que te gustará Verily. Y no estaré sola mucho tiempo. He decidido apuntarme a una agencia de citas.

Ajá. No cabía duda, se había tragado la poción para ser míster Hyde.

—¿Me tomas el pelo? ¿Sabes cuántas agencias de esas han cerrado por fraude? No existe la pareja perfecta, y lo sabes muy bien. ¿Se puede saber qué te pasa?

Ella alzó la barbilla.

—Estoy harta de tener miedo y de conocer a los hombres equivocados. Kinnections es una empresa muy respetada. Me gustan las mujeres que he conocido allí y confío en ellas. Así que no te preocupes, no pienso encerrarme en mi apartamento a deprimirme. Saldré y conoceré gente. Esta vez soy distinta.

—Esa gente se quedará con tu dinero y te dará falsas esperanzas. ¿Y si no funciona y te vienes abajo? No pienso quedarme de brazos cruzados mientras unos desalmados te destrozan y te despluman de nuevo.

Jane ahogó un grito.

—¿Te estás escuchando? Por Dios, deja de protegerme. Ya no soy la mujer que era hace tres años... ¡me estás agobiando! Mamá y papá no querían que viviera encerrada en tu paraíso masculino, viendo cómo los demás disfrutaban de la vida.

—Mamá y papá no te encontraron en el suelo del cuarto de baño con una sobredosis de pastillas. ¡Mamá y papá no te sostuvieron en brazos ni rezaron para que no te murieras!

Entre ellos se hizo el silencio. Slade cerró los ojos un momento, abrumado por el dolor. Las palabras se mezclaron con el sentimiento de culpa y con una disculpa que le provocó un nudo en el estómago. Encontrarla tras su intento de suicidio lo había cambiado. Quería que estuviera a salvo. ¿Por qué no lo entendía?

Se le quebró la voz.

—Lo siento mucho, Jane. No era mi intención sacar ese tema.

Su hermana tenía el rostro demudado por el dolor y le temblaba el labio inferior.

—Sí, sí lo era. Siento mucho haberte hecho pasar por eso. Pero ya no soy esa persona. Merezco ser feliz y voy a aprovechar la oportunidad. Sí, puede que me hagan daño por el camino, pero ahora soy capaz de afrontarlo, Slade. Soy más fuerte. —Se colgó el bolso del hombro y cogió el asa de una maleta

—. No te culpo por no confiar en mí. Pero te demostraré lo que soy capaz de hacer. Ya no soy tu responsabilidad.

—Por el amor de Dios, déjame ayudarte. Vamos a cenar y hablaremos del tema.

Ella abrió la puerta.

—No. El portero me está esperando abajo.

—Pero necesito un número de teléfono, una dirección, algo.

—Te llamaré en cuanto me haya instalado. Te quiero.

Se marchó. En esa ocasión no la detuvo. Una parte de su ser reconocía que era importante que se labrara su propio porvenir. Otra parte decidió que acabaría con cualquier cosa que intentara hacerle daño. O con cualquier persona.

Soltó un taco entre dientes y se plantó delante del ordenador para teclear: «Kinnections. Agencia de citas. Verily».

Estuvo un buen rato mirando la pantalla, y luego tomó una decisión.

Slade se detuvo delante de la puerta de cristal de Kinnections y contempló las alegres luces blancas y el artístico diseño del cartel. Escrito con letras moradas y plateadas, ofrecía al transeúnte un «fueron felices y comieron perdices», envuelto en emoción, esperanza y misterio.

El mal genio le hizo apretar los dientes. Un puñado de estafadores que vendían sueños inexistentes. En su opinión eran peor que los mensajes de correo electrónico que aseguraban ganancias de un millón de dólares por una pequeña inversión inicial. Eran peor que el robo de identidad. Porque para él la maldad no radicaba en sustraer dinero, bienes o servicios. No, lo peor era el robo del corazón. Una mentira flagrante para personas solitarias y destrozadas que prometía curarlos con la falacia de encontrar al hombre o a la mujer perfectos.

No permitiría que semejante fraude destruyera a su hermana.

Abrió la puerta y entró.

La mujer sentada tras el mostrador pareció sorprenderse de ver a un cliente, como si no hubiera oído el tintineo de la campanilla de la puerta. Su mirada la pasó por alto, al identificarla como la recepcionista, pero se negó a perder el tiempo buscando al mandamás. Decidió usar la voz de abogado que no admitía negativas.

—Me gustaría ver al gerente, por favor.

La vio enarcar una ceja. Sí, era perfecta como primera impresión de una agencia de citas. Tenía el pelo precioso, tan rubio que era casi blanco, cortado a la altura de los hombros, y tan lacio que los mechones brillaban como la

seda. Sus grandes ojos azules lo miraron con gesto pensativo, daban la impresión de estar decidiendo si debía llamar a su jefe o no. No eran del azul oscuro del océano, sino más claro, como el de los acianos, y tan luminosos que parecían difuminar sus rasgos con una especie de resplandor angelical. Se obligó a salir del trance y se preguntó qué narices hacía pensando de forma tan ñoña en una mujer con la que no pretendía siquiera entablar una conversación.

—¿Puedo preguntarle por el motivo de su visita?

Suave y melódica, su voz le acarició los oídos como una voluta de humo antes de desvanecerse. Ansiaba seguir oyéndola, pero el encuentro empezaba a perturbarlo. Carraspeó y la miró por encima de sus gafas de montura dorada.

—No es de su incumbencia —le soltó con brusquedad—. Por favor, avise a su jefe.

La mujer cruzó los brazos por delante del pecho y lo observó con gesto pensativo.

—Si ha venido por algo relacionado con un cliente, no podemos ofrecerle ninguna información. Tenemos un acuerdo de confidencialidad.

Slade resopló.

—Un recurso muy conveniente para evitar demandas judiciales, ¿verdad?

—¿Tiene usted un mal día, señor?

¿Se estaba burlando de él? Se enderezó y acto seguido se inclinó sobre el mostrador. En los juzgados temían su sola presencia, y esa mujer diminuta ¿se atrevía a reírse de él?

—Desde hace un momento, sí. Estoy seguro de que mejorará en cuanto hable con su jefe.

—De acuerdo. Adelante.

Slade soltó el aire.

—¿Puede avisarlo, por favor?

—Lo tiene delante.

Apenas logró contener el respingo provocado por la sorpresa, pero se negó a darle esa satisfacción. Había dos cosas que conocía muy bien: la ley y el

comportamiento de las personas. Había usado ambas para triunfar en la vida sin salir escarmentado.

Se controló para no mostrar la menor emoción.

—Entiendo. En cierto modo no me sorprende.

Ella apretó los labios, pintados de un claro tono rosa. Ah, adiós a las bromas. Hola a la irritación. Mucho mejor.

—¿Por qué tengo la impresión de que pocas cosas lo sorprenden?

Su acertada intuición lo dejó perplejo.

—Porque es así. La gente es bastante predecible en determinadas circunstancias. El amor, por ejemplo. La promesa de algo que Disney ha convertido en una fortuna haciendo películas infantiles es como el santo grial. La gente luchará, robará y pagará dinero que no tiene por la oportunidad de creer en un espejismo.

Esperó un despliegue de temperamento femenino... en vano. Vio un destello de interés en sus ojos. La mujer se mantuvo callada, analizando su aspecto y sacando sus propias conclusiones. Ah, sí, era buena. No habría un hombre en el mundo que dudara a la hora de ponerse en sus manos, ni una mujer que no quisiera ser como ella. La combinación perfecta para vender el amor.

—Parece usted un poco cínico para tener solo treinta años, señor.

—Tengo treinta y tres.

—Ah, entiendo. Bueno, permítame aclararle algo. En Kinnections tenemos una amplia variedad de servicios para ayudar a las persona a encontrar pareja. Lo que eso signifique para nuestros clientes es subjetivo. Unos quieren amistad, otros quieren sexo, y otros quieren violines interpretando un crescendo cuando sus miradas se encuentren. Yo no estoy aquí para juzgar. Nuestro trabajo es dar a nuestros clientes lo que quieren en un entorno seguro y concertado de mutuo acuerdo.

Slade unió las manos por delante del pecho y comenzó a golpearse los pulgares. Un gesto muy apreciado en los tribunales, ya que otorgaba una apariencia de seguridad, de tenerlo todo bajo control. Bajó la voz y dijo con

tono cómplice:

—Una ambición noble. Pero ¿y si no funciona? ¿Devuelven el dinero a sus clientes?

La silla en la que la mujer estaba sentada crujió.

—No, firman un contrato de antemano en el que aceptan las condiciones.

—Qué oportuno. Me quito el sombrero, señora. Lo tiene usted muy bien montado. Como empresario que soy, la respeto. Pero tengo una duda que me está matando y necesito despejarla.

—¿De qué se trata?

—¿Cómo consigue dormir por las noches? —Por fin. La vio tensarse y supo que era el momento perfecto para abalanzarse sobre su presa y rematarla —. Está vendiendo algo que no existe. ¿Se responsabiliza usted de las relaciones malogradas y los corazones destrozados que va dejando por el camino? ¿No hay ninguna cláusula de exención de culpa en caso de divorcio entre sus parejas? ¿Le gusta quedarse con los ahorros de una mujer trabajadora que insiste en gastarse dinero en una búsqueda que jamás la ayudará a encontrar lo que quiere?

La mujer rubia estuvo a punto de levantarse de la silla con los puños apretados. Todo su cuerpo destilaba indignación. Slade sintió la euforia del triunfo al ver que finalmente había roto su falsa fachada. Una vez se lograba enfadar a alguien, si se presionaban los botones adecuados se obtenía la verdad. Eran trucos de su oficio. Esperó el discurso que iba a soltar, embargado por una emoción que rara vez experimentaba fuera de los tribunales.

Los labios voluptuosos se separaron. Y después se cerraron. La vio respirar profundamente, cerrar los ojos y hacer algún ejercicio de meditación. Cuando abrió los ojos de nuevo, parecía más calmada. Su voz hipnótica le inundó los oídos, prometiéndole delicias terrenales y paradisíacas. Por Dios, ¿qué sonidos haría cuando echaba un polvo? ¿Gemidos? ¿Susurros? ¿Gritos?

¿En qué narices estaba pensando?

—Es usted bueno. Ha estado a punto de hacerme perder el control, pero hace tiempo que trabajo para dominar la ira, así que he ganado este asalto. Lo siento mucho.

—¿El qué?

Un brillo amable le iluminó los ojos.

—Lo que le ha pasado. Es evidente que una pareja le ha hecho daño. ¿Ha sido un hombre o una mujer?

Slade levantó las manos, deshaciendo la pose.

—¿Cree que soy gay?

Ella chasqueó la lengua.

—No tiene por qué avergonzarse. En Kinnections trabajamos con toda clase de tendencias sexuales.

Estuvo a punto de atragantarse.

—¡No soy gay! Y deje de intentar sonsacarme información. Soy experto en el tema y conozco todos los trucos de manipulación. Con razón mi hermana ha caído en este engaño.

Ella frunció el ceño.

—¿Su hermana?

—Jane Montgomery. Se registró en su agencia la semana pasada. Estoy seguro de que la recuerda.

La rubia se golpeó los labios con un dedo. Slade se percató de que llevaba las uñas sin pintar, en lugar de lucir una elegante manicura. Una contradicción absoluta con ese aspecto de animadora norteamericana que tenía.

—Por supuesto. La idea de trabajar con Jane nos entusiasma.

—Pues ella no trabajará con ustedes. He venido a decirle en persona que rompa su expediente y no vuelva a ponerse en contacto con ella.

Tuvo la osadía de mostrarse sorprendida.

—¿A qué viene esa actitud? Ya hemos hablado sobre sus deseos y necesidades, y está entusiasmada con la idea de empezar con las citas.

Era obvio que esa mujer necesitaba terapia. O que alguien la ayudara. Habló

despacio, como si estuviera dirigiéndose a uno de sus lerdos clientes, agotado tras una sobredosis de sexo extramarital.

—Jane es sensible y muy emocional. Tal vez usted tenga la idea equivocada de que puede ayudarla, pero en realidad va a destrozar su autoestima, y no pienso permitirlo. Ya ha sufrido bastante. Si la mantiene como clienta, la destruirá.

La mujer cruzó las piernas como si dispusiera de todo el tiempo del mundo y estuviera pensando qué pedir para el almuerzo. Vestía un favorecedor traje pantalón con chaqueta tipo esmoquin y unas botas planas a la última moda. Ni pizca de frivolidad en el atuendo, más bien comodidad y elegancia. Los aros plateados que llevaba en las orejas asomaban entre el pelo, y la pulsera, también de plata, brillaba. Se preguntó qué tipo de ropa interior preferiría, y después eliminó dicho pensamiento con la precisión de un cirujano al usar el bisturí. Joder, necesitaba echar un polvo. Hacía demasiado tiempo que estaba a dos velas.

—Parece usted demasiado protector. Siento mucho tener que declinar su petición. Le repito que la información de nuestros clientes es confidencial, y creo que podemos ayudar a Jane. Le agradezco su preocupación y le prometo que iré despacio y con cuidado en lo referente a sus citas.

Slade tuvo que hacer un gran esfuerzo para no rodear el mostrador y dejarle bien claro lo peligroso que sería joderle la vida a su hermana. En cambio, pulsó su interruptor interno y regresó al modo trabajo. Frío, objetivo y seguro de sí mismo. Había intentado ser agradable, pero ahora estaba dispuesto a conseguir lo que quería por las malas.

—Creo que me ha malinterpretado. No le estoy pidiendo nada. Se lo estoy ordenando. Romperá el expediente de Jane, le informará de que no le será posible ayudarla y jamás volverá a ponerse en contacto con ella.

La mujer replicó sin poder contener la indignación que sacudía todo su cuerpo:

—Oblígueme.

La sorpresa volvió a golpearlo en la barbilla. ¿Qué había dicho? ¿Que la obligara? ¿Estaba atrapado en una película mala del Oeste? Bajó la voz hasta convertirla en un suave susurro y dijo:

—Soy capaz, se lo aseguro. De obligarla. Mi hermana ha sufrido ya bastantes desengaños en la vida, y no permitiré que usted la engañe con un espejismo. Si no está dispuesta a rescindir su contrato por las buenas, la demandaré en los tribunales. Sacaré a la luz todos sus secretos y me aseguraré de meterla en un escándalo tan gordo que Kinnections acabará en quiebra antes de que termine este año.

Pasó por alto el aguijonazo de la culpa por haber recurrido a las amenazas, pero necesitaba proteger a su hermana a toda costa. Observó la corriente de emociones que pasaron por su rostro. Ira. Frustración. Temor. Determinación. Bien. Por lo menos, cuando ese encuentro acabara, se alejaría de esa mujer que tanto lo perturbaba y seguiría con su vida.

—Mierda, es abogado.

Pronunció la palabra con desprecio, como si fuera algo repugnante, pero a esas alturas Slade estaba inmunizado contra esa reacción tan habitual.

—Exacto.

—Un abogado matrimonialista, ni más ni menos. Con razón está tan confundido.

¿Cómo lo había averiguado? Se tensó y se enderezó la chaqueta.

—Bueno, ¿accederá a mi propuesta?

Ella ladeó la cabeza sin dejar de observarlo. Acostumbrado a encontrarse en el lado del observador, Slade intentó no delatar lo nervioso que estaba y sostuvo la mirada de esos claros ojos azules.

—No.

Parpadeó.

—¿Cómo?

—No negocio con terroristas, señor Montgomery. Eso incluye a abogados matrimonialistas avasalladores que se creen Dios. No soy estúpida. Cuento con

un equipo legal que responderá a sus demandas con otras demandas. Sí, es posible que nos ocasione mala publicidad, pero toda exposición mediática es buena para la empresa. Y hay un detalle que ha pasado usted por alto: los deseos de Jane. No creo que pueda perdonarlo si cruza los límites que le corresponden por ser su hermano y empieza a decirle qué puede y qué no puede hacer. Tal vez sea una chica tímida, pero no es tonta. ¿Cómo cree que reaccionará cuando le explique esta conversación?

Se habían vuelto las tornas. Era mucho más combativa de lo que parecía y, aunque le pesara, tenía razón. Jane se había alejado de él, estaba decidida a demostrarle que podía salir adelante sola. Esa actitud podía romper definitivamente los tenues lazos que los mantenían unidos. Slade recalculó los pros y los contras de la situación, analizándolo todo con rapidez. Tenía que haber otra forma de ayudar a su hermana sin enfrentarse a ella y sin perder de vista al mismo tiempo a Kinnections para asegurarse de que no iban a hacerle daño. La idea se asentó y aunque trató de buscar otras soluciones, era consciente de que lo tenía muy difícil. Solo había una salida y era un camino agreste y plagado de espinas que desearía no tener que enfilarse.

—Parece que hemos llegado a un punto muerto, señorita...

—Seymour.

—Debe entender que no tengo intención de claudicar hasta asegurarme de que Jane no sufrirá ningún desengaño.

Los rasgos de la mujer se suavizaron.

—Señor Montgomery, no estoy en este negocio para hacer daño a la gente. Estoy en él para ayudar. Con suerte, para poner a las personas en el camino del amor y la felicidad. Pero, por desgracia, si uno se abre al amor, eso puede provocarle un desengaño a pesar de que hayamos puesto lo mejor de nuestra parte.

Slade apretó los labios.

—Las buenas intenciones no justifican el hecho de joderle la vida a la gente. Solo hay una manera de poner a prueba su teoría y su modelo de empresa.

—¿A qué se refiere?

—Me registraré como cliente.

Ella se sobresaltó, lo cual llenó de satisfacción a Slade. Por fin. Había recuperado el control, tal como le gustaba.

—¿Cómo dice? Eso es imposible.

—No, no lo es. Si es capaz de encontrar al amor de mi vida, usted gana. Me retractaré de todo lo dicho y seré su más fiel defensor. Joder, recomendaré su agencia a mis clientes y Kinnections subirá como la espuma.

Ella levantó las manos en señal de súplica y después las bajó de nuevo hasta los muslos.

—Nuestros clientes deben sincerarse y estar dispuestos a encontrar a su alma gemela. Es un proceso largo y usted se rebelará a cada paso. No funcionará.

—Pero puedo intentarlo. —Lo invadió una sensación de calma—. He salido con muchísimas mujeres, pero no he encontrado a mi media naranja. Si está ahí fuera, me gustaría encontrarla.

—¿Por qué?

Sopesó la respuesta, el desafío que ella le había lanzado.

—Algún día me gustaría tener hijos —respondió despacio—. Una compañera. Una amiga con la que envejecer. ¿A quién no le gustaría tener todo eso? No creo que pueda conseguirlo, pero estoy dispuesto a que me demuestre que me equivoco. Si se ve capaz, claro.

Ella se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y por primera vez desde que entró, pareció desconcertada. Ya era hora.

—Necesita someterse a un proceso de asesoría sobre relaciones sentimentales. Después vendrán las charlas conmigo y el proceso de selección. Tendrá que asistir a eventos sociales. Señor Montgomery, esto es ridículo. No puedo perder el tiempo tontamente.

—Yo tampoco. —La miró a los ojos con decisión—. O lo toma o lo deja. Si no me acepta, sabré con seguridad que es una estafadora y no tendré en cuenta

la opinión de Jane. Me niego a que ella sufra para que usted gane dinero. Si me acepta, y veo que esta agencia de citas es real, ambos saldremos ganando. La ayudaré a aumentar su lista de clientes y hablaré bien de su empresa a todo el mundo. ¿Qué podemos perder?

—¿Mi cordura y mi sentido del humor? —refunfuñó ella.

—Muy graciosa. Pensaba que los había perdido hace mucho tiempo.

Ella lo miró con recelo, como si de repente se estuviera cuestionando si en realidad él tenía sentido del humor. Slade se preguntó por qué estaba disfrutando tanto con el encuentro. A esas alturas estaba cansado de los diferentes tipos de mujeres que lo rodeaban: furiosas y amargadas, o frágiles y dependientes. Joder, el trabajo se había convertido en su amante a tiempo completo y ¿no era eso triste estando en la flor de la vida? Aunque no esperaba que Kinnections funcionara, quizá podía salir del bache y mejorar su relación con Jane. Si ambos se sometían al proceso al mismo tiempo, podría vigilarla. Sí, de esa forma todos saldrían ganando.

—Tendrá que rellenar la solicitud y pagar la cuota de registro.

Slade enarcó una ceja.

—Por supuesto, señorita Seymour. No esperaba menos.

—Kate —lo corrigió, y su nombre surgió de esos labios fruncidos a regañadientes—. Llámeme Kate.

Un nombre muy apropiado: fuerte, elegante y con envidia. Aparentemente simple, pero con fuerza. Frenó la deriva poética de sus pensamientos, sintiéndose un tanto ridículo, y carraspeó.

—Yo soy Slade. Y estoy deseando empezar a trabajar contigo.

Kate cogió unos documentos, los introdujo en un sobre y se lo entregó, no sin antes anotar algo en su cuaderno.

—Rellena todos estos formularios y tráelos a finales de esta semana. Tendrás una entrevista personal conmigo la semana que viene.

—¿A cuánto asciende la cuota de ingreso?

—Mil dólares. Todos los pagos están especificados en el contrato. —Su

tono de voz era un poco burlón—. Estoy segura de que analizarás todas las cláusulas al detalle y de que me informarás si encuentras algún problema.

Slade cogió el sobre y se preguntó por un instante por qué ella no quería sellar el acuerdo con un apretón de manos. Sin embargo, apartó el pensamiento. Daba igual. Necesitaba marcharse de allí.

—Ya hablaremos. Adiós, Kate.

Su nombre le dejó un regusto agri dulce en la lengua. Se apresuró a salir por la puerta sin mirar atrás y se preguntó si acababa de cometer el mayor error de su vida.

Kate relajó los dedos y soltó el aire. Los efectos secundarios de la potente energía masculina seguían afectándola. ¿A qué había accedido? Ese hombre se mostraba totalmente crítico con el proceso, era irascible y tenía el potencial de desplegar ese encanto letal característico de los buenos abogados. Le resultaba increíble que Jane y él compartieran los mismos genes, aunque el instinto protector que demostraba el hermano mayor le otorgaba puntos extra.

—Ese sí que será un desafío. —Una voz grave le acarició los oídos. Su mejor amiga y copropietaria de Kinnections, Kennedy Ashe, apareció andando sin tambalearse sobre unos zapatos de tacón de diez centímetros, ataviada con un traje de chaqueta de cuadros en tonos rosas muy elegante. Se golpeó los labios con un dedo cuya uña llevaba pintada de rosa a juego y la miró con sorna—. Lo bien que me lo pasaría yo con él... Lo has hecho estupendamente. He percibido la violencia en tu interior, pero no has perdido el control. Arilyn estaría muy orgullosa. ¿Los ejercicios de meditación te están ayudando a controlar el mal genio?

Kate cogió su botella y empezó a rellenarla con agua fría.

—Muy graciosa. No vayas a decirle que no he visto el DVD, herirías sus sentimientos. El instinto me pedía que lo mandara a tomar viento fresco, pero no quería arriesgarme a que nos demandara.

—Chica lista. Acabamos de asegurarnos unos buenos beneficios, así que es mejor que no la fastidiemos. Además, ese tío está para mojar pan. Nuestras clientas nos pedirán a gritos que se lo presentemos.

Kate pulsó el botón y vio cómo se llenaba la botella.

—Lo sé. Vamos bien encaminadas. Normalmente una empresa tarda unos tres años en consolidarse y empezar a generar beneficios. Claro que la publicidad y las diez bodas que llevamos ayudan mucho. Es un porcentaje contundente en el sector.

—A lo mejor Bravo nos ofrece un programa para sustituir *Millonario busca esposa*, ¿no?

Kate se echó a reír.

—No, gracias. Solo me faltaría que el mundo entero descubriera que la dueña y casamentera de la empresa es incapaz de mantener una relación. Joder, no llego a la tercera cita nunca. Es la maldición.

Kennedy puso los ojos en blanco y se miró las cutículas. Su lustrosa melena oscura resplandecía aún más gracias a los reflejos color caramelo.

—¿Ya empezamos otra vez con esa tontería? Tu familia no está maldita. Tu madre estuvo felizmente casada hasta que tu padre murió y jamás le han faltado pretendientes. Lo que pasa es que eres muy cabezona.

—Lo mío roza el patetismo. Mi última cita fue una tortura. Al final le arreglé un encuentro con el camarero y ahora son felices.

—¿Lo has hecho otra vez? Querida, lo tuyo no son los restaurantes. La semana pasada dejaste a Paul en los brazos de la camarera.

Kate bebió el agua y se colocó el pelo detrás de la oreja.

—No podía hacer otra cosa. Cuando me dio la carta, percibí el hormigueo y vi cómo se miraban. Hacían una pareja fantástica. Así que tuve que ser generosa.

—Era un médico divino con ganas de sentar cabeza. La próxima vez, sé egoísta. Arreglar las cosas para que se tomaran una copa a última hora de la noche fue totalmente inapropiado, Kate. Y ¡ni siquiera le cobraste!

La melancolía amenazó con abrumarla.

—Sí. Lo siento. En cualquier caso, lo tengo decidido. Se acabaron las citas para mí. En serio.

Su amiga dio unos golpecitos en el reluciente suelo con la punta de un zapato.

—No seas ridícula, acabaremos arruinadas si la relaciones públicas de la empresa es la vieja de los gatos. O la vieja de los perros, en este caso. ¿Y si empiezas a ponerte guantes? A lo mejor eso detiene tus impulsos.

—¿Y parecer una loca obsesiva compulsiva con fobia a los gérmenes? No, gracias. Madonna y Michael Jackson son los únicos que adoptaron esa moda, y me niego a volver a los ochenta.

Kennedy se estremeció.

—Sí, tienes razón. Fue un crimen contra la humanidad. Por no hablar del pelo...

En ese preciso instante, la campanilla anunció la llegada del tercer miembro del equipo. Arilyn Meadow era la personificación del desastre a la hora de vestirse y Kennedy había invertido muchas horas para transformarla. Por desgracia, su amiga estaba muy contenta y decidida a vivir rodeada de algodón orgánico, pantalones de yoga y productos no testados en animales, lo que excluía el maquillaje.

—Hola, chicas. ¿De qué habláis?

Kennedy le dirigió una mirada elocuente.

—De lo que no hay que ponerse.

Arilyn se echó a reír. El delicado sonido de su risa iba acorde con su suave voz, perfecta para su trabajo de asesorar a los clientes. Era una hippy atrapada en la sociedad moderna, pero lograba atraer miradas con esa melena rubia hasta las caderas y sus profundos ojos verdes.

Kate miró a sus amigas y después echó un vistazo a su vestimenta, la misma de siempre. Pantalones negros, camiseta negra, chaqueta y botas. Era un atuendo sencillo, profesional y cómodo. Con una adicta a la moda en el grupo

tenían de sobra. Kennedy siempre estaba dispuesta a abalanzarse sobre una prenda de diseñador que estuviera de rebajas.

Por raro que pareciera, puesto que eran muy distintas, en cuanto se conocieron en la universidad sintieron que estaban destinadas a estar siempre juntas. Como una familia. Muy disfuncional, claro. En el buen sentido de la palabra.

Kate había pasado gran parte de su vida tratando de huir del don/maldición de su familia y había tenido varios empleos que no cuajaron. Siempre había algo que no parecía adecuado, como si ese no fuera su lugar, de modo que no le resultaba problemático pasar página e intentar otra cosa. Pero una vez que el grupo de amigas decidió aunar fuerzas y aprovechar sus habilidades individuales, la idea de poner en marcha en su propia ciudad un servicio de citas con el fin de unir parejas empezó a tomar forma y al final floreció. Claro que en el camino habían encontrado muchas espinas y zarzas. Pero podía decir con sinceridad que habían puesto unos buenos cimientos y que Kinnections crecía con rapidez.

Kennedy usaba su talento como coordinadora principal de eventos sociales. Organizaba todas las actividades y actos de la empresa, se encargaba de los cambios de estilo de los clientes y gestionaba el marketing. Arilyn aprovechaba su grado en Psicología para hacerse un hueco como terapeuta sentimental, se entrevistaba con todos los aspirantes para analizar en profundidad sus experiencias y les daba consejos sobre los problemas que los mantenían alejados del amor.

Menos mal que ella tenía el toque, o de lo contrario sería el eslabón débil de la cadena. Por supuesto, prefería unir a dos personas después de usar los variados recursos con los que contaba la empresa antes de recurrir a una descarga al azar. Además de sus socias y de su familia, nadie conocía su secreto, y tenía la intención de que siguiera siendo así. En cuanto saltara la noticia de que poseía una habilidad que parecía brujería, la prensa las acosaría y acabarían desacreditadas en su propia ciudad.

Desterró esos pensamientos al tiempo que apoyaba una cadera en el mostrador.

—¿Qué tenemos hoy en la agenda?

Kennedy repasó los planes para ese día.

—Tengo reuniones con dos clientes para organizar su cambio de estilo. Después tengo que hablar con los del bar Purple Haze porque hay que ir planeando nuestra siguiente fiesta y luego saldré pitando temprano para mi cita.

Kate enarcó una ceja.

—¿Pinta bien?

—Ya veremos.

—¿Lo has encontrado por medio de Kinnections?

—No. Lo he hecho yo sola, y estoy muy orgullosa.

Arilyn suspiró.

—Las primeras citas siempre están cargadas de esperanza y resoluciones.

Kate resopló.

—Y de incomodidad, conflictos emocionales y desilusiones.

—Recuerda la norma básica. No uses energía negativa para hablar de las citas. Podría afectar a la empresa.

A Kate le habría gustado reírse del comentario de su amiga, pero había aprendido pronto que la mentalidad positiva de Arilyn era la clave del éxito. Tal vez las tres eran brujas después de todo.

—Lo siento. ¿Qué tienes tú para hoy?

Arilyn estiró sus largos brazos y flexionó los dedos.

—Una sesión con Gary para hablar de sus miedos sociales. Después tengo que trabajar en los programas informáticos y actualizar la base de datos de los clientes. Algunos han visto perfiles que les resultan interesantes y quieren programar una llamada telefónica.

Siempre le sorprendía que Arilyn tuviera el cerebro de una diosa de la informática bien escondido detrás de esa fachada tan espiritual. Era una

combinación letal que había ayudado a Kinnections a competir con famosas agencias de citas.

—Eso suena bien. Yo tampoco estoy muy ocupada, así que pondré al día el papeleo y esta tarde saldré a mi hora.

Ambas se dirigieron a sus respectivos despachos. Kate intentó concentrarse en los papeles y no pensar en Slade Montgomery. El instinto le decía que se arriesgara a enfrentarse a una demanda judicial, porque ese hombre irradiaba peligro. Pero nunca había sido cobarde y no iba a empezar a serlo a esas alturas.

No les causaría problemas.

Ya se encargaría de él.

Kate observó a su cliente mientras este se quitaba la chaqueta y se sentaba en la elegante silla de color ciruela. Lo vio echar un vistazo a la estancia, de líneas rectas y decoración serena. Arilyn se había encargado de decorar Kinnections, y había elegido combinar pares de colores que favorecieran el chakra del corazón y que alentaran la sinceridad y la conexión. El diseño consistía en toques de morado intenso y violeta claro, de gris y plata, con mullidos cojines de color pizarra, plantas de bambú y una tranquilizadora fuente de agua con guijarros blancos en la base. El escritorio era pequeño y estaba situado en un rincón de la habitación cuadrada. Ese día debía crear una relación con él, conocer lo que le gustaba y lo que no, y elaborar un plan de citas.

No podía creer que se hubiera presentado. El recelo la corroía, algo que iba a dificultar el proceso de trabajar juntos. A fin de averiguar lo que el cliente buscaba de verdad, necesitaba que este le mostrase confianza y también cierta vulnerabilidad para guiarlo en la dirección correcta. Sin embargo, eran otras dos emociones las que pugnaban entre sí. La desconfianza.

Y la lujuria.

Se compadeció de los clientes de ese hombre. Era todo músculos y fuerza. Superaba con creces el metro noventa de altura, tenía los hombros anchísimos y un torso bien alineado que se apreciaba gracias a la camisa blanca. No andaba como una persona normal, sino que se movía como un depredador. Su pelo era rubio oscuro y ondulado, y sentía en los dedos el deseo de acariciárselo. Esos ojos tan verdes como la jungla eran capaces de paralizar a

una mujer contra la pared y hacerle cosas pecaminosas. La montura dorada de sus gafas acentuaba su mirada. Inquisitiva, apasionada, tan penetrante que llegaba a lo más hondo sin decoro ni arrepentimiento. Sería implacable en un juzgado, cautivaría a los miembros del jurado y dominaría al juez. Encontrar mujeres no era su problema. Tampoco llevárselas a la cama. Se apostaría lo que fuera a que cuando el sol aparecía por el horizonte, él hacía mucho que se había ido, de manera que no habría carantoñas matinales.

Le recordaba a Matthew McConaughey en una de sus películas preferidas, aunque no lo reconociera, *Los fantasmas de mis exnovias*. Su cara alargada y sus facciones marcadas seguro que resultaban irresistibles para muchas mujeres, y su fuerte presencia iluminaba la habitación. Sin embargo, lo envolvía una capa de arrogancia, como si estuviera por encima del amor, de las emociones y del caos sentimental. Por encima de los humildes mortales con los que compartía este mundo.

Eso era lo que la molestaba.

Kate se juró que rompería esa coraza cuando le encontrara la pareja perfecta. Solo entonces estaría preparado.

—Esa mirada me está asustando.

Lo vio cruzar una pierna sobre la otra, de modo que dejó el tobillo sobre la rodilla contraria. Los mocasines de cuero italiano y los calcetines de cachemira indicaban que disfrutaba del dinero que ganaba y que lo lucía bien. El corte ajustado del traje no podía negar que era de Calvin Klein. La corbata exhibía las conservadoras rayas diplomáticas propias de su trabajo, pero el instinto le gritaba que en el fondo era un salvaje indomable desesperado por salir a la superficie. Anotó en el cuaderno algo que debía recordar cuando le estuviera buscando una pareja adecuada.

—¿Qué mirada?

Él ladeó la cabeza y esbozó una media sonrisa. Kate tuvo que controlar el impulso de analizar el rictus tan sensual de su boca y su carnoso labio inferior.

—Como si estuvieras a punto de zambullirte en un proyecto y ensuciarte las

manos.

La forma en la que dijo «ensuciarte» resonó en sus oídos y fue como una caricia entre las piernas. Madre mía, ¿se había excitado? Apretó los muslos y pensó en países azotados por la guerra. En niños hambrientos. En cachorros encerrados en protectoras de animales. «Mejor así.» Llegó a la conclusión de que solo había una manera de avanzar sin perder la cabeza: demostrarle quién mandaba.

Frunció el ceño y habló con voz recatada y seria.

—Antes de nada, repasemos las reglas básicas, ¿de acuerdo? Debes responder mis preguntas con sinceridad. Estoy aquí para ayudarte y para emparejarte con la mujer que más se ajuste a tus necesidades. Si no me contestas con sinceridad, será una pérdida de tiempo para los dos. No hay motivos para sentirse avergonzado y no estoy aquí para juzgarte. He oído muchas peticiones y nunca he perdido la compostura, con independencia de lo que me diga el cliente.

—¿Nunca?

Golpeó el bolígrafo dorado contra el cuaderno.

—Nunca.

—Interesante.

Kate ignoró el murmullo y continuó.

—Debemos tener cierto grado de confianza y de respeto para trabajar juntos. Si crees que no me ciño a tus deseos como es debido, lo hablaremos cara a cara. La comunicación es la clave. También puedo pedirte que hagas cosas que te resulten incómodas. A veces, las personas se atascan en ciertas fases de las relaciones sociales y el hecho de derribar esas barreras acaba siendo un gran avance. Es un proceso activo para satisfacer las diferentes necesidades de tu vida junto con las de tu corazón.

Quitó el tapón a la botella de agua y bebió un sorbo. De momento, todo bien. Él se rascó la cabeza al tiempo que parecía meditar a fondo y sopesar sus palabras.

—¿Alguna vez te has acostado con uno de tus clientes?

El agua se le atascó en la garganta y se le fue por el lado que no debía. Se atragantó y se esforzó por respirar. Él se quedó sentado muy tranquilo mientras ella tosía, y después cogió un pañuelo de papel de la caja que había en la mesa y se lo dio. Kate se limpió los ojos llorosos.

—¿A qué viene esa pregunta?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, tú estás analizando mi vida. He supuesto que si vamos a confiar el uno en el otro, debería saber algo de ti. Tiene sentido. Eres una especie de terapeuta y se forman vínculos muy fuertes. Solo quería saberlo.

—No me acuesto con mis clientes. Jamás.

—¿Es política de la empresa o ética personal?

Kate reprimió la creciente frustración. Ese hombre era como un depredador que estuviera acechando a su presa mientras planeaba la mejor forma de bloquear su huida.

—Ambas cosas. Una vez te acepto como cliente, hay una confianza que no se puede quebrantar. No podría darte lo que necesitas si tuviera deseos personales. Y, por supuesto, si la cosa no funcionara entre los dos, Kinnections quedaría en entredicho. No estamos dispuestas a arriesgarnos.

—Qué pena.

Kate cambió el peso del cuerpo y lo observó. Ah, sí, sabía muy bien qué estaba haciendo. La estaba desestabilizando. Hacía que se sintiera incómoda. Había sacado a colación el tema del sexo para poder hacerse con las riendas y guiar la conversación a su antojo. Una carcajada ufana subió por su garganta, pero consiguió tragársela a tiempo. No tenía ni idea de lo buena que era en su trabajo.

—Entiendo que no tienes la misma regla con tus clientas.

—¿Cómo dices?

Kate fingió sorprenderse.

—Tus clientas. Eres un abogado matrimonialista, así que estoy segura de

que conoces muy bien el vínculo que se crea cuando se aconseja a una mujer furiosa a la que le han roto el corazón. ¿Te limitas a acostarte con ellas o alguna vez has establecido una relación larga?

Slade se incorporó en el asiento.

—Nunca me acostaría con una clienta.

—Ah. ¿Es política de empresa o ética personal?

Lo vio entornar los ojos al oír la pregunta, formulada con voz muy dulce.

—Buen golpe.

—Gracias. Ahora, en lugar de intercambiar pullas durante el resto de la hora, repasemos tus necesidades básicas. —Ojeó los formularios, aunque ya había memorizado casi todas sus respuestas—. La inteligencia es vital. Una mujer que sea capaz de mantener una conversación. Alguien con formación académica. ¿Un máster o una licenciatura?

—Prefiero con máster.

Ella marcó la casilla.

—¿Con carrera empresarial o estás abierto a una relación con alguien con una profesión creativa?

Él se sobresaltó.

—Dios, nada de artistas ni de escritoras. En fin, escritoras de ensayo sería aceptable. Pero no de ficción. Y ni hablar de novelas románticas.

Otra casilla.

—Veo que la familia también es importante para ti. Vamos a hablar un poco más del tema. ¿Quieres a una mujer cuyos padres sigan juntos? ¿O buscas más evitar alcoholismo, drogadicción o enfermedades congénitas?

Él cambió de postura. La pose arrogante desapareció y Kate atisbó por primera vez indicios de que se sentía incómodo.

—Estoy a punto de ser socio en el bufete donde trabajo. Me gustaría una mujer que no tuviera trapos sucios escondidos ni familiares que pudieran suponer un problema. Asistiremos a cenas de negocios, a eventos sociales, y los socios del bufete son casi todos conservadores.

—Entendido. —Anotó varias cosas en la página—. La personalidad es otro punto clave. ¿Te gusta que una mujer sea graciosa? ¿Tímida? ¿Segura de sí misma? ¿Atrevida? Cuéntame cosas de tus relaciones o de tus aventuras previas.

—Prefiero que sea conservadora en público. La lealtad es fundamental. Me desagradan las mujeres coquetas que ansían llamar la atención. Quiero que sea fuerte, pero que me siga el juego cuando me haga falta.

—¿Cuándo te hace falta?

—¿Cómo?

Kate levantó la vista del papel.

—¿Cuándo te hace falta que te siga el juego? ¿Delante de tus compañeros de trabajo? ¿Con tu familia? ¿En público? ¿O en el dormitorio?

El ambiente se cargó a su alrededor, pero ella lo ignoró. Hablar de sus preferencias sexuales era una bomba de relojería, pero la experiencia le había enseñado que cuanto más seria y desapasionada se mostraba, más se relajaban sus clientes al comentar el tema y antes acababan confesándole sus anhelos más secretos.

—¿Quieres que te cuente mis preferencias sexuales?

—Pues sí. El sexo es uno de los aspectos más importantes de una relación. Si quieres una mujer tímida y virginal, me lo dices. Si te va el sadomasoquismo o te gusta atar a tus parejas, lo debo anotar, porque así no te emparejaré con alguien que pueda salir corriendo. Ni juzgo ni opino. Solo necesito que me digas qué quieres.

¿Por qué le latía el corazón tan deprisa? Sintió un nudo en la garganta y se le tensaron los músculos mientras esperaba su respuesta. Por Dios, se había sentido atraída hacia algunos de sus clientes, pero nunca había experimentado una atracción tan primitiva como la que sentía en las entrañas en ese momento. Mantuvo la mirada apartada para que él no pudiera captar esa debilidad femenina y aprovecharla.

Sus carcajadas resonaron en la estancia. Esa risa ronca la acarició como

unos dedos entre los muslos que la invitaran a disfrutar. Se concentró en respirar despacio y pensó de nuevo en los cachorros de las protectoras de animales.

—Así que quieres hablar de sexo... De acuerdo, hablemos de sexo.

Fingió que estaba muy atareada escribiendo algo para no tener que levantar la vista.

—Disfruto del placer. Disfruto del sexo. Prefiero a alguien que me diga qué quiere para poder darle exactamente lo que le gusta, porque uno de los sonidos más dulces del mundo es oír cómo una mujer grita mi nombre. —Bajó la voz y empezó a susurrar con un tono ronco y perverso—. No me va el sadomasoquismo, pero he usado vendas para los ojos, pañuelos y juguetes para conseguir una experiencia más completa. No me gusta que me aten, prefiero atar. Y no necesito que nadie se ponga de rodillas a menos que ella quiera estar así. ¿Contesta eso tu pregunta?

Kate asintió con la cabeza varias veces. Se había quedado sin habla y sentía fuego en las venas. Cogió la botella de agua, bebió un buen trago y consiguió recuperar la compostura.

—Sí, gracias.

—De nada.

Fingió buscar algo en su documentación, ya que se temía que iba a hablar con voz temblorosa. Tras unos segundos, retomó la entrevista.

—Hablemos de relaciones previas. ¿Has estado casado?

—Sí.

Guardó silencio y se atrevió a mirarlo con los párpados entornados. Había desaparecido la expresión burlona de su cara y parecía haberse erigido un muro entre ellos. Ah, había metido el dedo en la llaga.

—¿Divorciado?

—Ajá.

—¿Qué pasó?

—Nos separamos.

—¿Te importa contarme el motivo?

Esperó con paciencia. Ese era un punto de inflexión, porque la información que le diera sobre su pasado la ayudaría a planear su futuro.

—Me acojo a la quinta enmienda.

Su mujer le había hecho daño. «Exmujer.» Saberlo le ablandó el corazón y la instó a extender una mano para tocarlo. Hasta ese momento había evitado el contacto directo, por temor a que eso le dificultara contener la atracción, pero el comentario la obligó a apretar los puños para evitar acortar la distancia que los separaba. Cuando habló, lo hizo con voz más dulce.

—Slade, no es mi intención fisgonear ni incomodarte. Nuestro pasado nos convierte en lo que somos y también dicta lo que queremos. Me ayudaría saber qué sucedió para evitar emparejarte con alguien que pueda hacerte daño de nuevo. Aunque no hay garantías de que eso no suceda, claro.

Él se dio unos golpecitos en el mentón con un dedo y la observó con expresión taciturna.

—¿Qué te parece si hacemos un *quid pro quo*? ¿Por qué no estás felizmente casada? A menos que lo estés y te guste oír las historias de terror de los demás para alegrarte el día y pasártelo bien, claro.

Ese dolor tan familiar se apoderó de ella una vez más, pero lo reprimió con una facilidad tan pasmosa que debería asustarla.

—No, no estoy casada.

—¿Kinnections no funciona en tu caso?

Levantó la barbilla antes de contestar:

—La verdad es que ningún hombre me ha querido lo bastante como para pedirme que me case con él.

Se produjo un silencio palpitante. Había aprendido muy pronto qué era justo y qué no. Si pedía a los clientes que le confiaran sus historias, ella debía hacer lo propio. Slade carraspeó y dijo con voz desapasionada:

—Me fue infiel. Pero fue culpa mía. Estaba demasiado ocupado estudiando Derecho y la desatendí demasiado tiempo. Una fórmula clásica para el clásico

divorcio.

Kate quería saber más, pero era consciente de cuánto le había costado pronunciar esas palabras. Dios, el divorcio debió de haberle afectado muchísimo. Saltaba a la vista que era un hombre fuerte y, una vez rota la confianza, tardaría años en volver a creer en el amor. Además, su trabajo era mortal para enfrentarse con optimismo a las relaciones sentimentales.

—Gracias. Tiene sentido que la lealtad y la confianza sean los primeros en la lista de requisitos. Eso me ayudará. —Cambió de tema para alegrar el ambiente, para reconducir la conversación a una zona menos peliaguda—. Dime qué famosa te pone.

—¿Eh?

Sonrió al oírlo.

—Si tuvieras que escoger a una famosa para acostarte con ella, ¿quién sería?

—Angelina Jolie.

El nombre brotó de sus labios tan rápido que él mismo se sorprendió. Kate se echó a reír y tomó nota.

—Buena elección. Pero siento decirte que es el tópico por excelencia. ¿Sabes cuántos hombres, y mujeres, dicen su nombre?

—Ahora me da vergüenza. Cámbialo por Zooey Deschanel.

—Ah, mucho mejor. Así que, sin duda, morenas con curvas. Lástima que la amiga de mi hermana esté felizmente casada. Siempre me ha recordado a Zooey.

—¿Puedo albergar alguna esperanza?

—Qué va, Alexa está locamente enamorada de su marido. Pero al menos me hago una idea de tus gustos.

—Si me consigues a Zooey, le pago a Kinnections un anuncio a página completa en el *Times*.

Ella rio de nuevo.

—Haré lo que pueda. Veo que no has puesto muchas aficiones. ¿Qué te gusta

hacer fuera del trabajo?

—Trabajo a todas horas. Salgo a correr cada día. Juego al golf. Cosas aburridas.

—¿Estarías dispuesto a conocer a una mujer aventurera? ¿Alguien que salte en paracaídas, a quien le guste el deporte, el submarinismo, y cosas así?

Otra vez se encogió de hombros.

—Claro. Siempre que no espere que vaya a saltar de un avión por ella. Los gritos podrían acabar con mi imagen viril.

—Lo anoto. ¿Religión? ¿Nacionalidad?

—Sin problemas. Ah, nada de vírgenes.

Kate dejó de escribir.

—¿En ninguna circunstancia?

—De ninguna manera. Soy incapaz de soportar la presión de no mantener relaciones sexuales antes del matrimonio y una mujer sin experiencia puede crear un falso vínculo por el mero hecho de que yo sea su primer hombre.

El dedo de Kate tembló sobre el bolígrafo.

—Entendido. Ahora, para poder hacerme una buena idea de tus creencias, ¿qué opinas del amor? Has contratado los servicios de Kinnections para encontrar a una compañera de por vida o a una mujer con la que puedas entablar una relación duradera. Así que te lo vuelvo a preguntar: ¿estás totalmente comprometido y dispuesto a encontrarla?

—Estoy dispuesto. Pero no creo que exista.

Fascinada, se inclinó hacia delante.

—¿Por qué?

Él descruzó las piernas y las extendió mientras se repantingaba en el sillón.

—En una palabra: oxitocina.

Kate parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Es de primero de ciencias. En ciertos momentos el cuerpo segrega una hormona que enfatiza la necesidad de cercanía y de consuelo. Eso reduce el

miedo y provoca una tranquilidad que nosotros confundimos erróneamente con sentimientos de amor. El momento en el cual se segrega más oxitocina es después del sexo. Por eso la mayoría de las veces la lujuria nos lleva a la cama, la buena conversación nos da esperanza y la oxitocina cimienta esos sentimientos como amor.

Kate abrió los ojos como platos al oírlo. El orgullo y la certeza brillaban en su cara. ¡Madre mía... lo creía de verdad! Sin saber si reír o llorar, observó esa musculosa figura en todo su esplendor y se dio cuenta de que Slade Montgomery iba a ser su cliente más difícil hasta la fecha. El desafío la quemaba por dentro. Emparejarlo y encontrar el amor para él sería su mayor satisfacción. Una prueba para sus habilidades. Si hacía bien su trabajo y el proceso llegaba hasta el final, a Slade se le olvidaría hasta cómo se pronuncia la palabra «oxitocina».

—Una teoría interesante.

—Una con la que no estás de acuerdo, es evidente.

—Eso da igual. Tú crees que es cierta y, por tanto, es tu verdad. Te agradezco que hayas sido sincero conmigo.

Slade la miró con recelo por encima de la montura dorada de las gafas.

—¿No intentarás convencerme de lo contrario?

Sonrió al oírlo.

—No. Pero ahora ya sé qué tiene que suceder para que no te quepa duda de que no eres una hormona. Tienes que enamorarte antes de acostarte con alguien.

—¿Cómo?

—Eso mismo. Organizaré un evento en el que conocerás a algunas personas. Será algo muy limitado, con mucho gusto y discreto. Asistirán varias mujeres y podrás relacionarte con ellas, y luego escogerás a la que será tu cita principal. Es una buena forma de presentación y no te hace perder el tiempo. Pero tendrás que seguir una regla para que yo tenga alguna posibilidad de éxito. Nada de sexo.

Slade frunció el ceño de golpe.

—¿Estás de broma?

Kate empezó a dar rítmicos golpecitos con el bolígrafo y lo miró fijamente sin pestañear.

—No, Slade, no estoy bromeando. Nada de sexo. Estás atrapado en el ciclo hormonal de la lujuria y hasta que no lo rompamos, nunca estarás dispuesto a expresar tus verdaderos sentimientos. Tienes que acceder a hacerlo.

—El sexo es una forma de descubrir si somos compatibles. ¡Por el amor de Dios, no estamos en la Inglaterra victoriana!

Ella suspiró.

—No digo que no vaya a haber sexo. Solo que necesitas un período previo sin relaciones íntimas. Dejémoslo en que nada de sexo hasta que estés preparado para empezar a salir. Monogamia. Créeme, si la mujer no te interesa lo suficiente para salir a cenar con ella unas cuantas semanas, no podrás establecer una relación duradera. El sexo puede confundir las cosas, como tú mismo has dicho. Si lo quitamos de la ecuación, equilibramos el campo de juego.

Slade se pasó una mano por el pelo.

—No me gusta.

—Lo entiendo. Pero te estoy pidiendo que confíes en mí. Conozco mi trabajo y sé cómo conseguir lo que necesitas. ¿Me darás una oportunidad?

—De acuerdo. Pero si veo que no merece la pena o que no me ayuda, eliminaré esa regla. ¿Entendido?

Kate sonrió.

—Me parece justo. Organizaré el evento para el viernes de la semana que viene por la noche. A las siete. Me gustaría celebrarlo aquí en Verily, si te parece bien.

—Claro, así veré cómo le va a mi hermana. ¿Cómo está?

—No puedo hablar de su estado contigo. De la misma manera que no hablaré de ti con ella.

Slade ladeó la cabeza.

—De acuerdo. He visto que pides a tus clientes un año para conseguirles una pareja duradera. ¿No es demasiado tiempo para seguir cobrando la cuota?

El tono de voz tranquilo no encajaba con la censura de su mirada. Kate buscó en su interior para mantener la calma, ya que se negaba a perder el equilibrio. Ese hombre sabía cómo pincharla y cómo tocar resortes cuya existencia desconocía. Sonrió almibarada.

—Qué curioso, porque yo creo que es justo al revés. Una agencia que garantiza resultados en tres meses por 19,99 dólares me daría muy mala espina. El camino debería ser fructífero, rico y lleno de aventuras. ¿Qué supone un año cuando se puede conseguir el amor para toda la vida?

Él resopló.

—¿Qué supone? Pues un montón de clientes para mí cuando la relación se vaya al cuerno.

Kate cruzó los brazos por delante del pecho.

—Guárdate el cinismo hasta después del cóctel del viernes, por favor. También tendrás que completar una sesión con Arilyn y otra con Kennedy. Dependiendo de qué me digan, organizaremos clases para ti.

—¿Qué tipo de clases? ¿Educación para la sensibilidad? ¿Cómo provocarle un orgasmo a una mujer en menos de cinco minutos?

El fuego le corrió por el cuerpo cuando vio cómo su delicioso labio inferior esbozaba una media sonrisa. Por Dios, lo que esa boca sería capaz de lograr... Sintió mariposas en el estómago, pero consiguió mantener el tipo.

—Habla de las recomendaciones después de que ellas te conozcan. ¿Te parece bien el domingo por la tarde? Sería mejor que hubieras completado las sesiones con ellas antes del primer evento.

Slade soltó un suspiro irritado.

—¿Tengo elección? Siempre y cuando tus compañeras capten que tengo sensibilidad a espuelas y que ya he demostrado ser un genio en lo segundo...

—Se quedó callado y la inmovilizó con su mirada—. Muchas veces.

—Bi-bi-bien. En ese caso partes con ventaja. A-a-asegúrate de estar abierto a todas las sugerencias y al camino que te espera.

Dichosa tartamudez. Ese hombre la ponía de los nervios, y detestaba el regreso de su conocida debilidad. Se concentró e imaginó que la música flotaba en su cabeza y brotaba de sus labios. Tras unas cuantas respiraciones profundas, recuperó el equilibrio.

Slade levantó una mano como si se rindiera.

—Muy bien. Estaré abierto al amor y dejaré que todo fluya. Siempre he detestado la música country y toda esa palabrería romántica.

—No estás escuchando la música correcta, cariño —replicó ella, exagerando el acento—. Casi todas las canciones hablan de hombres que ponen los cuernos y de mujeres que les dan para el pelo. ¿O es que no ves *Nashville*?

—Me rindo.

Estuvo a punto de soltar una risa tonta. Joder, era gracioso. Le encantaba el sentido del humor sarcástico y punzante. Pero era una pena que representara todo lo malo de un hombre, y que ella fuera todo lo contrario a lo que él buscaba en una mujer. Al menos así se ahorraría mucho dolor, porque una vez que una mujer se enamorase de Slade Montgomery, no le cabía la menor duda de que sería de por vida. Y a la mierda con la oxitocina o como él quisiera llamarlo. Se levantó y lo acompañó hasta la puerta. Él se puso la chaqueta, se abrochó un botón y se volvió para mirarla.

—Gracias por la sesión, Kate Seymour.

Le tendió la mano, pero ella dio un respingo y salió. Todavía no. No estaba preparada para tocarlo y experimentar cualquier tipo de energía sensual y atávica que pudiera percibir. La reservaría para emparejarlo con la mujer adecuada.

Slade la siguió y estuvo a punto de chocar con las dos mujeres que le bloqueaban el paso mientras lo observaban con detenimiento.

Arilyn y Kennedy esbozaron unas sonrisas deslumbrantes. Kate no se dejó engañar. Lo estaban analizando, evaluando, y se morían por tenerlo en su

diván. La admiración relampagueó en los ojos de sus amigas mientras observaban el cuerpo atlético y el increíble pelo de surfero. Kennedy se plantó delante de él.

—Hola. Queríamos presentarnos ya que trabajarás con nosotras. Yo soy Kennedy. Te ayudaré con los eventos sociales, las transformaciones y cualquier otra cosa que necesites para mejorar la experiencia. Y ella es Arilyn. Es la consejera en temas de pareja y nuestra gurú cibernética. Bienvenido a Kinnections.

Slade enarcó una ceja. Ah, sí, ese hombre no era tonto. Sabía que estaban oliendo carne fresca y al parecer la situación les hacía gracia.

—Qué bonito, un comité de bienvenida. Slade Montgomery.

—¿Pariente de Jane?

—Su hermano. Hermano mayor. Por cierto, ¿cómo le va?

Arilyn lo miró con una cálida sonrisa y pasó por completo del carraspeo de Kate.

—Genial. Ya le hemos preparado su primera cita y parece mucho más segura de sí misma.

—Es un poco pronto, ¿no? Se acaba de apuntar. ¿No necesita más consejos o más tiempo para encontrar al hombre adecuado?

—Creemos que está preparada.

—¿Cuándo será?

Kate se colocó delante de él y fulminó a Arilyn con la mirada.

—No es de tu incumbencia. No hablamos de nuestros clientes con otros clientes. ¿No es verdad, chicas?

Arilyn se mordió el labio.

—Ay, lo siento. Como son hermanos...

Slade esbozó una sonrisa que irradiaba confianza y dejaba ver sus blanquísimos dientes. Tenía una de las paletas un poco torcida, lo que le daba un aire aún más atractivo.

—Culpa mía. Pero no pasa nada, Arilyn. Ha sido un placer conoceros a las

dos.

Salió de la oficina. Kennedy se inclinó para verlo marchar. Luego se dejó caer contra la pared al tiempo que soltaba un sentido suspiro.

—Joder, vaya culo tiene.

Kate hizo una mueca.

—Si alguno de nuestros clientes te oye hablar así, nos demandará. Tenemos que ir con pies de plomo con él. Está decidido a demostrar que somos unas estafadoras y cree que robamos dinero a personas ingenuas usando el amor como cebo.

Kennedy silbó.

—Interesante. Bueno, protege a su familia, es listo y está cañón. La tríada perfecta. ¿Por qué no te lo quedas tú?

—No salgo con clientes, Ken. Ya lo sabes. Además, he renegado de los hombres.

Su amiga chasqueó la lengua.

—Romper un par de reglas no hará daño a nadie si los dos queréis. Tú eres la que impuso esa ridícula norma, así que la puedes eliminar. Y a lo mejor te viene bien dejar la dieta de pan y agua y comerte una pizza especial...

Kate se echó a reír. Arilyn frunció el ceño, molesta.

—Aunque me encanta la pizza, voy a pasar. Además, acabamos de repasar su lista y soy todo lo contrario a su ideal. —Empezó a marcar con los dedos—. Prefiere a las morenas, con curvas, de ideas conservadoras, con familia sin secretos inconfesables, con un máster... y, claro, nada de vírgenes.

Arilyn abrió los ojos como platos.

—Venga ya. ¿De verdad ha dicho que nada de vírgenes?

—Ajá.

Kennedy soltó una carcajada.

—¿Por qué te sorprendes tanto? Salvo por nuestra señorita Kate aquí presente, ya casi no quedan vírgenes en Nueva York.

Arilyn salió en su defensa.

—No tiene nada de malo. Lo que pasa es que Kate todavía no ha conocido al hombre adecuado. No es una de esas ingenuas que sueña con una casa con jardín y valla blanca. Solo quiere que haya conexión.

Kennedy puso los ojos en blanco.

—Estáis como cabras. Kate necesita echar un polvo y tú necesitas comer carne. Esos rollos con tus profesores de yoga te están atrofiando el cerebro. — Arilyn se ruborizó, pero se las apañó para parecer ofendida.

Kate gimió y protestó:

—¡Solo es un tecnicismo! Me he dado el lote un montón de veces. Es que cuando llega el momento, siempre hay algo que falla, así que nunca he llegado al final. Tampoco es para tanto.

Kennedy resopló.

—Claro que es para tanto. Darse el lote está bien, pero te estás perdiendo el plato principal. Te has quedado con unos cuantos aperitivos, pero no te has comido el costillar entero.

—¿Tienes hambre? ¿A qué vienen esas comparaciones con la comida? — preguntó Kate.

—Dichosa dieta. Me estoy cabreando por momentos.

Arilyn se compadeció de ella y chasqueó la lengua.

—Tengo una barrita de muesli orgánico con chocolate negro. Te sentirás mejor. Y deja a Kate y su pobre virginidad tranquilas. Es una pionera.

Kate gimió y se pasó las manos por la cara.

—Esto da para una pesadilla. En fin, ¿estamos de acuerdo en que soy la peor candidata para don Abogado Matrimonialista Cañón?

—Me encantan los abogados. Pero sí, estoy de acuerdo. Creo que deberíamos emparejarlo con Hannah. O con Emma. Son su tipo, elegantes pero gracias.

Kate asintió.

—Yo estaba pensando lo mismo. Organizaré un cóctel para el viernes de la semana que viene por la noche. Buscad el sitio y decidme a quién podéis

invitar, y yo daré el visto bueno.

—De acuerdo.

—Ah, otra cosa. Slade se ha comprometido a vivir la experiencia completa de Kinnections en todos los sentidos. Creo que tenemos que dársela.

Arilyn sonrió.

—Ah, sí. Tengo algunas cosas estupendas preparadas para don Abogado Cañón. Y créeme, si mi instinto no me falla, todo estará relacionado con el calor.

Kennedy sonrió de oreja a oreja.

—No necesita un cambio de estilo drástico, pero lo llevaré al siguiente nivel. A por él.

La satisfacción invadió a Kate.

—Hecho. Ahora mismo me muero por una copa de vino, música y distracción. ¿Os apetece ir a Mugs?

—Claro. ¿Alguien sabe algo de Genevieve?

Kate negó con la cabeza.

—Se suponía que esta mañana pasaría para tomarse un café, pero no se ha presentado. Le mandaré un mensaje para que venga ya. Está trabajando como una esclava en el hospital. Ser médico residente no es como lo pintan en *Anatomía de Grey*.

Kennedy se echó a reír.

—Ya, pero se ha agenciado a su propio doctor Macizo. ¿O era el otro que estaba cañón el que murió? Menudo desperdicio.

Kate rio, cogió el bolso y salió con sus socias.

Slade encendió el televisor con el mando a distancia, cerró el portátil y cogió su cerveza Sam Adams. El sabor afrutado le dejó un regusto agradable en la boca y debería sentirse satisfecho. Miró la casa, perfectamente amueblada y decorada para reflejar su estilo de vida. Lujosa, pero sin exageraciones ni extravagancias. El televisor de pantalla plana de sesenta pulgadas era un buen toque para el entorno masculino. Los sillones relax con mando a distancia y portabebidas eran el complemento perfecto para su bienestar. Un mueble bar muy bien provisto y con una serie de vasos de distintas formas adecuados para cada bebida. Su comedia clásica preferida, *Trabajo basura*, se escuchaba a todo trapo a través del sistema de sonido de alta definición. A su derecha descansaba una bolsa de patatas fritas.

Perfecto. Después de años de desasosiego, conflictos y transigencias, por fin había conseguido todo lo que siempre había soñado. El espacio reverberaba con el silencio que tanto deseaba.

La desagradable voz interior habló de nuevo y le hizo una pregunta irritante: «Entonces, ¿por qué estás más aburrido que una ostra?».

«Que te den. Déjame tranquilo.»

Subió el volumen del televisor y bebió otro trago de cerveza. A las mujeres no les gustaba *Trabajo basura*. No entendían ese tipo de humor. Detestaban encontrarse con restos de patatas fritas en el salón y con ropa sucia fuera de la cesta de la colada, así como la molesta música heavy metal que él prefería. Joder, ni siquiera tenía que preocuparse por una mascota a la que alimentar o pasear. Estaba contento y solo.

Otra vez.

Por su mente pasó una imagen de Kate. ¿Qué tenía esa mujer que despertaba su interés? Sí, era la típica rubia americana que todos los hombres deseaban, e incluso era más deseable porque ella no se daba cuenta de su atractivo y no exageraba su belleza natural. Se mostraba segura de sí misma, una actitud que excitaba a los hombres todavía más. Sí, su cuerpo respondía a su presencia, pero de no haberlo hecho, sería la confirmación de que estaba muerto.

Además, no era la clase de mujer que inspiraba esos instintos tan básicos. Parecía muy independiente, guardaba las distancias físicas y se comportaba con una frialdad que decía a voz en grito: «No te acerques, esto es un negocio».

Liarse con la dueña de una agencia de citas era una estupidez abocada al fracaso.

No estaba interesado.

La voz burlona habló de nuevo en sus pensamientos, pero decidió que podía ahogarla con alcohol y sal.

Otra típica noche de viernes.

El teléfono móvil sonó anunciando que tenía una llamada. Lo cogió, y tras comprobar quién era, descolgó.

—Ya era hora de que me devolvieras la llamada. ¿Estás bien?

El hondo suspiro que le llegó desde el otro lado de la línea irradiaba un deje de irritación que no había oído antes. Sus instintos sobreprotectores hacia su hermana pequeña entraron en acción.

—Que no hable contigo todos los días no significa que esté muerta en una cuneta, mamá.

Slade se enderezó en su sillón y se colocó el auricular bajo la barbilla.

—Ja, ja. A ver, trata de entenderme. Te has ido de mi casa, has dejado el trabajo y te has registrado en una agencia de citas, todo eso en un mes. Necesito hacerme a la idea.

—Lo sé. Pero las cosas van bien. Me encanta mi nuevo trabajo y estoy muy

emocionada con la experiencia en Kinnections. Las dueñas son agradables y cercanas.

La imagen de Kate apareció otra vez en su mente. Él la describiría más como sexy y frustrante.

—¿No crees que son tres locas dispuestas a desplumarte? Ya sabes, estadísticamente hablando, las agencias que buscan parejas no dan resultados y lo único que hacen es engañar a la gente. He estado investigando en internet. Las cifras no mienten. La mayoría de los matrimonios que se conocen por medio de estas empresas duran entre tres y cinco años, y luego se divorcian.

Oh, oh. Su hermana adoptó un tono de voz agudo que indicaba claramente que estaba a punto de perder el control.

—¡Deja ya las estadísticas! Que tu matrimonio no funcionara y que tus clientes se divorcien no significa que yo tenga que pasarme la vida sola.

El dolor se agitó en su interior, pero logró detenerlo. Sí, había fracasado en su matrimonio, de la misma manera que lo había hecho su exmujer. Pero Jane no lo entendía. ¿Cómo iba a entenderlo? Era él quien la protegía de un montón de tíos poco recomendables que querían aprovecharse de ella. Las puertas giratorias de las personas con el corazón destrozado que apenas lograban mantener la cordura eran su día a día. El carácter dulce y frágil de Jane la convertía en el objetivo de los timadores, y ya había conocido a demasiados. Al último tuvo que darle dinero para que se largara. Al menos el gilipollas ya no podía decir que era un artista muerto de hambre y no se ligaría a su hermana por dinero.

—No quiero que estés sola. Lo que pasa es que no soporto que te hagan daño.

Ella suspiró y su voz se suavizó.

—Lo siento, Slade, no debería haber dicho eso. Pero no me gusta que siempre intentes protegerme. Si me hacen daño, lo asumiré. Por lo menos seré yo quien decida las cosas. No volveré a hacerme daño a mí misma.

El recuerdo de aquella noche surgió de repente y la emoción lo abrumó.

Estuvo a punto de perderla. En la habitación del hospital se prometió que jamás volvería a fallarle. Jane necesitaba una persona en la que apoyarse y se había pasado los últimos años asegurándose de protegerla.

—Lo sé. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias.

Respiró hondo. Había llegado el momento de confesar la verdad.

—De hecho, la idea me intrigaba tanto que les hice una visita. He decidido registrarme para vivir la experiencia.

El tono de voz ligero contradecía la inquietud que lo embargaba. ¿Ponerse en manos de Kate y las demás? ¿Quedar con un montón de desconocidas en busca de una relación que jamás funcionaría?

Sí. Lo haría por Jane. Para echarles un ojo a ella y a Kinnections.

El silencio se adueñó de la línea telefónica.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Qué pintas tú en una agencia de citas? ¡Si no quieres sentar cabeza!

—Quizá sí. Quizá estoy buscando una compañera con la que compartir mi vida. Si esta agencia es tan buena como dicen, yo también encontraré a alguien. Oye, podemos tener una cita doble.

Oyó una carcajada ahogada al otro lado de la línea.

—Estás muy mal. No puedo creerme que vayas a hacer esto. Las sesiones son intensas. ¿Te someterás a un cambio de estilo?

«Ni de coña.»

—Ya veremos. ¿Has tenido ya alguna cita? —preguntó.

—Pronto la tendré. Kennedy me llevará a la peluquería esta semana para dar otro aire a mi apariencia. Después me dará una lista de chicos para que los mire en la web y así hacernos una idea de mis gustos.

Ese ambiente de mercado humano le ponía los pelos de punta. ¿Por qué la gente estaba dispuesta a hacer esas gilipolleces para conseguir una cita? Por el amor de Dios, no lo entendía.

—Oye, si me mantienes informado, te lo agradeceré mucho. Estoy un poco

nervioso por todo el proceso. Me vendría bien saber qué pasos estás dando tú.

La voz de Jane estaba teñida de recelo.

—Kate te cuidará.

Por su mente pasó una imagen de Kate de rodillas, bajándole la cremallera de los pantalones. Empezó a sudar al instante. ¿Qué le estaba pasando?

—Tal vez.

—¿Cuándo es tu primera cita?

—Me han organizado un cóctel con varias mujeres el viernes por la noche.

—Apuró la cerveza—. ¿Por qué no vienes?

—¿Cómo? ¿Estás loco? Es la primera vez que verás a estas mujeres.

—¿Y qué más da? Así sabrás cómo funciona Kinnections, y luego podrás darme tu opinión. Además, ya no te veo y lo están organizando en Verily. Me encontraré como pez fuera del agua. En la vida he visto tantas tiendas de cerámica. ¿Cuántos platos, cuencos y demás puede tener una persona?

La oyó soltar el resoplido que la acompañaba desde la infancia.

—Slade, tú no te sientes como pez fuera del agua en ningún sitio. Ese es tu problema.

—Bueno, ¿vendrás?

—Lo siento, no puedo. Estoy ocupada con la investigación para mi nuevo artículo y no pienso levantar cabeza durante una semana.

—Entonces, ¿quedamos para almorzar este fin de semana? Te resumiré mi experiencia.

—Claro. Te llevaré a Mugs. Preparan unas hamburguesas estupendas.

—De acuerdo. Nos vemos el sábado a la una.

Se despidieron y Slade cortó la llamada.

Estaba en la situación perfecta. Jane no sospecharía y él podría echarle un ojo y controlar a la agencia.

Echó hacia atrás el respaldo del sillón con el mando a distancia e intentó concentrarse en el discurso de Milton con respecto al traslado de su mesa, las ardillas y su querida grapadora roja. ¿Por qué decidía una mujer emprender un

negocio de citas? ¿Era Kate una mujer de negocios espabilada decidida a ganar pasta? ¿O tenía una motivación más profunda? Sus inquisitivas preguntas habían agitado un avispero de emociones en su interior que no tenía la menor intención de explorar.

Tenía la certeza de que el amor no era suficiente, de que nunca lo sería. En sus relaciones había placer, el disfrute del momento y respeto. A veces hasta amistad.

Pero no amor. Al menos no a largo plazo.

Pensó en Kate y en su confesión personal. Las palabras se repitieron en su mente como un mantra.

«Ningún hombre me ha querido lo bastante como para pedirme que me case con él.»

Su brutal honestidad le llegó a lo más hondo. A una parte de sí mismo que ansiaba aliviar la herida y demostrarle que se equivocaba.

«Sí, claro, una casamentera y un abogado matrimonialista. Tiene toda la pinta de ser un éxito...»

Sus labios esbozaron una sonrisa. Seguramente el universo lo estaba castigando por su repentina ansia de seducirla. Joder, tenía muy claro por qué se había decidido por la profesión que ejercía. Para ayudar a aliviar los desencuentros y la confusión provocados por el pasatiempo preferido de los estadounidenses: fastidiar a sus parejas. Ayudaba a algunas personas y ganaba mucho dinero. Sí, no lo respetaban, y cuando decía a la gente cuál era su profesión, lo miraban como si acabaran de pisar un chicle. Pero ¿a quién le importaba? No pensaba estropear las cosas persiguiendo a una samaritana del amor.

Era feliz.

La vida era perfecta.

—¡Robert, ya he llegado!

El roce de sus uñas en el suelo le provocó una alegría serena. Su compañero de casa y mejor amigo apareció por la esquina del pasillo y corrió hacia ella.

Kate se arrodilló y esperó. Aunque no podía mover las patas traseras, eso no le impidió avanzar y detenerse justo delante de ella. Kate apoyó la frente en su peludo y suave cuerpo. Un delicado lametón en la cara era la única muestra de cariño que su altivo perro se dignaba hacer. Le dio unas palmadas y comprobó el estado de su vejiga. Casi llena. Otra hora más y el pobre habría tenido un problema.

—Lo siento, cariño, llego tarde. He estado comiendo con las chicas. Vámonos.

Acercó la silla de ruedas que descansaba al lado de la puerta y enganchó el perro a ella con una facilidad que le hizo a sentirse orgullosa de lo mucho que habían progresado. Juntos. Descartó la correa y lo llevó fuera, a la zona del jardín con césped que era solo para él. Se estremeció al sentir el azote gélido del aire, pero Robert levantó el hocico para olisquear, respiró hondo y echó a correr.

Esa muestra de alegría por la libertad le arrancó una carcajada mientras las ruedas de la silla giraban a toda velocidad a medida que avanzaba por el césped en dirección a su árbol preferido, alrededor de cuyo retorcido tronco empezó a dar vueltas y más vueltas. Kate sintió una profunda sensación de paz. Su casa de una sola planta podía ser pequeña, y su jardín no era muy grande, pero había conseguido crear un hogar y una familia propios a los que quería.

Robert hizo sus necesidades en privado, oculto en su lugar habitual. Cuando lo encontró, acababa de sufrir un atropello y estaba casi sin vida. Lo vio en la cuneta, con las patas destrozadas y la mirada vacía. Lo llevó corriendo al veterinario, quien le aconsejó que lo durmiera. Ningún refugio lo aceptaría. Nadie lo querría. Era un pitbull, la peor raza para adoptar. Se podía operar, pero sería caro. Era mejor dejarlo morir en ese mundo tan frío que no tenía tiempo para las imperfecciones humanas, mucho menos para las caninas.

Accedió y entró para despedirse del animal, para que al menos se fuera al

otro mundo con una amiga a su lado. Debía de sufrir un dolor espantoso, pero cuando le colocó la mano en la cabeza, la volvió para mirarla.

Kate vio unos ojos marrones llenos de arrepentimiento. Tal vez por la vida que había llevado. Tal vez por la vida que había soñado pero que nunca había conseguido. Ojos de expresión humana, inteligentes, resignados, pero rebosantes de bondad, aunque sabía que su dueño había decidido que era despreciable y prescindible.

«Merezco más que este destino. Me merezco algo más.»

La voz que parecía surgir de su mirada la golpeó con fuerza. En ese instante supo que era su perro. Que estaba destinado a ser suyo. Sintió el hormigueo de la energía en la palma de la mano, como si hubiera conocido a otra parte de sí misma. Se volvió hacia el veterinario y le dio la orden.

—Sálvelo. No me importa lo que cueste ni cómo lo haga. Lo quiero.

La mirada sorprendida del veterinario pasó a reflejar compasión y determinación por ganar la partida.

—En ese caso, lo haré.

Fue un momento crucial para los dos. Aunque ambos estaban lisiados, merecían recibir amor. ¿Cuántas veces había llorado hasta quedarse dormida, pensando en sí misma como un bicho raro al que nadie podía querer porque no podía hablar como los demás? En los horrorosos años de colegio se avergonzaba de leer en voz alta, de saludar, de sufrir las bromas y el acoso de los otros niños en el recreo. Pero lo había superado y había conseguido una vida exitosa. Igual que Robert. A la mierda con el resto del mundo.

La recuperación se prolongó durante semanas y le llegaron un montón de facturas con las que supuso que el veterinario la ayudó. También recibió una silla de ruedas, donada por una maravillosa organización benéfica, para Robert, que a esas alturas era parapléjico, pero que podría andar de nuevo sin usar las patas traseras. Kate aprendió a distinguir cuándo necesitaba vaciar la vejiga. Lo llevó a rehabilitación, donde le enseñaron nuevos trucos para tener una vida plena, y contrató a una persona para que fuera a casa unas horas todos

los días mientras ella trabajaba.

A los veintiséis años se arrepentía de muchas cosas. De no haber viajado. De haber agachado la cabeza, avergonzada, por cosas que no eran culpa suya.

Pero jamás de Robert. Era la única decisión de la que se sentía orgullosa.

Una vez acabó de correr, lo desató de la silla de ruedas y le dio un beso fugaz en la cabeza.

—Estoy agotada. Me he escapado y las he dejado solas. Kennedy se cabreará mucho.

Los profundos ojos marrones de Robert la miraron con el brillo de la comprensión.

—¿Qué te parece si este sábado vamos al parque canino y así conoces al nuevo perro rescatado de Arilyn? Te caerá bien. Todavía le queda un largo camino por recorrer, como te pasó a ti, pero creo que si te ve, sentirá más deseos de curarse.

Robert ladeó la cabeza y asintió.

Kate echó a andar hacia la cocina, alargada y pintada de rojo.

—Guay. ¿Quieres un hueso succulento o una loncha crujiente de beicon?

Robert ladró dos veces.

—El beicon entonces.

El perro le quitó con delicadeza la loncha de los dedos y se dirigió a su cama ortopédica, donde se acomodó para disfrutar del premio.

Kate iba a abrir el cajón donde guardaba el pijama cuando llamaron a la puerta. Miró por la ventana y abrió para invitar a su mejor amiga a pasar.

—No has ido a Mugs.

Genevieve MacKenzie atravesó el umbral de su casa, todavía con el uniforme del hospital.

—He doblado turno. Se me ha olvidado comer. ¡Socorro!

Kate meneó la cabeza y regresó a la cocina. Robert abandonó su cama para saludar a su segunda persona preferida, a quien le restregó la palma de la mano con el hocico mientras ella le acariciaba la cabeza y lo besaba.

—¿Cómo está mi chico preferido? ¿Ha tenido un buen día o un mal día?
Kate abrió el frigorífico y sacó los embutidos.

—Ha sido bueno. Últimamente vacía mejor la vejiga y no tiene escaras.

—Buen chico —dijo Gen al tiempo que lo acariciaba detrás de las orejas—.
Siento mucho haber aparecido a la hora del pijama.

—No seas tonta, vives aquí al lado. —Kate le preparó un sándwich con jamón york, queso, lechuga, tomate y mayonesa, que colocó en un plato—.
Siéntate y come. ¿Por qué narices te cuidas tan poco de un tiempo a esta parte, cariño? No podrás salvar el mundo si te da un patatús.

Su amiga se dejó caer en el taburete rojo y empezó a engullir el sándwich.
Kate sonrió, le sirvió un vaso de agua, echó unas patatas fritas en un cuenco y se sentó en el otro taburete.

—David me ha pasado un artículo de investigación para que lo complete.
Supuestamente íbamos a ser colaboradores, pero he descubierto que eso significa que yo hago el trabajo y él se lleva el mérito cuando lo publique.
Forma parte de la tortura de la residencia.

Una extraña sensación se apoderó de Kate mientras observaba a su mejor amiga. Se conocieron en la Universidad de Nueva York, igual que a Arilyn y Ken, pero cuando Gen se mudó a la misma calle donde ella vivía, acabaron siendo prácticamente hermanas. Kate adoraba la numerosa familia italiana de Gen y siempre la acompañaba a los eventos familiares. Era habitual que una completara las frases de la otra, tenían gustos similares y ambas poseían una ambición enloquecedora por triunfar.

—No me parece justo. Te veo demasiado agobiada.

Gen gimió mientras le daba un mordisco al sándwich. Varios mechones de pelo rizado y oscuro se le habían escapado de la coleta y caían desordenados en torno a su cara, en forma de corazón. Sus ojos, de color azul oscuro, estaban fijos en la comida que tenía delante, pero Kate los había visto concentrados en una urgencia médica, tranquilizando a un niño asustado o aplacando a un padre con el corazón y el alma de una verdadera cirujana.

—Qué rico. ¿Me preparas un café?

—No. Bebe agua. Si no, no dormirás.

Un gesto de fastidio se dibujó en el rostro de Gen, pero se bebió el vaso de agua y después atacó las patatas fritas.

—¿Qué tal en Mugs?

—Bien. Te hemos echado de menos. Ya no vienes nunca. ¿Qué pasa?

Una extraña expresión apareció en su cansado rostro, pero siguió con la vista clavada en el plato.

—Es por el trabajo. David insiste en que tengo que concentrarme más en el trabajo para destacar. Tiene unos turnos tan desquiciantes que ya apenas nos vemos. Solo es cuestión de renunciar por un tiempo a mi vida social.

David, también conocido como el doctor Macizo, era el jefe de Gen, un tío bueno y simpático, uno de los mejores cirujanos pediátricos. Se pasaba la mitad del tiempo en el Westchester Medical y la otra mitad en Albany. Kate sabía que su amiga llevaba años colada por él, como el resto de las residentes, pero el último año David se había fijado por fin en ella. Habían empezado a salir, sin hacerlo público, y por un tiempo Kate había visto a su amiga resplandecer de felicidad.

Sin embargo, estaba cambiando. Ya no asistía a las reuniones programadas de las amigas, trabajaba a destajo y pasaba todo su tiempo libre en casa de David. Kate intentaba analizar sus emociones y se preguntaba si en el fondo estaba celosa de la entrega total de Gen o si en realidad echaba de menos a su amiga. Desterró sus pensamientos y esbozó una sonrisa forzada.

—Lo entiendo. Pero asegúrate de descansar de vez en cuando y también de divertirte.

—Sí, mamá. —Gen se echó hacia atrás en el taburete, con pinta de satisfecha —. Dios, qué rico estaba. Dios, te quiero.

Kate se echó a reír mientras recogía el plato.

—Al menos alguien me quiere.

—¿Otra mala cita?

—Ajá. Pero se acabó, Gen. Mira esto. —Hizo un gesto con los brazos para abarcar la casa que adoraba, desde la moderna cocina roja hasta el amplio salón con sus enormes estanterías de madera en las que se alineaban sus películas, música y libros preferidos. El precioso suelo de madera relucía a la perfección. Todo estaba decorado en gris con alegres toques de amarillo. El gigantesco ventanal y su asiento acolchado tenía vistas al jardín y al río Hudson—. Me encanta mi casa. Me encanta mi trabajo y adoro a Robert. Y soy feliz. Cada vez que vuelvo de una cita, llego deprimida, así que me tomaré un descanso. Un año quizá. Me concentraré en lograr que Kinnections crezca y en divertirme.

Gen la cogió de una mano y le dio un apretón para demostrarle su apoyo.

—Las citas malas son un coñazo. Pero creo que estás destinada a encontrar a ese hombre especial. ¿Seguro que no quieres usar los servicios de tu propia empresa para dar con alguien?

Kate negó con la cabeza.

—No, al ser la dueña las líneas se difuminan mucho. Prefiero usar la energía en mis clientes. Sobre todo, en los difíciles. —La cara de Slade pasó por su mente y le provocó un escalofrío. Tal vez esa era la clave: concentrarse en demostrarle a Slade que Kinnections funcionaba y encontrarle pareja. Después retomaría su deslustrada vida amorosa.

Gen se bajó del taburete y se despidió de Robert con un beso.

—¿Cuál es esa frase tan manida que se le dice a las mujeres frustradas? Encontrarás el amor cuando no lo busques.

—Espero que no. Esa teoría me llevaría a la bancarrota.

Gen se echó a reír mientras la abrazaba.

—Gracias. Necesitaba un poco de charla femenina y comida. Te quiero.

—Yo también.

Kate cerró la puerta cuando Gen se fue, echó el pestillo y empezó a desnudarse. Sacó su pijama de franela preferido, suave y desgastado, y en cuestión de segundos estaba sentada en su ajado sillón. Joder, le encantaría

poder comprarse uno de esos sillones relax que se manejaban con mando a distancia y que tenían calor lumbar. A lo mejor se daba un capricho para su cumpleaños el próximo año. Con los pies extendidos sobre la arañada mesita auxiliar, ojeó la lista de películas grabadas. Robert se acomodó en el montón de mantas que tenía al lado y se echó a dormir.

Se decidió por las comedias y eligió una. Su preferida. Por más veces que viera *Trabajo basura* siempre la encontraba graciosa. Era un clásico. Le dio al botón de reproducción y se acomodó en el sillón.

Ajá. Todo saldría bien.

A la perfección.

Slade entró en el pequeño gimnasio del que presumía Verily y se dirigió a la parte trasera. No sabía qué esperar, pero una buena sesión de ejercicio era una forma estupenda de empezar el domingo.

Se abrió paso entre un despliegue de mancuernas, bancos de pesas y cintas de correr mientras miraba con expresión anhelante la pista exterior a través de las ventanas. Preferiría una buena carrera para ponerse en forma, pero Arilyn tenía otra cosa en mente.

Admitió a regañadientes que no le parecía la típica vendedora sin escrúpulos. Ella lo sondeaba con buena intención; su melodiosa voz era tan elegante como su larga melena rubia y sus movimientos armónicos. Sin apenas darse cuenta, acabó repantingado en el sillón color ciruela, relajado y tranquilo, y empezó a decirle cosas que nunca antes había confesado.

Resultaba algo humillante. Lo había calado perfectamente y le había diseñado un programa de ejercicios especial que liberaba todas las toxinas y que lo limpiaría y lo prepararía para el amor.

«Sí, claro.»

Aun así, había firmado el contrato y estaba decidido a desenmascarar cada ridículo y pernicioso intento por hacerse con el dinero de su hermana. Abrió las puertas de cristal y entró en un pequeño estudio.

Joder. Hacía mucho calor.

El sudor le perló la frente en cuestión de segundos, y no solo por la temperatura. Kate estaba junto a Arilyn, ataviada con pantalones de yoga y un top a juego. La licra se le amoldaba al trasero del mismo modo en que

ansiaban hacerlo sus dedos y le enfatizaba la curva de los pechos. Llevaba el pelo recogido en la coronilla, dándole así acceso a la suave y blanca piel de su cuello y de la parte superior de su espalda.

Apartó la mirada mientras se le ponía dura. Eso sí que era embarazoso, como si fuera un adolescente con un calentón por la profesora. Se dio la vuelta, pensó en su última cliente, una mujer que había llorado en su despacho porque su marido les había abandonado a ella y a sus tres hijos para irse con su secretaria. El mayor tópico del mundo. Gracias a Dios, se le bajó rápido la erección y pudo cruzar la estancia.

—Hola. ¿Pasa algo con el aire acondicionado?

Kate sonrió. Arilyn carraspeó y señaló a los otros dos hombres presentes. Un negro alto y musculoso con la cabeza rapada, bíceps enormes y unos muslos como troncos de árboles que quedaban a la vista gracias a unos pantalones cortos. El otro era más bien canijo, pelirrojo, con la piel muy blanca, e iba cubierto de la cabeza a los pies con un chándal. Slade empezó a sudar todavía más solo con verlo.

—Caballeros, hagan el favor de reunirse en un círculo a mi alrededor.

Los hombres obedecieron mientras se miraban entre sí, a todas luces incómodos. El grandullón gruñó e hizo una mueca digna de M.A. Barracus.

—Os presentaré rápidamente. Slade, este es Meat.

Slade puso los ojos como platos. ¿Se llamaba «carne»?

—¿Meat?

El aludido lo fulminó con la mirada.

—¿Algún problema con el nombre?

—Qué va. Solo quería asegurarme. Encantado de conocerte.

Meat asintió.

—Y este es Trent.

Slade saludó al más joven, que parecía aterrado por lo que Arilyn pudiera hacerle. ¿Qué tipo de terapia era esa?

Miró a Kate de reojo, pero sus ojos azules relucían con una expresión

traviesa, lo que confirmó que lo que les esperaba iba a ser malo.

Realmente malo.

Se concentró en la voz musical de Arilyn:

—Todos tenemos problemas que necesitamos resolver para ser mejores personas. Cuanto más felices y satisfechos estemos, mejores serán nuestras relaciones con los demás. El cuerpo acumula el estrés en los músculos y bloquea muchas vías, sobre todo el chakra de nuestros corazones. Hoy tendremos una sesión de bikram yoga, que derribará algunas de las barreras que hemos erigido. Kate me ayudará a guiaros por las diferentes posturas. Concentraos en vuestro cuerpo y en vuestra respiración. Si necesitáis descansar, no dudéis en hacerlo. He preparado agua para cada uno y las esterillas ya están extendidas. ¿Alguna pregunta?

Trent emitió un gemido espantado.

—No me gusta quitarme la camiseta delante de nadie —dijo.

Arilyn asintió.

—Lo entiendo, pero es uno de los bloqueos que me gustaría trabajar hoy. Tu cuerpo no tiene nada de malo. Te has acostumbrado a esconderte detrás de la ropa para mantener alejadas a las mujeres. Es hora de liberarse un poco.

«Ni de coña.»

Eso no le estaba pasando a él. ¿Bikram yoga? ¿Problemas? Sí, en Kinnections estaban como cabras. ¿Y había pagado mil dólares por eso?

Slade carraspeó.

—Esto... sin ánimo de ofender, dudo mucho que una sesión para sudar vaya a eliminar problemas que se llevan arrastrando mucho tiempo.

—Estoy de acuerdo —dijo Trent con voz estrangulada.

Arilyn y Kate lo miraron fijamente. Con expresión adusta. Se negó a claudicar, ni un poquito. No iba a dejarse intimidar por una mujer enclenque. O dos. Había destrozado sin despeinarse siquiera a jurados desalmados que lo habían tomado por lo peor de lo peor.

—Entiendo tus preocupaciones —repuso Arilyn—. Solo os pido una mente

abierta y que le deis una oportunidad.

—Yo lo haré.

Slade se apartó de un salto cuando Meat dio un paso al frente. Se apartó del círculo y echó a andar hacia su esterilla morada, se tumbó en el suelo junto al alegre cojín amarillo y esperó que le dieran más órdenes.

Trent se mordió el labio y lo imitó.

«Será un día horroroso.»

Pero no pensaba echarse para atrás. Haría esos ridículos estiramientos y luego le diría a su hermana que estaban todas locas. Se fue a su esterilla, se quitó la camiseta, los zapatos y los calcetines y luego se volvió hacia ellos.

«Venga, atreveos.»

Kate sonrió.

La sesión empezó con ejercicios sencillos. Unos cuantos saludos al sol o a la luna o a lo que fuera. Unas cuantas flexiones con las rodillas apoyadas. Unos cuantos estiramientos hacia atrás. Sí, hacía mucho calor, pero sus músculos se relajaron un poco y sintió cómo desaparecía la tirantez de su nuca. Mmm, quizá tendría que incorporarlo a su rutina de ejercicios. Una delicada melodía de flautas sonaba a través de los altavoces y se dejó envolver por la calma.

Luego todo cambió.

Arilyn empezó a pasar de una postura a otra más deprisa, y las flautas desaparecieron para ser reemplazadas por un ritmo urbano y terrenal que lo instaba a acelerar los movimientos. Las flexiones dieron paso a sentadillas demenciales, a planchas, a estiramientos hacia atrás y vuelta a empezar. Una y otra vez, les exigió cada vez más, hasta que sus músculos se estiraron por completo y el sudor le empapó la espalda.

La irritabilidad se apoderó de él. ¿Qué estaba haciendo Arilyn? Joder, ¿por qué parecía más elegante y más fuerte que ellos tres juntos? Slade miró de reojo a sus compañeros. Meat tenía los ojos cerrados y jadeaba intentando seguir el ritmo, y Trent gemía y gruñía de dolor en un intento por despegarse la sudadera de la empapada piel, mientras el pelo rojo le cubría la frente.

—Un poco más deprisa, caballeros. Kate subirá la temperatura al máximo para liberar todas las toxinas. Vuestras mentes se rebelarán, pero dejad que vuestros cuerpos se rindan.

Slade masculló un taco e intentó hacer caso omiso del temblor de sus bíceps. Antes muerto que rendirse. Joder, prefería acabar derretido en el suelo antes que permitir que le ganaran.

—¡Aaaaah!

Un grito atávico resonó en la estancia y lo desconcentró, sacándolo de la postura. Era Trent, que tenía los ojos como platos mientras se arrancaba la sudadera. Slade se preparó para algo espantoso... ¿por qué si no, se negaba a desnudarse? Tal vez tenía un tercer pezón. O muchas cicatrices. Pero al echarle una mirada a Trent, le pareció...

Normal.

Un poco delgado, pero nada que le impidiera ir a nadar o algo por el estilo.

El chico parecía haberse liberado de un demonio interior, porque en ese momento se rindió al ejercicio y empezó a moverse como un loco, mientras emitía gruñidos que lo incomodaron.

En fin, al menos quedaban dos hombres de verdad en la habitación.

—Muy bien, Trent, suéltalo todo. Vamos a mantener las asanas más tiempo para ejercitarnos a fondo.

«Qué ilusión...»

Meat miró a Arilyn con el ceño fruncido, y Slade supuso que todos esos músculos no servían de mucho a la hora de realizar estiramientos continuos y rápidos, porque se le trabó el pie con la pierna y no consiguió llegar a la parte delantera de la esterilla. Meat gimió e intentó adelantar más el pie, con aspecto de cabreado. Slade esperó a que explotase mientras se daba palmadas en la espalda, felicitándose por la idea de que no iban a poder con él.

Kate apareció junto a Meat y le susurró algo al oído. Acto seguido, le movió la pierna y le colocó un bloque morado bajo la cadera. Meat gruñó, cerró los ojos y respiró hondo.

Slade decidió matar el tiempo recitando mentalmente los casos clave y las sentencias judiciales. Le ardía la pierna. Lo mismo que la piel. En la vida se había sentido tan incómodo ni había pasado tanto calor, pero cuando miró el reloj, se dio cuenta de que solo llevaba en esa habitación quince minutos.

Salieron de esa desgarradora postura y estaba dando las gracias en silencio cuando Arilyn anunció que iban a pasar a las posturas de equilibrio. Pan comido.

Había visto la pose del guerrero en varias fotos y le parecía muy masculina. Siguió las indicaciones y levantó el pie y se inclinó hacia delante con fuerza, agilidad y confianza.

Y se cayó de culo.

Meat y Trent parecieron no darse cuenta. Mantuvieron la postura como estatuas. Kate se colocó a su lado.

—¿Necesitas ayuda?

Slade frunció el ceño.

—Claro que no. La esterilla está resbaladiza por el sudor.

—Mantener el equilibrio es difícil. Concéntrate en la respiración y relájate.

La fulminó con la mirada. ¿Que se relajara cuando parecían estar dentro de un volcán en erupción? Deberían arrestarlas por tortura. Pero no dijo ni una palabra. Se mordió la lengua y volvió a adoptar la postura. Una vez. Y otra.

—Pasaremos a los estiramientos hacia atrás, caballeros. Seguid mis instrucciones. Id despacio, sin sobrepasar vuestros límites ni intentar imitar a nadie. No estamos en una competición.

Arilyn adoptó una postura muy erótica y elegante. Se arqueó hacia atrás y se agarró los tobillos. Tenía el pecho elevado y el pelo le caía hasta el suelo. Así que supuso que era bastante fácil. Miró de reojo y vio que Trent y Meat no eran capaces de doblarse hacia atrás tanto como ella. Contuvo una sonrisa divertida y se dispuso a imitar esa postura. Se echó hacia atrás todo lo que pudo y fue a agarrarse los tobillos.

Que no encontró.

Se ladeó hacia la derecha, perdió el equilibrio, y cayó. Meat esbozó una sonrisita como era habitual en cualquier competición masculina, aunque fingió estar sumido en el momento manteniendo los ojos cerrados. Trent tenía una expresión orgullosa en la cara, y su pecho sudoroso se arqueaba en perfecta simetría.

«Cabrones...»

Lo intentó varias veces más y fracasó en todas. En otras circunstancias, habría mentido o habría fingido que estaba débil para que Kate le pusiera las manos encima de forma íntima, pero como era una situación real, su terquedad le impediría disfrutar de sus caricias hasta que consiguiera llegar a dominar eso del bikram yoga.

—Vamos a por un último esfuerzo antes de pasar a la fase de relajación. Saludo al sol, estilo ashtanga yoga. Vamos allá.

Con cada rotación, su mente rugía con un torbellino de emociones que se entremezclaban hasta formar el caos absoluto. Rabia y frustración. Incomodidad física. Orgullo herido. Sensación de pérdida. Y despacio, muy despacio, algo más.

Tranquilidad.

Durante los últimos cinco minutos, su cuerpo soltó sudor a chorros, pero su mente se despejó y parecía casi... vacía. Qué raro. Sus músculos se estiraban y se movían al ritmo de la música, una vez superado el punto de prestar atención a los pensamientos racionales y a las órdenes, y se dejó llevar. Al tiempo que lo guiaban para adoptar la postura del muerto o algo así, tumbado boca arriba en el suelo, y se preguntaba si algún día sería capaz de volver a andar, una sensación de paz le llenó el cuerpo y su respiración se volvió más profunda.

Por primera vez en la vida, experimentó algo que nunca había percibido en su cuerpo, su mente y su alma.

La paz.

Poco a poco Arilyn los sacó del trance y se sentaron en un círculo. Mientras bebía agua como un poseso, agotado, esperó a que empezara con algún tipo de

cántico raro, un «om» o algo así, porque ese sería el momento en el que se largaría echando leches.

—Ha llegado la hora de compartir. Trent, ¿empiezas tú?

Slade siguió bebiendo agua. ¿Así iba a conseguir una relación estable? Si le quedase un resquicio de energía, les diría lo majaras que estaban y se piraría. Y eso iba a hacer, en cuanto las piernas dejaran de temblarle.

Trent asintió.

—Me he sentido tan incómodo y cabreado que fue como si mis barreras se rompieran, y de repente me dio igual si alguien me veía el pecho. Me liberé. Me arranqué la sudadera y me di cuenta de que nunca ha tenido tanta importancia como yo creía.

Arilyn sonrió.

—Qué descubrimiento más maravilloso. Eso es justo lo que quería que sintieras durante esta sesión. Definitivamente estás preparado para el siguiente paso, ¿verdad, Kate?

La aludida asintió.

—Empezaré a organizar algunas citas de las que ya hemos hablado.

—¿Alguien quiere decirle algo a Trent de su experiencia?

Meat se volvió para mirarlo.

—Buen trabajo —dijo con su voz ronca y grave.

Todos miraron a Slade, que cambió un poco de postura.

—Esto... tienes un buen pecho, tío. Enorgullécete de él.

Trent sonrió, encantado.

—¿Meat? Te toca.

Meat apoyó las manos en las rodillas, sumido en sus pensamientos.

—Todo el mundo cree que soy violento debido a todos estos músculos y a que soy negro. Esa clase de prejuicios me duelen, porque me juzgan antes de que pueda abrir la boca. Pero durante esa postura de equilibrio, me he dado cuenta de que solo puedo presentarme como soy. Algunas personas me juzgarán, otras no lo harán, pero yo tengo que ser feliz conmigo mismo.

Slade se quedó boquiabierto.

Trent sonrió y le dio un puñetazo en el hombro. Arilyn y Kate parecían irradiar ternura y amor dentro del círculo.

—Me asombra que hayas llegado a esa reflexión, Meat, con una sola sesión de yoga. Todos somos seres hermosos y nos enfrentamos a las opiniones y a las ideas preconcebidas de los demás. Hay todo un yogui en tu interior.

Meat se secó los ojos.

—Gracias.

Slade se dio cuenta, espantado, de que cuatro pares de ojos se clavaban en él.

—¿Slade? —musitó Arilyn—. ¿Quieres compartir algo?

El pánico lo atenazó. Kate ladeó la cabeza, pero una pizca de cinismo asomaba a esos ojos azules. No creía que fuera a hacerlo. Había supuesto que se rajaría, que despotricaría por la sesión tan ridícula y que se largaría echando humo. La expectación vibraba en el ambiente, tan potente como el olor corporal de los hombres que tenía al lado.

Carraspeó y se devanó los sesos en busca de algo que decir para sobresalir por encima de los demás. Algo profundo, sensible y asombroso. Algo que borrara las dudas de Kate y que confirmara que estaba abierto a toda esa experiencia de locos. Era abogado, por el amor de Dios.

—He sentido muchas cosas.

Silencio.

—¿Como qué? —preguntó Arilyn en voz baja.

Se rascó la cabeza y se apartó unos mechones húmedos de la cara.

—He aprendido que estar solo y apartar a la gente es un error.

Kate enarcó una ceja. Arilyn suspiró.

—Por favor, no digas algo que suena bien, pero que es mentira. En este círculo nadie juzga. Nada está bien o mal. ¿Qué has sentido de verdad durante la sesión?

La frustración lo asaltó en oleadas y le quemó el estómago. ¿No lo creían? ¿Por qué no habían puesto en duda las melodramáticas historias de Meat y

Trent? Ni hablar, hasta ahí había llegado.

Las palabras brotaron de sus labios de manera muy impropia para un abogado.

—Muy bien. Me he cabreado, tenía calor, estaba sudando y hecho un asco. He sido incapaz de realizar la mitad de las posturas que debería haber hecho y he detestado cada minuto.

—Mejor. ¿Qué más? —lo animó a seguir Arilyn.

Slade soltó un suspiro antes de continuar.

—Joder, no tengo nada más que decir. Solo he sentido algo al final de la sesión, como si tuviera la cabeza vacía. Siempre estoy pensando o planeando o tengo esta especie de zumbido metido dentro; y por primera vez, se ha silenciado. Casi por completo. Pero solo ha sido un momento y luego nada. Ya está.

Intentó no enfurruñarse, una actitud que no iba con su estilo, pero de repente todos sonreían y asentían, y Meat le dio una palmada en la espalda.

—Buen trabajo —dijo Arilyn—. Eso era lo que quería. Verás, como abogado estás acostumbrado a controlar todos los aspectos de una situación y a esperar un resultado concreto. Es parte de tu vida diaria. Al arrancarte ese control, rebajándote momentáneamente, tu mente se ha rendido y han caído las barreras. Ese momento que has conseguido es importante. Era tu verdadero yo que se moría por salir a la superficie.

Sus palabras lo golpearon con fuerza. Aunque no tuvo tiempo para procesarlas, porque el grupo pronunció un «om» colectivo (al menos había acertado en eso) y luego se dio por finalizada la sesión. Slade se bebió el resto del agua, se pasó una toalla por la cara y miró a Kate, que estaba hablando con Trent y con Meat.

Arilyn recogió sus cosas y salió. Tras un sólido saludo con los puños para recuperar su hombría, vio cómo Meat y Trent se alejaban hacia las pesas, y la puerta de cristal se cerró a su espalda.

Kate recogió las esterillas para dejarlas con las demás, dejando ese trasero

respingón a plena vista. El deseo lo asaltó de pronto, golpeándolo con fuerza, y supo que la sesión no había terminado.

Cruzó la estancia.

Kate se concentró en recoger la sala para no tener que mirar al sudoroso, irritado y guapísimo cliente que tenía detrás. Cuando Arilyn le contó su plan, no se hizo ilusiones de que Slade se prestara a participar siquiera. A mitad de la dificultosa clase, le bastó una mirada a su cara para confirmar que no lo iba a conseguir. Arilyn era una máquina a la hora de derribar barreras. Ella había recibido muchas clases suyas cuando la frustración con su tartamudeo la llevaba a encerrarse en sí misma. Supuso que lo pasaría en grande viendo cómo el seguro encanto de Slade se desintegraba.

En cambio, la había impresionado. Muchísimo.

No se había rendido, y la sinceridad que había demostrado al final fue increíble. Les había contado la verdad, después de intentar contarles lo que creía que querían oír. Había visto a muchos hombres salir cabreados de esas sesiones, incapaces de profundizar.

Por supuesto, lo que la cabreaba de verdad era su cuerpo.

Slade Montgomery era la perfección personificada.

Todos y cada uno de sus músculos estaban esculpidos. El vello dorado que salpicaba la piel morena le recordaba a los deliciosos Honey Nut Cheerios, y se moría por darle un bocado. Incluso sudoroso e irritado, mantenía una seguridad que le indicaba que sabía quién era y no pedía disculpas a nadie. Le gustaba ganar. Le gustaba conseguir lo que quería. No se disculpaba por sus creencias y nunca se rendía ante un desafío.

Estaba empapada, de modo que se mantuvo bien lejos de él, poniendo especial cuidado en no tocarlo.

La puerta se cerró tras ella y el alivio le aflojó el cuerpo. Por fin. Dejó la última esterilla en el montón, lo pegó a la pared y se dio la vuelta.

—Hola.

Al oírlo, se sobresaltó. Slade estaba delante de ella y dominaba su espacio personal. Tenía el pelo húmedo pegado a la frente y la camiseta adherida al torso, y desprendía un olor muy masculino y delicioso, nada desagradable. Joder, el tío debía de sudar colonia. ¡No era justo!

—Ho-ho-hola. Creía que te habías ido.

—Todavía no. Una sesión interesante. ¿Torturáis a todos los clientes por igual o solo a los que no os caen bien?

Contuvo la sonrisa e intentó retroceder, pero no había espacio.

—No hacemos discriminaciones en Kinnections. Deberías ver algunas de las sesiones de Arilyn. Esta ha sido de las suaves.

—Da más miedo que un sargento de instrucción porque no la ves venir.

—Lo has hecho bien —admitió. Se obligó a mirarlo a los ojos, aunque se sentía desnuda y vulnerable. La piel le ardía por su cercanía y el deseo crepitó entre ellos, dejándola sin aliento.

—He mantenido el tipo. Me apuesto lo que quieras a que has perdido a muchos clientes al obligarlos a estar en una sala a casi cuarenta grados.

Levantó un poco la barbilla, pero él seguía quedando por encima de ella. Dichosos pies descalzos.

—Algunos. Pero si no están dispuestos a afrontar las dificultades en busca del amor, su sitio no está en Kinnections. En las relaciones no todo es de color rosa. Hay que luchar duro.

—Al menos los estáis preparando para ser fuertes cuando llegue el divorcio. Ah, ya habían vuelto a lo de siempre. Esbozó una sonrisita ufana.

—Supongo que sabes que la tasa de divorcios está disminuyendo gracias a que las parejas conviven durante largas temporadas. ¿Tienes miedo de quedarte sin trabajo por mi culpa?

Slade echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. El sonido le acarició los oídos y se coló entre sus muslos.

—Las estadísticas se pueden manipular para presentar cualquier conclusión

de tu preferencia. Pero el hecho es que la tasa de divorcios de un primer matrimonio oscila entre el cuarenta y uno y el cincuenta por ciento. Los hijos de padres divorciados tienen cuatro veces más posibilidades de divorciarse, así que las cifras se dispararán. Cuando me jubile seré muy rico.

La contienda verbal pasó al plano físico, y su cuerpo cobró vida a medida que su cerebro se revolucionaba. Se le endurecieron los pezones contra la camiseta de licra, y quedaron bien a la vista.

—Si todo el mundo viviera en función de las estadísticas, o presa del miedo a arriesgarse, seríamos un país de robots. El amor es la única magia misteriosa de este mundo que nos da esperanzas.

Slade la miró a la cara y se inclinó hacia ella un centímetro. Luego dos.

—Estoy de acuerdo. Pero la magia es una ilusión, Kate, lo mismo que el amor. La amistad dura. La familia. Pero el amor romántico solo es un espejismo, un vaso de Coca-Cola helada en mitad del desierto. Te tropiezas y extiendes la mano para aplacar la sed, pero luego descubres que el vaso se desintegra entre tus dedos.

—Si no extiendes el brazo y crees en el vaso de cristal, morirás de todas maneras.

Los ojos de Slade se ensombrecieron hasta adoptar un tono verde oscuro. Kate se quedó paralizada, incapaz de luchar contra la desquiciada corriente eléctrica que circulaba entre ellos, como un imán que obligara a otro objeto a pegarse a él. Su ronco susurro la envolvió con su intimidad.

—Al menos morirás sabiendo la verdad. Según tus propias reglas.

Ella se puso firme y le plantó cara.

—Según tus propias reglas, sí. Pero con un orgullo cobarde y solo. ¿No quieres algo más?

Slade se inclinó hacia ella. Kate se humedeció los labios con un gesto muy típico de novela romántica, como si esperase un beso. Por Dios, qué humillante. Intentó recuperar la cordura, pero su cabeza flotaba en una nebulosa que la mantenía clavada en el sitio, indefensa bajo su hechizo. «Es un

cliente. Un cliente. Un cliente. Esto está mal... mal... mal...»

—¿Por qué eres tan inocente?

—¿Por qué estás tan desencantado? —replicó ella.

—Porque mi trabajo me ha mostrado la realidad.

—Lo mismo que el mío.

Se miraron fijamente, sin moverse, sin apenas respirar. Slade masculló algo. Ella abrió la boca para detener esa locura, para apartarse y retomar sus respectivos papeles.

Demasiado tarde.

Él acortó los pocos centímetros que los separaban, la abrazó por la cintura y la levantó para que sus labios se encontraran.

¡Chas!

¡Pum!

¡Zas!

Como el arroz inflado desatado, un calambre la sacudió, arrancándole un jadeo de los labios. El estómago se le encogió y un deseo atávico y ardiente la atravesó por completo, encendiéndola como el árbol de Navidad del Rockefeller Center.

Las manos de Slade se cerraron en torno a su cintura y su lengua se coló entre sus labios, devorándola con un beso ardiente que borró todo pensamiento racional de su cabeza, salvo que quería más. Gimió ante el sensual asalto y levantó los brazos para enterrar los dedos en ese pelo de surfero y retorcerle los mechones. El beso la devoró por entero. Slade sabía a café, a menta y a puro deseo masculino, y como una adicta, ella lo aceptó todo y exigió más. El beso siguió y siguió, ahogándola de placer y aumentando la pasión y la necesidad de verlo desnudo, de subírsele encima, de acogerlo entre sus muslos; la convirtió en un animal salvaje que no reconocía.

La puerta se abrió y una voz desconocida resonó en el estudio.

—¡Oh! Lo siento, chicos, no sabía que os estabais dando el lote.

Kate se apartó de golpe, con el cuerpo tembloroso. La electricidad crepitaba

en el ambiente.

—Mierda. —Slade miró sus cuerpos separados. Parpadeó y meneó la cabeza —. ¿Qué coño ha sido eso?

¡Oh. Dios mío!

El toque. La maldición.

¡Él!

Kate no tuvo tiempo de descifrar la abrumadora maraña de emociones que sentía en ese momento. Casi se cayó de espaldas en su prisa por alejarse, se tambaleó y se apartó hacia un lado cuando él quiso ayudarla a mantener el equilibrio.

—No-no-no me to-to-toques. Ha si-si-sido un error.

Las palabras se le atascaron en la garganta, salieron a borbotones y se volvieron a atascar. Trató de recuperar el equilibrio mientras su tartamudeo resultaba cada vez más evidente e incontrolable.

—Kate, espera.

Slade levantó las manos, con las palmas hacia arriba. Tenía el ceño fruncido y no hizo ademán de tocarla, pero el pánico la atenazó. Si la tocaba una vez más, se vendría abajo, incapaz de controlar la desesperada necesidad de tenerlo, sin pensar en las consecuencias.

—Te-te-tengo que irme. Olvidemos que esto ha pasado.

—¡Kate!

Salió corriendo sin mirar atrás. Recogió los zapatos y echó a andar por el gimnasio descalza. Cuando llegó a la puerta se puso los mocasines y corrió hacia su Ford Fusion como si fuera la última superviviente de una película de terror huyendo de un asesino en serie.

Mientras salía del aparcamiento, se dio cuenta de que su anhelado sueño de encontrar a su alma gemela acababa de hacerse realidad. Durante más de cuatro generaciones, el toque había unido a una mujer de su familia con el hombre adecuado, sin error alguno, confirmando el emparejamiento de un amor destinado a durar para siempre.

Hasta ese momento.

Porque Slade era el hombre equivocado.

Slade trataba de no fruncir el ceño mientras tomaba asiento en el impecable sofá del despacho de Kennedy.

Estaba de mal humor.

Después de la sesión de bikram yoga, supuso que la tortura había acabado. Pero, al parecer, también se había registrado para una sesión obligatoria de asesoría de estilo, algo que, como la humillación que había padecido con el yoga, él no necesitaba. Como abogado, la apariencia física era fundamental, y se aseguraba de que tanto los miembros del jurado como sus clientes siempre lo vieran con una imagen perfecta e impecable. Intentó mostrarse paciente y miró malhumorado a Kate, que se encontraba junto a Kennedy y que parecía tan mortificada como se sentía él.

El beso lo torturaba.

Motivado por la discusión que habían mantenido en el gimnasio, decidió tantear el terreno. Solo una vez. Ansiaba besarla, descubrir si sus labios de verdad sabían como el algodón de azúcar que tanto le gustaba, y saciar así en parte la crepitante tensión sexual.

En cambio, acabó electrocutado y hecho jirones por culpa del voraz deseo de conquistarla. Hacerla suya, reclamarla, poseerla. Era como si el cavernícola que llevaba dentro hubiera cobrado vida y hubiera quedado reducido a los instintos más animales. Su sabor era como el azúcar más puro y una vez probado, mucho se temía que se había convertido en un adicto.

Había esperado algo ligero, cálido y satisfactorio y se había encontrado con sexo puro y duro.

No habían hablado desde que ella huyó. Suponía que ambos necesitaban un tiempo para poner en orden sus pensamientos y así decidir cuál sería el siguiente paso. Claro que no habría un siguiente paso. Ella se negaba a salir con clientes. Él pretendía demostrar que era una estafadora. Ella afirmaba que el amor era real, él decía que era una ilusión. Solo porque el sexo prometiera ser fantástico no significaba que cualquier tipo de relación entre ellos lo fuera. Estaba de acuerdo en que lo mejor era dejarla tranquila, permitir que la tensión se rebajara y pasar página.

Pero no quería hacerlo.

Kate se había vestido de negro, como de costumbre, con una blusa de encaje muy sexy, unos pantalones de seda y esas preciosas botas negras de punta afilada. Se había peinado hacia atrás y se había recogido el pelo con un moño muy sofisticado que solo conseguía aumentar su deseo de arrancarle el pasador y enterrar los dedos en esa seda dorada. Sus ademanes serios y su fría mirada le comunicaron su opinión sin mediar palabra.

«Supéralo.»

Ojalá pudiera hacerlo.

Cuando le dijeron que debía asistir obligatoriamente a la sesión sobre el cambio de estilo, pidió que Kate acudiera también. Ella había intentado escabullirse aduciendo que Kennedy era la experta, pero él había insistido en que estuviera delante para supervisar todo el proceso. Necesitaba otra oportunidad para tratar de comprenderla y entender esa desquiciada conexión que había descubierto entre ellos.

—En primer lugar, no creas que intentaremos cambiar tu apariencia para que parezcas más guapo. No te hace falta y lo sabes.

Trató de controlar el rubor mientras ellas lo miraban.

—En fin, gracias. Creo. Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—El aspecto es la primera impresión que ofrecemos en una cita. Tienes un trabajo público, así que necesitas adoptar cierto rol en los tribunales. Pero quiero hacerte unas preguntas. ¿Qué te pones para una primera cita?

Kennedy hizo un mohín al acabar la pregunta. El hombre que era reconoció que irradiaba erotismo con esos ademanes tan sensuales, desde los labios pintados de rojo hasta sus voluptuosas curvas. Era gracioso que no ansiara tocarla ni besarla como sí le sucedía con la mujer que Kennedy tenía al lado. Slade se concentró de nuevo y trató de no suspirar por la ridícula pregunta. Estaba malgastando un tiempo precioso.

—Lo típico. Pantalones, chaqueta informal y corbata.

—¿Siempre llevas corbata?

Controló la impaciencia.

—Por supuesto.

—¿Zapatos?

Trató de no poner los ojos en blanco.

—De vestir.

—Mmm... —Kennedy anotó algo en su cuaderno—. ¿Cómo vistes los fines de semana?

—Con pantalones chinos. Camisetas. Mocasines.

—Muy bien. ¿Necesitas las gafas para ver bien?

Se tocó las gafas de montura dorada.

—¿Estas? Son para leer, pero casi nunca me las quito.

—Interesante. —Anotó algo más.

Slade intentó no estirar el cuello para echar un vistazo.

—¿Prefieres algún color?

Miró de reojo el reloj Cartier que llevaba en la muñeca y soltó el aire.

—Negro, gris y azul. Colores clásicos.

Kennedy sonrió.

—Gracias.

Se puso de pie y se alejó hacia el otro extremo del despacho para abrir unas puertas correderas tras las cuales había un armario enorme. Slade la observó mover perchas y sacar una selección de prendas que fue echando sobre el brazo libre mientras tarareaba una melodía. Intentó que Kate lo mirara, pero

ella fingió estar analizando las notas de su amiga y se negó a devolverle la mirada. La frustración empezó a corroerle las entrañas.

—Allá vamos. Pruébate todo esto. —Kennedy dejó un montón de ropa en su regazo, zapatos y cinturones incluidos.

Slade miró las prendas.

—¿Qué es todo esto?

—Tu cambio de estilo. Gafas fuera, por favor.

Trató de espantarla con la mano como si fuera un demonio.

—Me gusta llevar gafas.

—Lo sé. Las usas como una barrera para mantenerte separado y distante. Como si vieras el mundo a través de un cristal. Si no las necesitas para ver, no las necesitas. Dámelas.

Observó la expresión firme de la mujer con un creciente espanto. Estaban todas locas. Quizá no era un fraude legal, pero la cantidad de chorradas que debía sufrir un cliente para conseguir una cita era increíble. Se quitó las gafas con brusquedad y las dejó en la palma de su mano.

—De acuerdo.

Ella señaló a la derecha.

—Te puedes cambiar allí. Te esperaremos.

Torció el gesto mientras cogía la ropa y salió de la estancia. Su malhumor aumentaba por momentos. Era un graduado de Harvard, un abogado respetado, y jamás había tenido el menor problema para conseguir una cita. ¿Cómo se atrevían a criticarlo? Siempre se mostraba abierto y agradable cuando quedaba con una mujer. Lograba que se comunicara con él, era gracioso y le prestaba atención. Se abrochó los vaqueros, se puso los zapatos y se estiró la camisa. Se negó a mirarse en el espejo y salió sin poder ocultar su mal humor, hirviendo de furia.

—Ya. ¿Contenta?

Kennedy sonrió como la mujer astuta que era. Pero fue la expresión que vio en los ojos de Kate lo que lo dejó petrificado.

Deseo.

Inspiró hondo mientras saboreaba esa expresión. Kate estaba comiéndoselo con los ojos, que tenía abiertos como platos y en cuyas profundidades oceánicas brillaba la admiración femenina. Kennedy se acercó a él, le ajustó el cuello de la camisa, le alisó unas arrugas y lo instó a darse media vuelta para que se mirara en el espejo.

—¿Quieres que te diga qué veo ahora? Veo a un hombre muy trabajador, pero que sabe cómo relajarse. Un hombre abierto a lo desconocido, dispuesto a ser un poco vulnerable y a poner cierto empeño en esta cita. Verás, Slade, creo que usas la ropa como una especie de armadura. Un traje y una corbata son prendas adecuadas para una cena de negocios. Son formales. Pero vestido así demuestras tu verdadera personalidad y permites que la mujer con la que has quedado perciba que pones en ese encuentro el mismo empeño que ella.

Slade estuvo a punto de resoplar al oír semejante discurso sobre un ridículo atuendo. Hasta que se miró en el espejo.

Parecía... distinto. Los vaqueros oscuros se ajustaban a sus muslos y le otorgaban un aspecto más rudo del que normalmente presentaba. La camisa era negra y, por el amor de Dios, ¡rosa! Tenía los puños rosas, el cuello sin abotonar y se ceñía a su torso. La llevaba suelta en vez de metida por la cinturilla de los pantalones. El calzado consistía en botines de cuero que por regla general ni siquiera se habría probado porque se le antojaban demasiado europeos, pero que le conferían cierta elegancia y le otorgaban un toque de sofisticación. Sin las gafas su cara parecía más vulnerable, y parpadeó al ver su reflejo mientras trataba de asimilarlo.

Aunque no solía ponerse pantalones vaqueros, eran cómodos y le daban una soltura que normalmente no tenía. En cierto modo, y aunque fuera por casualidad, Kennedy tenía razón. Le gustaba mantener las distancias con los demás de distintas formas. Sus pensamientos volaron hacia Jane y hacia los pasos que debía de estar dando.

—¿Mi hermana se ha sometido también a este proceso?

La expresión de Kennedy se suavizó.

—He visto a Jane esta semana. Hemos llevado a cabo muchas sesiones y estoy al tanto de sus vulnerabilidades. Slade, te prometo que tu hermana está en muy buenas manos. No se me ocurriría hacerle daño.

Slade sintió un nudo en la garganta y asintió, aunque no sin dificultad. Sin saber muy bien cómo ni por qué, confiaba en ella.

—¿Qué te parece, Kate?

Slade enfrentó la mirada de Kate a través del espejo. Entre ellos existía una corriente eléctrica permanente. Los segundos pasaron. La tensión aumentó un poco más, hasta que él relajó los músculos en un intento por no parecer tenso bajo su abrasadora mirada.

—Creo que está preparado.

Su tono de voz grave puso fin al hechizo. Kennedy asintió, expresando su conformidad.

—Ve así vestido a la cita múltiple. A finales de semana iremos de tiendas juntos para comprar unos atuendos más. Por supuesto, todo corre a cargo de Kinnections, forma parte del paquete completo.

—Me voy, tengo una reunión. Slade, nos vemos el viernes por la noche.

Con esas palabras, Kate se apresuró a abandonar la estancia.

Kennedy ladeó la cabeza y lo observó un instante.

—Mmm... algo me dice que el viernes va a ser interesante.

Slade asintió.

—Te seré sincero. Desde que me registré, no me he aburrido en ningún momento.

Se alejó para cambiarse de ropa acompañado por la risa de Kennedy desde el otro extremo de la estancia.

Kate atravesó el comedor del elegante restaurante italiano, satisfecha por el espacio donde se iba a celebrar el primer cóctel de Slade. El salón posterior

estaba reservado para Kinnections y los encuentros que solían organizar las noches de los viernes y los sábados. Cosmos ofrecía comida estupenda, un ambiente íntimo y unos vinos fantásticos. Los clientes podían ver trabajar a los chefs, que se afanaban tras los altos mostradores con los hornos empotrados en una pared de ladrillo, lo que añadía un toque divertido. Caminó acompañada por el repiqueteo de los tacones de sus botas sobre el brillante suelo de mármol, observando la decoración de estilo toscano, con sus atrevidos tonos rojos, dorados y beis. Kennedy la esperaba en mitad del comedor.

—¿Ha llegado?

Su amiga negó.

—Lo siento. Espero que no se eche atrás en el último momento. Esos clientes son los peores.

Kate intentó no enojarse ante la idea de que Slade les hiciera perder un tiempo valioso al negarse a participar en el evento principal. Su equipo había dedicado mucho tiempo y energía en el proceso de asesoría, su cambio de estilo y la selección de las mujeres adecuadas. Como no apareciera, lo...

Bueno, no sabía qué iba a hacerle, pero ya se le ocurriría algo. El recuerdo del beso se coló en sus pensamientos y pareció burlarse de ella, dejándola por mentirosa. Sí, quería hacer algo con él. Preferiblemente algo indecente, sin ropa, algo que no debería estar imaginando. ¿Por qué, por qué, había sentido el dichoso toque, la dichosa maldición, con él? Esa noche necesitaba mostrarse firme y mantenerse alejada del terreno personal. Ser la Kate intimidante y concentrada. Era su casamentera y tenía un trabajo importante que hacer. Encontrar el amor de su vida lo antes posible.

—Trabaja en Manhattan, así que el tráfico estará imposible. Le daremos un cuarto de hora más.

—De acuerdo. —Kennedy se inclinó sobre la barra y guiñó un ojo al chef, que estaba detrás de una mesa. Su generoso canalillo estuvo a punto de que la masa de la pizza acabara en el suelo tras el siguiente lanzamiento—. Oye, guapo, ¿alguien puede servirnos una copa?

El hombre la miró con los ojos desenfocados. Kate observó cómo su amiga ejercía esa magia femenina que convertía a los hombres en idiotas. De manera que la agarró del brazo y la alejó.

—Ken, déjale tranquilo. Ve a pedirte una copa a la barra del bar, como hace todo el mundo.

Kennedy se agitó el pelo con un elegante gesto y sonrió.

—Pero así es más divertido. Y no tengo que hacer cola.

—¿Alguna vez has tenido que esperar más de cinco segundos para que te sirvan?

Su amiga hizo un mohín.

—Creo que no. Eres una aguafiestas. Me gusta torturar al género masculino. Inténtalo alguna vez.

Kate tiró de ella para atravesar el comedor y dirigirse a la sala reservada para el cóctel.

—Compórtate. Mañana has quedado con Jane, ¿verdad?

—Sí. La llevaré a la peluquería. Creo que está preparada.

—Bien. Asegúrate de mantener a Slade alejado de ella. Es un entremetido y quiere meter baza en su vida amorosa, algo que a Jane no le conviene en este momento.

—Mmm... a mí no me importaría que metiera baza en mi vida amorosa. Ni ahora ni en el futuro.

Kate puso los ojos en blanco.

—No cambiarás nunca.

—Espero que no. ¿Qué sería de nosotras si no le diéramos alegría al cuerpo de vez en cuando?

La repentina llegada del invitado de honor la libró de contestar.

Un breve silencio se hizo en la estancia.

Joder. Estaba buenísimo. Llevaba el atuendo que Kennedy había elegido, de manera que los vaqueros se le ceñían perfectamente al culo y a los muslos. La camisa negra y rosa le otorgaba un atractivo rudo que las mujeres adoraban, y

el pelo ondulado de color caramelo conformaba un halo alborotado alrededor de su cabeza y enmarcaba esos recelosos ojos verdes. Evaluó el ambiente de la estancia con un rápido vistazo, que incluía a las asistentes, sus citas de la noche. Fue una mirada calculadora. Autoritaria. ¡Dios mío!, llevaba las palabras «macho alfa» tatuadas en la frente. Kate sintió un leve escalofrío que le recorrió el cuerpo.

Las otras mujeres parecieron experimentar la misma reacción. Sus miradas se iluminaron por la emoción mientras lo examinaban al detalle, como una manada de lobas hambrientas listas para darse un festín.

Y para aparearse.

Kate se ciñó a su papel más profesional mientras caminaba hacia él.

—Llegas tarde —susurró—. ¿Por qué no me acompañas un momento antes de que te presente a las cuatro mujeres que he seleccionado?

—No irás a anunciarme en plan: «Aquí está mi millonario», ¿verdad?

Kate se estremeció con desagrado.

—Esto no es un programa de telerrealidad. Aquí no nos dejamos guiar por el dinero. A ver, ¿eres millonario?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres saberlo?

Kate lo llevó hasta el rincón más alejado, donde se había emplazado la mesa de los cócteles y de los aperitivos.

—Mientras tengas un trabajo estable que te guste, nos da igual lo que ganes. Y tus citas serán de la misma opinión.

Slade resopló y observó la mesa con expresión hambrienta. Y con más interés del que había demostrado al mirar a las mujeres.

—Es obvio que no frecuentas mucho el mundo real. Me muero de hambre. ¿Eso son minipizzas? —Hizo caso omiso de Kate, que chasqueó la lengua, y se lanzó en picado sobre la comida, llenando un plato hasta arriba—. ¿Puedo pedir una cerveza para acompañar? O una copa de vino. Lo que estén bebiendo los demás.

Kate cruzó los brazos por delante del pecho e intentó no resoplar.

—Por si se te ha olvidado, esto no es un restaurante de comida rápida al que has venido a cenar. Estás aquí para conocer a una potencial pareja.

—Muy bien. —Empezó a comer con ganas—. Estos champiñones portobello están buenísimos. Tienen un fantástico sabor ahumado. Perfectos con el queso gorgonzola. Es curioso, no había oído hablar de este restaurante. ¿Quieres probar uno?

—No. Vamos a repasar las normas, ¿te parece?

—Nada de acostarme con ellas en la primera cita.

Lo miró echando chispas por los ojos.

—¡Por supuesto que no! Kennedy y yo estaremos aquí para ayudarte a relacionarte con ellas, y si en algún momento te sientes incómodo, solo tienes que mirarnos y acudiremos de inmediato. También podemos echarle una mano para llevar la conversación. Esta es tu fiesta y queremos que estés cómodo. Podrás pasar un tiempo a solas con cada una de las mujeres y al final de la velada me dirás con quién has conectado. Después, organizaremos una cita con esa persona para ir avanzando.

Slade dio un mordisco a una tartaleta de cangrejo aderezada con alioli casero y gimió.

—La mejor tartaleta de cangrejo que he probado en la vida.

—¿Me estás escuchando?

—Ajá. Cuanto más lo pienso, más me parece que estoy en *El soltero*, el *reality* ese de televisión. No tendré que cortar con alguna de ellas al final de la velada, ¿no?

—Muy gracioso. ¿Puedes tomarte esto en serio, por favor? Estas mujeres están dispuestas a dedicar parte de su valioso tiempo a conocerte.

—Lo siento.

—A ver, ellas son Hannah, Emma, Sarah y Ann. Todas tienen el físico que te gusta, un trabajo estable y todas las cualidades que parece admirar. ¿Estás preparado para saludarlas?

—¿Puedo comerme otra *bruschetta*?

—No.

Slade se limpió la boca con la servilleta.

—Muy bien. Estoy preparado.

Kate esbozó una sonrisa resplandeciente y segura.

—Pues entonces, vamos.

Slade extendió un brazo con educación, pero ella fingió no darse cuenta del gesto y echó a andar delante de él. Nada de contacto físico entre ellos esa noche. Eso los abocaría al desastre.

Kate hizo las presentaciones e interpretó el papel que le correspondía. Todas las mujeres poseían una cualidad especial que creía que Slade buscaba, pero era Hannah quien le daba mejores vibraciones. Con su pelo oscuro, sus generosas curvas y su dulce carácter, parecía la más adecuada. Su profesión de contable le otorgaba un aire de seriedad que él seguro que sabría apreciar. Su padre era un juez de familia muy conocido y su madre, maestra de Educación Primaria. Se sintió satisfecha al instante, en cuanto entablaron una cómoda conversación sobre leyes y negocios. Kate se retiró a la barra, para observar la escena y ofrecerles la intimidad que necesitaban.

Mientras disfrutaba de una gamba, siguió con la mirada a Slade, que se dispuso a hablar con las demás mujeres. Supuso que su presencia física sería una gran baza a su favor en los tribunales. No se trataba solo de la anchura de sus hombros, resaltados por la ceñida camisa, o de la elegancia con la que caminaba. Ni siquiera se trataba de su penetrante mirada ni de su atractiva sonrisa. No, su aura palpitaba con una energía sexual y una percepción carnal a la que ninguna mujer era inmune.

Ella incluida.

Se sentó en el taburete rojo y cogió una copa de merlot. ¿Qué más daba? Más preocupante sería no ponerse a cien con Slade Montgomery. Al menos sabía que sus hormonas funcionaban perfectamente. Solo necesitaba reconducirlas.

—¿Quién es ese hombre tan guapo por el que babeas?

El tono divertido de la pregunta le hizo volver la cabeza. Genevieve le golpeó el hombro mientras se sentaba en el taburete que tenía al lado. Estaba muy guapa con ese aspecto un poco desastrado: vaqueros, sudadera de color melocotón y el pelo recogido en un moño suelto. Kate se echó a reír y le dio un abrazo.

—¿Has venido! ¿No decías que tendrías que doblar turno?

Gen arrugó la nariz.

—No, menos mal. Mañana por la noche sí me toca pringar, así que he pensado que era mejor venir a veros hoy. Aunque supongo que debería estar durmiendo, como dice David.

—Siempre puedes engatusarlo para echar un polvo en la habitación que usáis cuando estáis de guardia, como en *Anatomía de Grey* —susurró Kate.

—Qué va, yo la uso para dormir. Normalmente porque estoy sucia, sudorosa y agotada. El sexo no me tienta.

—Qué tonta eres.

—Bueno, ¿quién es el tío bueno?

Kate desvió la mirada hacia ese culo tan perfecto y carraspeó.

—Mi nuevo cliente. Slade Montgomery.

—¿Por qué narices necesita la ayuda de Kinnections?

—¿Ves? Por eso no te contraté. No tienes ni idea de cómo funcionan estas cosas. Porque no tiene tiempo de evaluar la horda de mujeres que quieren salir con él.

—Está claro que le ha echado el ojo a la morena alta. ¿Por qué algunas mujeres tienen el gen de la altura y yo me he quedado con el gen hobbit?

Kate le dio un empujón amistoso.

—No eres una hobbit, tonta. Eres menuda y preciosa. Te buscaría pareja si no la hubieras encontrado ya.

Gen frunció un poco el ceño.

—No estoy lista para casarme y aún soy una residente. Solo estamos probando.

—Bueno. Pero es perfecto para ti. Alexa y tu padre están locos con él, y sabes que nunca han aprobado a nadie.

—Ya. Supongo.

Su desapasionada respuesta sorprendió a Kate.

—Estás colada por él, ¿no, Gen?

—Joder, sí. Lo tiene todo y nos va fenomenal. Pero es que no quiero estropearlo.

Kate se relajó.

—Entiendo. ¿Tu colega Wolfe sale esta noche?

—No, me ha dicho que está liado con los detalles de la inauguración de Purity. Faltan pocos meses y está trabajando día y noche.

Wolfe y Gen se conocieron en la Universidad de Nueva York y conectaron enseguida. A esas alturas era un amigo de la familia que dirigía un hotel de cinco estrellas en la ciudad. También asistía a los numerosos eventos familiares de Gen.

—Con razón os lleváis tan bien. Sois un par de adictos al trabajo.

—Tampoco es que tú te desmelenes mucho, vamos.

Kate hizo caso omiso de la observación de su amiga y decidió pasar por alto las bromas sobre su vida amorosa. O más bien sobre la falta de esta. Slade se apartó de Hannah y echó a andar hacia la barra. Su mirada la abrasó al instante, era decidida y firme.

Se le mojaron las bragas.

La madre que lo parió.

Gen silbó por lo bajo.

—Mmm... voy a buscar a Ken. Buena suerte.

Su amiga desapareció mientras Slade se acercaba.

Kate se humedeció los labios y alzó la vista.

—¿Cómo vas? No he querido intervenir al ver que lo tenías todo controlado.

Él clavó la mirada en sus labios recién humedecidos. Como si estuviera

preparado para inclinar la cabeza y besar esa humedad.

«Kate, concéntrate.»

—Bien. ¿No he hablado lo suficiente con ellas?

Su respuesta la hizo enarcar una ceja.

—¿Ya has acabado? Si no necesitas más tiempo para elegir a tu próxima cita, de acuerdo. ¿Con quién has conectado?

—Con ninguna.

—¿Eh?

—A ver, todas son muy agradables. Atractivas. Simpáticas. Estoy impresionado por tu selección.

Kate ladeó la cabeza.

—Pero no has conectado con ninguna. ¿Quieres que organice otra cita múltiple para ofrecerte otras opciones?

—No. Estas están bien.

La irritación le provocó un hormigueo en la piel. Decidió poner freno a sus emociones y se recordó que solo era otro cliente difícil más. Nada del otro mundo.

—De acuerdo. Entonces ¿a quién has elegido para la siguiente cita?

Él la rodeó mientras cogía una copa de merlot.

—Elige tú.

Un extraño rugido le atronó los oídos.

—¿Qué has dicho? ¿Quieres que escoja yo con quién vas a quedar? —Vio cómo sus anchos hombros se elevaban. Estaba más interesado en el vino, en la comida y en hablar con ella.

—Pues sí. Tú eres la profesional. Sabes qué estoy buscando y seguramente ya hayas percibido quién es la mejor para mí. ¿A quién prefieres?

—A Hannah Easton —respondió Kate rápidamente—. ¿Has percibido si hay química entre vosotros?

—Claro. Está buenísima. Y es muy simpática. Una gran elección. Organízalo. —Miró hacia la mesa vacía—. Joder, esperaba comer más

tartaletas de cangrejo. ¿Podemos pedirle más al chef?

Kate apretó los dedos y respiró hondo. De repente, se sentía como un corredor de bolsa barato en vez de como una habilidosa y refinada casamentera. ¿Qué estaba pasando?

—¿De verdad estás dispuesto a comprometerte con este proceso? No te muestras muy entusiasmado. Necesitas tener la mente...

—Abierta. Lo sé. Lo estoy. —Desvió la mirada hacia ella y la observó con una intensidad que la despojó de su falsa fachada y dejó expuesto su verdadero ser. El aroma tan viril a tabaco y especias, con una nota cítrica, asaltó sus fosas nasales y la afectó como si hubiera caído en una fábrica de chocolates Godiva. ¿Qué perfume usaba? Le recordaba al olor que desprendían los vampiros de su saga favorita, *La hermandad de la Daga Negra*, cuando conocían a sus almas gemelas. Unió las rodillas para evitar inclinarse y olisquearlo. Y morderle el cuello.

—Pareces dispuesta a ponerle fin a mi experiencia con Kinnections al primer error que cometa. —Habló con un tono divertido que relajó el rictus serio de sus labios—. ¿Los hombres a los que les organizas citas suelen caer rendidos ante la primera mujer que conocen?

Kate enderezó la espalda.

—No. Pero no me fío de ti.

Él se acercó un par de centímetros más a ella.

—Soy un abogado matrimonialista y me siento atraído por ti. Sería un disparate que confiaras en mí.

Su brutal sinceridad y su irónico sentido del humor la dejaron sin réplica posible.

—De acuerdo. Te organizaré una cita con Hannah. Kinnections correrá con los gastos, pero tienes que planearlo todo conmigo. Nada de aviones privados ni de viajes a Las Vegas. Que sea algo sencillo y elegante. Una cena, unas copas, un poco de baile, un ambiente íntimo en el que podáis conoceros bien.

—Sí, entrenadora. ¿Las despachas ya o lo hago yo?

Kate contuvo una carcajada.

—Yo lo hago. Se lo diremos a la afortunada dama y después me encargaré del resto.

Intentó bajarse del taburete, pero el tacón de la bota se le quedó trabado en la barra circular. Slade reaccionó de forma automática para ayudarla y sintió la huella abrasadora de su mano en el brazo, que traspasó la fina seda de su blusa y le quemó la piel.

Su cuerpo explotó y se descontroló al momento. La sacudida de energía la hizo retroceder al instante en un intento por apartarse de él. El taburete se tambaleó y ella acabó en el suelo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Slade. Su expresión asombrada mientras la miraba tirada en el suelo le concedió unos segundos preciosos. Intentó ayudarla nuevamente, pero ella retrocedió alzando las manos.

—No-no-no me toques. Lle-lle-llevo piel.

Lo vio fruncir el ceño sobre el tempestuoso azul de sus ojos.

—¿Qué tipo de piel? ¿Piel de anguila con descargas eléctricas? Madre mía, deja que te ayude.

Kate se puso de rodillas y logró enderezarse. Al igual que les sucedía a sus piernas, la lengua se le trababa y sus antiguas limitaciones se alzaron ante ella y le aceleraron el corazón.

—Gra-gra-gracias, pero estoy bien. Lo si-si-siento.

Slade ladeó la cabeza y la observó como si fuera un experimento extraterrestre destinado a salvar la Tierra. Kate cerró los ojos e imaginó una pantalla blanca. Paz. Armonía. Respiró hondo, concentrándose en relajar los músculos y los labios y regresó al refugio que había creado, donde podía confiar en sí misma, el lugar que le permitía hablar. Cuando abrió los ojos de nuevo, el pulso volvía a ser normal. Era lento y musical, y permitía que el resto de los sonidos le llegara.

—Lo siento. Tengo que dejar de ponerme estas botas antes de que acabe matando a alguien. —Soltó una carcajada forzada—. Corramos un tupido velo

para olvidar la vergonzosa escena y vayamos a despedir a nuestras invitadas.

—Todavía no.

Sus palabras la petrificaron. Slade se acercó a ella y le bloqueó el paso con agilidad. Se metió las manos en los bolsillos y empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás sobre los talones. Su magnífica presencia la inmovilizó y fue incapaz de hacer otra cosa que no fuera esperar. Cuando habló, lo hizo con un tono de voz muy grave e íntimo.

—Sentí lo mismo el día que nos besamos. ¿Qué pasa?

Ella alzó la barbilla.

—Nada. Han sido las botas de cuero.

—Entonces estabas descalza. Así que a menos que llevaras lencería de cuero, estás mintiendo. —Un repentino interés iluminó su mirada—. ¿Llevas lencería de cuero?

—¡No!

—Pues entonces está todo dicho.

Kate se dejó llevar por el pánico y perdió la paciencia. Desesperada por alejarse y zanjar el tema de conversación, habló de forma atropellada.

—Vale, te lo diré. Soy una bruja. Les lanzo ridículos hechizos de amor a nuestros clientes y estaba practicando contigo para ver qué fórmula funcionaría contigo. ¿Ya estás contento?

Con eso debería bastar. Había leído en algún sitio que lo mejor era envolver un detalle verdadero con una mentira flagrante. Slade pareció sopesar, valorar y juzgar su respuesta. Le temblaban las piernas y sentía la humedad que se le acumulaba entre los muslos. Dios, los hombres reflexivos la ponían a mil. ¿Había algo más erótico que un hombre con una mente despierta?

—¿Sabes qué es lo que más me asusta, Kate? Que creo que en parte estás diciendo la verdad. Me has lanzado una especie de hechizo, porque desde que te conocí no paro de soñar con enterrar la cara entre tus muslos y ver cómo te corres.

Eso la dejó boquiabierta. Soltó una especie de chillido.

—No-no-no hables así. Puedes creer lo que te parezca, pero déjame tranquila. Ha sido un incidente inusual, y no tengo intención de repetirlo. Quiero que te concentres en tu cita con Hannah y que sigas adelante. Entre nosotros no puede haber nada.

Se colocó bien los botones de la blusa de seda, se alisó los pantalones y dio media vuelta, dejándolo atrás. La mirada de Slade le abrasó la espalda, pero la ignoró y se juró que arreglaría el estropicio.

No le quedaba alternativa.

Necesitaba ver a su madre.

Slade la observó despachar a las tres mujeres con delicadeza, organizar el encuentro individual con Hannah y dar por terminada la cita múltiple. En otras circunstancias, le haría gracia su primer acercamiento al mundillo del amor, pero el leve hormigueo que seguía experimentando en la mano lo tenía distraído.

Kate Seymour ocultaba algo muy gordo. Y pensaba descubrirlo.

Esa mujer lo intrigaba en todos los sentidos. Su elegante y fría apariencia se contradecía por completo con la descarga eléctrica que le provocaban sus manos y con la evidente confusión y el tartamudeo que la asaltaban cada vez que la pillaban desprevenida.

Eso hacía que quisiera pillarla desprevenida de formas mucho más... placenteras.

Como con una sesión de sexo desenfrenado y salvaje.

Sus caderas se movían con un contoneo elegante, y tuvo que concentrarse para que la erección que tenía no fuera a más. Dichosos pantalones. ¿Cómo conseguía que resultaran tan sexis si iba toda cubierta? El escote de la blusa negra dejaba entrever un sujetador de delicado encaje y un atisbo de canalillo que le hizo la boca agua. Pero la chaqueta negra con el voluminoso cuello de piel lo ocultó todo de repente. Ese juegucito del escondite empezaba a irritarlo.

No debería haberle dicho tan abiertamente que quería acostarse con ella, pero explotó en cuanto su piel lo tocó. Como si no tuviera control sobre su propio cuerpo y sobre el ansia de tenerla. No había sido su mejor momento,

pero tenía tiempo de sobra para recuperar el terreno perdido.

Claro que debía reconocer que era buena. Esperaba llevarse una pésima impresión de las cuatro candidatas de la cita múltiple, pero las mujeres poseían todo lo que buscaba. Eran inteligentes, simpáticas, atractivas e independientes. Por raro que sonara, no sintió nada físicamente, pero su inminente cita con Hannah le daría la oportunidad de disfrutar de un ambiente más íntimo y tal vez surgiera algo. ¿Debería ir detrás de Kate cuando ella no quería que la alcanzaran? Sería mejor concentrarse en una mujer dispuesta a estar con él y explorar una posible conexión. Aunque no creía en el amor a largo plazo, echaba de menos una aventura con una pareja que le cayera bien.

Sin embargo, todavía no quería marcharse.

Las mujeres se fueron y Kate se dirigió a la barra. Slade cogió su copa de vino y la siguió. Como si ella se hubiera percatado de que la acechaba, se paró en seco, de tal manera que casi se estampó contra ella. Lo miró con una ceja enarcada.

—¿Necesitas algo más?

Ah, lo despachaban oficialmente. La ironía de la situación hizo que quisiera presionarla un poco más. La actitud mandona de esa mujer y el escaso impacto que él parecía ejercer sobre ella le hacían gracia.

—He pensado que podía acompañarte un rato. Al fin y al cabo, es viernes por la noche. Y todavía es temprano.

Esos labios rosados se tensaron.

—Podrías haber prolongado el cóctel. Las mujeres se han quedado impresionadas contigo.

—Al menos ellas sí. En tu caso parece que soy un estorbo.

Se sintió satisfecho al verla algo turbada.

—Qué tontería. Solo intento hacer mi trabajo.

—Estupendo. Entonces puedes cuidar a tu nuevo cliente y dejar que te invite a una copa.

La alegría que sintió al ver su evidente intento por librarse de él era muy

retorcida. Tal vez el hecho de que las mujeres se lanzaran a sus pies con regularidad lo había vuelto un consentido. Ella resopló mientras hacía un mohín muy gracioso, pero los buenos modales se impusieron.

—Las copas son gratis —dijo a regañadientes—. Al menos hasta las diez. Es parte del contrato por celebrar nuestros exclusivos cócteles aquí.

—Buen trato. ¿Otra copa de merlot o una de chardonnay?

Kate meneó la cabeza.

—Merlot.

Se acercó a la barra, cogió dos copas llenas y le ofreció una. Se preguntó si lo que le intrigaba era el misterio que la envolvía. Tal vez si consiguiera derribar esa fachada de formalidad, descubriría que no era tan interesante como había creído en un principio. Al fin y al cabo, eso era lo que solía pasarle.

—Bueno, hágame un poco de Kinnections. No mucha gente tiene las agallas necesarias para montar una empresa tal como está la situación económica, sobre todo una tan arriesgada.

Su resoplido le indicó que no se había tragado el anzuelo que le había lanzado.

—Espero que se te dé mejor sonsacar información en los tribunales. Porque esa frase ha sido de aficionado.

Slade levantó las manos a modo de rendición.

—Me interesa tu empresa. Demándame.

Kate soltó una carcajada.

—De acuerdo. Acabemos con esto. Interrógame, abogado.

La expectación le corrió por las venas.

—¿Cómo se te ocurrió montar Kinnections?

—Las tres nos conocimos durante el primer año en la Universidad de Nueva York, tuvimos que hacer juntas un trabajo para la clase de Literatura y nos hicimos buenas amigas. Decidimos convivir durante toda la etapa universitaria y nos licenciarnos a la vez.

Él meneó la cabeza.

—Tres bombones haciendo estragos en la universidad. Esos desgraciados seguro que no sabían ni lo que les había pasado por encima.

En los ojos azules de Kate relampagueó un recuerdo y algo de dolor.

—No fue como te lo imaginas.

—¿En qué sentido?

Era evidente que se sentía incómoda. La vio cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro.

—No encajábamos con los otros estudiantes. Seguramente ese sea el principal motivo de que nos hiciéramos amigas tan pronto.

—¿Algún detalle concreto?

—Te quedarás con las ganas.

Su instinto de depredador cobró vida. Dejó el tema para una conversación futura, cuando estuviera desprevenida.

—¿En qué te licenciaste?

—En Administración de Empresas. Siempre soñé con tener mi propia empresa, pero no tenía claro en qué sector quería centrarme. Arilyn se licenció como terapeuta y Ken lo hizo en Comunicación Audiovisual. Encontramos trabajo y por un tiempo fuimos tirando, pero no estábamos convencidas. Una noche nos emborrachamos con cosmopolitans y se nos ocurrió la idea de montar una agencia de citas.

—Así que las mujeres seguís bebiendo esas cosas, ¿eh?

—Pues sí. —Sus ojos brillaban por el recuerdo—. La resaca a la mañana siguiente fue impresionante, pero seguíamos pensando que era la mejor idea que se nos había ocurrido en la vida. Reunimos nuestros recursos y nuestro talento, y tiramos para adelante.

Le gustó mucho ese despliegue de valentía. Casi todos los hombres a los que conocía se limitaban a quejarse de un trabajo que odiaban, pero no hacían nada porque les daba miedo arriesgarse.

—¿Por qué Verily? Creo que podríais ganar más dinero en Manhattan.

—No queríamos enfrentarnos a algunos de los nombres de peso de la ciudad. Spindel, Kelleher y muchos otros nos hundirían. La población de Verily tiene la mezcla perfecta de profesionales jóvenes, de entre veinte y treinta y pocos años. El mercado es prácticamente nuestro, conforma casi la totalidad de nuestra base de datos, pero estamos muy cerca de Manhattan, de manera que podemos organizar eventos en la gran ciudad y captar clientes allí. Nos centramos en una franja de edad situada entre los veinticinco y los treinta y cinco años, y no nos movemos de ahí. Eso nos da un abanico muy especial.

Él asintió.

—Buena jugada. Brindemos por las ideas brillantes durante las borracheras. —Brindó con ella y los labios de Kate esbozaron una sonrisa genuina. ¿Qué tenían sus facciones, la forma en la que el pelo le caía sobre la frente o ese gesto obstinado de la barbilla? Por separado, no eran nada fuera de lo común. Pero todo junto, era como si lo... hechizara.

«Eso, vamos a casarnos y a tener bebés porque te gusta su aspecto. Seguro que funciona.»

Ignoró la voz de su cabeza, similar a la del osito Ted. Sin embargo, no se imaginaba a un gracioso oso de peluche, sino más bien a un demonio travieso con dientes negros. Se estremeció por ese arrebató de locura y se concentró en la conversación.

—¿Habéis tenido mucho éxito?

—Diez bodas en tres años. Un buen porcentaje de compromisos. No son malas estadísticas, y con suerte este año seguiremos teniendo buenas noticias.

—¿Algún divorcio?

Ella le enseñó los dientes.

—No. Pero si alguien me avisa, les daré tu número de teléfono. Intenta dejar el cinismo en casa cuando quedes con Hannah, por favor.

—Por supuesto. Se me dan muy bien las primeras citas.

—Sí, estoy convencida de que el desafío será que no te dé la patada antes de la tercera cita. Estadísticamente es el momento en el que empieza a aflorar la

verdadera personalidad.

—¡Eso me ha dolido! ¿No decías que era esencial confiar en tus clientes?

Un lustroso mechón de pelo rubio le cayó sobre una mejilla. Ella lo apartó.

—No. Solo tengo que emparejarte.

Sus miradas se encontraron. Un deseo abrasador corrió por sus venas y le quemó la piel. Por Dios, ansiaba pegarla a la pared y besarla hasta borrar esa expresión arrogante de su cara. Lograr que gimiera mientras le metía los dedos entre los muslos y la atormentaba por su descarado. Se preguntó cómo sería volver a sentir esa descarga eléctrica tan alucinante estando dentro de ella y se le puso tan dura de repente que tuvo que respirar hondo varias veces para no ponerse en evidencia. Debía recordar por qué se sometía a toda esa farsa. Por qué sería un desastre liarse con su casamentera, por más química que hubiera entre ellos.

Su hermana.

Mostrar que eran unas estafadoras y proteger a Jane. Aunque la idea de que fueran unas embaucadoras comenzaba a desvanecerse. Porque empezaba a pensar que de verdad creían en esas pamplinas del fueron felices y comieron perdices. Y si no eran tres delincuentes, sino tres locas, tenía un problema todavía mayor entre manos.

Porque la fe y la esperanza en una idea que no existía no era un delito ni se podía castigar por ley.

Slade cambió de tema con destreza.

—¿Ken y Arilyn están casadas?

—No.

Meditó la respuesta y aprovechó la oportunidad que se le había presentado de improviso para intentar averiguar la verdad.

—Bueno, si eres una bruja y lanzas hechizos, ¿cómo es que no has encontrado el amor verdadero para tus mejores amigas?

El aire entre ellos crepitó. Kate aferró el pie de la copa con tanta fuerza que Slade creyó que lo iba a partir.

—No están preparadas. Solo era una broma, abogado. Quería asegurarme de que no me demandarás con una acusación errónea como, por ejemplo, un hechizo de amor fallido.

—Es lo que querías que creyera, pero sigo sin creerte.

Ella se encogió de hombros con delicadeza.

—Estás en tu derecho.

Decidió presionarla.

—¿Les provocas una descarga eléctrica a todos los hombres que tocas?

Kate se tensó.

—No sé a qué te refieres.

—Sí que lo sabes. No fue un beso normal. Fue algo más, y no quieres admitirlo.

Bingo. Otra vez ese encogimiento de hombros y otra vez la vio levantar la barbilla por la rabia.

—No vuelvas a besarme y no tendrás problemas.

—Eso es un problema.

—¿Por qué?

Slade contestó con voz ronca:

—Porque me gusta besarte.

Ella se estremeció.

—Créeme, soy todo lo contrario a lo que necesitas.

—¿Cómo sabes qué necesito?

Su tono de voz seductor pareció enfadarla. Los ojos azules echaban chispas y le recordaron a un tsunami.

—Porque te hice una entrevista, ¿no te acuerdas? Si te intereso de repente es porque para ti soy una especie de desafío y te sientes obligado a conquistarme porque no me caes bien.

Joder, eso era mejor que su último juicio.

—¿Por qué no voy a caerte bien? Tengo éxito, soy simpático, inteligente y un gran amante. ¿Quieres ponerme a prueba?

Kate lo miró con los ojos entornados.

—Me conozco tus trucos, Montgomery. Te has metido en esto porque te va la marcha y porque quieres tener controlada a tu hermana. Crees que te limitarás a quedar con una serie de mujeres sin más y que yo te mantendré entretenido mientras tú te ríes de mí y te lo pasas en grande. Pues escúchame bien: aquí las reglas las pongo yo y cuando lleguemos al final, habré derribado todas esas barreras que has levantado y te demostraré qué significa estar enamorado. Enamorado de verdad. No las tonterías que tanto te gustan. Lo haré por dos motivos. El primero, porque soy muy buena en mi trabajo.

—¿Y el segundo?

Ella esbozó una sonrisa, lenta y segura, la viva imagen de Eva ante la que un hombre se postraría de rodillas para darle un mordisco a la manzana envenenada.

—Porque la venganza es muy dulce.

El corazón se le disparó al oír esa advertencia, como si le hubiera lanzado un hechizo cual zíngara en su carreta. Kate dejó la copa en la barra y dio media vuelta.

—¿Adónde vas?

—A casa. Ya no tengo ganas de fiesta y alguien me espera. Alguien que me recuerda que el amor y que los sentimientos son reales, no una farsa interpretada por abogados arrogantes.

Sintió una extraña sensación de pánico en el estómago.

—¡No me habías dicho que tenías una relación seria! ¿Quién te está esperando en casa?

Ella lo miró con lástima.

—Se llama Robert y tú no eres digno ni de pronunciar su nombre. Buenas noches.

Kate se marchó hecha una furia mientras él se preguntaba si había presionado demasiado.

¿Quién narices era Robert?

¿Y qué le importaba a él?

—¡Cariño, has venido!

Nada más entrar por la puerta Kate se sintió asfixiada por el emocionado recibimiento de su madre. Unos fuertes brazos bronceados le rodearon el cuello y se lo apretaron como una boa constrictor. El conocido olor a incienso y a marihuana flotaba en el interior de la acogedora casita del lago, situada en el norte del estado de Nueva York, atrayendo a los transeúntes para que traspasaran sus puertas con la promesa del placer.

Kate le devolvió el abrazo y luego se liberó para poder respirar.

—Mamá, ¿y si la policía hace una redada? Por el amor de Dios, al menos cierra la puerta y las ventanas cuando te fumes un porro.

Madeline Seymour se echó a reír y meneó la cabeza con gesto travieso. Su pelo rubio platino, muy parecido al de Kate, brillaba a la luz del sol.

—Nadie quiere arrestar a una anciana, cariño. ¿Te apetece una calada? Estás demasiado tensa, lo sé por la tirantez de tus hombros.

El esbelto y elegante cuerpo de su madre estaba enfundado en unos llamativos pantalones de yoga de color rosa, un top atado al cuello y sus habituales cuentas de bambú para propiciar la buena salud. Recorrió descalza el pulido suelo de madera hacia la parte trasera de su taller/estudio de meditación/sala para drogarse. Kate creció en la época hippy, durante la cual el amor libre, la paz, la salud y la amabilidad espiritual eran las señas de una buena vida. Madeline era vegetariana, usaba ropa orgánica, cultivaba un huerto capaz de hacerle la competencia a una farmacéutica que vendiera vitaminas y organizaba retiros espirituales en su casa del lago para mujeres que buscaban su diosa interior. Durante su adolescencia, Kate vio a su madre desnuda y cantando con otras mujeres alrededor de una hoguera bajo la luna llena previa al equinoccio de otoño. Aquel episodio acabó con una discusión épica, lágrimas, rabia y el juramento de no volver a hablar con su madre en la vida

por haberla avergonzado de aquella manera.

Kate respetaba la filosofía con la que sus padres la habían criado, pero le había costado mucho combinar el mundo real que ella ansiaba con los estrafalarios ideales de su madre. Arilyn, cómo no, la adoraba y decía que Madeline era la última gran hippy de Nueva York.

Kate se quitó el abrigo y se sentó en un mullido sillón morado. La estatua de Buda dominaba la habitación, cuyas paredes estaban decoradas con unos extravagantes murales que supuestamente inspiraban relajación y flujo.

—No, gracias. Mantener la mente despejada es uno de mis objetivos vitales.

Su madre cruzó la estancia como si flotara y se sentó en el enorme cojín dorado que había en el suelo. Pulsó un botón del mando a distancia y los cánticos de los monjes cesaron de repente.

—He acabado de practicar yoga y había decidido meditar antes de que llegara mi cliente de esta noche. Sufre problemas de impotencia y se me ha ocurrido emplear métodos controvertidos. Necesito claridad de antemano.

Incluso después de tantos años, el hecho de que su madre fuera una terapeuta sexual seguía teniendo el mismo efecto sobre ella. Absoluta incomodidad. Seguido de un sentimiento de culpa. ¿Quién quería pensar en sus padres practicando el sexo, mucho menos con un montón de desconocidos, para ayudarlos? Además de no ser capaz de hablar con claridad, creció intentando ocultar el trabajo de su madre a ojos del mundo.

—No me hacía falta saberlo, mamá —repuso.

—Lo siento, cariño. Bueno, ¿qué te trae por aquí? Hace mucho que no vienes.

Kate se removió en el sillón.

—Lo siento, he estado muy ocupada con Kinnections. ¿Estás bien? Si algún día necesitas algo, me lo dirás, ¿verdad?

Madeline sonrió. A los cincuenta y muchos, su cara brillaba como la de una jovencita, sin arrugas, lisa y tersa como el cristal. Esos claros y luminosos ojos azules hacían que Kate pensara en Michelle Pfeiffer, una presencia

hermosa de la que la mayoría de las personas era incapaz de apartar la mirada.

—Estoy bien. Ahora mismo estoy saliendo con una persona maravillosa que me hace feliz. ¿Te acuestas con alguien, cariño?

Kate suspiró.

—Claro, mamá. Me acuesto con un montón de gente, gracias por preguntar.

—No mientas. Siento en la piel la emoción contenida que escondes. ¿Cuántas veces te he dicho que un buen orgasmo libera las toxinas de tu cuerpo y de tu mente? ¿Recibiste el vibrador que te mandé la semana pasada?

Aquello era increíble. Con razón nunca iba a ver a su madre. Hizo un esfuerzo para mantener la calma.

—Lo he recibido. Tiene tantas velocidades y tantos botones que me está costando entender el manual de instrucciones. Esto... ¿te importaría hacerme caso un momento?

—Pues claro. Cuéntame el problema.

—Te-te-tengo unas preguntas. Sobre papá. Sobre el toque.

Madeline asintió con la cabeza para animarla a seguir.

—Puedes preguntarme lo que quieras. Ya sabes lo mucho que quise a tu padre y nunca te ocultaría nada.

Sí. ¿Cuántas veces había rezado para no saber ciertas cosas? En ocasiones tenía la sensación de haber nacido en una familia a la que nunca había comprendido, con la que nunca se había identificado, hasta que llegó el toque y se dio cuenta de que estaba unida a ella por el vínculo de la sangre. Solo tenía catorce años cuando su padre murió de un ataque al corazón, y se enfureció por la facilidad con la que su madre siguió con su vida. Hasta que más adelante llegó a la conclusión de que aquella fue la única manera en la que Madeline supo cómo afrontar la pérdida de su alma gemela. Los demás hombres eran meras distracciones en un mundo que había perdido todo el color, un desesperado intento por llenar un vacío que solo su padre conseguía calmar.

Por un extraño momento una imagen de Slade pasó por su mente. ¿Cuál era uno de los requisitos que debía tener su mujer perfecta?

Nada de secretos familiares vergonzosos.

Por Dios, si veía a su madre y se enteraba de su historia saldría disparado hacia las cumbres de *Sonrisas y lágrimas*. Pero ¿por qué narices volvía a pensar en él? Esa noche saldría con Hannah y sería un encuentro perfecto. Le había dejado un educado mensaje en el contestador para preguntarle si necesitaba algún consejo o apoyo y no se había dignado contestar. Era evidente que lo tenía todo controlado. Ojalá que no rompiera sus estrictas normas e intentara llevarse a Hannah a la cama.

—Kate. Has dicho que tenías preguntas.

Salió de su ensimismamiento y se juró que no volvería a pensar en Slade Montgomery. Jamás. En la vida.

—Me has dicho muchas veces que conectaste con papá enseguida, nada más tocaros. Pero me gustaría conocer los detalles. ¿Fue algo instintivo? ¿Te mareaste? ¿O sentiste un hormigueo en la piel?

Madeline sonrió al recordar.

—Qué va, fue mucho más intenso. Tu padre y yo fuimos a estrecharnos las manos y una descarga eléctrica nos sacudió a los dos de inmediato. Fue la cosa más rara del mundo, como si hubiera metido un dedo en un enchufe. Ríete tú de la famosa cometa de Benjamin Franklin...

«Mierda.»

Kate se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y clavó la mirada en el diseño en espiral del suelo de bambú. Una coincidencia, nada más.

—Después de la descarga, ¿te dio la sensación de que era tu media naranja? ¿O solo fue química sexual?

—Claro que fue algo sexual, pero ese hormigueo solo aparece una vez en la vida. Siempre ha sido así en nuestra familia. Tu abuela sintió lo mismo con tu abuelo, y así ha sido durante muchas generaciones. No te preocupes, cariño, cuando lo sientas, lo sabrás. Es imposible negarlo. Y cuando lo hagas, disfrutarás del mejor sexo que hayas conocido jamás.

Kate hizo caso omiso de los desbocados latidos de su corazón y fue al

grano.

—Me ha pasado.

Madeline la miró con los ojos como platos. Su voz se convirtió en un susurro íntimo.

—¿Has conocido a tu alma gemela?

«Ni de coña.»

Kate se puso de pie de un salto y empezó a dar vueltas de un lado para otro. Nunca había deseado tanto fumarse un porro. Kennedy se partiría de la risa.

—No, ese es el problema. Que no es mi alma gemela. Todo lo contrario. Pero creo que significa otra cosa, algo que hemos pasado por alto. Es un cliente de Kinnections y creo que significa que tengo que encontrarle su alma gemela. Estoy convencida de que soy la tercera en discordia y de que el toque con él es un error.

Por primera vez desde hacía muchos años Kate vio una seriedad en el rostro de su madre que hizo que el estómago le diera un vuelco. ¿Por qué había pensado que iba a ser sencillo? Una explicación rápida, una visita fácil y vuelta a la vida normal.

—Nunca hay errores con el toque —sentenció Madeline con firmeza—. Sé que hemos tenido nuestras discusiones por este tema, pero todo será más sencillo si aceptas que este hombre es tu alma gemela. ¿Qué tiene de malo? ¿Por qué crees que no puede ser tu pareja?

—¡Po-po-porque es todo lo que no quiero! —Los nervios se apoderaron de ella y estrangularon el flujo de palabras que necesitaba con tanta desesperación como el aire que respiraba. Tomó una honda bocanada de aire, pensó en una pantalla en blanco y oyó el débil eco de la música que la ayudaría a pronunciar las sílabas. Cuando volvió a hablar, se había tranquilizado—. No es el adecuado para mí. Una vez que se experimenta el toque, ¿qué pasa si se niega? ¿O qué pasa si la persona que lo siente se equivoca? ¿Ha pasado alguna vez?

Madeline se apartó y clavó la mirada en la estatua de Buda, de color naranja chillón, como si pudiera responder su pregunta.

—Bueno, sucedió en una ocasión. Antes de tu abuela. Una prima lejana sintió el toque, pero creía que estaba mal. Así que no se casó con él.

Por fin. Kate dejó de pasearse y se inclinó hacia delante.

—De acuerdo, vamos al grano... ¿Qué sucedió?

Su madre extendió un brazo y metió la mano en un cajón del que sacó un porro con dedos temblorosos. Kate controló su enfado y esperó que respirar el humo le provocara el colocón suficiente para relajarse un poco.

—No puedo decírtelo.

La impaciencia la consumió.

—¿Cómo que no me lo puedes decir? Acabas de asegurarme que responderías todas mis preguntas. ¿De qué vas ahora?

Madeline se negó a mirarla a los ojos.

—Solo son rumores. No puedes negar el toque, es un don de Dios. Si lo haces, habrá consecuencias.

Kate sintió un escalofrío en la espalda. Tuvo la sensación de que acababan de meterla en una película de terror.

—Mamá, no tengo tiempo para chorradas. ¿Qué clase de consecuencias?

—No lo sé. Nunca me enteré de la historia completa de la prima Rose. Mi abuela me dijo que era una lección para no negar jamás a tu alma gemela.

Kate resopló.

—Genial, somos un montón de brujas. No acabaré quemada en la hoguera, ¿verdad?

—No te lo tomes a broma. Esa fue una época trágica en la historia de las mujeres.

—Lo siento. —Se frotó las sienes e intentó concentrarse—. Vale, así que pasa algo malo si niego el don. No creo estar negándolo. Creo que se ha atascado y que siento cierta conexión con uno de nuestros clientes.

Madeline dio una calada. El humo pareció infundirle el valor necesario para levantar la vista.

—Ten cuidado, cariño. Estás en terreno pantanoso. Nadie de la familia ha

usado el don tan bien como tú. Has logrado convertirlo en un camino mediante el cual otras personas encuentran a su alma gemela. Si niegas tu propio destino, no sabes lo que puedes desatar.

—Sí, consecuencias que desconocemos o que no quieres contarme. Genial. Gracias por la información, mamá. Bueno, dices que todas las que experimentan el toque lo aceptan sin más, ¿es eso? ¿Cómo se lo explicaste a papá? ¿Qué pasa si conectas con un desconocido en plena calle? ¿Corres detrás de él mientras le gritas que si no os casáis, sufrirás unas consecuencias terribles?

Madeline suspiró.

—Cada situación es distinta. Claro que no se llega al matrimonio de un día para otro. Tu padre y yo estuvimos saliendo casi un año antes de casarnos, pero la conexión ayudó a abrir un canal entre ambos que fue vital para la relación. ¿Te ha perseguido este hombre? ¿Ha demostrado un interés que va más allá de ser un cliente cualquiera de Kinnections? ¿Mantienes algún tipo de relación con él?

Recordó cómo Slade la había seguido en el restaurante. Su forma de desnudarla con la mirada, su capacidad para desafiar su inteligencia y su facilidad para cabrearla. Recordó la increíble belleza de su beso, el contacto de sus bocas, de sus cuerpos, que arrancó todo pensamiento racional de su mente salvo la necesidad de rendirse a él. ¿Podía calificarse como una relación? ¿O era su locura particular?

—Solo es un cliente —respondió con firmeza—. Ni más ni menos.

Madeline asintió.

—Si no hay un flujo estable, no debería pasarte nada.

—Define eso de «flujo estable».

—Oportunidades para veros. Para hablar, para compartir información. Cada vez que se establece un encuentro íntimo, el toque crece en intensidad y es más fuerte. ¿Has hecho algo más aparte de tocarlo?

«Ah, mierda.»

—Bueno... se podría decir que nos hemos besado. Pero fue muy rápido y no se ha repetido.

El miedo se reflejó en la cara de Madeline.

—¿Fue como una descarga eléctrica? ¿El mejor beso que te han dado?

«Sí.»

—No —contestó con firmeza—. Fu-fu-fue bueno, pero no el mejor.

Su madre le dirigió una mirada elocuente.

—Vale —resopló—. Fue el mejor beso que me han dado en la vida.

—La cosa pinta mal, Kate. Muy mal.

La irritación se apoderó de ella. Por el amor de Dios, no creía en cosas de brujas ni en maldiciones. Se dijo que tenía que pasarle el caso de Slade a Kennedy para que ella lo llevara. Si se alejaba de él, todo ese asunto desaparecería.

—¿Y si decido eliminar ese tipo de encuentro?

Su madre frunció el ceño.

—Interrumpirás el flujo de energía. Y luego las consec...

—Ya, ya lo sé —la interrumpió—. Luego llegarán las consecuencias.

—¿Por qué es tan malo este hombre para ti? ¿Ha sido un rompecorazones o algo así?

Kate miró el porro con envidia.

—Es abogado matrimonialista.

Su madre se apartó, espantada.

—¡Oh, no! Seguro que tiene el aura cargada de energía negativa. Deseaba algo mucho mejor para tu alma gemela —protestó.

—No es mi alma gemela. Te digo que es un error. Ya lo arreglaré.

Tomó una honda bocanada del humo dulzón con la esperanza de conseguir un buen colocón. A esas alturas no había consecuencias que pudieran estar a la altura del infierno que suponía pasar más tiempo con Slade Montgomery. La presionaba demasiado, no paraba de meter el dedo en la llaga y era evidente que no eran adecuados el uno para el otro. Debía de haber otra explicación

para la conexión que sentían. Su móvil sonó con la canción «Payphone» de Maroon 5 y aceptó la llamada.

—¿Diga?

—Te necesito. Ahora.

Oyó su voz a través del auricular, caliente y sedosa, como los helados con caramelo derretido que intentaba evitar. Kate parpadeó para librarse del humo.

—¿Qué pasa? No me digas que piensas cancelar tu cita con Hannah, porque sería una grosería. Además, ¿cómo tienes mi número de móvil?

Slade pronunció su respuesta prácticamente entre dientes.

—Eso da igual. Estoy metido en un follón y es todo culpa tuya.

—Yo ni te he tocado, el niño no es mío.

—Muy graciosa.

Kate puso los ojos en blanco y se pegó el auricular a la oreja.

—A ver, Hannah ha cancelado nuestra cita. Ha pillado una gripe, pero insistía en que saliéramos porque no le gustaba la idea de dejarme tirado, y al final se ha echado atrás una hora antes de lo acordado.

—Vaya, qué pena, pero no es culpa suya. ¿Habéis fijado otra fecha?

—Me da lo mismo fijar otra fecha, lo que necesito es una acompañante para la cena de esta noche.

Kate estiró las piernas y se repantingó en el sillón. Su madre se sirvió otra taza de té japonés.

—Lo siento, pero no lo entiendo. ¿No puedes cenar solo en algún sitio? Pues pide que te lleven la comida a casa.

Lo oyó rechinar los dientes al otro lado del teléfono.

—No me estás escuchando. Necesito una acompañante, aquí, en mi puerta, dentro de una hora. Estoy a punto de asistir a una importante cena de empresa donde todo el mundo irá con pareja menos yo. Estoy intentando convertirme en socio, debo dar una buena impresión, y si no aparezco con alguien increíble, perderé muchos puntos. No me he partido los cuernos trabajando para echarlo todo a perder ahora.

La verdad que encerraban sus palabras la golpeó en el estómago como un puñetazo. La madre que... ¿Su primera cita íntima con Hannah era en realidad un evento social? La rabia más absoluta le corrió por las venas.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que para tu primera cita con Hannah habías planeado llevarla a una cena de empresa? ¿Nada de pasar tiempo a solas? ¿Esperabas que encandilara a tus colegas para tus propios fines y has usado a mi empresa para lograrlo?

Se produjo un breve silencio cargado de tensión.

—Estás tergiversando mis palabras y no tengo tiempo para esto. Le comenté a Hannah la situación y accedió a ayudarme. Dijo que no le importaba lo más mínimo y que estaba acostumbrada a asistir a cenas de trabajo por su negocio y por las relaciones de su familia. No es para tanto.

La voz le salió muy chillona cuando replicó:

—¿Que no es para tanto? Pues claro que Hannah iba a decirte que no pasaba nada. Es muy dulce y siempre quiere echarles una mano a los demás, pero la has utilizado de la misma manera que has utilizado a Kinnections. ¡Estoy por echarte del programa!

—No saques las cosas de quicio. Oye, necesito que estés en mi casa dentro de una hora.

Casi se le cayó el móvil de la mano.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. No puedo aparecer solo. Tú me organizaste esta cita y tú me conseguirás otra pareja. Además, está en el contrato. Si no accedes, tengo motivos legales para demandarte.

Kate parpadeó.

—La cláusula de indemnización se introdujo por un motivo totalmente distinto. Dice que si no estás satisfecho o te dan plantón en una cita, Kinnections te buscará otra candidata. ¡No dice que sea la misma noche!

—Tus abogados metieron la pata y debieron haberlo previsto. Dado que la cláusula del contrato no especifica un período de tiempo, se puede emplear

para la misma noche de la cita. Hago uso de mi derecho para conseguir otra cita en una hora. De lo contrario, nos veremos en los tribunales.

Aferró el iPhone como si fuera el cuello de Slade.

—Qué cabrón. No puedes hacerme esto, te lo echarán para atrás en el juzgado.

—Ponme a prueba. Tienes mi dirección. Vístete con algo discreto, pero bonito. Y ya puedes cargarte las pilas.

—¡No pu-pu-puedo estar ahí en una hora! No me da tiempo a ducharme ni a cambiarme. Tengo que ver cómo está Robert.

—Te doy hora y media. Nada más. Y en cuanto a Robert, me da lo mismo lo que piense, los negocios son los negocios. Si no puede entenderlo, ya deberías haberle dado la patada.

—Eres un ser humano espantoso, Slade Montgomery. El mal encarnado. ¡Tan ma-ma-malo como Megamind!

Su carcajada le llegó a través del teléfono, le golpeó los oídos y la acarició entre los muslos.

—Un poco antigua, pero es una película estupenda. El hijo de un amigo me obligó a verla. Y seguro que no la has visto entera. Megamind empezó siendo el villano, pero acabó siendo el héroe y salvó a la chica. ¿No te acuerdas?

—Tú-tú-tú...

—Nos vemos luego. Gracias por echarme una mano.

Clic.

Kate miró con cara de tonta el salvapantallas. Una foto de Ken, Arilyn y ella abrazadas delante del logo de Kinnections y sonriendo como tontas. Repasó mentalmente las posibilidades de la amenaza de Slade. Dudaba mucho que la llevara a cabo, pero como dueña de una empresa que lo era todo para ella, no podía correr el riesgo. Y no tenía tiempo de empezar a llamar a clientes para suplicarles que acompañaran a un hombre arrogante y soberbio a una aburrida cena de trabajo.

No. Tenía que hacerlo ella.

Miró el reloj, hizo unos cálculos y se puso de pie despacio.

—Mamá, lo siento, pero tengo que irme. Ha surgido una emergencia en Kinnections.

—¿Era él, cariño?

Asintió con la cabeza.

—Sí, era él. Al menos ha confirmado otra vez que no puede ser el alma gemela que necesito en mi vida. Está claro que los tiros no van por ahí, así que no pienso preocuparme. Vendré a verte la semana que viene.

Madeline se levantó, le dio un abrazo asfixiante y la acompañó a la puerta.

—Que te diviertas. Iré a visitarte pronto, echo de menos a Robert. Ah, te olvidas el bolso, cariño.

Su madre volvió al estudio y regresó con su bolso de Coach.

—Gracias.

—¡No te olvides de usar el vibrador para liberar tensiones y toxinas!

Kate contuvo una carcajada histérica.

—Lo haré, mamá.

Kate fue hasta el coche. Tenía el tiempo justo para ver a Robert, cambiarse de ropa y maquillarse un poco. Nada de ducharse, depilarse ni arreglarse con esmero. Claro que se había duchado esa mañana, así que no debería haber problemas. Salió disparada de casa de su madre y se dirigió a la suya mientras usaba todas las palabrotas que conocía, a cada cual más imaginativa, para describir al que consideraba su cliente más insufrible.

—Llegas cinco minutos tarde.

Kate se negó a replicar. Se limitó a contemplar el paisaje por la ventanilla tintada del Jaguar sumida en un testarudo silencio. Era maravilloso circular por Henry Hudson Parkway sin tráfico. El puerto estaba dominado por el gigantesco *USS Intrepid* y las aguas del río Hudson relucían bajo el despejado cielo azul. A lo lejos los picos nevados de las montañas se alzaban con arrogancia. Por regla general, la idea de una velada disfrutando de un exótico bufet brasileño la habría emocionado. Mantenía una buena relación con la comida y le gustaba probar restaurantes nuevos. Pero en cuanto vio a Slade esperándola en la puerta de su casa, vestido para matar con un traje de diseñador que resaltaba sus poderosos muslos y se le ceñía al culo como si fuera su amante, se dio cuenta de que la había engañado. Y de qué manera.

Su mirada la devoró, deteniéndose en los lugares apropiados, y se vio obligada a meterse precipitadamente en el coche antes de que él la tocara. Había puesto patas arriba sus planes para esa noche, la había obligado a ir a la ciudad y a dejar a Robert solo, y parecía no estar arrepentido en lo más mínimo.

—En realidad, no me habrías demandado.

Su mirada la abrasó y le provocó un hormigueo en los muslos que el vestido corto dejaba a la vista. ¿Por qué, por qué, se le había ocurrido ponerse ese vestido? Era su atuendo para las cenas de negocios o de placer a las que no podía ir con su habitual traje de pantalón negro. Sin embargo, se sentía más expuesta que nunca, ya que el vestido apenas le llegaba a las rodillas y la tela

azul oscuro se ceñía a su cuerpo resaltando más que cubriendo. Se removió en el asiento y fingió una actitud relajada aunque sentía un deseo palpitante y húmedo entre los muslos, allí donde ansiaba las caricias de su lengua. En la vida había deseado tanto practicar el sexo oral como en ese momento. Quizá había inhalado demasiado humo del porro de su madre. Se había lavado y perfumado, de modo que debería haber borrado toda evidencia de su persona, pero todavía captaba el olor dulzón de la marihuana en el pelo y en su piel. Se juró que jamás volvería a permitir que su madre hiciera esas cosas. Al menos cuando ella estuviera delante.

El muy sinvergüenza la miró con una sonrisa.

—Seguramente no —admitió—. Pero no habría sido muy profesional por tu parte correr ese riesgo.

Kate apretó los puños y mantuvo su temperamento a raya.

—¿No tienes remordimientos? Has arruinado mi noche de sábado y has tratado a Hannah como si fuera un objeto conveniente en vez de la mujer con la que ibas a salir. ¿No sientes vergüenza?

—Nena, soy un abogado matrimonialista. Dejé la vergüenza a un lado en cuanto atravesé las puertas de Harvard.

Kate inspiró hondo.

—No me impresiona tu elección de universidad. Cualquier animadora rubia puede entrar en su facultad de Derecho.

Slade replicó, indignado:

—Como intentes citar *Una rubia muy legal*, te demando. Todavía no sé cómo salí de la facultad con vida, y te aseguro que no hay fraternidades femeninas.

—Lo que tú digas. —Kate se apuntó un tanto. Al parecer, no le gustaba nada que insultaran su educación. Era un detalle que debía recordar para el futuro. Al menos parecía que sí le gustaban las comedias—. Bueno, ¿me pondrás al día de los peces gordos a los que debemos impresionar o qué?

Siguió conduciendo hacia las congestionadas calles de la ciudad y enseguida

acabó inmerso en un atasco.

—El director general es Bob Myers. Travis Hilton es el segundo al mando. Ellos son los que toman las decisiones sobre quién debe acompañarlos en la planta de arriba. Te presentaré a sus esposas. Mi competidor, Samuel Flag, también estará esta noche, con su pareja de toda la vida. Los socios capitalistas están intentando decidirse por uno de nosotros dos.

—Parece divertido. Tanto como hacer cola en el Departamento de Vehículos Motorizados a la hora del almuerzo.

La miró con un gesto de advertencia.

—Sé simpática, pero educada. Prefieren ejecutivos que se lleven bien con sus mujeres, porque participan en cientos de comidas de negocios. No tienes problemas para relacionarte con otras mujeres, ¿verdad?

—Claro que no. Salvo por alguna pelea en el barro de vez en cuando, sé comportarme.

—Muy graciosa. Ya les he dicho que eres contable, y eso les ha impresionado.

—Mmm... no les gustan las casamenteras, ¿no?

Pisó el freno de repente mientras el coche que tenían delante aceleraba para librarse del semáforo rojo.

—Ni una palabra sobre el tema, eso sería mi tumba. Tu familia procede de un largo linaje de contables y jueces. Y diriges tu propia empresa.

—Esto no tiene sentido. ¿Por qué necesitas aparecer de repente con la mujer perfecta? Tus compañeros de trabajo deben de saber que no tienes una relación estable. Tú mismo dijiste que recomendarías Kinnections a los cuatro vientos si te encontraba pareja. ¿Estabas mintiendo?

Lo vio aferrar el volante con fuerza.

—La ley es mi mundo. No miento, pero metí la pata. Nos enteramos de que los socios capitalistas buscaban un nuevo candidato que fuera un hombre asentado. La típica gilipollez sobre el abogado matrimonialista en el que se puede confiar porque tiene una relación estable. Me acojoné y les dije que

estaba saliendo con alguien.

—En mi opinión eso es una mentira.

Él frunció el ceño.

—No es mentira, porque me presentarás a mi futura esposa. Solo me he anticipado un poco.

—Bonita interpretación.

—Si me ayudas a superar lo de esta noche, confesaré la verdad más adelante. Solo necesito un poco de tiempo para impresionarlos con mis credenciales y no con una relación imaginaria que ellos aprueben. Mientras tanto, intenta interpretar el papel de novia inteligente y cariñosa.

Kate empezó a echar humo por las orejas, pero se clavó las uñas en las palmas de las manos y el dolor la ayudó a calmarse.

—Muy conformista por mi parte. Y qué poco creativo es el equipo al que quieres unirte. ¿Tan importante es para ti lograr el éxito de esta forma tan típica? ¿Quieres crear una vida perfecta en apariencia pero alejada del caos de la realidad?

Slade apretó los labios.

—Lidio todos los días con el caos y no vivo en tu mundo de arcoíris y unicornios. Tú te quedas en el principio de las relaciones, cuando reinan las hormonas y los sueños. Yo me quedo con los desengaños y con el maremoto emocional que provoca la custodia de los niños, el dinero y el odio. Así que sí, para contestar tu pregunta, ese es el mundo en el que quiero vivir. Hemos llegado.

Sus palabras la atravesaron y le llegaron a lo más hondo. Luchó contra el impulso de sonsacarle algo más. ¿Qué tipo de infancia había tenido? ¿Se divorciaron sus padres? Sabía que su exmujer le fue infiel, pero parecía haber más que una simple infidelidad. Abrió la boca para decir algo, pero de repente él se acercó y la olió.

—¿A qué hueles?

Ella agachó la cabeza y cogió el bolso.

—A perfume. No me digas que tus posibles socios son alérgicos al perfume...

—Qué raro. Me resulta familiar.

—Seguramente porque me lo habré puesto antes. ¿Hemos acabado con los consejos, abogado?

—¿Llevas algún caramelo de menta en el bolso?

Ella puso los ojos en blanco y metió una mano en el bolso, pero se le quedó trabada en el asa, de manera que el contenido acabó por los suelos. Genial. Mientras devolvía el contenido al interior, le ofreció los caramelos y justo después sus dedos aferraron un objeto alargado. Frunció el ceño y lo levantó.

Lo que tenía delante era un porro.

Intentó devolverlo al bolso, pero el jadeo de Slade confirmó que ya era demasiado tarde. Lo miró de reojo. Esos ojos verdes tenían un brillo peligroso. Y había fruncido el ceño.

—Lo sabía. Joder, ¿has estado fumando marihuana?

«Gracias, mamá.»

Decidió interpretar el papel de una mujer serena, calmada y distante. Se echó un mechón de pelo hacia atrás.

—No es mío.

La expresión incrédula con la que él la miraba hizo que la humillación fuera casi tolerable.

—No me vengas con esas. ¿Niegas la posesión o el uso?

—Ambas cosas. —Su mirada la atravesó y la descompuso, haciéndola que se removiera por la incomodidad. ¿Cómo se atrevía a juzgarla?—. ¿Qué le pasa, señor abogado intachable de Harvard? ¿Nunca lo han pillado cometiendo una ilegalidad?

Su incrédula carcajada la sorprendió. Slade meneó la cabeza.

—No puedo creerme que estemos manteniendo esta conversación. ¿Quién va a querer inculparte con un porro?

Ella se encogió de hombros.

—Mi madre.

Kate no esperó su réplica. Abrió la puerta y se apeó. Se puso el abrigo de piel falsa para resguardarse del frío y echó a andar con las sandalias de tacón de Jimmy Choo con tiras en el tobillo que le habían costado más que el abrigo y el vestido juntos. Por supuesto, era de la firme opinión de que todas las mujeres de negocios necesitaban un buen par de zapatos de diseñador, sobre todo si los encontraban rebajados. Retrasarse en el pago de la factura de la calefacción había merecido la pena.

Slade se detuvo un instante para hablar con el empleado del aparcamiento y después se acercó a ella y la cogió del brazo. Menos mal que la piel amortiguaba en parte la descarga eléctrica. Se acercó a su pelo y la olió otra vez.

—Me acompañas a una de las cenas más importantes de mi vida y estás colocada. ¿Esto es lo que haces con tu Robert los sábados por la noche?

—Te he dicho que no estoy colocada y que el porro no es mío. —Controló el impulso de sacarle la lengua—. Y Robert no es asunto tuyo.

La frustración relampagueó en los ojos de Slade. Una peligrosa calma se apoderó de él, y Kate sintió que su cuerpo respondía al instante. La embargó un poderoso e instantáneo deseo sexual. Se le endurecieron los pezones contra el encaje del sujetador y el clítoris le palpitó, ansioso por un orgasmo. Como si hubiera percibido su reacción, Slade le susurró sus siguientes palabras al oído.

—No me presiones, Kate. A menos que quieras atenerte a las consecuencias.

Se le puso la piel de gallina. Luchó contra el pánico y fingió que se encontraba al borde de un ataque de tartamudeo. Logró despejar la mente, se obligó a mantener la compostura y respiró. Cuando se tranquilizó, ladeó la cabeza y enfrentó su mirada sin acobardarse.

—Abogado, he venido para sacarte las castañas del fuego, así que asúmelo. Vamos. Llegamos tarde.

Se zafó de su mano y echó a andar hacia el restaurante. Churrascaria

Riodizio era uno de los bufets brasileños más frecuentados de la ciudad.

—¿Algún consejo de última hora antes de que me echés a los leones? — preguntó.

Unos mechones de pelo de color caramelo se le agitaron por el viento y le cubrieron la frente. El abrigo gris de cachemira resaltaba su elegancia y su gusto a la hora de vestir, y lo identificaba como corredor de Wall Street o abogado. Kate había salido con hombres de los dos grupos y no pensaba repetir la experiencia.

—Sé simpática e intenta seguirme el rollo.

Y con esas palabras entraron en el restaurante.

El jefe de sala los acompañó hasta un comedor privado. Kate admiró los altos techos, las elegantes arañas de cristal y la gigantesca mesa de bufet donde se había dispuesto una enorme variedad de platos de marisco conservados en hielo entre preciosas esculturas. Los invitados se dividían en grupos numerosos en torno a unas mesas atestadas, y el rugido de las conversaciones flotaba en el aire. Dio tres pasos y entró en ese lujoso comedor privado donde el mundo empresarial se reunía y reinaba.

«¡Que empiece el espectáculo!»

Los hombres se apresuraron a recibirlos y la saludaron con apretones de manos que, por suerte, no le provocaron la menor descarga eléctrica. Bob llevaba el pelo canoso muy corto y lucía un buen bronceado. Seguramente porque jugaba al golf. Su afilada mirada la evaluó en un tiempo récord, y Kate supo casi con seguridad que era un depredador en los tribunales. Su imponente presencia bastaría para convencer al jurado de que tenían que darle la razón. Normal que fuera el dueño.

Travis era su hermano menor, y parecía un poco más flexible. Irradiaba un tipo de despotismo distinto que Kate agradeció en ese momento. Supuso que hacían buena pareja a la hora de hacer el juego de poli bueno y poli malo. Saludó con un gesto de la cabeza cuando se acercó el tercer miembro del grupo, Samuel Flag. Aparentaba la misma edad que Slade. Tenía el pelo

castaño cobrizo, los labios finos y unos rasgos fuertes. Sus estentóreas carcajadas ponían en entredicho la supuesta seriedad que reinaba en la mesa, pero Kate supo que era más peligroso de lo que incluso Slade imaginaba. Sus ojos grises parecían tan inertes como los de un tiburón. Conseguía lo que quería. Y parecía que su acompañante también. La mujer tenía una lustrosa melena pelirroja y un cuerpo voluptuoso enfundado en un vestido de seda de color verde lima. Era espectacular, pero sin estridencias. Llevaba un maquillaje muy sutil, joyas discretas y zapatos elegantes para rebajar el efecto de su imagen. Al igual que Samuel, su mirada los evaluó de inmediato y los descartó como posibles competidores para el puesto de socio. Kate contuvo una carcajada. Supuso que no poseía el instinto letal que se habría ganado el respeto de esa mujer. Samuel la presentó como Melody, su prometida.

Las otras mujeres parecían más amigables. Linda y Tanya la recibieron con sendos apretones de manos afectuosos, algo que la desconcertó en un principio. Era raro, pero no percibió el menor hormigueo que confirmara que se habían casado con sus almas gemelas. Ni el menor cosquilleo. Siempre sentía una descarga de confirmación cuando tocaba a una pareja casada, o al menos si eran almas gemelas. Ambas miraban a sus maridos con el cariño y el amor típicos de un largo matrimonio que ya había superado los apasionados encuentros en la mesa de la cocina, y que seguramente se había decantado por las emociones más profundas que suscitaba el caos de la vida diaria. Kate se mordió el labio y se preguntó por qué no había percibido la menor conexión. Sin embargo, las presentaciones habían acabado y no tenía tiempo de procesar esa nueva información.

Se sentó en la cómoda silla, cruzó las piernas y se preparó para una larga velada.

Las mujeres se conocían bien, de manera que supuso que todavía le faltaba un buen rato para poder unirse a la conversación. Menos mal que esa no era la vida que se había autoimpuesto. Las relaciones sociales derivadas de la actividad de Kinnections eran muy distintas, y siempre había odiado las

camarillas casi políticas y despiadadas que se creaban en el mundo empresarial y que convertían a los adultos en adolescentes inseguros que ansiaban pertenecer al grupo de los populares. Se obligó a sonreír con afabilidad y se concentró en las mujeres.

Las tres le devolvieron la sonrisa mientras examinaban su apariencia y la catalogaban para futuras ocasiones. Kate se preguntó cuál sería su reacción si confesara la verdad y les dijera que era una casamentera. Slade pareció leerle el pensamiento y le dirigió una mirada de advertencia antes de que llegara el camarero para tomarles la comanda de las bebidas.

Linda fue la primera en hablar.

—Tienen unos combinados de la casa que me encantan. Albahaca machacada con un poco de menta, como un mojito, pero mejor.

—Mmm... qué bien suena eso —replicó ella.

—Kate no bebe.

Las palabras flotaron sobre la mesa con un tono dictatorial que hizo que todos asintieran con las cabezas como si lo entendieran.

—Demasiadas calorías, ¿verdad? —sugirió Melody.

Kate miró el impecable rostro de Slade. Ah, era su castigo por creer que estaba colocada. Una risa tonta amenazó con brotar de su garganta, pero se las apañó para contenerla justo a tiempo. ¿De verdad pensaba que estaba lidiando con una aficionada?

—Yo quiero un gin-tonic. La dama, agua con gas —dijo Slade.

Kate alzó la vista para mirar al camarero y esbozó una dulce sonrisa.

—Es una ocasión especial, ¿no? Yo quiero uno de los combinados de la casa. Esta noche me saltaré la dieta.

Slade abrió la boca para contradecirla, pero la cerró enseguida. Había ganado el primer asalto. Madre mía, necesitaba beber algo fuerte. Lo vio mover la cabeza por la sorpresa, pero consiguió disimular la irritación que lo invadía. Tal vez la velada iba a ser más divertida de lo que había imaginado.

—Bueno, Kate, nos han dicho que eres contable. Estamos en época de

impuestos, debes de estar desbordada de trabajo —dijo Linda.

—Sí, prácticamente me paso el día en la oficina. Slade y yo teníamos muchas ganas de que llegara esta noche. Estas últimas semanas apenas hemos salido.

Bob miró a Slade con orgullo.

—Una pareja trabajadora, ¿eh? Ah, quién volviera a ser tan joven y a tener todo el futuro por delante. Recuerdo cuando fundé Myers Inc. Teníamos dos despachos, el de mi hermano y el mío, y unos clientes. Pero éramos ambiciosos y acabamos labrándonos un nombre como un bufete de prestigio en Nueva York.

Linda le colocó una mano a su marido en un hombro y meneó la cabeza.

—Siempre ha tenido la ambición de ser el mejor. Por suerte, igual que yo.

—¿A qué te dedicas, Linda? —preguntó Kate.

—También soy abogada —respondió la mujer, cuyos ojos relucieron—. De hecho, soy la mayor rival de Bob.

Kate sonrió.

—Eso debe de ser interesante fuera del trabajo.

—Ah, sí, pero hemos logrado que funcione. Respetamos la ambición del otro. Creo que las parejas en las que cada cual dirige su propio negocio se enfrentan a mayores desafíos, pero se entienden el uno al otro. A veces se acoplan mejor que las demás.

Interesante. Kate se preguntó si ese era otro motivo por el que Slade insistía en buscar una relación con una mujer que dirigiera su propia empresa. Bebió un sorbo del combinado, disfrutando del sabor de la albahaca, del frescor del hielo y del regusto del alcohol.

—¿Cómo se llama tu empresa, Kate? —preguntó Travis.

—Kinnections.

Se quedó petrificada porque el nombre había salido de sus labios con demasiada rapidez y ya no había marcha atrás. Travis ladeó la cabeza.

—Un nombre raro para una asesoría contable, ¿no?

Slade apretó el vaso con los dedos. Abrió la boca para rescatarla, pero ella siempre había odiado al manido príncipe que aparecía a caballo para rescatar a la damisela. Prefería a las princesas que mataban ellas mismas al dragón.

—Se refiere a conectar los puntos que te consiguen la devolución. Es un juego de palabras.

Todos se echaron a reír. Bebió otro sorbo. Por Dios, qué rico estaba aquello. Ignoró la mirada de advertencia de su acompañante y pidió otra copa. Una más no le haría daño, sobre todo con la cantidad de comida que estaba dispuesta a engullir.

—Muy agudo —replicó Melody—. Y ¿cómo os conocisteis?

—Necesitaba un asesor contable, por supuesto —contestó Slade—. Menos mal que solo me costó dos reuniones lograr que aceptara una invitación a cenar. Es muy cara.

—Seguro que sí —murmuró Samuel.

Kate lo miró con los ojos entornados. Ese hombre los estaba evaluando, como si percibiera que había algo debajo de la fachada de pareja reciente. Contuvo el aliento y se juró, sin importar lo mucho que la cabreaba Slade, que lo ayudaría a entrar en el círculo más selecto del bufete.

—Es como si estuviéramos destinados a estar juntos, ¿verdad, cariño? —preguntó con voz zalamera al tiempo que lo miraba con gesto coqueto.

Él no tardó en disimular la sorpresa.

—Sí.

—¿Cuánto lleváis juntos? —preguntó Samuel.

—Un mes —contestó Slade.

Samuel enarcó las cejas.

—¿Y ya crees que lo vuestro es permanente, Slade? —Su voz parecía tan sinuosa como una serpiente untada de aceite—. Siempre me ha parecido que veías el matrimonio como un funeral. O eso decías en las salas de conferencia.

Slade se encogió de hombros.

—No conocía a Kate —repuso sin más—. Uno de los beneficios de hacerse

mayor es que cuando por fin conoces a la mujer adecuada, no necesitas mucho tiempo para darte cuenta. Lo sabes al instante.

Kate sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Sus palabras le llegaron muy hondo y despertaron tal anhelo de que lo que había entre ellos fuera real que tuvo miedo. ¿Qué le estaba pasando? Actuaba de manera muy rara delante de él, como si las mentiras que estaba soltando fueran reales. Como si las dijera para ella. Se obligó a sonreír mientras las parejas de mayor edad asentían, como si estuvieran rememorando el pasado. También se percató de que la expresión de Samuel se tensaba.

«Chúpate esa.»

Bob levantó una mano.

—Me alegro por ti, Slade. Sabes que creo que los socios de mi empresa deben tener una vida familiar estable, porque de otro modo el trabajo acabará absorbiéndote y destrozándote. Ahora que empiezo a pensar en la jubilación, no paro de recibir informes contradictorios sobre planes de pensiones individualizados, fondos mutualistas y bonos. ¿Qué les recomiendas a tus clientes, Kate?

Kate se quedó petrificada. Era incapaz de distinguir un fondo mutualista de una cuenta corriente. Le dejaba la contabilidad a Arilyn y a su mente matemática, y rara vez se involucraba en la gestión económica de la empresa. Slade chasqueó la lengua.

—Bob, no te preocupes. Estoy seguro de que más tarde te dará unos consejos. Si quieres, yo me encargo de que te dé cita.

—Me parece estupendo. Pero en serio, ¿qué opinas, Kate?

Todos la miraron.

Carraspeó. Al cuerno. Intentó recordar las conversaciones de Arilyn sobre el mundo de las finanzas.

—Últimamente recomiendo a mis clientes el mercado bursátil. Mucho riesgo con grandes beneficios.

Bob frunció el ceño.

—Vaya, eso no me lo habían dicho. Acaban de impedirme que invierta en un par de negocios rentables y eso me ha cabreado. ¿Qué me sugieres?

Kate retorció la servilleta que tenía en el regazo y trató de mantener la calma.

—Agencias de citas —soltó.

Melody se inclinó hacia delante.

—¿Como el programa ese de la tele? ¿El *reality* donde emparejan millonarios?

Kate asintió con la cabeza.

—Sí, pero hay empresas nuevas que están inundando el mercado y que van a convertirse en el siguiente bombazo después de las redes sociales.

Travis meneó la cabeza.

—Ya escarmenté con Facebook. No pienso repetir jamás.

—El amor es el bien más buscado por la gente —adujo Kate—. Muchas personas no tienen tiempo de relacionarse ni de buscar pareja por su cuenta. Las agencias de citas son la manera perfecta para llevar más allá todo el proceso que hasta ahora se hacía por los medios tradicionales como las páginas de internet. La clave está en el acercamiento personalizado, algo sencillo de llevar a cabo. Será la bomba.

—Fascinante —replicó Bob—. Slade, es una mujer muy lista. El lunes por la mañana echaré un vistazo a todo esto, después de pedirte cita para pasar por tu oficina.

Kate sonrió de oreja a oreja.

Iba a estrangularla.

Slade mantuvo un férreo control sobre su serenidad, que amenazaba con resquebrajarse bajo la tormenta que era Kate Seymour. Inclinó la cabeza y se concentró en la comida a fin de tomarse unos minutos para recobrar la cordura. Cuando la llamó, sabía que estaba asumiendo un gran riesgo, pero no

tenía otra opción. Necesitaba una pareja y ella le debía una cita. Dada la relación profesional que los unía, estaba casi seguro de que Kate sería capaz de salir airosa de la situación. Y, efectivamente, había salido airosa. Él, en cambio, tendría que comerse un buen marrón el lunes.

Conquistó a todos los comensales. Usaba su afilado ingenio y el sarcasmo con un toque humorístico que sus jefes adoraban. Las mujeres, que la miraron con recelo en un primer momento, parecían haberse abierto y se reían de sus comentarios. Las había animado a olvidarse de las calorías y a beber con ella, de manera que en ese momento compartía mesa con un grupo de mujeres achispadas. Le preocupaba que Bob y Travis pensaran que Kate se estaba pasando de la raya, pero parecían encantados con las conversaciones casi a voz en grito y el jolgorio de sus esposas.

Les sirvieron un plato tras otro, una sucesión infinita que habría sido el infierno para un vegetariano: cerdo, cordero, ternera y pollo, todo cortado en lonchas muy finas y muy caliente, y tan fresco que la granja parecía estar detrás del restaurante. Cada comensal contaba con una tarjeta con su nombre y cada vez que le daba la vuelta, aparecía un camarero para rellenar platos y copas. Le resultaba increíble que Kate pudiera tener semejante apetito, ya que apuraba todos los platos y no paraba de darle la vuelta a su tarjeta hasta que se convirtió en el blanco de todas las bromas.

Slade era consciente de que le había salido el tiro por la culata. En vez de discutir con él, Kate se había sumergido en el papel de la contable, y citaba una y otra vez a su famoso padre falso que dominaba los tribunales e incluso le prometió a Melody que la salvaría de tener que pagar una multa por exceso de velocidad. ¿A qué narices jugaba? ¿Cómo iba a explicarse la semana siguiente, cuando Bob fuera incapaz de encontrar su oficina y Melody no supiera a qué tribunal debía dirigirse? Su mal humor fue aumentando con cada plato, mientras ella se relajaba, comía, bebía, hacía añicos su vida y mentía con gran alborozo.

Sin embargo, la deseaba.

Mucho. Desde que la vio bajarse del coche y acercarse a él con su habitual frialdad, fue como si le asestaran un puñetazo entre los ojos digno de una comedia ridícula.

Esa mujer le robaba el sentido.

Las piernas que normalmente llevaba ocultas por el pantalón eran letales: torneadas y largas, y rematadas por unas eróticas sandalias de tacón con las tiras cruzadas a la altura de los tobillos. Había elegido un vestido muy sencillo y elegante, de manera que a los ojos de un hombre se convertía en la prenda más seductora. La seda azul se movía con cada paso que daba y enfatizaba las curvas de sus pechos, el vaivén de sus caderas y el contorno de su culo. Se había dejado el lustroso pelo rubio suelto y el flequillo le caía sobre los ojos, jugando al escondite con ellos. Era fuego y hielo, ardor y frialdad, ónice y perla, y nada más verla se le puso dura como una piedra.

Otras mujeres más guapas habían intentado seducirlo. Modelos profesionales, niñas ricas y mimadas, o actrices que habían pasado por la mejora del bisturí. Su profesión, su físico y su fortuna atraían a un amplio abanico de interesadas, pero jamás se había sentido tan impactado como la primera vez que vio a Kate. Aunque la atracción iba más allá del físico. Nada más verla, percibió la poderosa energía sexual que vibraba entre ellos y que era imposible de calmar. Daba la impresión de que el universo los quería obligar a estar juntos. Su sabor lo torturaba: especiado y dulce y suave como el algodón de azúcar que se deshacía en la lengua. Esa actitud tan irritable lo retaba; su sentido del humor lo embrujaba; y era consciente de que necesitaba profundizar para completar el rompecabezas que esa mujer suponía para él. Detrás de la fachada, solo lo esperaba una desilusión demoledora. Lo sabía y lo había aceptado, pero necesitaba transitar ese camino hasta sentirse satisfecho. Era la única forma de recuperar su poder, de recordarse que no existía la perfección ni el alma gemela. Por Dios, ¡si fumaba porros! Y había tenido la cara de negarlo y de mirarlo con un mohín como si fuera un gusano y ella, la reina de Saba.

Adoraba su insolencia.

Kate lo desarmaba de una forma instintiva. En realidad, desconocía el poder que ostentaba sobre él. Además, lo evitaba a toda costa y se negaba incluso a seguirle el juego. Y eso lo intrigaba más de lo que cualquier otra mujer había logrado hacerlo en la vida. Por primera vez era él el perseguidor y los viejos instintos cobraron vida, esos que estaban ocultos bajo capas y capas de buena educación.

Conquistar. Poseer. Copular. Dominar.

Era evidente que ansiaba perseguirla. Que así fuera. Había llegado el momento de poner a prueba la determinación de Kate de no involucrarse con él y de comprobar si era capaz de hacerla cambiar de opinión.

A menos que el misterioso Robert se convirtiera en un problema.

La irritación lo consumió. Necesitaba detalles. El instinto le decía que no vivían juntos, aunque ella sacaba su nombre a colación cada vez que se sentía amenazada. La idea de que se acostara con otro despertaba en él el deseo de aullarle a la luna y de ponerse a correr en círculos. Algo muy primitivo.

Decidió el plan que llevaría a cabo el resto de la noche. Kate podía haber empezado el juego, pero él iba a acabarlo. Verla ingerir alcohol a lo largo de la velada confirmó la trampa que ella misma se había tendido. Y si Robert estaba esperándola, a lo mejor hasta tenían una conversación.

En ese momento dijo:

—Cariño, deberíamos irnos. Es tarde y estoy seguro de que estás agotada.

Ella captó sus intenciones de inmediato y le regaló una sonrisa descarada.

—En realidad, me lo estoy pasando genial. Me siento revigorizada. ¿Otra ronda, señoras?

Las mujeres levantaron sus vasos. Un coro de carcajadas un poco achispadas siguió a la pregunta. Slade miró a su jefe y jugó la carta del macho.

—Aunque me encanta verte tan feliz, estoy deseando llevarte a casa, cariño. Ahora.

La vio abrir los ojos como platos al captar la poco sutil invitación. Travis y

Bob se rieron entre dientes y lo miraron con gesto elocuente.

—Creo que eso lo ha dejado claro. Seguiremos el ejemplo. Creo que Slade ha tenido una idea fantástica, señoras.

No esperó a que Kate ganara la baza. Con un par de movimientos eficientes y rápidos, la ayudó a ponerse el abrigo de piel y la guio hasta el exterior del comedor arropado por la seguridad que le brindaban sus compañeros de trabajo. No tardaron mucho en despedirse, y en llegar hasta el coche. Kate se mantuvo a su lado en silencio, y él aprovechó las circunstancias para ayudarla a ponerse el cinturón de seguridad y salir de la ciudad.

—No me ha gustado tu forma de ponerle fin a la velada —dijo al final. Su voz tenía el deje remilgado de una esnob con pedigrí—. Tu comentario ha sido muy soez.

Él meneó la cabeza.

—Es curioso, porque a mí no me ha hecho gracia que aparecieras colocada, que hayas emborrachado a las esposas de mis jefes y que hayas soltado una ristra de mentiras mientras estábamos sentados a la mesa.

Kate volvió la cabeza de golpe. Esos ojos azules lo miraron rebosantes de ira y de algo más. De algo que juró presionar al máximo hasta ver cómo lo liberaba.

—Te dije que no estaba colocada. Y eso es lo que te llevas por ser un abusón. He hecho todo lo que querías. He interpretado el papel de tu digna contable y el de amante abnegada, y he conseguido que se relajaran en el proceso. Siento mucho que pensaras que además iba a ser un plomo.

—Te pedí que fingieras por unas horas, no que te metieras tanto en el papel que mi jefe acabe preguntándose donde está tu oficina de Park Avenue, y que Melody no se presente en el juzgado porque crea que tu supuesto padre retirará los cargos.

Kate inspiró profundamente.

—Solo he hecho lo que me has ordenado. Ni más ni menos. Nuestro acuerdo ha llegado a su fin según los términos que tú estableciste, y no quiero oír ni

una sola amenaza más relacionada con posibles demandas judiciales.

La miró de reojo. Parecía relajada, pero en realidad tenía los dedos retorcidos en el regazo, como las ramas de un árbol vetusto.

—Cierto. Técnicamente te has ceñido a tu parte del trato. Bueno, ¿cuánto tiempo llevas con Robert?

Kate se tensó.

—Unos años.

—¿Vive contigo?

—Soy tu casamentera y no tienes por qué conocer detalles sobre mi vida personal.

—Solo es curiosidad. La idea de dejarlo solo a menudo parece preocuparte. ¿Te ata en corto?

—No, soy yo quien lo tiene atado a él.

—A lo mejor ese es tu problema. Yo no cometería ese error.

Kate farfulló algo mientras se volvía, atónita, para mirarlo.

—Eres insoportable. No permitiría que ningún hombre me controlara, y menos en tu caso. Un momento. En nuestra entrevista no dijiste que buscabas una mujer a la que pudieras mangonear. ¿Has cambiado los requisitos? Porque si es así, debo de hacer unos cambios en tus posibles candidatas.

Ah, mierda, estaba colado por ella. Esa obstinación con la que se aferraba a su negocio aunque su cuerpo mostraba todos los indicios de estar luchando contra la atracción física que sentía por él la hacía todavía más deseable. La vio encorvarse, como si pudiera ocultar la evidencia de sus endurecidos pezones con el abrigo de piel. No obstante, la rapidez de su pulso y el gesto de unir los muslos le dejó bien claro qué sentía en realidad.

—Digamos que he cambiado las reglas por ti. No te gustaría estar con un hombre al que pudieras llevar de un lado para otro. Tiene que ser un hombre lo bastante fuerte como para hacerte frente.

Esperó un instante para oír su insolente réplica, pero la sorpresa que la había dejado muda le indicó que sus palabras la intrigaban. ¿Sería ansiosa,

exigente y habladora en la cama? ¿O se derretiría entre sus brazos y se mostraría sumisa a cada orden erótica y escandalosa que él le diera?

—Bue-bue-bueno, no tenemos por qué preocuparnos por eso, ¿verdad? Llama a Hannah para quedar de nuevo y dale la oportunidad que se merece. Nada de cenas de empresa. ¿Por qué vamos por el puente?

—Te estoy llevando a casa.

—¡No! He dejado el coche aparcado en tu casa y lo necesito.

Slade enfiló el puente Tappan Zee y pisó el acelerador, decidido a llevar a cabo su misión.

—Has bebido. No sé por qué clase de hombre me has tomado, pero no permito que una mujer conduzca cuando está achispada. Mañana por la mañana lo organizaré todo para que te lleven el coche a casa.

Kate abrió la boca y después la cerró.

—Pero te estás desviando mucho. No sabes ni dónde vivo.

—Por supuesto que sí. Cerca de Kinnections, en Verily.

Estaba absolutamente indignada.

—Deja de husmear en mi vida, abogado. No deberías saber esas cosas.

Él bajó la voz.

—Discrepo de tu opinión. Y tengo la intención de saber mucho más antes de que acabe la noche.

La vio estremecerse, rodearse el torso con los brazos y volverse para mirar por la ventanilla. Slade contuvo una sonrisa.

Siguieron el trayecto sumidos en un tenso silencio. Puesto que había hecho los deberes, no tuvo el menor problema para conducir por las laberínticas calles de Verily hasta llegar al extremo del pueblo más cercano al río. La pequeña casa parecía encajar con ella. Incluso en la oscuridad, su hogar mostraba un toque estafalario y una fuerza que asociaba con ella; el tejado un poco inclinado, la alegre pintura amarilla y el diminuto jardín con el enorme sauce llorón en la parte delantera.

No vio ningún otro coche en el camino de acceso mientras se detenía, pero

las luces del porche y del salón estaban encendidas.

—Hemos llegado. Sanos y salvos.

Kate salió del coche como una bala y se plantó en la acera, donde estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Gracias por traerme. Mañana hablamos. —Enfiló el camino de acceso sin mirar atrás.

Slade sonrió. Después se bajó del coche, cerró la puerta, echó la llave y se dispuso a seguirla por el camino de piedra.

Ella volvió la cabeza con brusquedad.

—¿Qué haces?

—Acompañarte hasta la puerta. ¿Puedo ir al baño, por favor?

Ella lo miró con los ojos entornados. Se preguntó cómo serían esos ojos del azul del océano en pleno orgasmo.

—Hay una estación de servicio a la vuelta de la esquina.

Slade enarcó una ceja.

—¿Me estás diciendo que no me permites entrar en tu casa para usar el cuarto de baño después de haberte traído? Además, tengo sed.

—Venden agua embotellada.

—Kate... —Pronunció su nombre como una caricia, aunque pretendía más bien que fuera una amenaza—. No me hagas suplicar.

La vio aferrar la llave con fuerza entre los dedos al tiempo que oía una palabrota atroz.

—Vale. Baño, agua y te largas. Estoy agotada.

—Gracias.

Kate abrió la puerta y él entró.

Se preparó para encontrarse con un hombre irritado, con muy mal humor y cientos de preguntas. Sintió el subidón de la adrenalina mientras se disponía para el enfrentamiento. Estaba listo para recibir las respuestas que necesitaba sobre la mujer que estaba sumiendo su vida en un caos. Pero nadie salió a recibirlos. Al menos, nadie que fuera humano.

Vio una bola de pelo avanzar a toda pastilla por el pasillo y oyó un ladrido. Kate se puso de rodillas en el suelo, levantó las manos y abrazó a la criatura. Le acarició las orejas, le hizo unos mimos y después apoyó la frente sobre la del perro, como si estuvieran compartiendo un secreto telepáticamente.

Robert.

«La madre que la parió.»

La ira inicial se desvaneció y dio paso al alivio. No había nadie más en su vida. El último obstáculo se evaporó y lo dejó con una conclusión innegable.

Iba a conquistarla.

Observó el abrazo entre la mujer y el perro, y se percató de que Robert tenía paralizadas las patas traseras. Se había acercado a su dueña arrastrando el abdomen, con los cuartos traseros pegados al suelo. Era una mezcla de pitbull con alguna otra raza. Marrón, con manchas, con una oreja desgarrada, la cara simpática y un sinfín de cicatrices, incluida una calva en el pecho. La piel expuesta parecía aún sensible, aunque estaba seguro de que llevaba mucho tiempo curada. ¿Lo obligaban a enfrentarse a otros perros en peleas ilegales? ¿Había sido un coche? ¿Una pelea con otro animal? Las posibilidades eran infinitas.

Siempre le habían gustado los perros, pero nunca había tenido la oportunidad de explorar esa inclinación. Ese en concreto debía de darle mucho trabajo, sobre todo teniendo en cuenta que estaba ella sola. La había tomado por la dueña de un labrador, una raza que necesitaba pocos cuidados, con el que podría salir a correr, y no de un animal tan dependiente.

Una extraña emoción le oprimió el pecho mientras observaba el amor absoluto que se reflejaba en la cara de Kate. Con él siempre se mostraba muy reservada. Ansiaba ser el hombre a quien ella mirase así. ¿De dónde narices había salido ese pensamiento?

—Lo siento, cariño —la oyó susurrarle al oído—. ¿Podrás hacer pis o llego demasiado tarde? Mami ha sido mala y ha estado fuera mucho tiempo. Debería haberle dicho a Shelly que viniera a echarle un ojo. —Le pasó las manos con

cuidado y con obvia experiencia por la barriga, y tanteó el estado de su vejiga —. Creo que podemos intentarlo. A ver. ¿Quieres salir?

Robert ladró una vez.

—Vale, pues vamos. —La vio coger un artefacto que parecía una carretilla y se la ató al cuerpo con unas correas. Robert esperó con dignidad, evaluándolo con la misma mirada que había esperado por parte de su novio.

Kate se levantó y le dirigió una mirada dura.

—Slade, este es Robert. Tengo que sacarlo. El baño está pasado el vestíbulo a la derecha.

Observó con asombro cómo el animal avanzaba en su silla de ruedas en dirección al jardín, mientras las ruedas giraban a toda pastilla allí donde deberían estar las patas. No tenía ni idea de que esos chismes existían, ni mucho menos había visto a un perro usar uno.

Entró en el cuarto de baño sin pérdida de tiempo y después salió al porche delantero para reunirse con Kate y con el perro. Robert parecía haber hecho sus necesidades debajo del árbol y se había puesto a correr como un loco alrededor del tronco. La risa de Kate flotaba en el gélido viento.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

La vio tensar los hombros.

—Lo encontré medio muerto en el arcén. Lo habían tirado desde un coche. El veterinario cree que consiguió salir a rastras de la cuneta a la carretera y que lo atropelló un coche, que le aplastó las patas traseras.

—¿Tú lo salvaste?

Ella levantó la cara. La luz de la luna iluminó su piel, arrancándole el brillo como el de una perla. Los labios de color rosa pálido se fruncieron como si fueran a dar un beso.

—No. Nos salvamos mutuamente. Yo solo lo ayudé a recibir el cuidado veterinario que necesitaba para seguir con vida. Se merecía a alguien que creyera en él.

Slade contempló el gesto obstinado de su barbilla y se preguntó qué más

secretos guardaría. ¿Por qué necesitaba salvación una mujer tan hermosa y vital? Allí había algo encerrado que él quería descubrir. El abogado que llevaba dentro lo instaba a indagar más.

—¿Por qué? No era tu perro, ¿no? ¿No te sugirió el veterinario que lo durmieras, dada la magnitud de sus heridas?

Las barreras se desvanecieron, derretidas por el calor de una ira abrasadora. Kate se inclinó hacia delante y su pelo platino conformó un halo fantasmagórico en torno a su cara.

—Dormirlo habría sido la salida fácil, ¿no te parece? Nada de facturas veterinarias, ni de responsabilidades ni de desorden. Tal vez la gente merece algo más que lo fácil. Tal vez hay mucha gente imperfecta ahí fuera, con discapacidades y problemas que una persona normal y sensata no estaría dispuesta a aceptar. —Sus ojos relampagueaban y su pálida piel estaba enrojecida. La voz le temblaba por la fuerza de las emociones—. Pero tal vez merecíamos una oportunidad. Cuando miré a Robert a los ojos, vi mucho más que un perro con una discapacidad. Vi un espíritu hermoso que necesitaba que alguien le diera una oportunidad, un espíritu al que habían maltratado en muchas ocasiones pero que poseía el valor suficiente para darme una oportunidad. Estaba dispuesto a intentarlo una vez más y a confiar en mí. —Parpadeó como si estuviera luchando contra las lágrimas—. Me daba igual el dinero, el tiempo o el sacrificio. Porque lo que recibí fue mucho más valioso. No tienen por qué abandonarte solo porque sufras una discapacidad. Robert me ayudó a creer de nuevo y me da igual parecer tonta por decir esto.

Slade bloqueó el impulso abrasador de extender los brazos, pegarla a su cuerpo y besarla. Para sentir de nuevo el calor de su piel, la suavidad de su boca, su olor almizcleño. Estaba dispuesto a postrarse de rodillas para agradecerle el regalo que acababa de hacerle sin darse cuenta. Otra capa se había desprendido, había caído y había revelado otra parte de su yo más profundo. Esa mujer luchaba por aquello y aquellos en los que creía. Era una osa feroz que protegía a su perro y que creía en la bondad del alma. Su

magnificencia lo abrumó, pero Kate necesitaba tiempo para asimilar lo que acababa de confesar. Y él necesitaba tiempo para recuperar el equilibrio.

—A mí no me pareces tonta —replicó en voz baja—. Creo que el regalo de Robert fue conocerte. Es un hijo de perra con suerte.

La sorpresa iluminó los ojos de Kate. Guardó silencio un instante antes de hablar.

—Literalmente es hijo de una perra, sí.

—Muy graciosa. —Le dio un tirón a un mechón de su pelo—. ¿Me das esa botella de agua o me pondrás de patitas en la calle?

Vio el asomo de una sonrisa en sus labios.

—Una botella.

Oyó el chirrido de las ruedas mientras Robert los seguía hasta el interior de la casa. Kate lo liberó de la silla de ruedas, le puso agua limpia en el bebedero y se volvió hacia él.

—¿Beicon o mantequilla de cacahuete?

Robert ladró dos veces.

—Ah, esta noche hemos cambiado. Buena elección.

Sacó una recompensa canina de mantequilla de cacahuete de una bolsa y se la ofreció. Con la misma delicadeza con la que trataría a un bebé, Robert rodeó la chuchería con los dientes y se alejó arrastrando las patas traseras hasta su esterilla.

—¿De verdad te entiende? —quiso saber.

—Claro. Me paso el día haciéndole preguntas. Tenemos un código. Un ladrido o dos es su manera de expresarse. —Abrió el frigorífico y le ofreció una botella de agua fría Poland Spring—. Tienes por delante un largo camino de vuelta.

Bebió un buen trago, se limpió la boca y sonrió.

—Lo sé. ¿Te importa si me siento un rato? Estoy cansado. No me gustaría poner mi vida en peligro durmiéndome al volante.

Kate resopló.

—Eres bueno. Quizá si usas ese famoso encanto con Hannah acabas teniendo una relación estable. Enamorado. Feliz.

—Quizá. En el coche me dijiste que estoy bueno. Ahora admites que tengo encanto, ¿eh?

Kate suspiró, cogió una botella de agua y echó a andar hacia el salón. Slade la siguió y se percató de que el estilo del interior de la casa encajaba con el del exterior. El salón era pequeño, pero tenía un alegre sofá amarillo, un sillón ajado y un mueble bastante grande con el televisor y demás aparatos. Alfombras de fibra trenzada cubrían el suelo de madera de cerezo. Las cortinas eran de un delicado encaje y las paredes estaban adornadas por láminas coloridas. Una de las paredes estaba cubierta desde el suelo hasta el techo por una estantería en la que los libros competían por el espacio con fotografías, vasijas de cerámica de formas extrañas y un surtido de diminutos budas barrigones.

Intentó mostrarse relajado mientras caminaba hacia la estantería, intrigado por sus gustos a la hora de leer. Joder, tenía una respetable colección de películas en DVD, con unos títulos de comedias que se inclinaban más al gusto masculino, y algunas series históricas de HBO de las buenas.

—Me gusta tu casa.

Ella se mantuvo alejada a cierta distancia.

—Gracias. Encaja con nosotros. ¿Por qué sigues aquí?

Slade ladeó la cabeza.

—¿Por qué siempre intentas librarte de mí?

Kate pareció elegir las palabras de su respuesta con cuidado.

—Porque no quiero que te formes ideas equivocadas. Sobre nosotros. Mi trabajo consiste en lograr que establezcas una relación satisfactoria y plena con otra mujer. No quiero que pierdas de vista el objetivo.

Slade dio un paso hacia ella.

—¿Y si te digo que estoy concentrado en mi objetivo?

La conexión que los unía restalló como si acabara de cobrar vida. La tensión

vibró en el aire y tuvo la impresión de que Kate tenía que esforzarse para respirar. Extendió las manos al frente como si estuviera tratando de librarse de un acosador.

—N-n-no. Me estás poniendo a prueba para que fracase. Quieres demostrar que soy una farsante, ¿recuerdas? Pretendes salvar a tu hermana de mis diabólicas garras. De acuerdo. Pero debes demostrar cuáles son mis intenciones, y de momento no has estado a la altura a la hora de llevar a cabo tu parte del trato. Seducirme es para ti una forma de corroborar que Kinnections no funciona. Te gustan los juegos psicológicos y no pienso convertirme en tu siguiente víctima.

Debería haberse cabreado por los insultos. En cambio, sintió el desquiciado impulso de echarse a reír y de abalanzarse sobre ella. Se detuvo a fin de darle tiempo para que se tranquilizara.

—No tienes muy buena opinión de ti misma, ¿eh? ¿Y si te dijera que me niego a seguir eludiendo la atracción que existe entre nosotros? ¿Por qué emparejarme con otra cuando nosotros podemos funcionar?

Ella puso los ojos como platos por el espanto.

—So-so-somos polos opuestos. Incompatibles para una relación duradera. Hazme caso, conozco tus requisitos y yo no encajo en el perfil. Además, te he dicho un montón de veces que no salgo con clientes.

—Es curioso, porque yo creo que encajamos muy bien. Y por más que respete tus principios empresariales, creo que esto que existe entre nosotros me impide encontrar la pareja adecuada. Estoy bloqueado y necesito que me ayudes.

Kate abrió la boca y después la cerró con una especie de chillido ahogado.

—Puede que sea rubia, pero tengo experiencia en el tema. Y no me estoy refiriendo al sexo. Más bien me refiero a los cientos de hombres que han querido venderme el oro y el moro como si fuera tonta.

—Kate, jamás insultaría tu inteligencia y lo sabes. Tenemos un problema que podemos resolver con facilidad. Nos sentimos atraídos mutuamente, así

pues, ¿cómo quieres que me relacione con Hannah o con otra mujer de forma sincera si estoy obsesionado contigo?

—¡Pero no me-me-me atraes!

Por fin había logrado romper su pétrea compostura. Slade se tomó un segundo para disfrutar de la satisfacción antes de pronunciar el alegato final.

—Mentira. Me apuesto lo que sea a que si te toco, ya sabes dónde, te rendirás al cabo de un minuto.

—Eres un abogado arrogante.

—Seguro de mí mismo. A lo mejor te creo si no me electrocutas cuando nos besemos.

Kate se sumió en un silencio obstinado, de manera que avanzó otro paso sin dejar de mirarla a la cara. A esas alturas tenía la respiración alterada, como si estuviera imaginando qué iba a hacerle una vez que acortara la distancia que los separaba. Se juró que lo descubriría.

—¿Alguna vez te has planteado por qué sentías la necesidad de engañarme con lo de Robert? Me da hasta un poco de vergüenza haberme dejado embaucar por un truco tan viejo. Está muy visto. Casi tanto como creer que una mujer es un hombre por su apodo. Pero es evidente que sentías la necesidad de protegerte de mí. ¿Por qué?

Kate parecía estar a punto de estallar.

—Me gusta mantener la intimidad y tú estabas husmeando demasiado en mi vida privada. Eres un cliente. Ni más, ni menos.

—Otra mentira. Te asusta estar a solas conmigo, pero este miedo está afectando a tu negocio. Somos dos adultos que sienten una fuerte atracción sexual. Pasaremos la noche juntos. Dices que no somos compatibles como para mantener una relación duradera. De acuerdo. Pero ¿no crees que al menos deberíamos comprobarlo?

Su jadeo reverberó por la estancia. Robert levantó la cabeza, los miró y después la bajó de nuevo.

—¿Me estás sugiriendo un lío de una noche? Lo siento, abogado, no me

interesa, aunque has elaborado bien la argumentación.

Slade bajó el tono de voz y dio otro paso hacia ella.

—¿No estás cansada de huir? Nadie saldrá herido y ambos disfrutaremos. Te prometo que disfrutarás muchísimo, Kate. No soy un amante egoísta.

—Eso dicen todos los hombres del planeta —replicó ella con desdén.

—Será un placer pasar de las palabras a la acción.

Kate negó con la cabeza y soltó una carcajada estrangulada.

—¿Te parece bien que acepte tu palabra sin más? Mi trabajo consiste en buscarte una compañera con la que puedas mantener una relación a largo plazo y eso es lo que pretendo hacer. Me gustaría que te fueras de mi casa y que ambos olvidemos que esta conversación ha existido.

Slade aunó sus fuerzas y tomó una decisión arriesgada. ¿Retirarse con la idea ya firmemente plantada en su mente? ¿O presionar la conexión física para que no pudiera seguir negándola? Mantener el equilibrio era complicado y un paso en falso podía hacerlo fracasar.

De manera que tomó una decisión.

Dejó la botella de agua en la mesa, se enderezó y acortó despacio la distancia que los separaba.

Ella se mantuvo en sus trece hasta el último segundo, cuando el pánico pareció asaltarla. Con los ojos como platos, porque se había percatado de cuáles eran sus intenciones, retrocedió a la carrera hasta que acabó con la espalda pegada a la pared, pero ya era demasiado tarde.

—No quiero olvidar esta conversación —repuso él en voz baja. Con movimientos lentos y deliberados, levantó un brazo para acariciarle el pelo, disfrutando de su sedoso tacto en los dedos. Usó la voz para envolverla en una acogedora manta de seguridad.

—No-no-no me toques.

—Kate, no te doy miedo, ¿verdad?

Ella alzó la barbilla y contestó de mala manera:

—No digas tonterías. He lidiado con víboras peores que tú.

Slade esbozó una breve sonrisa mientras seguía acariciándole el pelo con suavidad.

—Bien. No quiero tu miedo. Parece que no puedo arrancarte de mis pensamientos. No paro de rememorar el beso. ¿Has pensado en él?

—No.

—Pues yo sí. Todas las noches. Deseando más.

Se le escapó un gemido quedo y pareció que intentaba reunir las fuerzas suficientes para luchar contra él. No le dio la oportunidad. Le colocó las manos en los brazos con firmeza, de manera que no hubiera barreras entre ellos. Piel contra piel.

Y entonces sucedió.

Esperaba un suave hormigueo, pero la explosión que sintió acabó con su cordura. Un calor abrasador le invadió las manos y recorrió su cuerpo hasta agolparse en sus entrañas, como si el simple roce hubiera provocado una miríada de descargas eléctricas incandescentes. El grito de Kate le indicó que ella también lo había sentido, y de inmediato su cerebro se bloqueó con el repentino deseo de excitarla, de poseerla, de darle placer. La erección fue inmediata y la sangre se convirtió en lava mientras corría por sus venas, erradicando todo pensamiento racional de su cabeza.

Esta vez estaba preparado. Esta vez dejó que la energía lo recorriera y lo poseyera. Su olor lo rodeó, una deliciosa mezcla de azúcar y almizcle que se apoderó de sus fosas nasales y despertó el ansia de golpear el suelo con los pies y de encabritarse como un semental a punto de montar a una yegua. Esos preciosos ojos azules se ensombrecieron mientras separaba los labios rosados en busca de aire. El roce de sus pezones endurecidos contra la delicada seda del vestido era una tentación. La sentía estremecerse y temblar, pero sabía que no se debía al miedo, sino a la certeza de que ya no podía ocultarse más.

—No —gimió Kate, en un último intento por negarlo.

Slade inclinó la cabeza hasta dejar los labios casi pegados a los suyos.

—Sí. Ah, sí.

La besó en los labios.

Y Kate se dejó llevar. En cuanto la tocó, todo aquello en lo que había luchado por creer, por comprender, se desvaneció. Quedó reducida a una masa temblorosa de deseo y lujuria que se negaba a ser saciada.

Su boca era la combinación perfecta de deliciosa pasión y avidez mientras la devoraba. Se entregó a él sin titubear, y Slade le introdujo la lengua para explorarla a fondo. Sabía a menta, a coñac y a chocolate. Le mordisqueó el labio inferior y después le alivió el dolor con la lengua, tras lo cual exploró el interior de su boca en busca de cualquier secreto que ella tratara de ocultar.

Se aferró a él y le clavó las uñas en los hombros, mientras él se pegaba por completo a su cuerpo. Gimió, aliviada, porque necesitaba su fuerza para sostenerse y evitar que se le doblaran las rodillas. Sentía la dureza de su erección entre los muslos, lo que le provocó una oleada inmediata de húmedo deseo. Trató de moverse para acercarse más, para aliviar el vacío que poco a poco la estaba destrozando por dentro.

Había estado con otros hombres, había mantenido con ellos distintas maneras de relaciones físicas. Sí, técnicamente era virgen, pero se consideraba una experta en los juegos sexuales y en los preliminares, y había disfrutado de muchas formas íntimas y satisfactorias de darse placer mutuo. Pero jamás se había sentido tan abrumada por un deseo tan feroz de entregarse a un hombre. Ansiaba arrancarse la ropa, ponerse sobre él y dejar que se la metiera hasta el fondo. Slade se dio un festín con sus labios, y después descendió por su cuello, lamiéndoselo y mordiendo mientras le subía el vestido hasta la cintura. Kate agitaba la cabeza sin poder evitarlo, incapaz de expresar con palabras lo que su cuerpo experimentaba. Como si lo supiera, Slade sustituyó las palabras por la acción. Le siguió levantando el vestido hasta las caderas y la alzó en brazos, estampándola contra la pared al tiempo que le subía una pierna y la sujetaba contra su cadera para dejarla expuesta. Acto seguido, se apresuró a bajarle la

cremallera del vestido, cuya parte delantera cayó hacia delante, dejando a la vista un sujetador de encaje negro. Acarició uno de sus pechos con la palma de una mano, rodeándolo y frotándole el pezón, tras lo cual se lo pellizcó con el índice y el pulgar mientras la miraba a la cara.

—¡Dios mío!

La mezcla de placer y dolor envió una descarga a su sexo. La tensión se apoderó de ella y sintió que los pezones se le endurecían al máximo, exigiendo más, exigiendo todo lo que él pudiera darle sin importar cómo se lo diera. Slade inclinó la cabeza y le lamió un pezón a través del encaje, tensando el tejido para aumentar la fricción. No aminoró el frenético ritmo en ningún momento, como si lo alentara la misma lujuria desatada que se había apoderado de ella. Kate sintió la caricia de sus dedos en la parte interna del muslo, una erótica amenaza que le puso la carne de gallina.

—Ni una mentira más.

El cierre delantero de su sujetador se abrió, liberando sus pechos. El aire frío le acarició la sensible piel y Kate soltó un grito de alivio, al tiempo que arqueaba la espalda para ofrecerse a las deliciosas caricias de su lengua y de sus dientes.

—Dime que me deseas. Ahora.

Le chupó un pezón mientras sus dedos revoloteaban sobre el encaje de las bragas negras. El deseo las había empapado y tenía el clítoris tan hinchado que se temía que un simple roce le provocaría un orgasmo. ¿Qué estaba haciendo? Por Dios, Slade era un cliente, un hombre inadecuado para ella. Luchó contra la reacción de su cuerpo con la fuerza que le otorgaba el instinto de supervivencia, a sabiendas de que si él la sumergía bajo las revueltas aguas del sexo, no volvería a asomar la cabeza en busca de aire. Joder, ni siquiera le apetecería hacerlo.

—No podemos hacer esto —gimió al mismo tiempo que la recorría un nuevo escalofrío. Slade le acarició el clítoris con el dedo anular y jugueteó con el borde elástico de las bragas que de momento escondían sus secretos—.

Vamos a complicar las cosas. Es mejor que hablemos como profesionales sensatos.

Oyó su suave carcajada al tiempo que sentía el roce ardiente de su aliento en un dolorido y enhiesto pezón.

—No estoy haciéndolo bien si a estas alturas sigues hablando de trabajo. —
Levantó la cabeza y la miró a los ojos.

Kate se ahogó en esas profundidades verdes como esmeraldas y tan ardientes que se convirtieron en oro fundido, rebosantes de poder y exigencia masculinos que derribaban todas las barreras y las hacían pedazos. El deseo descarnado que vio en sus facciones le dijo que Slade había pasado el punto de retorno, que ese hombre estaba dispuesto a reclamarla, a poseerla. Contuvo el aliento, consciente de que se encontraba al borde de un cambio tan enorme que la aterraba hasta lo más profundo.

—Llevo imaginándome tu cara mientras te corres desde que nos conocimos. Me imagino que te penetro con los dedos, que te beso con la lengua, que te la meto tan hondo que no sabemos dónde acaba uno y dónde empieza el otro. Estoy cansado de resistirme. Córrete para mí, Kate, enséñame lo que me has estado ocultando todo este tiempo.

Lo miró fascinada, sin poder evitarlo, hechizada por su voz y por sus palabras, mientras él se apoderaba de sus labios al tiempo que le introducía los dedos bajo las bragas y la penetraba.

Slade se tragó sus gritos, negándose a que luchara contra la respuesta física de su cuerpo, usando el suyo como un arma para lograr que le entregara todo lo que le exigía. Le acarició el clítoris con el pulgar mientras le introducía los dedos en la empapada vagina. Su lengua batalló con la de Kate, ganó y reclamó su botín mientras movía las caderas hacia delante y hacia atrás, de manera que el ritmo de su cuerpo, de su polla y de sus dedos la llevaron rápidamente hasta el borde y...

Kate gritó al llegar al orgasmo. El placer la invadió en oleadas y la dejó exhausta. Slade susurró su nombre, triunfal, y la ayudó a prolongar el éxtasis

al máximo, suavizando sus caricias, pero instándola a disfrutar hasta del último espasmo mientras ella se desplomaba contra la pared, rendida por completo.

Entretanto, él le mordisqueó los labios hinchados y le dejó una lluvia de besos en el mentón y en el cuello. Sus brazos la rodeaban con fuerza y se sentía protegida en un capullo cálido y seguro, como si su cuerpo supiera que él la mantendría a salvo, que la cuidaría como ningún otro hombre la había cuidado. Kate dejó que ese extraño pensamiento se desvaneciera. Estaba demasiado agotada como para preocuparse siquiera por el momento en el que el cerebro le volviera a funcionar.

—Magnífica —dijo él al oído—. Podría mirarte durante horas en pleno orgasmo y retarme a provocártelo de mil formas distintas. —Sentía la dureza de su erección contra las bragas mojadas—. Quiero llevarte a la cama y follarte hasta que te olvides de todos los hombres con los que has estado hasta ahora. Esa es la locura que me provocas, Kate Seymour.

—Sí. —Ella lo abrazó con fuerza y le dio lo que quería—. Sí.

Lo oyó soltar una palabrota soez y después apretó los dientes, como si tuviera todo el cuerpo en tensión y estuviera tratando de no perder el control.

—Pero esta noche no.

Kate parpadeó e intentó despejarse la mente.

—¿Por qué?

Slade acercó la frente a la suya y se apoyó en ella como tantas veces había hecho Kate con Robert. La intimidad del gesto y la ternura la sorprendieron.

—Porque quiero más. Y no estás preparada para darme más esta noche. Necesito demostrarte lo que podemos hacer en la cama, pero debes ser tú la que venga a mí, Kate. Debo saber que lo deseas tanto como yo. Y no quiero que por la mañana me digas que he jugado sucio cuando puedes escudarte en el alcohol, en el agotamiento o en mi dominancia.

Intentó encontrar la voz, pero solo atinó a hablar con lengua de trapo.

—Abogado, no busco excusas para justificar mis decisiones. No te lo tengas

tan creído.

Él rio entre dientes y le dio un beso fugaz y agresivo.

—Me gusta que pronuncies la palabra «abogado» como si fuera algo indecente. A lo mejor te obligo a suplicarme usando mi profesión en vez de mi nombre. Sería una batalla interesante.

La idea de que la retara a un desafío erótico le provocó un delicioso estremecimiento, pero logró replicar con desdén:

—Cuando las ranas críen pelo...

—Ah, ya lo verás.

—¿Me estás sugiriendo que pasemos una noche juntos? ¿Una relación? ¿Qué crees que puede haber entre nosotros?

Él le aferró la barbilla entre los dedos.

—Eso son nombres ridículos que intentan explicar las emociones humanas que resultan incontrolables. Aventura, relación, rollo de una noche. Elige la etiqueta que te haga feliz. Pero hazlo pronto, Kate. No creo que pueda esperar mucho más.

No le dio opción a réplica. Se limitó a dejarla de nuevo en el suelo y salió del salón sin mirar atrás.

Kate pidió otro café moca y no quitó la vista de encima a la mesa del rincón. La ecléctica cafetería era un sitio popular para hacer amigos y entablar futuras relaciones, y también el sitio perfecto para las dos primeras citas oficiales de Jane. Adele cantaba desde los altavoces, y el olor a coco y a chocolate la rodeaba en volutas de vapor. La desgastada barra de madera de roble y las mesas de distintos tipos atestaban el local, pero le proporcionaban un ambiente muy acogedor. El local era famoso por sus dulces y los clientes se daban un festín con los cremosos *scones* y los deliciosos *cupcakes*, y degustaban una gran variedad de bebidas, desde zumos holísticos y orgánicos hasta batidos dulces a rebosar de calorías que provocaban caries y falsos arrebatos energéticos. Decorado con tonos amarillos y verdes brillantes, el establecimiento era el lugar donde los artistas locales exponían sus trabajos en caballetes para venderlos, de modo que la explosión de colores siempre suponía un fuerte impacto visual. Aun así, era otro motivo por el que quiso asentarse en Verily. Allí no había forasteros, porque todo el mundo encontraba su sitio. Se había pasado casi toda la vida escondiéndose, intentando no hablar, aterrada de que se rieran de ella y con la sensación de que llevaba muchísimos años aislada del resto de la raza humana. Verily la había acogido con los brazos abiertos y la obligaba a relacionarse con todo tipo de personas. Había crecido muchísimo en esa ciudad y en ese momento era feliz consigo misma, con quien era y con el camino que había emprendido.

En fin. Más o menos.

La imagen de Slade pasó por delante de sus ojos. Maldito sea. Había pasado

una semana entera desde su encuentro y él le estaba siguiendo el juego con una educación que la cabreaba. Hizo bien al irse. Cuando se despertó a la mañana siguiente, achacó el beso y su momentánea debilidad física a un sinfín de factores. Si hubieran pasado la noche juntos, se habría arrepentido de sus actos y seguramente le habría echado la culpa a él por su propio sentimiento de culpa.

Miró su elegante reloj negro con incrustaciones de cristal. Slade se estaría preparando para su cita con Hannah. Por su parte había decidido olvidar el beso. Al fin y al cabo, solo fue curiosidad por parte de ambos, sobre todo después de la extraña conexión que habían experimentado. Había supuesto que lo mejor sería planear otra cita con Hannah y hacer que siguieran con el proceso. Por supuesto, cuando se puso en contacto con él, muy seria y compuesta, él accedió sin rechistar y se negó a mencionar siquiera lo que había sucedido el sábado por la noche. Como si no le hubiera provocado un orgasmo, ni le hubiera susurrado obscenidades al oído ni la hubiera besado como si se muriera de hambre y ella fuera su única posibilidad de supervivencia, lo que lo salvaría de la muerte.

Lo había olvidado. Por completo.

Bebió un sorbo de café y le hizo un gesto a Kennedy cuando por fin la vio aparecer por la puerta.

—Hola, guapa. ¿Cómo le va a nuestra chica?

Ken miró con disimulo a Jane. La hermana de Slade se sentaba con algo más de confianza y sus gestos eran menos bruscos y nerviosos después de las semanas de terapia bajo la supervisión de Ken y de Arilyn.

—Estoy muy orgullosa de ella —dijo Kate—. Parece estar más segura de sí misma.

Ken se quitó la cazadora de cuero, se sentó en el taburete y pidió un expreso.

—Fue una genialidad organizarle dos citas. No se sentiría cómoda en una cita múltiple, y le hace falta el contacto directo.

—Sí, una cena sería demasiado intensa. Quiero que se lo pase bien, no que

salga corriendo en el primer asalto. Brian y Tim son los candidatos idóneos.

—¿Tim viene ahora?

—Sí, todavía le quedan unos minutos con Brian, luego habrá un descanso y después vendrá Tim. Así sabrá quién la atrae más.

—Mmm, en fin, ya sabía que el aspecto físico no era su problema. Es curioso, creo que la sencillez aumenta su belleza más que cualquier otra opción, que sería lo normal. Tiene una constitución y una piel increíbles. Otro motivo por el que me encantan los cambios de estilo. Demuestran una y otra vez que no tenemos nada de malo, que solo necesitamos escoger opciones que resalten lo que ya tenemos. —Algo ensombreció los ojos de su amiga, pero desapareció enseguida.

Kate extendió el brazo y le dio un apretón en la mano.

—Tú eres preciosa, Ken. Por dentro y por fuera. Quien te diga lo contrario es un capullo.

Ken se echó a reír.

—Eres estupenda para mi ego. Y lo mismo te digo.

—Gracias. Mmm, fantástico lenguaje corporal entre ellos. Tal vez merezca la pena una segunda cita. Sin que hagamos de carabinas.

—O puedes tocarlos así sin que se den cuenta para ver si son almas gemelas. —Kennedy sonrió—. Tú lo llamarías hacer trampas. Pero yo lo llamo buena estrategia comercial.

La inquietud le provocó un nudo en el estómago. Comenzó a tamborilear con los dedos sobre el borde de la taza. Ni en broma iba a confesarle a Ken la pérdida temporal del don en el que se cimentaba Kinnections. Eso solo conseguiría preocupar a sus amigas y a ella le costaría mucho más desterrar la sensación de que algo iba mal. Salvo por la explosión con Slade, no sentía ni un solo cosquilleo, ya estuviera cerca de una pareja casada o que mantuviera una relación seria. Sintió el sudor en la frente, pero habló con voz serena.

—Lo siento, nada de quebrantar las reglas. Si Kinnections va a ser un éxito firme, tenemos que apoyarnos en la investigación científica, en el trabajo duro

y en el instinto. No en un don mágico que yo he heredado.

—De acuerdo. Solo intentaba acelerar un poco las cosas. Hablando de Kinnections, ¿cómo va la cosa con Slade? ¿Hannah y él ya son pareja?

Aferró el asa de la taza mientras la rabia le corría por las venas al pensar en Slade con Hannah. Carraspeó antes de contestar.

—Todavía no. Tuvieron que cancelar la cita del fin de semana, pero han quedado esta noche. —Se negaba a confesarle la verdad sobre su cita improvisada y el beso con el que culminó. Todavía no, al menos. Sus amigas parecían poseer un talento innato para arrancarle todos y cada uno de sus secretos, así pues, solo era cuestión de tiempo.

—Interesante. ¿Por qué no parece emocionarte la idea de emparejarlo?

Entornó los ojos al oír el retintín de su amiga.

—No empieces, Ken. No necesito que una casamentera entremetida nos obligue a pasar tiempo juntos por sus buenas intenciones. Me atrae, sí, pero es algo puramente físico. Desde el punto de vista emocional sé que es todo lo contrario de lo que quiero y soy lo bastante madura como para reconocer las limitaciones y seguir con mi vida. Quiero un alma gemela, no un compañero de cama puntual.

Kennedy chasqueó la lengua.

—Qué pena. Porque yo lo aceptaría de compañero de cama ahora mismo. ¿Qué ha dicho tu madre sobre el toque entre vosotros?

Kate pidió perdón en silencio. No mentir a sus mejores amigas era uno de sus diez mandamientos particulares.

—No parecía preocupada. Así pues, estoy tranquila.

—Bien. ¿Me has conseguido un poco de maría? Tu madre tiene la mejor.

Kate puso los ojos en blanco y se echó a reír.

—No. Y no hables de drogas, que ya viene Jane.

Vieron cómo Brian se levantaba de la mesa, abrazaba a Jane y le daba un rápido apretón cariñoso para despedirse. Kate analizó sus gestos, su lenguaje corporal: las expresiones faciales y sus movimientos relajados. Una pareja

sólida. Sería perfecto para una cita más íntima donde comprobar si la atracción física podía aumentar. Jane estaba muy cambiada desde la última vez que la vio. La ropa holgada había sido reemplazada por unos vaqueros ceñidos, unas botas de tacón alto y un jersey de color tostado que iluminaba su rostro. Cómodo pero juvenil. Su melena rizada era ahora una cascada ondulada entre la que se atisbaban los aros de oro que llevaba en las orejas. No iba maquillada, salvo por el tono rojo intenso de los labios, lo que atraía las miradas masculinas hacia su boca. Se habían deshecho de las gafas viejas y las habían sustituido por unas elegantes gafas de montura nacarada de Coach, que le conferían el aire de bibliotecaria sexy que tanto gustaba a los hombres. Brian le susurró algo al oído y Jane se echó a reír antes de darse la vuelta y dirigirse a la barra de la cafetería.

Esperaron a que Brian desapareciera por la calle.

Ken sonrió como una mamá orgullosa.

—Guapa, has bordado la cita. Cuéntanoslo todo.

Kate le dio un codazo.

—Todo lo que te apetezca contar —la corrigió—. ¿El hecho de que estuviéramos aquí ha facilitado las cosas o las ha estropeado?

Jane, que solía ser muy reservada, esbozó una radiante sonrisa.

—Ha ayudado. Espero que no fuera una tontería pedirnos que viniérais. No me gustaba la idea de que Brian me creyera incapaz de lidiar sola con una simple cita, pero necesitaba saber que estabais aquí. Como una especie de Cyrano, pero calladas.

Kate le dio unas palmaditas en el brazo.

—No, muchos de nuestros clientes nos piden que estemos presentes. Y no es una tontería. La clave está en asegurarnos de que te sientas cómoda y relajada en el sitio para que puedas dejarte llevar y comprobar si hay algo entre vosotros. ¿Te ha gustado?

El rubor tiñó las mejillas de Jane.

—Sí. Tenemos muchas cosas en común. Me miraba a los ojos mientras

hablábamos y ha parecido interesarse de verdad por mi profesión y mi investigación.

—Como es profesor de poesía, creímos que tendríais un tema de conversación seguro. Todavía nos quedan unos minutos antes de que llegue Tim. Toma, he pedido unos *biscotti*... vamos a compartirlos.

Kate le dio un mordisco al dulce de almendras y miel, saboreando las diferentes texturas y el dulzor, una deliciosa mezcla de crujiente y blando que hacían de los *biscotti* su aperitivo preferido para acompañar su adicción al café.

—¿Y si yo no les gusto? —preguntó Jane.

—En ese caso, no estáis hechos el uno para el otro —contestó Kennedy—. ¿Recuerdas lo que hablamos? Que un hombre no se sienta atraído por ti no quiere decir que no seas digna de él. Es un toma y daca... Esto también sirve para la mujer. Nos esforzamos al máximo para escoger a la pareja que más cosas tenga en común y luego vemos si lo que hay crece.

Kate asintió.

—No es una carrera de velocidad, es un maratón. Muchas mujeres se obsesionan tanto por un rechazo que eso mina su confianza y son incapaces de ver al hombre que podrían tener al lado.

Jane suspiró.

—Tienes razón. Esto se me da fatal.

Kate partió el *biscotto* por la mitad y le pasó un trozo.

—Eres nueva en esto, Jane. Todas tenemos complejos y manías. Creamos Kinnections porque nos dimos cuenta de que las mujeres deberían pasárselo mucho mejor mientras buscan a su hombre perfecto. ¿Por qué pasarlo mal durante el proceso?

Jane sopesó esa idea y clavó la vista en sus dedos mientras se sumía en sus pensamientos. A Kate le gustaba pasar tiempo en compañía de Jane. Una vez que se olvidaba de las expectativas que la sociedad había depositado en ella, salían a relucir su inteligencia natural y su encanto. Se preguntó por qué Slade

se mostraba tan sobreprotector con ella. La curiosidad hervía en su interior y tuvo que controlar el impulso de preguntarle por su hermano. Ansiaba saber más cosas de su infancia. Además de su exmujer, ¿había habido otras personas que destruyeran su capacidad para confiar en los demás? Arilyn hacía terapia con Jane sobre su pasado, pero a ella nunca le había gustado fisgonear por mera curiosidad. Cada una tenía un papel en Kinnections e intentaban no pisarse, y la razón principal era su amistad. Lo que Jane le había confesado a Arilyn era muy íntimo y personal.

Kate miró la hora de nuevo. Sí, ya habrían llegado al restaurante. Seguramente estarían bebiendo cócteles mientras esperaban mesa. ¿Obedecería Slade y se pondría algo más informal tal como le habían aconsejado? ¿Aceleraría la cita para llegar a una fase más íntima o la disfrutaría a placer, despojando a Hannah de sus capas una a una, como se desenvolvería un regalo caro? ¿Pensaría siquiera en el beso que se habían dado o se habría olvidado de él como si nada?

—Tierra llamando a Kate. ¿Qué pasa? Tienes una expresión muy rara.

Meneó la cabeza y se concentró en el momento.

—Lo siento, es que estoy cansada.

—Más bien diría que distraída. —Su amiga la miró fijamente—. Tengo una idea genial. ¿Por qué no salimos todas juntas esta noche? Salida de chicas. Hablaremos de hombres, beberemos cócteles y nos pondremos zapatos de tacón de vértigo. Y bailaremos. Sí, hay que bailar sí o sí.

En circunstancias normales, Kate anhelaba su mando a distancia, a Robert y el pijama un viernes por la noche. Pero la idea de que Slade estaba con Hannah iba a torturarla esa noche. Salir de casa y distraerse sería lo mejor. Jane pareció sorprenderse por la invitación.

—Esto, chicas, no hace falta que me invitéis por educación. Tengo que trabajar en mi investigación.

—Nada de trabajo esta noche, para ninguna. Vendrás con nosotras, ¿verdad, Kate?

Kate sonrió a Jane.

—Pues claro. Lo pasaremos genial, y necesito desmelenarme una noche. Le mandaré un mensaje de texto a Genevieve y tú mándaselo a Arilyn. Nos reuniremos en The Grille para cenar y luego iremos a bailar a Mugs. ¿De acuerdo?

Jane sonrió de oreja a oreja. Qué raro, pensó Kate, era como si no tuviera la oportunidad de relacionarse con otras personas a menudo. Tal vez, como le pasaba a ella, Jane se había acostumbrado a estar sola y le costaba salir de la rutina.

—Muy bien, gracias por invitarme.

Tim entró por la puerta y miró alrededor.

—Aquí llega el soltero número dos. ¿Preparada?

Jane tomó una honda bocanada de aire, se colocó bien el jersey y asintió.

—Sí. Puedo hacerlo.

—Recuerda: sé tú misma. Relájate. No da miedo, solo es un alienígena del sexo opuesto al que nunca comprenderemos pero al que tenemos que aceptar y con quien tenemos que aparearnos.

Jane se echó a reír al oír a Kennedy y se acercó a Tim. Kate los vio saludarse antes de sentarse a la misma mesa para charlar. Sintió la tentación de acercarse lo justo para comprobar si experimentaba un hormigueo; pero, además de que sería hacer trampa, se temía que ni siquiera sentiría un cosquilleo. Y eso solo conseguiría deprimirla.

—Si vamos a salir esta noche, tengo que volver a Kinnections y luego pasar por casa para ver cómo está Robert. ¿Te encargas tú sola? —preguntó.

Kennedy agitó una mano cuyas uñas estaban pintadas de morado.

—Pues claro. Esta noche toca ir de putón verbenero. Si insistes en que no quieres liarte con don Electricidad, tendrás que buscarte a otro. Como cumplas los treinta sin perderla, te contrato a un gigoló.

Kate soltó una carcajada.

—Deja de amenazarme. Prometo vestirme como un putón si me dejas

tranquila.

—Trato hecho. Quiero ver mucha piel al aire.

Kate le sacó la lengua, cogió el bolso y se fue.

Slade sonrió a la exquisita mujer que tenía delante, al otro lado de la mesa. Debía reconocer que Kate había dado en el clavo con todos los aspectos que siempre había deseado en una mujer. Además de su atractivo físico, Hannah Easton era una empresaria de éxito. Inteligente y desenvuelta, con un sentido del humor que disfrutaba y admiraba. Si enumerara todas las cualidades de su pareja perfecta, la foto de Hannah aparecería al lado de la lista. Salvo que...

No la deseaba. No se moría por pegarla a la pared, levantarle la falda y enterrarle los dedos entre los muslos. No quería devorarle la boca, succionar ese labio inferior y deleitarse con los roncós gemidos que surgían de su garganta. No lo cabreaba, no le ponía el mundo patas arriba y no hacía que su alma temblara de anhelo.

Ah, mierda.

Hannah se ofreció a pagar la mitad de la cuenta, algo que él rechazó. Mientras salían del restaurante, la cogió del codo para ayudarla a cruzar la resbaladiza acera. No sintió nada de química entre ellos. Reconocía con cierta indiferencia todo lo que ella podría aportar a una relación, pero sabía que no era el hombre adecuado para Hannah. ¿Debería decírselo ya? ¿O era mejor esperar para contárselo a Kate? Detestaba esa parte. Con razón odiaba las citas.

Se detuvo al llegar junto al coche de Hannah. Ella levantó la cabeza y lo miró con una expresión ansiosa y expectante en sus bonitos ojos castaños. ¿Esperaba un beso? Evitó caer en la trampa actuando deprisa. Se agachó, la besó en la mejilla y retrocedió un paso.

—Ha sido un placer conocerte, Hannah. Me lo he pasado muy bien contigo, gracias.

Ella parpadeó.

—Ah, sí, yo también, Slade. Con suerte, nos veremos de nuevo.

Asintió con la cabeza como un tonto, desesperado por escapar. El malvado abogado millonario asustado por la idea de hacerle daño a una mujer. Era un imbécil.

—Sí, seguro que sí. Conduce con cuidado. Y gracias de nuevo.

Se alejó y echó a andar hacia al aparcamiento despotricando mentalmente contra Kate, contra Kinnections y contra sus dichosas hormonas. Detestaba decepcionar a una mujer dulce, pero mejor en ese momento que más adelante. Se preguntó si se sentiría atraído por ella de no haber conocido a Kate. Claro que daba igual. Ya era demasiado tarde.

La idea de pasar una noche en su cama hacía que le diera vueltas la cabeza y se la ponía durísima. Si pudiera pasar horas con ella desnuda, tal vez consiguiera acabar con toda su testosterona. Incluso era posible que se librara de la intensa conexión que parecían tener. De todas formas, no la había llamado durante toda esa semana, le había dado tiempo para que asimilara lo ocurrido y se lo pensara. Esperaba que el hecho de saber que iba a cenar con Hannah la ayudara a ver las cosas con más claridad.

Se subió al coche. Pensar que tenía que volver a su casa vacía lo deprimió de repente. Debería llamar a algún amigo y salir a tomarse algo. Tal vez podía pasarse a ver a su hermana. Había intentado darle el espacio que ella quería, pero seguía preocupado. Pulsó la tecla de su dispositivo Bluetooth y se internó en el tráfico con su Jaguar.

—¿Diga?

—¡Jane! Soy tu olvidado hermano. ¿Ya no te acuerdas de mí? ¿O me has reemplazado por un semental?

Su carcajada le arrancó una sonrisa.

—Muy gracioso. La verdad es que estoy a punto de salir.

—¿Tienes una cita?

—Es noche de chicas. Kate y Kennedy me han invitado a dar una vuelta con ellas. Vamos a Mugs. Había olvidado lo bien que se pasa al estar con otras

mujeres. Creo que he estado evitando esa situación demasiado tiempo.

El recuerdo de verla destrozada, en el suelo y casi sin vida, cruzó por su mente. Cambió de postura. ¿Era algo bueno que la hubieran aceptado en su grupo? ¿O algo malo? No, Kate nunca le haría daño a Jane, pero ¿alguna vez se daban cuenta las personas de sus actos antes de que fuera demasiado tarde? Habló con voz relajada.

—A bailar, ¿eh? Suena divertido. ¿Qué tal va lo de tus citas?

Una pausa.

—¿Estás fisgoneando?

—Sí. Por favor, ten paciencia conmigo. Eres mi hermana pequeña y estoy con el mono. No puedo meter las narices en los asuntos de nadie más.

Ella resopló, pero sabía que se estaba riendo.

—De acuerdo. Hoy he conocido a dos chicos muy agradables y he aceptado una cita personal con Brian. Es profesor de poesía.

—Qué bien. Quiero que seas feliz.

—Lo soy. ¿Qué me dices de ti? ¿Estás saliendo con alguien?

—Sí, acabo de tener una cita. Era agradable, pero no la indicada para mí.

—Pobre, seguro que ya está medio colada por ti —se burló Jane.

—Estoy convencido de que Kate me buscará otra pareja. ¿Saldrá contigo esta noche?

—Ajá. Se vestirá para matar y Kennedy quiere liarla con un hombre. Dice que se pasa la vida escondida en su casa con su perro. Se parece a ti, ¿no?

Gruñó al oírla.

—No tengo perro. Oye, ¿y si me acerco para tomarnos una copa juntos? Todavía no me apetece volver a casa y me gustaría verte.

—Bueno, es una noche de chicas, pero no veo que les moleste. ¿Sabes dónde está Mugs?

—Sí. Voy para allá. Nos vemos dentro de media hora.

—Hasta ahora.

Slade cortó la llamada, enfiló la autopista de peaje y se dirigió a Verily. A la

mierda. Por nada del mundo iba a permitir que Kate se distrajera con otro hombre. No mientras a él lo torturaran los sueños eróticos y una erección perpetua que no había forma de bajar. Había llegado el momento de recordarle la atracción que sentían.

Si otro hombre le ponía una mano encima...

Prefirió desterrar el pensamiento y pisó el acelerador.

Kate bebió un sorbo de su martini de chocolate y se relajó con la charla femenina que era tan relajante como un masaje en un spa. Desde los cotilleos más inocentes sobre los famosos hasta el fascinante e interminable mundo de los hombres, los temas cambiaban y se entremezclaban de una forma caótica que hacía que se alegrase de ser mujer.

Mugs estaba abarrotado, pero habían conseguido una mesa en un lugar privilegiado, junto a la pista de baile. Por los altavoces se oían las temperamentales letras de Pink y la gente movía las caderas al compás de su música. Era imposible aburrirse en ese ambiente, ya que se podía bailar, jugar al billar y a los dardos, y había enormes mesas alrededor de las que congregarse. Kate agachó la cabeza y echó una última mirada al reloj.

Sí, definitivamente la cita de Slade habría terminado. A menos que la hubiera continuado en casa. Claro que eso iba en contra de las reglas. Llevaba toda la noche repitiendo el mantra que él debía seguir: nada de sexo a menos que quisiera salir en serio con la mujer. El hecho de que, en su caso, hubieran tardado minutos en arrancarse la ropa la humillaba, pero se juró olvidarse de ese momento. Solo había sido un tropezón. Un error. No volvería a pasar.

—¿Qué te parece ese tío?

Dirigió la mirada hacia el punto que le indicó Kennedy con disimulo y vio un hombre que las estaba mirando. Cuando se percató de que le devolvía la mirada, el hombre levantó la copa y sonrió. Ella hizo el mismo gesto y luego apartó la vista.

—Ah, sí, es el elegido —dijo Kennedy con sorna—. ¿Por qué no te acercas?

—¿Por qué no vas tú? —replicó ella con voz guasona.

—Porque esta noche voy a descansar de los hombres. Pero tú, cariño, necesitas descansar una noche de las mujeres.

Hizo una mueca.

—Te quiero, Ken, y me muero por tus zapatos, pero no quiero acostarme contigo.

Jane soltó una risa y luego hipó. Era evidente que no estaba acostumbrada a beber, de modo que dos cosmopolitans le habían provocado un alegre rubor. Kate se dijo que debía asegurarse de que llegaba bien a casa.

—Muy graciosa. Pero, vamos, ahora mismo me acostaría contigo. Estás para comerte, Kate.

Ella sonrió. La verdad era que lo estaba. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vistió así, iba de negro, como siempre, pero le había dado un toque especial. La falda era cortísima y muy chic, con tablas con cortes que se abrían para regalar la visión de sus piernas. El top de lentejuelas resaltaba su escote y brillaba cuando le daba la luz. Sin embargo, los zapatos eran mortales. Diez centímetros de tacón y unas tiras de cuero negras que se ajustaban en los tobillos y las pantorrillas como las de los gladiadores. Eran la fusión entre los zapatos de putón y las botas de dominatriz, y valían cada centavo.

Kennedy se inclinó hacia ella.

—Guapa, no malgastes la noche con nosotras. Ve a hablar con ese tío. Te lo suplico.

Kate lo miró de nuevo. Él la estaba mirando, no había duda, pero no con la expresión lujuriosa que solía acojonarla. Podría decirse que estaba disfrutando de su aspecto. Al fin y al cabo, por eso se había puesto aquel modelo, para llamar la atención, no para fundirse con la pared.

La imagen de Slade y de Hannah, pegados el uno al otro mientras se besaban con frenesí, le nubló la vista. Slade metiéndola en volandas por la puerta de su

casa, arrancándole la ropa. Hannah gimiendo, mientras su increíble lengua le acariciaba la piel.

Se puso de pie y cogió la copa antes de mirar a sus amigas.

—Allá voy.

La manifestación de alborozo dio alas a su confianza. Se acercó al desconocido haciendo caso omiso de los nervios, y se decantó por un acercamiento directo.

—Hola, me llamo Kate.

El hombre le devolvió la sonrisa.

—Yo, Bruce. Encantado de conocerte, Kate. ¿Noche de chicas?

—Sí, para liberar un poco la tensión de la semana. ¿Vives por aquí?

—Vivo en Nyack, pero a unos amigos les encanta Mugs, así que se me ha ocurrido echarle un vistazo. Hemos quedado para vernos aquí, pero ahora mismo estoy encantado de que se hayan retrasado.

Kate soltó una carcajada y se sumió en el toma y daca que suponía el primer coqueteo. Bruce llevaba el pelo cortísimo, casi rapado, lo que enfatizaba sus marcadas facciones. Debajo de la camisa se adivinaban unos brazos fuertes, y era evidente que los vaqueros ocultaban unas piernas musculosas. A lo mejor era militar. Al rozarse con su brazo cuando otro cliente del bar la empujó, experimentó una evidente falta de química. Aun así, lo del hormigueo le daba igual. Estaba cansada de juzgarse a sí misma y también de juzgar a todos los hombres a los que les ponía la mano encima. Esa noche quería ser ingenua y femenina, dejarse llevar. Con Bruce.

Las notas sensuales de R&B de «Blurred Lines» empezaron a sonar por los altavoces.

—¿Te apetece bailar?

Ladeó la cabeza, sorprendida. Pocas veces conocía a un hombre que se sintiera cómodo en la pista de baile tras la primera cita.

—Me encantaría.

Bruce dejó sus bebidas en la barra, la cogió de la mano y la llevó a la pista

de baile. Él sería muy musculoso, pero ella le ganaba en altura gracias a los taconazos. Aun así, a él no parecía importarle, no le daba miedo atraerla hasta su cuerpo, aunque mantuvo cierto decoro. Kate cayó rendida bajo el embrujo de la música y le echó los brazos al cuello, contenta por no tener que hablar y limitarse a que sus cuerpos se rozaran y se movieran.

Un olor almizcleño le asaltó la nariz. Suspiró y se desprendió de la tensión, encantada de disfrutar de la caricia física de un hombre sin tener que responder a ninguna exigencia. Tal vez eso fuera lo que necesitaba. Un hombre que la ayudara a olvidar, que incluso pudiera ofrecerle placer físico, tal vez algo más. El toque mágico no tenía valor alguno y solo la había metido en líos, le había arrebatado a sus parejas y la había obligado a cedérselas a otras mujeres mientras ella se quedaba sola.

—Hola. —La voz familiar hizo que volviera la cabeza de golpe. Miró fijamente a Slade, que bailaba a su lado, con Jane—. ¿Qué tal?

Kate parpadeó. Esas palabras tan inocuas le nublaron la cabeza como una densa niebla.

—¿Qué haces aquí? Tenías una cita.

Él sonrió y la obnubiló con esos dientes perfectos.

—Se ha acabado.

Bruce la hizo volverse un poco, sin duda porque se moría por alejarla de ese tío tan parlanchín, pero ella ladeó la cabeza.

—¿Qué tal os ha ido?

—Ha sido increíble. Ya verás cuando te cuente.

Sus esperanzas se fueron a pique. Una sensación gélida le recorrió la espalda, pero luchó contra esa reacción como la superviviente que era. Bien, por fin Slade iba a pasar página. Con Hannah. No con ella.

Genial.

—Me alegro mucho —se obligó a decir.

Jane suspiró y meneó la cabeza.

—Slade, deja que la pobre Kate disfrute del baile. Dale un poco de intimidad.

—Uf, lo siento. Ya hablaremos en la barra.

Ella asintió, esbozó una sonrisa forzada para Bruce e intentó disfrutar de su abrazo. Por desgracia, siguió mirando de reojo a Slade y a Jane mientras se preguntaba por los detalles concretos de la cita.

¿Había jugado con ella? ¿La había besado? ¿Habían quedado otra vez al día siguiente? Eso sería demasiado pronto y le aconsejaría con firmeza que no diera ese paso.

—¿Amigo tuyo? —preguntó Bruce.

«Céntrate, Kate, céntrate.»

—Solo es un cliente. Siento haberme distraído.

—Tranquila. Será un placer ser una de tus distracciones.

Se echó a reír cuando oyó esa frase tan manida, aunque tuvo que reconocerle el mérito de que al menos lo había intentado. Bruce la aferró con más fuerza por la cintura y se inclinó hacia él, decidida a relajarse. Se movían bien juntos, pero luego la canción terminó y empezó a sonar la rápida «On the floor», de Jennifer López y Pitbull. Aunque esperaba que la sacara de la pista, porque no había conocido a un hombre que bailara de verdad, Bruce le sonrió y se metió de lleno en el baile.

Disfrutando de ese entusiasmo, Kate movió las caderas al frenético ritmo y se dejó llevar. Bruce estaba ganando puntos. Cualquier hombre que supiera bailar medianamente bien se merecía su reconocimiento.

De repente, sintió algo en el trasero. Una mano la agarró del brazo y le quemó la piel.

Kate se dio la vuelta de golpe y se encontró cara a cara con Slade.

—Lo siento. Es que me encanta esta canción, ¿a ti no? —gritó él.

Alucinada, lo vio bailar imitando los complicados pasos del hip-hop, mientras los vaqueros resaltaban su prieto trasero y la camisa blanca de marca reflejaba la luz y la hacía estallar ante sus ojos como un castillo de fuegos artificiales. Jane lo imitaba sin cortarse, libre por un instante en la pista de baile, sumida en la música, la oscuridad y rodeada por la multitud.

Kate levantó la voz para hacerse oír.

—No sabía que bailabas.

—A la mayoría de las mujeres le gusta bailar. Mi madre nos enseñó a los dos cuando éramos pequeños. Me dijo que un hombre debe saber bailar si quiere tener la menor oportunidad de conseguir una mujer.

Kate soltó una carcajada.

—Muy lista tu madre.

—Esto... ¿Kate? ¿Te apetece una copa?

Kate alzó la vista con expresión culpable. Bruce miró a Slade con cara de pocos amigos, ya que no le hacía gracia que estuvieran hablando a gritos en la pista de baile.

—Claro. —Se despidió de Slade y de Jane con un gesto de la mano y salió de la pista detrás de Bruce.

Que era donde debía estar.

Bruce la condujo a un acogedor rincón e intentó llamar la atención del camarero.

—Tu cliente parece decidido a hablar contigo esta noche —comentó—. ¿A qué te dedicas?

—Organizo citas.

Bruce enarcó una ceja.

—¿Como una agencia de acompañantes?

—No, como eHarmony, pero no de forma online.

Bruce levantó una mano, pero el camarero pasó de él.

—¿Sales con muchos hombres?

La irritación se apoderó de ella. Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—No, soy la dueña.

—Eres ambiciosa, ¿eh?

El tono de esa pregunta había sonado muy machista, pero decidió ignorarlo.

—Sí, supongo que lo soy. ¿A qué te dedicas tú?

—Ejército del Aire. Estuve en Irak.

Los militares no solían ofrecer información de su servicio tan alegremente, pero se reservó la opinión.

—¿Fue muy duro?

—Ajá. Estoy preparado para volver y repartir más hostias. Prefiero concentrarme en el enemigo que en la cabrona de mi exnovia, que me dio la patada mientras estaba fuera.

La esperanza desapareció por completo. Lo miró furiosa a la cara. Su expresión ya no parecía tan divertida, sino más bien resentida y confusa.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso. Pero te agradezco mucho el servicio que le has prestado a nuestro país.

—Como debe ser. A lo mejor así demuestras más respeto que la última. ¿Dónde coño está el camarero?

—¿Martini de chocolate?

Kate volvió la cabeza de golpe. Slade le ofrecía una copa y la miraba con una sonrisa traviesa en esos labios tan sensuales.

—Sí. Gra-gra-gracias. —Aceptó la copa y miró de reojo a Bruce, cuya cara amenazaba tormenta.

—Lo siento, tío, no sabía lo que estabas bebiendo o también te habría invitado —dijo Slade. Se coló en el reducido hueco que había entre ellos y brindó con su Sam Adams con ella—. Salud. ¿Te lo estás pasando bien?

Kate contuvo las ganas de reír. Su arrogancia no tenía límites, lo mismo que su encanto y la cantidad de frustración que generaba. ¿Cómo se podía luchar contra semejante fuerza? Aun así, puso cara de reprobarlo.

—Sí, Bruce y yo nos lo estábamos pasando muy bien juntos.

—Bien. Por cierto, estás para morirte. Los zapatos son increíbles.

La embargó la alegría.

—Gracias.

—De nada. Ah, por fin he probado el Carbone cerca de Hell's Kitchen.

Jadeó al oírlo.

—¿Habéis cenado allí? Me muero por comer en ese sitio... pero es

imposible reservar mesa. ¿Se lo ha pasado bien Hannah?

—Creo que sí. Yo he pedido tallarines negros con langosta. La salsa me ha dejado muerto. Genial con el chianti, los sabores se combinaban a la perfección en la boca.

—¿Qué ha pedido Hannah?

—Ternera a la parmigiana.

—¿Y cómo ha ido la cita?

—Bien. De entrante, he pedido mejillones. Frescos del día y cargados de salsa de tomate picante. Te juro que no he comido nada mejor en la vida.

—¿Has compartido los entrantes con Hannah?

Slade frunció el ceño y pareció meditar la pregunta.

—Le ofrecí, pero no le gusta el marisco. Una pena.

—Compartir una comida es una forma muy buena de aumentar la intimidad en una cita. Aunque sea un bocado. Cuéntame más cosas.

—De postre he pedido el expreso y el tiramisú. De diez.

Kate soltó un suspiro.

—Deja de hablar del menú. Quiero saber cómo ha ido la cita en sí.

Slade bebió un trago de cerveza.

—Bien.

—¿Habéis congeniado? ¿Habéis conectado? ¿Quieres volver a verla?

—Es muy agradable. Tiene éxito en su profesión. Es inteligente. Has hecho tu trabajo a la perfección.

Kate sintió que se le helaba la sangre en las venas, pero se obligó a sonreír.

—Me alegro muchísimo. ¿Cuándo tenéis la segunda cita?

—Ah, no quedaré de nuevo con ella.

Se atragantó con el martini. Slade le dio unos golpes en la espalda, cosa que solo consiguió empeorar la tos con las descargas eléctricas que la recorrieron de pies a cabeza.

—¿Qué dices? ¡Has dicho que te gustaba!

Esos relampagueantes ojos verdes la taladraron y la mantuvieron cautiva de

su mirada inmisericorde. El aliento se le atascó en la garganta y se quedó helada.

—Y me gusta. Pero es algo demasiado perfecta. No quiero herir sus sentimientos, pero no ha habido química.

—Dijiste que querías una compañera, una amiga, una pareja a largo plazo. Intento evitar que uses el sexo como herramienta para mantener las distancias. Hannah puede proporcionarte todo eso. Muchas veces la química llega después.

—No deseo a Hannah.

Esas palabras, pronunciadas en voz baja, hicieron que le ardieran las orejas. El verdadero significado la golpeó como un mazazo. El cuerpo de Slade irradiaba calor en oleadas y su propio cuerpo se relajó, se rindió, ansiando sus caricias y un beso más. En cuestión de minutos había pasado de exudar su relajado encanto a convertirse en un amante peligroso. Slade bajó la cabeza para hablarle al oído y su cálido aliento le acarició el sensible lóbulo de la oreja.

—Te deseo a ti.

—No.

—No puedo evitarlo. ¿Cuánto tiempo seguirás torturándonos? Ya no recuerdo por qué tenemos que contenernos.

Lo mismo le pasaba a ella. Casi. Luego recordó que el objetivo de Slade era desenmascarar a Kinnections, y a ella, como una estafa. Él buscaba en su alma gemela todo lo que ella no era, solo creía en el sexo sin amor y era un cliente a quien había prometido encontrarle pareja. Estaba mal en todos los sentidos, pero a su cuerpo le daba igual mientras vibraba y ronroneaba al oír su voz.

—Es una situación que a ninguno de los dos nos conviene. Es mejor intentar desentendernos de la conexión física y concentrarnos en el bien mayor: encontrar a tu alma gemela, con la que pasarás la vida. Ayudar a tu hermana. Demostrar que Kinnections puede funcionar para los dos.

—Sí, ¿cómo te funciona a ti de momento? Porque para mí ha sido un fiasco.

Dios, hueles de maravilla.

—No podemos seguir haciendo esto —susurró ella.

—Pues deja que te lleve a casa. Le pondremos fin ahora mismo. Esta noche. Se le escapó una carcajada estrangulada de entre los labios.

—El sexo no le pondrá fin. Solo conseguirá empeorar las cosas. ¿Todavía no conoces el retorcido sentido del humor que tiene Dios?

—Ahora mismo no pienso en Dios. Estoy pensando más bien en el sabor que descubriré cuando por fin te meta la lengua entre los muslos.

Kate se estremeció, a punto de concederle la victoria, pero consiguió reponerse.

—No. Tienes que respetar el contrato. Si Hannah no es la adecuada, te encontraré a otra.

Slade la instó a levantar la barbilla para que lo mirara a los ojos. La rabia y el deseo conferían un brillo peligroso a esos ojos verdes con motitas doradas.

—¿Estás decidida a dejarme en brazos de otra? ¿Estás dispuesta a correr ese riesgo? Porque solo pienso aguantar hasta un punto, y luego iré a por lo que me ofreces. Y los dos saldremos perdiendo.

Kate tragó saliva para mitigar el dolor, para acallar la certeza de que si se acostaba con ese hombre, Slade podría llevarse algo más que su cuerpo. Su corazón. Su alma. Su cordura. La dejaría atrás, saciado, una vez superado el desafío, y ella tendría que reunir los pedazos. Joder, no. Antes prefería la muerte.

—O los dos saldremos ganando —replicó en voz baja—. Tú encuentras a tu alma gemela. Yo demuestro que tengo razón. Jane encuentra la felicidad. Un círculo perfecto.

—De acuerdo. Lo haremos a tu manera.

—¿No quieres escoger a la mujer?

—No. Parece que tú lo sabes todo acerca de mis necesidades y mis deseos. Demuéstralo. Preséntame a la mujer que me hará alejarme de ti sin mirar atrás.

El estómago le dio un vuelco al pensar en esa posibilidad, pero hizo de

tripas corazón.

—Muy bien. Ahora, dame un poco de intimidad para que pueda hablar con...

—Se ha ido.

Kate se dio la vuelta. Bruce hablaba con una chica rubia que estaba sentada en el taburete del otro lado. Los dos tenían una cerveza en las manos. Adiós a sus planes para esa noche. Lo que más la cabreaba era que le daba igual. Apretó los puños y fulminó a Slade con la mirada.

—Haz el favor de no espantar a mis citas. La próxima vez intenta mantener una relación profesional y no me persigas.

Slade volvió a adoptar la pose de amigo simpático y levantó las manos en señal de rendición.

—Solo estaba hablando de negocios y con mi hermana. Además, ese tío tiene demasiada rabia contenida. Arilyn se lo pasaría bomba con él.

Kate apretó los dientes al oírlo.

—Gracias por la opinión.

—De nada.

—Voy al baño. Gracias por la copa.

Kate pasó a toda prisa junto a su duro cuerpo y se internó entre la multitud para llegar a los aseos. Entró en uno de los servicios, se sentó en la tapa del inodoro y agachó la cabeza hasta dejarla entre las piernas.

«Respira. No hay motivos para alterarte tanto por algo que nunca has tenido. Por alguien que nunca ha sido tuyo.»

Slade le ponía los nervios a flor de piel solo con mirarla. Eso no auguraba nada bueno para su futura relación laboral. Tal vez lo mejor fuera dar un paso atrás y obligarlo a trabajar con Kennedy.

Se tomó su tiempo para recuperar la compostura. Se lavó las manos, se atusó el pelo y salió.

Sucedió tan deprisa que no tuvo tiempo de reaccionar.

Alguien la agarró con fuerza y la arrastró por el pasillo. Hacia un rincón oscuro junto a un ropero que nadie usaba. El olor almizcleño y a madera la

asaltó, junto con otro aroma conocido, y contuvo el grito instintivo.

—¿Estás loco? —Intentó zafarse, pero él ni se inmutó—. Me has dado un susto de muerte. Creía que eras un violador.

—A lo mejor tengo que demostrarte de nuevo lo que intentas rechazar.

La advertencia estaba cargada de hormonas masculinas revolucionadas y agresividad sexual. Kate se debatió entre la pasión más arrolladora y el pánico más atroz, a sabiendas de que si la besaba, perdería la batalla.

—Tengo que cambiar tu ficha. Creo que tienes algo de dominador.

—Es gracioso que lo digas, porque de un tiempo a esta parte me siento como el esclavo en esta relación.

Decidió no hacerle caso, aunque imaginarse de rodillas, sirviéndole de todas las formas posibles, la excitó.

—No tenemos una relación. Creo que deberías probar con Emma. Te gustó hablar con ella en el cóctel, pero es distinta a Hannah, menos seria. Es profesora en la universidad, como tu hermana, así que puede que tengáis muchas cosas en común. Además, encaja a la perfección con tu ideal físico.

Slade tuvo el descaro de sonreír, y le recordó a un lobo muy satisfecho que estaba a punto de demostrarle a su pareja quién mandaba.

—Me vuelves loco. Cierra la boca, Kate.

Se apoderó de sus labios. Kate esperó la invasión de su lengua, la repentina sensación de haber perdido por completo el control mientras él la dominaba, pero Slade se limitó a presionar un poco sus labios y a humedecerle el labio inferior con la lengua. Ese gesto juguetón hizo estragos en su cordura. Se rindió contra su cuerpo, incapaz de llevar a cabo sus amenazas, pero él se aseguró de castigarla como era debido. No la besó con la pasión que ella anhelaba, y le acarició los pezones que se clavaban contra el delicado top de encaje al tiempo que se colocaba entre sus piernas.

Kate gimió, deseando más.

Él se apartó un centímetro vital y le pellizcó los pezones.

Sintió una abrasadora sacudida de deseo entre los muslos. Se puso de

puntillas, dispuesta a vender su alma al diablo con tal de ser su esclava sexual. Tenía los pezones tan duros que le dolían.

—Tienes que dejarme entrar —murmuró él mientras le mordisqueaba el labio inferior, sin apenas contacto entre sus labios, al tiempo que apartaba las manos de sus pechos para acariciarle el culo. Le clavó los dedos en las nalgas y empezó a frotarse contra ella—. Dime lo que quieres y te lo daré.

Kate le metió la lengua en la boca, intentando que la besara y dejara de hablar, pero él le negó el acceso. Se apartó y le dejó un reguero de besos muy poco satisfactorios en la barbilla y en las mejillas mientras le levantaba la falda por detrás y deslizaba un dedo para acariciarla por encima de las empapadas bragas de encaje. El clítoris pedía a gritos sus caricias y ella se frotó en busca de algo más, a sabiendas de que bastaba un leve roce de ese dedo para provocarle un orgasmo brutal.

Slade soltó una carcajada ronca y traviesa mientras la atormentaba por encima del encaje.

—Ah, no, de eso nada. No pienso dejar que te corras, no hasta que me lo supliques. Invítame a entrar para que pueda recordarte lo que te perderás si me mandas con otra.

La rabia y la frustración se fundieron y le recorriendo el cuerpo como un tsunami arrollador.

—Que te den, abogado. A ti y a tus juegucitos.

Slade le colocó la rodilla entre los muslos y a ella le flaquearon las piernas.

—Yo sí que te voy a dar a ti. Todo el día y toda la noche. Pienso hacer que te corras tantas veces y de tantas formas que me suplicarás que pare. Pero no pararé, Kate, usaré la polla, los dientes y la lengua para hacerte gritar.

Esas palabras la electrizaron e hicieron que sus debilitados músculos sufrieran un espasmo. Lo puso de vuelta y media en silencio, y lo odió con todas sus fuerzas, pero acabó pronunciando las palabras que él esperaba.

—Bésame. Méteme la lengua en la boca y bésame como Dios manda.

—Ya era hora.

Le devoró la boca, recorrió, lamió y conquistó cada recoveco. Bebió de su esencia como un vampiro que le estuviera robando el alma, y Kate echó la cabeza hacia atrás y le dio todo lo que él le pedía. Se rindió a ese apasionado momento sin intención alguna de reprimirse, y su atávico deseo masculino fue un afrodisíaco potentísimo para el pedacito vacío y abandonado que era su alma. Le enterró los dedos en el pelo y tiró de él. Slade la pegó contra la pared, en ese rincón que olía a moho, y le demostró todo lo que se estaba perdiendo y todo lo que pensaba darle.

Luego se apartó.

Kate respiraba entre jadeos. Una extraña neblina le nublabla la vista. Slade la miraba sin ocultar la erección que le tensaba la tela de los pantalones, con los ojos verdes relucientes por el deseo y la frente perlada de sudor.

Abrió la boca para decirle que había cometido un error. Que lo deseaba, que iba a arriesgarse, pero fue demasiado tarde.

—Organiza una cita con Emma para el viernes. Buenas noches, Kate.

Se marchó.

Kate se dio la vuelta y se quedó de cara a la pared, mientras contenía las lágrimas y se preguntaba por qué dolía tanto conseguir lo que deseaba.

Horas más tarde, estaba acurrucada en su sillón preferido, con la vista clavada en el televisor, aunque solo ponían anuncios. Robert roncaba a su lado en su cama ortopédica, y sus gruñidos perrunos y sus gemidos confirmaban que estaba soñando muy a gusto. Tenía los nervios de punta y acabó acercándose a la estantería. No podía dormir, necesitaba algo que la ayudara a no pensar en el sexo. Con Slade.

Cogió los libros que había comprado en la librería de segunda mano hacía unas semanas y se los llevó al sillón. Podría entretenerse investigando un poco para Kinnections. Aquel día había encontrado unos libros con información para ayudar a sus clientes o que presentaban una visión nueva a la hora de unir

a potenciales parejas. Los hojeó y tomó notas mentales, hasta que sintió una descarga eléctrica en los dedos. Dio un respingo, molesta, y miró el libro con tapas moradas.

Libro de hechizos.

Recordó haberlo descubierto entre el montón y la extraña descarga eléctrica que había sentido entonces. Qué raro. Antes solo le ocurría al conocer a gente, nunca con objetos inanimados. Recelosa, extendió la mano y lo abrió. Un ligero hormigueo le recorrió el brazo, pero no sintió dolor.

Se relajó y empezó a hojearlo. Las pocas ilustraciones que tenía eran bonitas, y sus ajadas páginas contenían un único y extraño hechizo. Un peculiar olor a incienso y a humo le inundó las fosas nasales, y se estremeció con un repentino anhelo que era incapaz de explicar. Joder, ¿y si eso pertenecía a una bruja de verdad? Irradiaba un poder innegable. Sin embargo, el hechizo parecía... en fin... parecía puro. Se reducía a la esencia de lo que una mujer ansiaba encontrar en su alma gemela. Solo había que hacer una lista de los requisitos imprescindibles que se buscaban en un hombre. Anotarlos en dos trozos de papel. Quemar una de las listas y guardar la otra debajo del colchón.

Recordaba haber leído algo sobre el poder de la palabra escrita, de la magia inconsciente de los sueños, y un anhelo abrumador le inundó el corazón. Dios, estaba harta de estar sola. ¿Qué se sentiría al conocer a alguien que de verdad creía en el amor y en el compromiso? Un hombre con quien crecer durante toda la vida y el más allá. Alguien que viera sus defectos y la aceptara como era.

Resopló y se frotó los ojos. Qué ridiculez. Estaba haciendo el tonto. A lo mejor le llevaba el libro a Kennedy por si alguno de sus clientes creía en él. A veces, una mujer necesitaba un placebo para encontrar el amor. Si creía que el hechizo de amor funcionaría, estaría más receptiva a las oportunidades que ofrecían las citas. Cerró el libro, decidida a llevarlo a Kinnections por la mañana, pero de repente se materializó una idea en su cerebro.

«Haz el hechizo.»

La voz le susurró al oído, con un deje ronco y placentero que le provocó un escalofrío. Se acurrucó bajo la manta de ganchillo y miró alrededor. Qué raro. No creía en esas cosas. Sería una tontería hacer un hechizo de amor. ¿Verdad?

Clavó la vista en el libro y una vez más sintió el abrumador anhelo de seguir sus instrucciones. Titubeó, con el oído puesto en los ronquidos de Robert y los anuncios que animaban a comprar el último sistema de abdominales para adelgazar y retrasar el paso del tiempo.

«Haz el hechizo.»

La soledad la abrumó. Quizá ella también necesitaba un placebo. Quizá si hacía ese ridículo hechizo, creería en algo que había perdido por el camino. Su confianza y su fe en el amor verdadero. En encontrarlo en algún sitio. Algún día.

Se movió deprisa, antes de poner en duda su cordura. Arrancó dos hojas de papel, cogió un bolígrafo y anotó las cualidades que soñaba en un hombre. Su hombre. No pensó, dejó que el bolígrafo volara por el papel con ímpetu, dando rienda suelta a su subconsciente. Dobló las hojas, fue al dormitorio y metió una debajo del colchón de su cama de matrimonio.

Tardó un poco en encontrar algo donde poder hacer una pequeña fogata, pero por fin dio con un cubo metálico debajo del fregadero. Cogió el encendedor del cajón donde guardaba los chismes en la cocina, hizo una bola con unas cuantas hojas y les prendió fuego.

Sostuvo la lista sobre las llamas y cerró los ojos. Entonó un cántico para la Madre Tierra. Inspiró hondo para limpiar su energía y la envió al universo. Y soltó la lista dentro del cubo.

La vio encogerse y ennegrecerse. Cuando se redujo a cenizas, echó un poco de agua del fregadero y apagó las llamas.

Tuvo un repentino presentimiento y sintió un escalofrío en la espalda. Como si hubiera hecho algo que ya no podría deshacer en la vida, como si hubiera tomado el desvío a una carretera que la llevaría por un nuevo camino, un viaje que nunca habría emprendido si hubiera pensado con claridad.

Tragó saliva y desterró el miedo.

Qué tontería. No existían los hechizos de amor, claro que no. Pero tal vez después de haber dejado claro lo que necesitaba, había abierto una puerta que hasta ese momento había estado cerrada.

Joder, hacía demasiado yoga con Arilyn.

Limpió el cubo, apagó las luces y se acostó.

Slade se pasó una mano por el pelo, se enderezó el nudo de la corbata y bebió un vaso de agua antes de recibir al siguiente cliente. Estaba agotado, apenas dormía por las noches y su agenda laboral irradiaba malas vibraciones. Todavía le sorprendía que muchas parejas adineradas no firmaran capitulaciones prematrimoniales y que muchas otras se gastaran millones para intentar anularlas.

Se dirigió hacia la ventana sin hacer caso de los ruidos de su estómago. Se había saltado el almuerzo otra vez. Le gustaban los principios básicos de ayudar a los demás y adoraba el derecho. Le interesaba investigar casos antiguos para completar el rompecabezas y se sentía muy orgulloso de la fructífera historia del sistema judicial estadounidense: el principio angular de igualdad y justicia que estaba en claro declive en algunas instituciones como el matrimonio.

Sin embargo, los divorcios eran a veces una putada.

La niebla ocultaba el paisaje de Manhattan ese día, y la nieve que unos días antes había cubierto la ciudad con un reluciente manto blanco empezaba a derretirse y a ensuciarlo todo. Montones de nieve helada se acumulaban en las aceras y las calzadas, pero eso no detenía el frenético ritmo. Miró el lugar donde reinaron las Torres Gemelas, y sintió la tristeza que siempre le invadía el corazón al comprobar el drástico cambio que había sufrido el paisaje después del 11 de septiembre. Sin embargo, el nuevo monumento conmemorativo ayudaba a mantener la esperanza y aliviaba parte del vacío y del dolor de los neoyorquinos.

Apuró el agua, tiró el vaso a la papelería y cogió su cuaderno de notas. Su despacho estaba equipado con un escritorio de madera de cerezo que ocupaba la mitad del espacio, con estanterías y con un par de sillones a juego que ayudaban a los clientes a confesarlo todo. Las paredes estaban cubiertas por fotos de George Washington y de Abraham Lincoln, y una copia de la firma de la Declaración de Independencia, algo que recordaba a la gente lo que era la justicia. La gruesa moqueta de color vino amortiguaba los pasos y los olores de madera, de cera con limón y de café impregnaban el aire.

Si lograba convertirse en socio, se mudaría a la última planta y tendría un despacho con ventanales desde el suelo hasta el techo, un mueble bar bien surtido y un baño con vestidor privado. Aunque todos esos elementos extra eran agradables, no quería el ascenso por los lujos, ni siquiera por el dinero. Sabía que como socio podría elegir sus casos y aceptar más casos gratuitos. Tendría el poder para tomar decisiones importantes. El resto era superfluo.

—Señor Montgomery, su cita de la una ha llegado.

Se acercó al escritorio y pulsó el botón del interfono.

—Hazlo pasar, por favor.

Respiró hondo para relajarse y concentrarse únicamente en su cliente. Tenía la agenda hasta arriba, pero cuando un amigo de la facultad de Derecho lo llamaba para pedirle un favor, no se lo pensaba. Pete Troy entró por la puerta. Slade lo catalogó de inmediato como el «macho beta». Caminaba encorvado hacia delante y llevaba el poco pelo que le quedaba peinado hacia un lado, en un intento desesperado por disimular la calvicie. Estaba escuálido. Llevaba vaqueros, una sudadera un poco sucia y unas deportivas cómodas. Se presentó y se sentó. Retorció las manos en el regazo. Los rasgos angulosos de su cara le conferían un aspecto agradable, aunque parecía un poco desubicado. Sus ojos marrones tenían una expresión intimidada y un tanto temerosa.

—Señor Montgomery, no sé muy bien qué hacer. Nunca he tenido tratos con abogados, pero mi amigo Trent me ha recomendado que venga a verle; me ha dicho que usted podría ayudarme.

—Llámame Slade. Trent y yo nos conocemos desde que estuvimos en Harvard. Es un buen tipo. Me ha contado algo sobre tu caso, pero me gustaría que me dieras más detalles. Todo lo que hablemos será confidencial. Estoy aquí para ayudarte.

Pete se relajó un poco.

—Mi mujer quiere el divorcio.

Slade asintió y acercó el bolígrafo de oro al papel. Prefería escribir sus notas a mano en vez de usar el ordenador; le otorgaba un aire más íntimo a la conversación.

—¿Puedes especificar los motivos que la llevan a pedir el divorcio?

Pete se limpió las manos en los vaqueros y asintió con la cabeza.

—Es la directora general de una importante empresa de alimentación, así que ella es quien más aporta a la economía familiar. Su trabajo es muy estresante y viaja muchísimo, de manera que yo decidí quedarme en casa con los niños.

—¿Cuántos niños tenéis?

—Tres. Tienen ocho, cinco y dos años. La pequeña es una niña.

—Muy bien. ¿Cuidaste al mayor desde que nació?

—No, contratamos a una niñera los primeros años, pero nos dio muchos problemas. Mi hijo se quejaba de ella y al final acabé instalando una de esas cámaras. La pillé atiborrándolo de jarabe para la tos para mantenerlo aletargado. Le dije a mi mujer que uno de los dos debería quedarse en casa y acordamos que fuera yo. Mi trabajo generaba unos ingresos mucho menores y con lo que nos ahorrábamos al no tener que llevar a los niños a la guardería, podíamos arreglarnos.

Slade siguió anotando cosas.

—Muchas familias se ven obligadas a tomar decisiones drásticas de ese estilo. Así que, ¿te quedaste en casa cuando nacieron tus otros dos hijos?

—Sí. Mi mujer regresó al trabajo al mes de dar a luz porque la necesitaban en la oficina. Sé que llevamos un tiempo distanciados, soy consciente, pero

nunca me he dado cuenta de que fuera algo tan extremo. Empezó a llegar tarde del trabajo, a viajar los fines de semana. Tenía la impresión de que me estaba volviendo loco porque no tenía a nadie con quien hablar, salvo los niños, como si se me estuviera derritiendo el cerebro. Así que los hice subir al coche y decidí ir hasta Castkills para sorprenderla. Tenemos una casa alquilada allí y se alojaba en ella mientras visitaba la ciudad por asuntos de trabajo.

Slade sabía cuál iba a ser el final de la historia, el mismo que ya le habían contado otros miles antes que Pete. Observó al hombre limpiarse la frente al tiempo que torcía el gesto.

—La pillé con otro. Menos mal que los niños estaban todavía en el coche.

—¿Qué pasó?

Pete parpadeó y pareció concentrarse con mucho interés en las líneas de las palmas de sus manos.

—Nada. Mi mujer... se quedó allí dentro con ese hombre y cuando acabó, salió y empezó a gritarme. Me dijo que me llevara a los niños a casa y que ya hablaríamos del tema el domingo. ¿Sabes qué es lo peor de todo? Que le hice caso. Como siempre. No sé cómo he acabado convertido en este tipo de persona. En un hombre tan pusilánime. Mi mujer se estaba tirando a otro y yo me fui sin decir nada para esperarla en casa.

Slade tragó saliva, sentía que el corazón se le encogía al oír al hombre que estaba sentado al otro lado de su escritorio. Devolvió la conversación con tacto al tema de los hechos prácticos, consciente de que no era un terapeuta para tratar la herida.

—No puedo ni imaginarme lo doloroso que debió de resultarte. ¿Qué dijo ella el domingo cuando regresó?

Pete tomó una entrecortada bocanada de aire.

—Que quería el divorcio. Me dijo que me fuera de casa y que ella se encargaría de contratar a una niñera para los niños. Que yo era un inútil y que se negaba a que les contagiara mi falta de ambición y mi holgazanería a los niños.

—Mmm... interesante. Supongo que cuidar a los niños de forma adecuada es holgazanear, ¿no?

—Para mi mujer, sí, lo es. —Sus palabras rezumaban amargura—. Se ha perdido todos los acontecimientos importantes de las vidas de mis hijos y ahora los quiere porque para ella son una posesión. No quiere que su reputación acabe por los suelos.

—¿Qué le dijiste?

—Que ni hablar. Que no le cedería a los niños y que me negaba a abandonar la casa, por temor a no volver a pisarla más.

—Una buena decisión.

—Ella chilló y me amenazó a gritos. En fin, es que el dinero es suyo. Las cuentas bancarias están todas a su nombre. Nunca me había parado a pensarlo, pero ella paga las facturas, me da la mensualidad para los gastos de los niños y normalmente no necesito más. Pero ahora soy consciente de que no tengo tarjeta de crédito, ni trabajo ni dinero. Ha cancelado la cuenta principal y se ha llevado todo el dinero a otro lado. No sé qué hacer, Slade. No puedo perder a mis hijos.

La sencilla súplica le tocó la fibra a Slade. Aferró el bolígrafo con fuerza entre los dedos. Dios, lo que llegaba a hacer la gente que supuestamente se quería. Y los niños siempre eran las víctimas en esa batalla de egoísmo.

Sabía que no iba a permitir que esa mujer avasallara a Pete. Él era el cuidador de los niños y había hecho lo mismo que hacían incontables madres: anteponer el bienestar de sus hijos al propio. Echaría toda la carne en el asador para ganar ese caso y no descansaría hasta que Pete consiguiera la custodia completa. Era raro que a los padres se les concediera la custodia completa, pero ese caso podía ser el que cambiara la tendencia. El peor escenario a esas alturas era que le concedieran la custodia compartida; pero sabía que con las herramientas adecuadas y sus contactos, podía ganar.

—¿Sabes quién es su abogado?

—Bronte Edwards.

Slade hizo una mueca.

—Es dura de pelar. Pero me he enfrentado a ella muchas veces. Va directa a la yugular, pero nuestro caso es sólido. Solicitaré de inmediato una orden al juez para que te permita seguir en tu domicilio. Necesitaré documentos y pruebas sobre las niñeras que contratasteis en el pasado, y cualquier cosa que se te ocurra que pueda ayudar. También tendré que ponerme en contacto con tus antiguos jefes.

—¿Tenemos alguna oportunidad? Soy un padre sin trabajo. ¿Hay aunque sea una mínima posibilidad?

Slade lo miró, percatándose de sus hombros encorvados y de la expresión cansada de su rostro, los símbolos de las relaciones fracasadas y de la falta de esperanza. Eligió sus palabras con cuidado.

—No será fácil. La mayoría de los jueces siguen favoreciendo a la madre, y si presenta una imagen llorosa y desvalida durante el juicio, es posible que eso nos crucifique. Pero ten presente una cosa: será duro y desagradable. Esto es un maratón, no una carrera de velocidad, y tendrás que resistir y luchar por esos niños como no lo has hecho nunca. Si estás convencido al cien por cien, te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para conseguirte la custodia. Pero no te garantizo nada.

Pete titubeó y agachó la cabeza. Slade esperó, consciente de que esa era la clave del caso. Muchos clientes eran incapaces de soportar las vejaciones a largo plazo y se rendían pronto. No los culpaba, a muchos les daba igual lo que dejaban atrás y solo querían empezar de nuevo.

—Mis hijos son mi vida —repuso sin más—. Cuenta conmigo.

Slade siguió hablando con él durante media hora más y le entregó una lista de tareas, algunas para ayudarlo a concentrarse y otras que lo ayudarían durante el juicio.

Pete se metió las temblorosas manos en los bolsillos.

—Gracias, me siento mucho más seguro. Mmm... me avergüenza decirlo, sé lo que sueles cobrar, pero ¿sabes cuánto me costará todo el proceso? No-no

puedo darte nada ahora mismo.

Slade negó con la cabeza.

—Ya me pagarás la minuta si conseguimos la custodia y la manutención. Si no, consideraré tu caso como gratuito.

Pete frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿De verdad no me cobrarás nada? Ni siquiera me conoces, ¿por qué ibas a hacer algo así?

Slade sonrió.

—Porque eres amigo de Trent. Porque eres un hombre que está luchando por su familia. Porque te han agraviado. Suelo aceptar algunos casos gratuitos cada año, de manera que no quiero que te sientas culpable o que creas que lo hago por lástima. Lo único que quiero es que tus hijos estén a salvo.

Pete asintió con brusquedad con la cabeza y se apresuró a apartar la vista.

—Gracias. Gracias.

—Te llamaré.

Su cliente salió a toda prisa, dejándolo en el silencioso despacho. Desde el exterior le llegaba el zumbido de los teléfonos y los murmullos de las conversaciones. Sentía una opresión en el pecho y le costaba mucho respirar. Ese juicio sería largo y costoso. Tendría que poner dinero propio o su jefe se tiraría de los pelos. Sin embargo, antes muerto que dejar que Pete contratara a un inepto preocupado solo por la minuta. Esos niños lo necesitaban.

Gimió y se pasó las manos por la cara. Ansiaba sentarse en su sillón relax, tomarse una cerveza fría y ver una película. En cambio, tenía una cita con Emma, una mujer que tal vez fuera perfecta para él.

Una mujer que no era Kate.

No obstante, había jurado que lo intentaría. Si alguien era capaz de arrancarle del pensamiento a Kate Seymour, le estaría eternamente agradecido. Acosar a las mujeres en los bares y robarles besos no era su estilo habitual. Claro que era la primera vez que tenía que esforzarse tanto para conquistar a una mujer.

Miró el reloj y regresó al trabajo.

Las diez en punto.

Kate acarició la cabeza a Robert de forma distraída e intentó concentrarse en *La boda de mi mejor amiga*. Normalmente se partía de risa, pero no paraba de ver en su mente la imagen de Slade con su cita y eso la distraía. Qué tonta. Era tonta de remate.

Apartó los restos de la copa de helado que se había preparado y se dio unas palmadas en la tripa. Ojalá pudiera relajarse y dormir. ¿Tenía todavía el porro que le dio su madre? ¿Se atrevería a encenderlo y a cometer un delito?

O... podía sacar el vibrador de color rosa fosforito. Claro que ese chisme parecía capaz de ahogar a un caballo. ¿En qué estaba pensando su madre? La idea le provocó dolor de cabeza, de manera que devolvió la atención a la película e intentó no pensar en drogas y sexo.

La vibración del móvil la sorprendió.

Miró el número con el corazón acelerado. Detuvo el dedo un instante encima de la pantalla. Al final contestó.

—¿Por qué me llamas?

Esa ronca carcajada le provocó un ramalazo de placer entre los muslos. Joder, ese hombre era peligroso incluso por teléfono.

—Se me ha ocurrido que querrías saber de mí. Enterarte de cómo ha ido la cita.

Kate tragó saliva y se preguntó por qué se divertía tanto torturándola. Adoptó un tono de voz frío y cortante.

—Claro. Siempre animo a mis clientes a que me lo cuenten todo. ¿Te lo has pasado bien?

—Pues sí. Ya verás cuando te enteres.

—No te habrás acostado con ella, ¿verdad? Slade, las reglas que te he puesto son muy claras y espero que te las tomes en serio.

—Nada de sexo, te lo prometo. Pero hemos estado cerca.

Intentó no caerse del sillón.

—Ah. Bien. Su-su-supongo que es una buena señal.

—Imagínate. Una carne fresca y tierna que se deshacía en la boca. Poco hecha, con el toque justo de pimienta. Las patatas, aderezadas con un tipo de gorgonzola que complementaba a la perfección la carne, y los espárragos a la plancha llevaban una salsa de mantequilla y limón. ¿Te lo puedes creer?

Se sintió aliviada en un primer instante, pero después empezó a enfadarse.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, te lo juro. Tienes que cenar en este restaurante, está cerca de Tribeca, pero no había comido nunca en él. Se llama Mums y tienen la mejor carne que he probado en la vida. Se están haciendo un nombre.

Kate alzó la voz para replicar.

—¡Me da igual la comida! ¿Qué te ha parecido Emma? ¿Te ha gustado? ¿Habéis conectado? ¿Se lo ha pasado bien? ¿Sabes siquiera qué ha pedido para cenar?

El silencio se apoderó de la línea.

—Claro que sé lo que ha comido. Es una lástima que no pidiera carne. Es vegetariana o algo así, así que le han preparado un plato con hortalizas de temporada. Hechas a la parrilla y muy bien condimentadas. Pero sí ha bebido vino. He elegido una botella de pinot noir con una nota sensual y especiada.

Kate cerró los ojos con fuerza.

—¿De qué vas? ¡Yo aquí intentando encontrarte a la mujer adecuada y tú tomándotelo a broma! ¿Cómo ha ido la cita sin mencionar la comida?

—Madre mía, hemos quedado para cenar, así que pensé que querrías conocer los detalles sobre el menú. Emma es fantástica. Guapa, graciosa, hemos tenido una conversación agradable.

—Por fin. Qué alivio. ¿Cuándo vais a veros de nuevo?

—Ah, no quiero quedar otra vez con ella.

Kate aferró el auricular con fuerza y preguntó en voz baja:

—¿Cómo?

—Has hecho un trabajo estupendo, Kate. Definitivamente, se te da muy bien emparejar a la gente. Empiezo a sospechar que no eres una farsante, sino que estás mal encaminada. Sin embargo, mi hermana podría convertirse en una víctima de tus buenas intenciones, así que necesito controlar todo este proceso.

—Es un honor que me asciendas de delincuente a loca. ¿Por qué no quieres quedar de nuevo con Emma? ¿De verdad te cierras en banda a encontrar tu media naranja? Ya te he dicho que este proceso no funcionará si no...

—Lo sé, lo sé, si no abro la mente. Lo he intentado y he tratado de imaginarnos juntos. Sobre el papel parecía perfecto, pero después de conocerla, falta chispa, algo que no sé cómo explicar.

—¿Sexualmente hablando?

—Es posible. Es algo indefinible que poseen las mujeres. O lo capto o no lo capto.

Kate cayó en la cuenta de golpe. Todas las características que Slade le había recitado eran para rellenar el formulario. Si quería encontrarle pareja, tendría que buscar más. Tal vez una mujer con cierta agresividad, más enérgica, que resultara un desafío para él. Sí, como abogado seguro que buscaba un poco de enfrentamiento intelectual, un toque de sensualidad y una personalidad fuerte.

«Elena.»

Era arriesgado, pero merecía la pena intentarlo. Elena lo sorprendería a todos los niveles. El único peligro era que a ella no le gustaba seguir las normas y si le interesaba físicamente, iría a por él. Sopesó la posibilidad de enviarlo a los brazos de una mujer que podría reclamarlo para sí misma.

Pero ese era su trabajo.

—Ya sé con quién quiero que quedes la próxima vez.

—¿Contigo?

Se sobresaltó al oír el tono sedoso y dulce de su voz.

—No, no somos compatibles. Se llama Elena y creo que haréis una pareja perfecta. Es distinta de las demás. ¿Estás dispuesto a salir de nuevo este fin de

semana? Puedo organizaros una cita ya.

—¿Sigues empeñada en continuar con este juego?

La pregunta le corrió por las venas y se burló de ella, por mentirosa. No, lo que quería era arrancarle la ropa, ponerse a horcajadas sobre él y echarle un polvo que la hiciera olvidarse de todo. Lo quería para ella. Se lo imaginaba en casa, tirado en el sofá, sin camisa, con toda esa piel morena para su entero disfrute. Se lo imaginaba palpitante y duro bajo sus caricias. Se imaginaba su cabeza entre los muslos, dándole placer una y otra vez. Debía luchar contra esa atracción y encontrarle pareja. Era la única forma de liberarlos a ambos y de demostrar que su empresa era un éxito.

—Sí. Esto no es un juego para mí, Slade.

—Entiendo —replicó él con brusquedad—. Mañana por la noche estoy libre. Organízalo.

Kate abrió la boca para decir algo, pero él cortó la llamada.

Siguió mirando el móvil un buen rato, preguntándose si esa vez por fin lo había presionado lo suficiente como para alejarlo. Robert gimió, como si percibiera su desasosiego, y le acarició la nariz. Se arrebujó con la colcha de ganchillo mientras mimaba a su perro, veía la película y se decía que su vida la hacía feliz.

Kennedy asomó la cabeza por la puerta abierta de su despacho y esbozó una sonrisa que dejó a la vista sus preciosos y blancos dientes.

—¿Sabes qué?

Kate apartó el montón de papeles que tenía delante, hizo girar el sillón y estiró las piernas.

—¿Qué?

—¡Edward y Justine se casan!

Kate se echó a reír por la alegría.

—No me lo puedo creer. Bueno, sí, sabía que eran la pareja perfecta desde la

primera vez que quedaron. ¿Cómo te has enterado?

—Están en mi despacho. Ven a verlos.

Kate se puso de pie y siguió a Kennedy hasta su despacho. La pareja estaba sentada en el sofá blanco con las manos entrelazadas. Kate recordó la primera vez que vio a Justine en Kinnections. Insegura, tímida y sin experiencia con los hombres. Organizó una cita múltiple para hacerse una idea del tipo de hombre que le gustaba y enseguida percibió una conexión con Edward. Solo necesitó un pequeño empujón en su dirección y después de la primera cita se hicieron inseparables.

Justine la vio nada más entrar y se levantó de un brinco del sofá para abrazarla.

—¡Estoy prometida! —Rio mientras le enseñaba el precioso anillo de diamante, el gesto típico de todas las recién comprometidas.

Edward sonrió y se puso de pie. Pasaba del metro ochenta de altura, mientras que Justine apenas alcanzaba el metro sesenta, pero encajaban a la perfección: la cabeza pelirroja de Justine descansaba bajo el hombro de Edward y el brazo de este, en la base de la espalda de su prometida.

—Estoy muy contenta por vosotros, chicos. ¡El anillo es una preciosidad! ¿Cuándo es la boda?

—El próximo mayo. Y, por supuesto, todo el personal de Kinnections está invitado. No habría sido posible sin vosotros.

Edward sonrió de oreja a oreja. Kate sintió que la emoción le atenazaba el corazón y de nuevo comprendió que ese era el motivo por el que merecía la pena. Unir a las personas para que comenzaran su vida en común era un poder embriagador. La satisfacción la embargó por completo. Se preparó para recibir la descarga y se acercó a ellos para abrazarlos a la vez, a la espera de sentir esa poderosa energía que demostraba que eran una pareja perfecta.

Sin embargo, no sintió nada.

Extendió algo más el abrazo, desesperada por experimentar la intensa sensación, pero ni siquiera se produjo una chispa. ¿Eran almas gemelas o no?

Se apartó sin borrar la sonrisa de los labios, aunque el corazón le latía con fuerza. Dios mío, ¿y si se había equivocado al emparejarlos? Siempre confirmaba la conexión cuando sus clientes se comprometían o se casaban. El pánico amenazó con atenazarla, pero mantuvo la calma mientras hablaban sobre la boda y los planes de los novios.

Cuando se marcharon, estaba al borde de un verdadero ataque de pánico. Se dejó caer en uno de los sillones blancos situados delante del escritorio de Kennedy, que hacían juego con el resplandeciente sofá, y se metió un nudillo en la boca. Ken se sentó en el otro sillón de cuero, a su lado. La miró con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? ¿Ha sido muy fuerte la descarga? Te tengo dicho que no toques a las parejas recién comprometidas, Kate. ¿Y si algún día acabas con el cerebro electrocutado?

Kate la miró.

—Ken, no he sentido nada.

Su amiga la miró, perpleja.

—¿Qué quieres decir? ¡Ay, Dios mío! ¿Me estás diciendo que no encajan como pareja?

Kate enterró la cara entre las manos y gimió.

—¡N-n-n-no lo sé! ¡No sé qué está pasando! He perdido el toque. Por completo. Estoy trabajando a ciegas, pero no se lo he dicho a nadie porque pensaba que lo recuperaría. A estas alturas me aterra haberlo perdido para siempre.

Le temblaba todo el cuerpo. Tenía gracia que se hubiera pasado años y años rezando para que desapareciera el don. Ansiaba ser normal y detestaba saber si dos personas estaban destinadas a estar juntas o no. Suponía demasiada presión, así que decidió usar su talento para hacer el bien, para ayudar a la gente a encontrarse en vez de quedarse sentada y ver cómo fracasaban una y otra vez o se casaban con la persona equivocada.

Bueno, pues se le había concedido el deseo. Sentía un vacío palpitante en el

estómago, la ausencia de algo inherente a su persona. ¿Qué iba a hacer?

—No te asustes, cariño. Ya lo arreglaremos. —Kate levantó la cabeza y vio que Ken echaba a andar hacia el armario que tenía detrás para sacar un vaso de chupito y una botella con un licor ambarino—. Toma, bébete esto. —Deslizó el vaso por el escritorio.

Kate balbució:

—¿Son botellas de los minibares de los hoteles?

—Sí, las colecciono. Cuando recibo malas noticias, a veces me bebo una para relajarme. Es bueno para la salud.

—Dios mío, mi madre me da un porro y ahora descubro que tienes bebidas fuertes en el trabajo. Mi ética está cayendo cada vez más bajo.

—Calla y bebe.

Kate la obedeció. El whisky le quemó la garganta y tuvo que controlarse para no toser. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Ken asintió para expresar su aprobación.

—Mejor. Las bebidas alcohólicas son el suero de la verdad, como el síndrome premenstrual. Te ayudan a no mentirte más. A ver, quiero que me lo cuentes todo. ¿Cuándo perdiste el toque?

—No lo recuerdo exactamente. Empecé a notar que no percibía reacción alguna cuando estaba rodeada de parejas. Al principio pensé que era un fallo temporal, pero no he sentido nada con Edward y Justine. Ni siquiera un hormigueo, y da igual a quien toque. Lo he perdido.

—Seguro que es algo temporal. ¿Has hecho algo distinto últimamente? ¿Te has relacionado con alguien que yo no conozca?

—No.

Kennedy torció el gesto mientras pensaba.

—¿Y Slade? La otra noche entró en Mugs para tomarse unas copas. Estuvo un rato con Jane, pero luego desapareció. Qué curioso, a ti también te perdí de vista. A menos que... —Puso los ojos como platos—. Mierda, te lo estás tirando, ¿verdad?

Kate se abrazó el torso.

—No. En realidad, no. Dios, ¡no quiero hacerlo! A ver, sí quiero, pero es inadecuado para mí y es un cliente. Solo quiero que se vaya y desaparezca de mi vida. La única manera de conseguirlo es emparejarlo con la mujer adecuada.

Ken la miró con los ojos entornados.

—¿Y si tú eres la mujer adecuada?

—No lo soy, te lo juro. Solo quiere acostarse conmigo para ver si así nos relajamos y después puedo seguir buscando a su alma gemela. Pero no me gustan los rollos de una noche. —Agachó la cabeza para evitar la mirada elocuente de Ken.

—De acuerdo, tengo unas cuantas cosas que decirte, pero necesito que venga Arilyn. Ha llegado el momento de hacer una intervención. —Pulsó el botón del interfono—. ¿Puedes venir un momento a mi despacho? Estoy con Kate.

—No conseguirás que Arilyn me presione —le advirtió Kate—. Está de mi parte.

—Esta vez no, cariño.

Arilyn entró en el despacho ataviada con una falda larga de color plateado, una camiseta blanca de manga corta y unas sandalias. Su larguísima melena reflejó la luz mientras se sentaba con su habitual elegancia femenina en el tercer sillón.

—¿Qué pasa?

Kennedy le ofreció el vaso de chupito lleno hasta arriba.

—Kate ha perdido el toque. Quiere acostarse con Slade, pero le da miedo. Él le ha propuesto un rollo de una noche para ver si así superan la atracción que sienten, por retorcido que parezca, y ella quiere emparejarlo con otra, porque piensa que así todo se solucionará.

Arilyn asimiló la información. Después, extendió el brazo, cogió el vaso y se bebió el whisky de un solo trago. Acto seguido, dejó el vaso en el escritorio sin hacer ni una sola mueca y se volvió para mirarla.

—Kate, tienes que acostarte con él.

Kate jadeó. La serenidad amenazó con abandonarla al escuchar esas palabras tan impactantes.

—¿Cómo? ¡N-n-n-no! Sería un desastre. Si logro emparejarlo, recuperaré el toque, lo sé.

Arilyn chasqueó la lengua, compadeciéndose de ella.

—Cariño, creo que hemos malinterpretado tu conexión con Slade. Al principio creí que eras tú quien estabas destinada a encontrarle pareja. Pero si has perdido el toque y aún así sigues sintiéndolo con Slade, la única manera de recuperarlo es acostándote con él. Entregándole tu cuerpo y arriesgándote. Estás luchando contra la atracción natural que existe entre vosotros y eso no es bueno. Mucho menos si te resistes solo por miedo.

Kate abrió la boca y después la cerró. No imaginaba que Arilyn apoyaría la decisión de que perdiera la virginidad, pero sus palabras le provocaron una especie de lucidez. ¿Sería esa la solución? Su cuerpo se estremecía por el terror y por algo más. Algo que detestaba definir, pero que se parecía mucho a... la emoción.

Kennedy intervino en ese momento.

—Estás bloqueada. Abre la mente a la idea de tener una experiencia sexual con Slade y me apuesto lo que quieras a que recuperarás el toque de inmediato.

—¿A qué tienes tanto miedo? —preguntó Arilyn con delicadeza—. ¿A Slade? ¿A perder la virginidad? ¿O a perder el control?

Kate se estremeció.

—A todo eso.

—En ese caso, ha llegado el momento de que descubras qué pasa cuando pierdes el control. ¿Recuerdas las clases de yoga? El control es solo un espejismo que te ayuda a relajarte al hacerte creer que las cosas sucederán de cierto modo. Si cedes ese control y dejas que la vida te guíe, descubrirás algo muy importante.

—Un orgasmo interminable —apostilló Kennedy.

Kate contuvo una carcajada.

—Dios, no puedo creerme que esté pensando seriamente en esto. Le he organizado otra cita esta noche. Las cosas con Hannah no cuajaron. Dice que es demasiado perfecta. Después quedó con Emma y me aseguró que le faltaba algo que no era capaz de explicar.

—Mmm, interesante. ¿Con quién saldrá esta vez? —quiso saber Ken.

Kate dio un respingo.

—Con Elena.

Arilyn meneó la cabeza.

—Esto va a salir mal. Es una mujer agresiva con los hombres con los que siente alguna conexión. Todo lo contrario de Hannah y Emma. Si pretendías empujarlo a la cama con otra, has encontrado a la mujer adecuada.

Kate tragó saliva para deshacer el nudo que sentía en la garganta. Elena era famosa porque enloquecía a los hombres y los incitaba a perseguirla. En cierto modo, era perfecta para provocar a Slade a conquistarla. La idea de que la mirada lujuriosa de Elena lo rozara le revolvió el estómago. Pero en cierto modo, ¿no lo estaba poniendo a prueba? Si Slade se rendía a la sexualidad de Elena, demostraría dos cosas. Que era capaz de saltarse la regla sobre evitar el sexo hasta que tuviera una relación monógama. Y que solo le interesaba la emoción de la conquista.

Si Slade fracasaba, ella demostraría que no era su media naranja.

Si superaba la prueba, a lo mejor no le quedaban más barreras tras las que ocultarse.

—Todavía puedes llamarlo, ¿sabes? —sugirió Kennedy—. Dile que lo deseas. Ya verás como cancela la cita con Elena.

Kate tomó una honda bocanada de aire.

—No, tengo que ver cómo acaba todo esto. Quizá es más compatible con Elena. Es posible que ella despierte su lado más primitivo, pero es muy inteligente. Es una mujer con un grado universitario, y a Slade le encantan los desafíos intelectuales. A lo mejor esta misma noche descubro la respuesta que

busco.

Arilyn y Kennedy intercambiaron una mirada.

—O a lo mejor descubres que no puedes seguir huyendo.

Esas palabras reafirmaron sus propios pensamientos.

Mientras les daba las gracias a sus amigas y salía del despacho de Ken, se preguntó si ya era demasiado tarde.

Slade cerró la puerta detrás de él. El silencio de su apartamento lo envolvió de forma ensordecedora, burlándose de su decisión de decirle a Elena que se marchara. Se volvió y observó las estancias vacías.

Después de divorciarse, ansiaba tranquilidad. Estabilidad. Su fracaso matrimonial se burlaba de él, de manera que se concentró en ayudar a otras personas que habían sufrido una traición semejante y no contaban con alguien que los defendiera. Cuando perdió a sus padres, se convirtió en el único responsable de Jane. Trató de cuidarla, pero también fracasó a la hora de protegerla de los desengaños que el mundo cruel le había puesto en el camino.

La lección era clara. Nada duraba mucho, y había que estar preparado para enfrentarse al dolor que conllevaba un fracaso sentimental. Había supuesto que al dejar que Kinnections tratara de emparejarlo con una mujer que pudiera encajar sin contratiempos en su vida se libraría del caos habitual. Aunque no creía que pudieran lograrlo, al menos el objetivo estaba claro. Hasta que una mujer en concreto hizo añicos todas sus expectativas.

Kate.

Había despertado todos los instintos aletargados y enterrados hacía tanto tiempo. ¿Cuándo fue la última vez que arrastró a una mujer a un rincón con el propósito de besarla hasta dejarla sin sentido? Su insistencia en emparejarlo con otra mujer lo cabreaba y le dolía de una forma que se negaba a analizar. En cuanto vio a Elena bajarse de la Harley y agitarse el pelo con una sonrisa cómplice, supo cómo iba a desarrollarse la noche. Sí, Kate le había advertido

de que necesitaba disfrutar de la compañía de una mujer durante unas cuantas citas antes de meterse con ella en la cama. Pero Elena era distinta. Irradiaba sensualidad por todos los poros de su cuerpo, recordándole que eran dos adultos que podían hacer lo que les apeteciera. Como les apeteciera.

Y estaba interesada en él.

Su cuerpo reaccionó con tibieza, pero al cabo de unos minutos se enfrió por completo. Le aterraba la posibilidad de que ninguna mujer pudiera igualar la química que compartía con la mujer que no lo quería a su lado. Cedió y cenó con ella, sorprendiéndose por su grata conversación y su perverso sentido del humor. Debía admitir de nuevo que Kate había elegido bien. Necesitaba a una mujer que no fuera perfecta, y las distintas capas que percibía en Elena lo intrigaban más de lo que lo había intrigado Hannah. Más de lo que lo había intrigado Emma.

Pero no era Kate.

Cuando Elena se negó a esperar y lo besó, le devolvió el beso. Intentó con desesperación sentir el interés necesario al menos para llevársela a la cama. Sería estupendo para los dos y por fin podría demostrarle a Kate que se había cansado de jugar.

Hasta que comprendió que Elena era una pobre imitación de la mujer que deseaba.

La alejó a regañadientes. Ella lo miró a la cara, comprendió lo que sucedía y se marchó acompañada por el rugido de su agresiva Harley. La observó alejarse como un tonto, y en ese momento estaba solo en su magnífico apartamento, sin una esposa, sin perro, sin amante y con un silencio burlón e infinito.

Pero eso se acabó.

La rabia y la frustración emergieron de repente hasta inundarlo. Estaba harto de sentarse a esperar algo que no iba a llegar. Le había dicho a Kate que debía ser ella quien fuera a por él, con sus condiciones, pero si él no daba el primer paso y hacía lo que quería, lo que ambos querían, seguiría avanzando

por un interminable camino de citas sin sentido y acabaría estallando por la frustración.

Cogió las llaves y fue a reclamarla.

Kate giró sobre el colchón por enésima vez y apartó las sábanas de mala manera. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y la piel demasiado sensible para soportar el roce de cualquier tejido, aunque fuera el suave algodón de la camiseta de manga corta. Sentía un deseo palpitante y húmedo entre los muslos que ningún vibrador rosa fosforito, por grande que fuera, podría aliviar. Su mente la torturaba imaginándose a Slade y a Elena en la cama. Había estado esperando su llamada para que le detallara cómo había ido la cena y le dijera que lo intentara de nuevo con otra mujer.

Sin embargo, esa noche el teléfono había permanecido en silencio.

Soltó una palabrota mientras se incorporaba para quitarse la camiseta, le molestaba incluso el más leve roce de la prenda sobre la sensible piel del pecho. Era un castigo para ella y lo estaba pasando fatal. Lo había empujado a los brazos de otra mujer, por miedo a reclamarlo para sí misma, y ya era demasiado tarde.

El reloj anunciaba la hora en la pantalla con números de color verde luminoso. Las doce. Robert gimió, acostado en su cama ortopédica. Como si él también estuviera inquieto por su insomnio, se movió para encontrar una postura cómoda. Kate suspiró y se sentó. Podía ver una película. O encender el iPad y leer. Cualquier cosa con tal de no pensar en Slade desnudo con otra mujer que no fuera ella.

«Fracasada.»

Apartó la ropa de cama de un puntapié y echó a andar descalza hacia el salón. Cogió una botella de agua, encendió la lámpara y entonces oyó un ruido.

Se quedó petrificada. ¿Qué había sido eso? El subidón de adrenalina fue

instantáneo. Corrió a por el teléfono para llamar a la policía, pero en ese momento sonó el timbre.

Fue de puntillas hasta la puerta y miró por el cristal lateral.

Slade la observó desde el otro lado.

Retrocedió con un jadeo. ¿Qué iba a hacer?

—Te he visto, Kate. Déjame pasar. Ahora mismo.

Se mordió el labio mientras pensaba. No era buena idea.

—Es medianoche —masculló a través de la puerta.

—Sé qué hora es. Me estoy congelando. Abre la dichosa puerta.

Mierda, ¡estaba desnuda! Cogió la manta del sofá, se la enrolló en torno al cuerpo como una toga y abrió el pestillo.

Slade entró como si estuviera en su casa y la miró. Sus ojos examinaron el improvisado atuendo, demorándose en los agujeros de la manta que dejaban expuesta la piel que había debajo. Se le endurecieron los pezones inmediatamente. En el aire crepitaba una poderosa energía masculina, cargada de testosterona, que la dejó a merced de los instintos más básicos, desesperada por olvidar años de civilización. Desesperada por copular. Por entregarse.

Por rendirse.

Se estremeció.

—¿Qué haces aquí?

—Era una prueba, ¿verdad?

Ni siquiera fingió que no lo entendía. La certeza de que se había quedado sin opciones la oprimió como si fuera un insecto atrapado en una sedosa telaraña. Levantó la barbilla.

—Sí.

Él gruñó y dio un paso hacia ella.

Un ladrido hizo que Kate volviera la cabeza. Robert estaba en el vano de la puerta del dormitorio, observando la escena. Arrastró su cuerpo por el pasillo a toda velocidad y se colocó delante de ella como un perro guardián entrenado y listo para reducir a un atacante. Sintió que el amor y el orgullo la

embargaban al ser testigo de ese inquebrantable vínculo protector. Kate abrió la boca para tranquilizarlo, pero Slade se le adelantó.

Con una humildad que la dejó sin palabras, se arrodilló delante de él como si fuera a suplicarle. Extendió las manos despacio para que Robert las oliera, un gesto universal de sumisión.

—Gracias por cuidarla —dijo con suavidad—. Pero no tengo intención de hacerle daño. Te juro por lo que más quiero en esta vida que jamás le haré daño a tu dueña.

Kate contuvo el aliento mientras él se inclinaba hasta casi rozarle la nariz a Robert. Pasaron unos segundos mientras intercambiaban una mirada cómplice que denotaba algo más profundo. El pitbull se relajó poco a poco, agachó la cabeza y le lamió la palma de una mano. Después, regresó al dormitorio.

Las últimas barreras se desmoronaron. Contempló al hombre que se había humillado delante de su perro, respetando las emociones de Robert como si se tratara de un humano. Lo vio incorporarse, quitarse la chaqueta y remangarse la camisa antes de mirarla fijamente.

Una poderosa y ardiente energía sexual crepitó entre ellos. Se le hizo la boca agua al ver que tenía el cuello de la camisa desabrochado, lo que dejaba a la vista su piel bronceada y resaltaba la tensión del mentón. Su mirada la atravesaba sin piedad, y le dejó claro que era su última oportunidad para huir.

—Así que admites que me has puesto a prueba —dijo con voz desganada, como si tuviera todo el tiempo del mundo, aunque su cuerpo se tensó como el de un depredador listo para atacar si lo provocaban—. ¿Querías que me acostara con Elena? ¿Querías que le echara el anzuelo para librarte así de mí?

—No. —Se arrebujó con la manta—. En parte quería que te acostaras con ella para así poder odiarte y recordarte que no estabas destinado a ser mío. Pero la idea de que la tocaras me enloquecía.

Él enarcó una ceja.

—Por fin un poco de sinceridad, Kate. Muy bien. Puesto que parece la noche de los tópicos, vamos a poner todas las cartas sobre la mesa. Quería acostarme

con ella. —Hizo caso omiso de su agotamiento y siguió hablando, sin permitirle desviar la mirada—. Estaba cabreado por tus juegucitos y quería ponerles fin. La besé.

El dolor fue profundo, pero Kate se esforzó por mantener la compostura. ¿Cómo iba a sentirse traicionada si él solo había hecho lo que ella quería que hiciera?

—Lo entiendo —replicó con voz ahogada.

La expresión de Slade se tensó.

—No. No lo entiendes. Ese es el problema. La besé, intenté forzar una reacción física, pero no lo conseguí. Te deseo a ti. Solo a ti. La pregunta es, ¿por qué no admites que tú también me deseas?

El momento del enfrentamiento había llegado y no tenía escapatoria. ¿Ese era el tipo de mujer en el que se había convertido? ¿Una mujer tan asustada de que le hicieran daño, o de verse arrastrada a una situación que no pudiera controlar, que temblaba de miedo? La vergüenza le hizo alzar la barbilla. Slade le ofrecía una noche de placer. Intentó burlarse de su oferta despojándola de cualquier cosa que no fuera sexo puro y duro, pero ya habían compartido mucho más. Secretos, intimidades, sinceridad. ¿No sería de eso de lo que estaba huyendo? ¿De la certeza de que, una vez que se colara en su interior, dejaría su impronta para siempre tanto en su cuerpo como en su alma?

Había llegado el momento de actuar como una mujer madura y de seguir el camino menos transitado del poema de Robert Frost.

—Estoy asustada.

Él ladeó la cabeza.

—¿Qué te da miedo?

Kate cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y se obligó a enfrentarse a la verdad. ¿Cuándo fue la última vez que un hombre la desnudó por completo? ¿Cuándo fue la última vez que se atrevió a disfrutar de un encuentro físico que fuera más allá de la superficie y no se negara a profundizar lo suficiente para sentir que era real?

No lo había hecho jamás.

Esperaba garantías en un mundo que no ofrecía ninguna. Se escondía detrás de su empresa y ponía a todos los demás por delante, instándolos a salir y a permitir que el amor entrara en sus vidas. Sin embargo, ella se mantenía aislada y sola, con Robert como única compañía, en un trono hipócrita situado por encima del mundo. Por Dios, ¿no había llegado el momento de liberarse? ¿De arriesgarse sin pensar en una agenda, en un plan o en una lista que pudiera guiarla?

Se negó a acobardarse bajo las abrasadoras dudas de la mirada de Slade.

—Es que nunca he sentido lo que siento ahora —susurró.

Slade guardó silencio un instante, dejándola sumida en un patético silencio.

—Mejor. Juré que tendrías que ser tú la que dieras el primer paso, pero no podía esperar. He superado tu prueba y ahora estás en deuda conmigo. ¿Qué vas a hacer?

Los nervios le provocaron un nudo en la garganta y se aferró a la manta como si la suave lana pudiera salvarla. Sin embargo, solo una cosa podía salvarla a esas alturas. Una rendición completa.

El hombre que tenía delante no se conformaría con otra cosa. Las palabras de Arilyn pasaron por su cabeza a modo de delicado recordatorio.

«El verdadero camino de la felicidad consiste en ceder el control. El resto es un espejismo.»

Kate cerró los ojos con fuerza y se armó de valor.

Acto seguido, soltó la manta.

El aire frío le acarició la piel, endureciéndole los pezones. Abrió los ojos y esperó.

Slade la contempló con una avidez que desterró por completo las buenas maneras y la dejó en una posición vulnerable. Su mirada recorrió cada centímetro de su cuerpo, deteniéndose en los pezones, en su húmedo sexo cubierto apenas por un trozo de encaje, y en sus piernas desnudas. Luchó contra el instinto de taparse con las manos, consciente de que jamás le

permitiría volver a esconderse de él otra vez. Se enderezó, orgullosa de su desnudez, y lo retó a aceptar lo que por fin le ofrecía.

Slade no se movió. No habló. El aire se llenó de la poderosa energía que ambos emanaban.

—Si me acercó a ti ahora mismo, no podrás seguir huyendo. Te follaré hasta que nos cansemos. No seré delicado. Piénsalo bien, Kate. Se acabaron los juegos.

Se estremeció al escuchar la sensual amenaza, pero su cuerpo suplicaba más, quería que le demostrara todo lo que podía darle sin restricciones. Eso era lo que había estado esperando: un hombre que la deseara con una pasión que no fuera ni educada ni decente. La erección presionaba la parte delantera de sus pantalones, y tenía todos los músculos tensos, a la espera de saltar hacia ella en cuanto le diera una respuesta.

Lo hizo con voz temblorosa:

—No quiero seguir huyendo. Me da igual el futuro, me da igual que esté bien o mal. Soy tuya, Slade. Esta noche te pertenezco.

Slade soltó una palabrota y atravesó la estancia hacia ella.

Se apoderó de sus labios con ferocidad y le introdujo la lengua entre ellos para dejar clara su dominancia. Ella gimoteó de puro placer y separó los labios para recibir gustosa cada embestida de su lengua, embriagada por su sabor, por su olor y por el abrasador calor de su piel.

Slade no perdió el tiempo con preliminares. Se inclinó, la levantó en brazos y ella le rodeó las caderas con las piernas mientras él avanzaba hasta el dormitorio sin ponerle fin al beso. Kate flotaba en un mar de sensaciones. Su cuerpo se estremecía, pidiendo más cuando él la dejó en la cama y rasgó las delicadas bragas de encaje.

—No puedo ir más despacio. Había planeado torturarte hasta que me suplicaras, llevarte al orgasmo mil veces antes de metértela, pero necesito estar dentro de ti. Kate, me vuelves loco. Separa las piernas. Déjame mirarte.

Con un sensual abandono que desconocía poseer, separó las piernas. Tenía

los muslos húmedos por el deseo y su sexo quedó a la vista bajo su ardiente mirada. Lo vio quitarse la camisa en tiempo récord mientras se daba un festín visual con su palpitante clítoris y se desabrochaba los pantalones, tras lo cual se quitó los zapatos y los calzoncillos.

—Eres preciosa. Nena, me muero por comértelo. Quiero lamerte el coño durante horas. Pero no sé si aguantaré mucho.

Kate gimió al escuchar sus obscenas palabras y sintió que se le endurecían los pezones, exigiendo las caricias de su lengua y de sus dedos. Se retorció sobre las sábanas mientras él sacaba un condón del envoltorio, se lo ponía y se subía en la cama.

Acto seguido, se arrodilló entre sus piernas y le pasó un dedo por la húmeda vulva. Kate gritó mientras su cuerpo suplicaba más y él inclinaba la cabeza con un gruñido gutural, tras lo cual dejó una delicada lluvia de besos sobre su sexo mojado. Los susurros que surgían de sus labios y las ardientes caricias de su lengua se confabularon para provocarle una tensión tan insoportable en las entrañas que creyó que acabaría hecha pedazos con una sola caricia más. El clítoris se le endureció, exigiéndole más, pero él lo pasó por alto para deslizar la lengua por los lados al tiempo que le introducía la punta de los dedos en la vagina. Se retorció, ansiosa por llegar al orgasmo, pero él la mantuvo inmovilizada, torturándole el clítoris con la lengua. Y entonces la penetró con dos dedos hasta el fondo.

El placer fue tan delicioso que le arrancó un grito. Los pulmones apenas le funcionaban, de manera que respiraba con pequeños jadeos mientras los hábiles dedos frotaban y se hundían en ella, imponiendo un ritmo que la llevó al borde de la locura.

Arqueó la espalda, a punto de estallar, pero él soltó una sensual carcajada y apartó la mano.

—Todavía no, nena. No hasta que la tengas bien adentro. —Le levantó las piernas por los tobillos, se los colocó en los hombros y la miró de arriba abajo.

Kate se estremeció al percibir la impetuosa energía sexual que se había generado entre ellos y le envolvía la piel de manera que todo su cuerpo suplicaba que la poseyera. Sentía el roce de su erección en la entrada de su cuerpo. Se aferró a las sábanas con los puños y se preguntó si estallaría en mil pedazos una vez que lo tuviera dentro.

Los ojos de Slade la miraban con expresión ardiente.

—Dámelo todo. No me conformaré con menos.

Kate contuvo el aliento, aterrada de repente por la vulnerabilidad que sentía. ¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a entregarle la virginidad a un hombre que solo creía en el momento? La destrozaría, se lo arrebataría todo y la dejaría sin nada. El pánico la abrumó. Gritó y abrió la boca para detenerlo, pero ya era demasiado tarde. Él acababa de penetrarla con una certera embestida, haciéndola suya.

Experimentó un dolor lacerante. Se esforzó por respirar, le clavó las uñas en la espalda e intentó analizar el torbellino de sensaciones que devoraban su cuerpo y su mente. El dolor desapareció poco a poco, convirtiéndose en una extraña plenitud. Su cuerpo se ajustó en torno a su polla, se tensó a su alrededor y su vagina acabó aceptando la invasión, si bien su cerebro seguía batallando.

—N-n-no. No. No puedo. Oh, Dios, es demasiado.

Sus poderosos músculos la inmovilizaron sobre el colchón y le empujó los hombros, sin saber muy bien si debería apartarlo o acercarlo más. Tenía la piel caliente y sudorosa. El instinto de darle todo lo que quería brilló tenuemente, pero luchó contra esa exigencia, por temor a que le arrebatara todo: cuerpo, mente y alma.

—Mírame, nena. Abre los ojos.

Kate soltó una especie de sollozo y lo obedeció. Slade le había tomado la cara entre sus cálidas manos y se mantenía inmóvil mientras su polla palpitaba, enterrada tan hondo en su cuerpo que no sabía dónde acababa ella y dónde empezaba él. Una miríada de sensaciones surgió en su interior y su cerebro

trató de encontrarles sentido: se sentía invadida, dolorida, mojada, abrasada. Como si hubiera percibido las barreras que estaba erigiendo, Slade emitió un gruñido gutural que surgió de su pecho.

—No, no vas a esconderte. Déjate llevar, Kate. No te escondas más.

Movió las caderas, causando una placentera fricción deliciosa sobre el clítoris y la penetró aún más. Se apoderó de su boca, cuyo interior invadió con la lengua, penetrándola de todas las maneras posibles hasta que ella se rindiera a sus exigencias.

El calor aumentó, pero ya no había dolor, solo un maravilloso placer que surgía de sus entrañas y se extendía por todo su cuerpo. Slade incrementó el ritmo de sus envites poco a poco, llevándola cada vez más alto hasta que acabó suplicándole más. Clavó las uñas en el colchón, alzó las caderas y dejó que la poseyera con frenesí, entregándose por completo como él le exigía.

Se mordió el labio inferior a medida que la tensión se hacía insoportable.

—Por favor, por favor, Slade, necesito...

—Sí, nena, todo, más.

Él gimió al tiempo que rotaba las caderas y alcanzaba un punto de su interior que empezó a palpar. Kate estaba al borde del orgasmo y él la mantuvo en ese punto, pendiente de sus expresiones, renuente a que se las ocultara.

Hasta que introdujo una mano entre sus cuerpos y le acarició el clítoris con un dedo. El orgasmo fue inmediato y arrollador. Gritó mientras su vagina se contraía y se relajaba a su alrededor, pero él no se detuvo, siguió moviéndose hasta el último espasmo, aumentando el placer hasta que todo su cuerpo se estremeció y se quedó sin fuerzas. Después, lo vio apretar los dientes y gemir por la satisfacción al alcanzar el orgasmo. Su cuerpo se tensó por entero y se estremeció sobre ella, en las garras de un placer tan intenso que no cabían las palabras. Acto seguido, se desplomó sobre el colchón, la acurrucó entre sus brazos y rodó para que ella pudiera apoyar la cabeza en su torso. Saciada, exhausta y sin poder moverse, Kate se derritió sobre él, cerró los ojos y

descansó.

—¡Uau!

Slade sonrió y miró hacia abajo. El pelo de Kate, normalmente liso, estaba enredado como sucedía después de un polvo. El sudor brillaba sobre su piel y percibió el delicioso olor del deseo femenino. Tenía los labios separados y entreabiertos. Estaba derretida sobre él, como si formara parte de su cuerpo, con una pierna por encima de las suyas. La curva de su cadera era una extensión de piel blanca y lustrosa que contrastaba enormemente con su piel morena.

—¿Ya no puedes más?

Ella parpadeó y se desperezó con una elegancia tan sensual que se la puso dura al instante. Estaba loco si pensaba que la iba a desterrar de su mente después de pasar una sola noche con ella. No se le había ocurrido que probarla tal vez fuera peligroso, porque podía acabar enganchado. Se obligó a olvidar la molesta preocupación que le provocaba la idea de que con su plan de atraparla le hubiera salido el tiro por la culata. Porque él también había acabado atrapado.

—Creía que estarías contento. Yo no tengo palabras.

Él rio entre dientes mientras le alisaba el pelo.

—Cierto. Y seguramente sea un milagro.

Kate levantó una mano para tratar de golpearlo, pero acabó cayendo de nuevo, exhausta.

—Ya me las pagarás después.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. —Le tomó un pecho desnudo con una mano para acariciarle el pezón, que se endureció bajo su pulgar—. Pero no hasta que yo me haya vengado.

Ella arqueó la espalda bajo sus caricias. Su erótica respuesta le provocó una oleada de poder. El cavernícola que siempre se esforzaba por ocultar asomó la

cabeza y derrumbó su fachada de hombre civilizado. Dios, llevaba mucho tiempo luchando contra eso y al final había acabado cediendo nada más tocarla. Sin embargo, necesitaba mantener esa relación estrictamente a nivel sexual. Kate ya estaba pulsando botones cuya existencia desconocía hasta ese momento, haciéndolo desear lo imposible.

Más.

—Si para vengarte tienes que poner en práctica algunos de los movimientos que has hecho antes, estoy dispuesta.

—Nena, estuve a punto de correrme antes de metértela. Ya verás la que te espera.

Le apretó los pechos, pellizcándole un pezón, y ella jadeó. La observó atentamente, y se percató del sutil movimiento de sus caderas, del rápido latido del pulso en su cuello. Ah, sí. A su Kate le gustaba jugar en el lado salvaje. Estaba deseando explorar hasta dónde llegaban sus límites... y más allá.

La curiosidad por saber más lo estaba matando. Kate ocultaba muchas capas detrás de su fachada de empresaria. Cada vez que revelaba una faceta nueva, su fascinación aumentaba. Siguió acariciándola, sumiéndola en un estado de relajada excitación.

—El día que conocí a Robert dijiste una cosa que se me quedó grabada. Que no había por qué descartar a alguien solo porque tuviera una discapacidad.

—Sí.

—No solo te referías a Robert, ¿verdad?

Kate tardó un rato en contestar. Él la acarició y le pellizcó nuevamente un pezón para animarla a hacerlo.

—Tartamudeo.

La sincera confesión reverberó en el dormitorio como si acabaran de descorchar una botella de champán.

—¿A qué te refieres? ¿Tenías un problema de tartamudez?

—Lo sigo teniendo. Cuando me pongo nerviosa o me estreso, recaigo. He conseguido controlarlo, pero lo pasé fatal.

Slade siguió acariciándole los pechos con delicadeza. Recordó las ocasiones en las que había parecido trabarse al hablar. Había supuesto que la agobiaba su insistencia para que afrontara la atracción existente entre ellos.

—¿No hay terapia en los colegios para ese problema?

Kate guardó silencio, como si se estuviera planteando hasta dónde debía contarle. Él siguió acariciándola con suavidad. El contacto piel con piel la llevó a una intimidad mayor, a un estado en el que se podían compartir secretos en la oscuridad y se bloqueaba la realidad del día a día.

—Empecé a los ocho años. Normalmente los niños con problemas de tartamudez reciben tratamiento y lo superan. Al principio todos pensaban que yo era tímida o nerviosa. Empecé a encerrarme cada vez más en mí misma para evitarlo. Tenía un montón de ideas y de pensamientos que quería expresar, pero cuando abría la boca, todo se estropeaba. Era un círculo desquiciante que no podía romper. Había decidido pedir ayuda justo cuando trasladaron a mi padre a Nueva York. Así que tuve que mudarme, conocer a gente nueva y todo empezó otra vez.

Slade frunció el ceño.

—¿Y tus padres no intentaron ayudarte?

—Parecían creer que lo superaría, pero al final los convencieron en el colegio de que me llevaran a un terapeuta externo. Mi madre creía que yo estaba bien, que me ponía nerviosa y me esforzaba demasiado para expresarme. Me apuntó a clases de yoga y de música, porque pensaba que necesitaba relajarme y aceptarme a mí misma como era. Mi padre la apoyó y confirmaron que ellos me querían tal como era. Que, a sus ojos, era perfecta. Verás, es que mi madre sufrió dos abortos espontáneos antes de que yo naciera. Me llamaban su «niña milagro».

Slade analizó sus palabras. Era difícil enfrentarse a ese tipo de amor, a la naturalidad con la que unos padres amaban a su hijo. A la perfección que una madre veía en el bebé que siempre había deseado. Pero ¿qué precio había pagado Kate? ¿Qué se sentiría al experimentar esa frustración por no poder

hablar? ¿Al querer que sus padres reconocieran el problema que tenía y le buscaran la ayuda que necesitaba, pero sintiéndose incapaz de confesar que les había fallado?

—¿Fue difícil la etapa en el instituto?

La sintió tensarse bajo su cuerpo. Un dolor descarnado lo recorrió al pensar que hubieran podido hacerle daño. Como a su hermana. ¿Cuántas veces había encontrado a Jane llorando, hecha polvo, intentando abrirse camino en un mundo donde se premiaba la crueldad y se aplastaba la sensibilidad? Como no conseguía encajar con los demás, se sentía perpetuamente castigada.

—Sí. Me acosaban, por supuesto. Unos profesores trataron de ayudarme, otros pasaron del tema. No me relacionaba con mucha gente y como llegué con el curso empezado, no hice muchos amigos. Me sentí sola y tonta durante años. ¿Por qué no podía hablar como los demás? Los niños acababan mis frases o se burlaban de mí. Al final la cosa empeoró hasta el punto que decidí no abrir la boca nunca más, ni siquiera para contestar a los profesores. Mis notas cayeron en picado, pero aprendí una lección muy valiosa. Todo llega a su fin, hasta las cosas más terribles. Si luchas y aguantas, al final lo malo acaba.

Lo invadió el orgullo. Joder, era fuerte. ¿Cuánta gente se quejaba y protestaba por su infancia? ¿Cuánta gente culpaba a los demás por las malas decisiones y jamás hacía un ejercicio de introspección?

—Me gradué y entré en la Universidad de Nueva York. Conocí a Arilyn y a Kennedy durante el primer semestre, y conectamos enseguida. Manhattan es muy grande y está llena de gente demasiado ocupada como para preocuparse por mi dificultad para hablar. Encontré a un terapeuta fantástico y por fin aprendí las técnicas adecuadas para controlar el tartamudeo.

—Pero tu final feliz llegó con Kinnections.

—Sí. Nuestra idea descabellada se hizo realidad porque luchamos con uñas y dientes. Mi terapeuta me ayudó a confiar en mí misma y comprendí que aunque jamás pudiera hablar sin tartamudear, eso no significaba que no

podiera tener mi propia empresa y convertirla en un éxito.

—Me asombras.

La vio negar sus palabras con la cabeza, pero la obligó a levantar la barbilla y siguió diciendo:

—Eres una mujer inteligente, capacitada y con una buena dicción, y jamás me habría imaginado lo mal que lo has pasado.

—Todas lo hemos pasado mal. Kennedy tenía problemas de sobrepeso y luego tuvo que luchar contra la anorexia. Arilyn era un bicho raro por su obsesión con la tecnología, una marginada. Pero lo conseguimos. Slade, no te estoy contando esto para que te compadezcas de mí. Es que quería que supieras... más.

Su confesión y la fuerza interior que la movía lo desestabilizaron. Las ridículas suposiciones que había hecho sobre ella y su equipo lo torturaron de repente. La idea de que esas mujeres tan vitales y apasionadas hubieran tenido que luchar contra la presión de los demás y contra sus propios demonios le recordó que se le había olvidado una lección importante. No se podía juzgar a las personas por las apariencias. Se sintió avergonzado. ¿No era eso lo que otros hacían siempre con su hermana? Suponían que era un bicho raro sensible que odiaba a la gente porque se creía mejor que los demás.

—Gracias por el regalo que acabas de hacerme.

—¿Slade?

—¿Qué, nena?

—¿Y si me cuentas algo? ¿Algo que no le hayas contado a nadie?

Se apartó con brusquedad para mirarla a la cara. La curiosidad brillaba en sus ojos, pero había algo más. Vulnerabilidad y deseo de conectar, de compartir una intimidad que trascendía las relaciones sexuales y físicas. La atracción física que existía entre ellos era tan fuerte que parecía rodearlos con una especie de aura, pero en ese momento comprendió que Kate quería aferrarse a algo más después de ese encuentro. Algo que recordar a la luz del día, que no se desvaneciera como el humo.

El corazón le dio un vuelco. Por el miedo. Por los lazos que crearía al confesarle sus secretos a esa mujer que ostentaba un poder mayor del que ella pensaba. Pero no podía negárselo. Esa noche no.

—Conocí a mi exmujer en el instituto. Era joven, estaba amargado y tenía las hormonas revolucionadas. Era el primero de la clase y mi objetivo era triunfar. Ella era la chica mala del instituto. Me habían aceptado en Harvard y decidió acompañarme, así que nos fuimos durante la graduación. —La imagen apareció en su mente en toda su ridícula gloria, pero la apartó, decidido a contarle la historia—. Dios, lo nuestro estaba condenado al fracaso desde el primer día. Yo quería ser abogado por encima de todo. Ella quería ser mi mujer y creía que el matrimonio sería divertido. Como en el instituto. Sobra decir que no lo fue y que las cosas acabaron en desastre.

—¿Ella también fue a la universidad? ¿Quería labrarse un futuro profesional?

—Tracey no era ambiciosa. Quería ir de fiesta, pasárselo bien y ser la mujer de un abogado. Ansiaba divertirse como si fuera una droga, le encantaba vivir al límite. —Soltó una sonrisa amarga—. La universidad resultó ser muy exigente. Apenas la veía y cuando lo hacíamos, discutíamos, y ella me amenazaba con ponerme los cuernos. Seguimos así hasta que me gradué, empecé a hacer prácticas en un bufete y al final conseguí un trabajo. Nos mudamos a Nueva York, pero para entonces lo nuestro ya no era un matrimonio. Un día llegué a casa y me la encontré con otro. Lo triste es que ni siquiera pude culparla. Se sentía sola y yo no podía darle lo que quería. Nos divorciamos y pasamos página.

Guardó silencio. Kate giró sobre el colchón y apoyó la barbilla en las manos. Su pelo rubio platino le cubrió un ojo. Hizo un mohín con esos labios voluptuosos, como si estuviera pensando y reflexionando sobre su historia.

—¿Todavía te culpas? —preguntó en voz baja.

La pregunta le pilló desprevenido, pero logró enfrentar su mirada.

—A veces. Fui un egoísta que solo pensaba en mi futuro y no en mi

matrimonio. No estaba listo para hacer otra cosa.

—Eras joven. No tenías experiencia. El primer amor nos define y nos da lecciones, nos hace más fuertes. Ahora has crecido y sabes quién eres. Mira cómo proteges y cuidas a tu hermana. Cuidas a tus seres queridos.

Soltó el aire que había retenido en los pulmones. La sencillez de sus palabras le llegó a lo más hondo, la comprensión que veía en su cara, no había prejuicios ni lástima, solo comprensión. Lo aceptaba como era. El deseo se apoderó de él de repente y se le puso dura. Kate abrió los ojos como platos, reaccionando de inmediato a la excitación que lo abrumaba y que le exigía que saciara el deseo. Solo había una forma de expresarse y de reconducir esas vertiginosas emociones.

—Slade...

—Te deseo. Otra vez.

La agarró por los brazos y la instó a darse la vuelta para quedar a horcajadas sobre ella. Las deliciosas curvas de su cuerpo lo invitaban a saborearla y a tocarla por entero, hasta que se retorciera pidiendo clemencia. Gruñó al tiempo que inclinaba la cabeza para frotarle la delicada piel de los pechos con el mentón, áspero por la barba, y que le separaba los muslos con las manos. Ella gimió mientras se lo permitía. Tenía los pezones endurecidos y se los lamió y mordisqueó hasta que le provocó escalofríos y se le puso la piel de gallina.

—Me encantan tus pechos. Algún día te los lameré hasta que te corras. ¿Cuánto tardarás en suplicar clemencia?

Kate se estremeció y él rio, satisfecho.

Usó los pulgares para separar sus labios mayores y comenzó a frotar los húmedos pliegues de su sexo con los dedos. Le estimuló el clítoris y después la penetró. Ella tensó los músculos en torno a sus dedos con voracidad y golpeó el colchón con los puños, al borde del orgasmo pero sin llegar a alcanzarlo. La posesividad lo abrumó de repente, despertando en él el deseo de ofrecerle a esa mujer un placer agónico, un recuerdo que jamás olvidara; el deseo de

exigirle la rendición completa, de que le entregara todo lo que era, bueno o malo, turbio o reluciente, por dentro y por fuera, hasta que no quedara nada de sí misma que él no poseyera.

Curvó los dedos y la penetró hasta el fondo, estimulando la zona más sensible hasta arrancarle un grito.

—¿Me deseas mucho? —preguntó, encantado con su fiera reacción y con su forma de exigir placer.

—Por favor, no aguanto más, deja que me corra.

—Sí que aguantas. Dame más. —Siguió penetrándola con los dedos, rotándolos en su interior, mientras le mordisqueaba la sensible piel del abdomen antes de regresar a sus pechos para chupar con fuerza esos pezones rosados.

Kate hundió los talones en el colchón mientras sus jadeos reverberaban en la estancia.

—Slade, haré cualquier cosa, lo que sea.

Sus preciosas súplicas se la pusieron todavía más dura. No aguantaría mucho porque el deseo de hundirse en ella le nublabla la mente y le hacía olvidar sus intenciones de tentarla y atormentarla sexualmente. Pero pensaba vengarse. En ese momento.

—Suplicame otra vez, Kate. Pero llámame abogado.

Ella jadeó, pero estaba demasiado ofuscada para negarse. Notó la presión de sus músculos internos en torno a los dedos que a esas alturas estaban empapados. Tenía un pezón entre los dientes, a la espera de su rendición.

—¡Abogado, por favor, haz que me corra!

Sus dulces palabras le inundaron los oídos y nada más oírlas la penetró con tres dedos sin miramientos.

El orgasmo fue instantáneo. Kate se rindió y su cuerpo se estremeció por entero mientras él la besaba con pasión, ebrio por su sabor a miel, más dulce que el algodón de azúcar. Los estremecimientos seguían sacudiéndola mientras él desgarraba el envoltorio de un condón, se lo ponía y la penetraba.

«Era suya.»

El mantra se repetía continuamente en su cabeza mientras se movía sobre ella, excitándola de nuevo con pericia. Kate gritó su nombre y experimentó un segundo orgasmo poco después del primero. La siguió de inmediato, saltando a un abismo que se había negado durante años, entregándose por completo al momento. El placer no afectó solo a su cuerpo, sino también a una parte más profunda de sí mismo, hasta que no quedó nada de él.

Después, la besó en las mejillas y le apartó el pelo de la cara. Estaba medio dormida, de manera que se levantó para tirar el condón y regresó a la cama para estrecharla entre sus brazos. Se permitió un último pensamiento.

«¿Qué le había hecho esa mujer?»

Enseguida se quedó dormido.

Kate gimió y enterró la cara en la almohada. Salió del nebuloso mundo del sueño y se percató de unos cuantos detalles. Estaba en un lado de la cama, cuando normalmente dormía en el centro. Un fuerte olor flotaba en el ambiente, delicioso por su tono almizcleño y pecaminoso. Además, ¿por qué tenía la sensación de que le ardían las piernas y los muslos? Sentía un dolor insistente en los músculos, sobre todo entre las piernas. Los recuerdos empezaron a acudir a su mente.

Se incorporó de un salto, con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

¡Madre mía!

Se había acostado con Slade Montgomery.

Cerró los ojos con fuerza cuando la asaltaron las imágenes de la noche anterior. Sus súplicas. Su boca entre las piernas mientras lo llamaba «abogado». Su perverso gruñido cuando Slade le ordenó que se sometiera. Por completo.

Y lo había hecho.

—¿Te apetece ir a por el vigésimo cuarto asalto?

Abrió los ojos de repente. Miró boquiabierta lo que tenía delante. Los vaqueros caídos sobre las caderas. El torso desnudo, dejando al descubierto una extensión interminable de piel morena. El pelo dorado alborotado le caía de forma seductora sobre la frente. Un asomo de barba le ensombrecía el mentón y enmarcaba esos carnosos labios creados para el pecado y que tantos orgasmos le habían proporcionado a lo largo de la noche. Ay, Dios, ¿eso era una erección? Sus vaqueros dejaban ver claramente algo duro y grande contra

la tela. Tragó saliva con dificultad. ¿Por qué no tenía más experiencia? Ojalá tuviera tanto desparpajo como Kennedy. Ni en broma pensaba levantarse desnuda, mucho menos con la cruel luz natural. El hoyuelo de su trasero no era su mejor rasgo. Se apartó el pelo de la cara mientras se preguntaba qué aspecto tendría e intentó recuperar la compostura.

—Esto... no cre-cre-creo. Tengo que pa-pa-pasear a Robert.

—Ya está hecho.

Frunció el ceño al oírlo.

—¿Qué quieres decir? Nunca acepta irse con otras personas que no seamos Gen o yo.

Slade encogió los anchos hombros.

—Pues ha venido conmigo. Ya te había visto engancharlo a la silla de ruedas, así que no he tardado en pillarle el truco. Ha hecho pipí y caca. He encontrado el pienso en el armario y le he cambiado el agua del bebedero.

La irritación se apoderó de ella. ¿Por qué se estaba adueñando de su rutina? Esa era su casa. Su vida. Sintiéndose como una tonta y bastante molesta, se pegó la sábana al pecho.

—En fin, gracias. Tengo que preparar café.

—Ya se está haciendo.

Alzó la barbilla al oírlo.

—Mi cafetera está para el arrastre y casi no funciona. Será mejor que vaya a comprobar si todo va bien.

Él contuvo una sonrisa.

—Todavía no he encontrado una cafetera que se me resista. ¿Por qué no te relajas un rato? Te traeré una taza. —Echó a andar hacia la puerta y desapareció.

¿Por qué estaba tan enfadada? A lo mejor era por la actitud indiferente y el buen humor que demostraba Slade a la mañana siguiente. ¿Cuánta experiencia tenía? ¿Se contaban por docenas? ¿Por cientos?

El sonido de las patas de Robert en el suelo la arrancó de sus pensamientos

deprimentes. El perro entró corriendo en el dormitorio y se detuvo a su lado. Kate sonrió.

—¿Hora de acostarse?

Dos ladridos.

Extendió los brazos y lo subió a la cama. A Robert le encantaba acurrucarse en la cama después de su paseo matutino. Olía a limpio y a perro a la vez, y Kate apoyó la frente contra su cabeza y disfrutó del consuelo que le daba su amor, sin preguntas, sin miedo y sin restricciones.

Dios, lo quería con locura.

Se dejó caer contra la almohada y le acarició la barriga. ¿Qué iba a hacer? ¿Esperaba a que el café estuviera listo para luego tener la «conversación»? Al menos debería recuperar el toque. Había saciado todos y cada uno de sus deseos más ocultos y se había entregado a Slade por completo. Si no lo recuperaba de esa manera, tendría que aceptar el hecho de que su don había desaparecido para siempre.

La idea de que le agradeciera haber pasado una noche perfecta para continuar después con las citas que ella le organizaba hizo que el estómago le diera un vuelco. ¿Podría seguir llevando su caso? Todavía no le había demostrado su talento y había confirmado que su hermana estaba a salvo. Pero en su cabeza solo había cabida para un pensamiento recurrente.

Slade era suyo.

Una locura, sí. Pero no quería mostrarse fría con ese tema y fingir que no sentía algo más. Quizá podría romper una de sus reglas básicas y sacarlo de la lista de Kinnections para que pudiera ser suyo, ¿no? Al fin y al cabo, Slade ya había dicho varias veces que era una tontería luchar contra su atracción. Si se abría a la posibilidad, tal vez lograrán entablar una relación real. Podrían explorarse mutuamente para ver si encajaban bien fuera de la cama.

Su móvil, que estaba en la mesilla de noche, vibró. Leyó el mensaje de texto que había recibido. De Hannah.

¡Hola, Kate! Lo pasé genial en la cita con Slade. ¡Creo que es el definitivo! Pero todavía no me ha llamado. ¿Te ha contado algo de nuestra cita? No me gustaría que se sintiera presionado, así que he preferido hablar primero con mi casamentera preferida. Como siempre, gracias por todo. 😊

¡Lo que faltaba!

Kate miró la carita sonriente que había al final del mensaje de texto de Hannah y se le revolvió el estómago todavía más. De alguna manera le había quitado el hombre a Hannah. De una manera retorcida, claro. Y no a propósito, por supuesto. Emma también le había mandado un mensaje de texto unos días antes, diciéndole alegremente que había sido una cita estupenda y que esperaba que la llamase. Mientras sus clientas esperaban, ella se estaba acostando con Slade.

Mal karma.

Gimió. «Espabila», se ordenó. Slade no había conectado ni con Hannah ni con Emma, y no se podía hacer nada. Las llamaría tan pronto como volviera a la oficina y se lo diría con tiento. Había tenido que comunicar malas noticias muchas veces. En ese negocio las rupturas y la falta de conexión eran gajes del oficio y formaban parte del proceso. Detestaba que un miembro de la pareja conectara mientras que el otro no, pero a esas alturas había perfeccionado el discurso.

Solo necesitaba asegurarse de que no se enteraban de la verdad.

Slade regresó con dos tazas humeantes. Kate carraspeó.

—Se me hace la boca agua.

Él le ofreció una taza y enarcó una ceja.

—¿Por mí o por el café?

Soltó una carcajada. Qué arrogante y sexy era.

—Por el café.

—Qué chasco.

Bebió un sorbo y levantó la cabeza.

—¿Cómo sabías que me gusta solo?

—Desnatada o semidesnatada en el frigorífico. El azucarero está escondido. Me he arriesgado.

—Muy bien, abogado.

Sus ojos verdes refulgieron con un deseo abrasador.

—No creo que pueda oír de nuevo esa palabra sin recordar tu cara cuando te corres.

Se ruborizó y enterró la cara en la taza de café. Robert emitió un gemido perruno y se acurrucó sobre el mullido cobertor. La risa ronca de Slade flotó en el dormitorio.

—Dios, me excito cuando te ruborizas. Pasas de ser puro fuego a la viva imagen de la virgen tímida.

Uf, si él supiera...

Al menos esas palabras consiguieron despertar su lado competitivo. Habló con voz suave.

—¿Has usado tu famoso encanto toda la vida para manipular a los demás? Recuerda que no me has obligado a hacer nada que no haya querido hacer.

La mirada íntima de Slade se posó en la sábana que ella tenía pegada al pecho. Se le endurecieron los pezones contra el satén, haciéndole saber que tenían ganas de marcha.

—Eso hizo que fuera todavía más dulce —replicó Slade con voz ronca—. Saber que te gusta suplicar.

Ya estaba mojada. Comprendió que había perdido la cabeza por completo. Nunca se cansaría de él. Ansiaba hacerlo otra vez, aunque se sentía dolorida. Slade se había percatado de que lo deseaba porque era evidente que la tenía dura. La idea de metérsela en la boca, de lamérsela y de controlar su placer la excitó todavía más. Slade soltó una palabrota, dejó la taza en la mesa y se acercó a ella. Con mucho cuidado, levantó a Robert de la cama y lo dejó en el suelo. Absorta, Kate permitió que le quitara la taza de las manos y que le apartara la sábana de un tirón.

La excitación se apoderó de ella al sentir el roce de esa mirada ardiente

sobre su cuerpo desnudo, percatándose de su deseo. Slade apoyó una rodilla en la cama y ella entornó los ojos, a la espera de que la arrastrara a otro maratón de sexo.

—Dios, Kate, ¿te he hecho daño?

Su repentina pregunta reverberó en el tenso silencio. Abrió los ojos de golpe y siguió su mirada. Las sábanas estaban manchadas de sangre, y también la cara interna de sus muslos. Lo oyó sisear al descubrir la prueba de su virginidad en todo su esplendor.

Mierda. Casi no le había dolido, así que no había pensado que pudiera haber sangre. Se incorporó y volvió a taparse con la sábana.

—No, cla-cla-claro que no me has hecho daño.

Slade agarró la sábana y volvió a apartarla de un tirón. Los segundos pasaron. Su erección desapareció y cuando por fin la miró a la cara, su amante ya no estaba. El hombre que lo había reemplazado estaba hecho de hielo y esbozaba una mueca desdeñosa. Kate se estremeció. Rezó pidiendo fuerzas para ocultar su vulnerabilidad y su repentina falta de confianza.

—Eras virgen.

Su desabrida voz le golpeó los oídos. Se levantó de la cama de un salto y cogió la bata, que se ató con fuerza evitando esos ojos de mirada acusadora.

—¿Y qué? No es para tanto.

—Joder, no me lo puedo creer. —Había apretado los dientes y la rabia emanaba de todo su cuerpo. Robert levantó la cabeza y lo miró con recelo—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Se encogió de hombros y se desentendió del nudo helado que tenía en el estómago.

—Porque no significaba nada y quería evitar una escena desagradable como esta. Es solo un tecnicismo, Slade. Nada de que preocuparse.

—He sido tu primer amante. Has esperado tanto tiempo por un motivo. ¿Por qué yo?

Deseó que la tierra se la tragara, pero sabía que tenía que enfrentarse a eso.

Mmm, ¿era el momento indicado para decirle que tenía un toque especial y que nunca había sentido una conexión con otro hombre? ¿O debería confesar que esos genes mágicos habían desaparecido y que pensaba que acostarse con él se los devolvería? La verdad, ninguna de esas dos opciones le parecía acertada, de modo que ladeó la cabeza y volvió a mentir.

—He estado ocupada. Nunca me había puesto a ello.

Slade soltó una palabrota soez.

—Te he hecho daño. De haberlo sabido, habría sido más delicado, más considerado. Te habría seducido y me habría asegurado de que estabas lista. ¿También te he dejado moratones?

Kate soltó una carcajada.

—Me has provocado orgasmos múltiples y no me has hecho daño. De verdad, estas ganas de martirizarte son ridículas. ¿Te importa que dejemos el tema? Prepararé el desayuno.

Intentó pasar junto a él, pero Slade extendió la mano con rapidez y la agarró del brazo. El hormigueo fue instantáneo y él miró el punto donde sus cuerpos se unían como si estuviera descubriendo algo.

—¿Alguna vez has experimentado esta descarga, Kate? ¿Con otro hombre?

Levantó la barbilla y le lanzó su mejor golpe. A la mierda con todo. La verdad sería lo mejor y lo dejaría sentado de culo.

—No. A lo mejor por eso me decidí a hacerlo contigo. No me arrepiento de nada de lo de anoche. ¿Y tú?

Slade se apartó de un salto y a ella se le revolvió el estómago. Por Dios, estaba arrepentido. A la cruda luz del día, al saber que era virgen, se sentía culpable. ¿A qué le tenía tanto miedo? ¿A que se hiciera ilusiones con su relación? ¿A saber que siempre sería su primer amante? ¿O tenía miedo de sentir algo por ella? El pánico asomaba a los ojos de Slade y, de repente, ya no la miraba como a una amante, sino como a una mujer que estuviera tejiendo una trampa a su alrededor. Contuvo las ganas de reírse en su cara. ¿Quién iba a pensar que una virgen inocente acojonaría al lobo malo?

—No. Pero no hemos hablado de lo que significaba lo de anoche. No sé si... si tienes ideas acerca de nosotros. ¿Qué quieres?

La alegría que había sentido la noche anterior la abandonó. Miró al hombre a quien se lo había entregado todo, un hombre que en ese momento parecía un desconocido que cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro en un intento por no salir corriendo, despavorido.

—No quiero nada —respondió con voz apagada—. Anoche quería sexo. Contigo. Esta mañana quiero volver a nuestro acuerdo original y a nuestra relación contractual.

—¿Y olvidarnos de que nos hemos acostado? ¿Me entregas tu virginidad y ahora quieres fingir que eso no ha pasado?

Kate se obligó a encogerse de hombros.

—No ha sido un regalo, Slade, ha pasado así y ya está. Ya hemos reconocido que una relación a largo plazo no funcionaría en nuestro caso. Ya hemos matado el gusanillo, así que podemos pasar página.

El alivio asomó a la cara de Slade. Kate sintió que se le partía el corazón y que le costaba respirar, pero ni muerta iba a permitir que él atisbara siquiera su dolor. Slade Montgomery no creía en nada de lo que ella necesitaba y fingir que podrían ser algo más que un rollo de una noche solo serviría para alargar la tortura. Buscó la paz interior, a sabiendas de que era la única manera de acabar con todo eso ya.

—No quiero hacerte daño —masculló él. Las manos le temblaban mientras se las pasaba por el pelo, como si quisiera estar en cualquier otro sitio que no fuera ese—. No estoy hecho para una relación estable. Al menos no con alguien que cree que el amor es un cuento de hadas y que viviremos felices y comeremos perdices para siempre. Tú no has visto todo lo que he visto yo, lo que les hace a las personas esa cosa que llaman «amor». ¡No existe el para siempre!

El dolor atenazó todo su cuerpo. Se clavó las uñas en las palmas de las manos y lo aceptó. Qué tonta. Slade había afirmado que estaba abierto al amor,

pero solo era un juego. Creía que podía encontrar una mujer que creyera en el compañerismo, una mujer sin expectativas ni ideas ridículas. Una mujer que nunca sería ella.

—Te equivocas, abogado —replicó en voz baja—. No busco un amor para siempre. Pero sí espero encontrar el amor algún día. Creo que me lo merezco.

Slade se estremeció.

—Lo siento. Yo...

—No. Ahora mismo creo que lo mejor es que te vayas. Y no te preocupes. Si en algún momento imagino que ha habido algo más que buen sexo, recordaré el consejo que me dio un hombre muy listo. —Sus ojos lo miraron con expresión adusta—. Solo es la oxitocina. Nada más. Y nada menos.

En esa ocasión, cuando pasó junto a él, no la detuvo. Se mantuvo ocupada en la cocina y no le hizo el menor caso cuando se colocó junto a la encimera. Se concentró en batir los huevos para preparar tostadas francesas, mientras rezaba para que no la pusiera a prueba ni la tocara. Al cabo de un momento, oyó que la puerta se cerraba a su espalda sin haber mediado palabra.

Soltó el tenedor, se dejó caer contra la isla de granito y se permitió llorar por algo que nunca había sido suyo.

Kate miró la mansión que tenía delante mientras Genevieve recorría el serpenteante camino de entrada. Había estado a punto de quedarse en casa, pero el sentimiento de culpa que habría sentido por haberse perdido la reunión familiar de Gen la obligó a hacer el esfuerzo. Además, ya casi nunca veía a su mejor amiga y deseaba pasar una tarde entretenida.

—Nunca creí que me deprimiría tanto después del sexo.

Gen apagó el motor y meneó la cabeza.

—Míralo por el lado positivo. Has tenido un montón de orgasmos, y normalmente la primera vez te quedas con las ganas. Has descubierto su verdadera personalidad antes de implicarte más en la relación. Y es posible que

hayas recuperado el toque, lo que es una ventaja para el negocio.

Kate soltó una carcajada.

—Solo tú podrías encontrar el lado positivo. Supongo que tienes razón. Lo dejaré en manos de Kennedy para que siga organizándole citas, y así no tendré que verlo. Ya se me pasará.

—Ya sabes lo que dice Ken: la manera más rápida de olvidar a un hombre es meterte en la cama con otro.

Kate puso los ojos en blanco y abrió la puerta del coche.

—No, gracias. Creo que mi mando a distancia y Robert me bastarán por una temporada.

Echaron a andar hacia la enorme mansión, una construcción enorme de ladrillo y piedra de tres plantas. En la fachada había numerosos balcones con vistas a los exuberantes jardines y los boscosos senderos. En el aire flotaban las carcajadas de los invitados. Cuando Kate conoció a Gen en la universidad, su familia la aceptó de inmediato en su seno. Era la típica familia italiana que organizaba cenas los viernes y los domingos y que daban de comer a sus invitados sin reparar en gastos, aunque ellos tuvieran un presupuesto ceñidísimo.

—¿Qué edad tienen ya los gemelos? —preguntó Kate, que llevaba el enorme circuito de carreras envuelto en un alegre papel de regalo con dinosaurios.

—Seis. Ya debería haber llegado todo el mundo. Maggie y Michael dijeron que querían una fiesta en la jungla, así que a saber lo que han montado. Ah, por ahí viene Lily.

Kate se echó a reír porque la sobrina de Gen las vio, chilló y echó a correr sobre el reluciente parque para saltar a los brazos de su tía.

—¡Estás preciosa! ¿Te ha regalado el conjunto la tía Maggie? —Maggie era una de las mejores amigas de Alexa, la hermana mayor de Gen, y se había hecho el propósito de convertir a Lily en la niña mejor vestida del barrio. Lily la abrazó con fuerza y sonrió con orgullo antes de dar una vuelta completa con su vestido vaquero y sus botines rosas.

—Papá ha dicho que el otro vestido era demasiado raro. —Lily hizo un mohín con su nariz respingona. Sus tirabuzones negros eran clavados a la melena indomable de su madre—. Le ha dicho a Maggie que se corte un poco. Luego Maggie le ha sacado la lengua cuando él se ha ido y mamá les ha dicho que dejaran de comportarse como niños porque ya había muchos dando vueltas.

Gen soltó una carcajada y le dio un tirón a un rizo rebelde.

—¿Dónde está tu hermana?

—Maria va detrás de Luke y de Ethan. Creo que se quiere casar con Luke.

—Cariño, los primos no se casan entre sí, pero ahora eso da igual. Que lo torture un poquito. Luke necesita una buena dosis de su propia medicina.

—Sí, Luke ya ha derramado el ponche porque se ha subido a un árbol para comprobar si podía tirarse al cuenco como hacen en los dibujos animados. El tío Michael lo ha mandado al rincón de pensar y Maria ha dicho que se sentaría con él para hacerle compañía.

Kate se mordió el labio al imaginárselo.

—Ahora mismo salimos, cariño, antes vamos a saludar a todo el mundo.

—¡Vale!

Lily se fue corriendo y ellas se abrieron paso por las estancias, decoradas con brillantes tonos verdes y azules. Los niños estaban obsesionados con los animales, de ahí el tema de la jungla y el montón de monos, tigres y cebras de peluche agazapados por los rincones entre montones de regalos envueltos con lazos de colores alegres. Se detuvieron varias veces para hablar con algunos invitados antes de llegar a su destino.

El bar.

—¡Ah, por fin han llegado mis chicas preferidas! La cirujana en prácticas y la casamentera excepcional. —Kate sonrió. Nick, el marido de Alexa, estaba detrás de la barra y parecía encantado de estar en el patio, donde se desarrollaba toda la acción.

—Ahora mismo creo que nos morimos por un cosmopolitan —dijo Gen—.

¿Sabes prepararlos?

—Lo que beben en *Sexo en Nueva York*, ¿no?

Gen se echó a reír.

—Bueno, la serie terminó hace ya un tiempo, pero lo pasaremos por alto.

¿Están todos fuera?

—Sí, es una jungla. Literalmente. Michael y yo hemos discutido por ver quién se quedaba detrás de la barra, pero como al final he ganado yo, me quedo aquí. ¿Dónde está David?

—Vendrá más tarde.

—Bien. —Le guiñó un ojo a Kate—. ¿Y tú? ¿Dónde está Robert? Te lo podrías haber traído.

Kate se preguntó por qué siempre acababa con su perro como acompañante, pero era una circunstancia demasiado triste como para analizarla. Sobre todo, después de la noche que había pasado con Slade.

—Shelly lo llevará al parque canino hoy. Estoy libre como un pájaro.

—Miedo me das. —Nick le ofreció una bebida rosa perfecta con una sombrilla amarilla—. Aquí tienes, guapa. Pásatelo bien. Izzy todavía no ha llegado, con suerte vendrá después.

La hermana gemela de Gen, Isabella, parecía estar atravesando una fase difícil. Gen estaba muy unida a ella, pero de un tiempo a esa parte el genio tan explosivo de Izzy y su sarcasmo casi cruel habían abierto una brecha entre ambas. A ella le parecía muy triste, porque siempre había deseado tener una hermana. Sabía que ese distanciamiento preocupaba mucho a Gen y esperaba que el tiempo mitigara las heridas que había provocado en ellas.

Se abrieron paso hasta la terraza trasera y se detuvieron en seco.

—¡Uau, Gen! Esto sí que es una fiesta infantil.

Las mesas y las sillas estaban repartidas en distintas zonas de juego, separadas según las actividades que ofrecieran a los niños. Había rompecabezas, juguetes y un pequeño zoo con animales a los que había que dar de comer con biberones. Habían extendido una gruesa liana entre dos

árboles para que hubiera una especie de tirolina, y habían contratado a un chico que ayudaba a los niños a asegurarse en el asiento y a deslizarse de un tronco a otro. Los niños asediaban un enorme puesto de cacahuetes, palomitas y algodón de azúcar, y había un enorme camión circense aparcado a casi un kilómetro de la casa, en el jardín. Kate entornó los ojos para ver mejor. ¿Eso que veía era un elefante?

—¡Habéis venido!

Alexa las saludó con un cálido abrazo. La hermana mayor de Gen era guapa. Tenía el pelo rizado y negro, unos brillantes ojos azules y un cuerpo voluptuoso. Irradiaba amabilidad y buen humor a espaldas, y a Kate le encantaba estar con ella.

—Esto... Al, ¿eso de allí es un elefante? —preguntó Gen.

Alexa soltó un suspiro.

—Sí, pero no te preocupes, no hay abuso animal. Lo investigué a fondo antes de darle el visto bueno a Maggie. Se llama Sam y viene de un campamento para elefantes que han retirado del circo. Será solo durante dos horas y está bien atendido. El zoo para acariciar animales también lo tiene todo en regla. Investigué a la propietaria a conciencia y pertenece a una granja orgánica de Wallkill cuya finalidad es enseñar a los niños a tratar como es debido a los animales.

Kate se echó a reír. Alexa era una defensora acérrima de los derechos de los animales y dedicaba su tiempo libre a trabajar como voluntaria en los refugios.

—Entendido. Me alegro de que me hayas puesto en mi sitio. Menudo montaje.

—Ya, ¿qué te esperabas de Maggie?

—Te he oído —dijo una voz ronca a su espalda.

Gen le dio un abrazo a Maggie mientras Kate admiraba sus vaqueros de marca, sus botas de casi siete centímetros de plataforma y su moderna cazadora de cuero. Parecía que estaba pasando el rato en Beverly Hills en

lugar de en una fiesta infantil.

—Gen, ¿va a venir tu médico cañón?

—Luego vendrá un rato, está en el hospital.

—Kate, cariño, ¿dónde está Robert?

—En el parque canino.

Maggie enarcó una ceja.

—Así que sin pareja, ¿eh? Tengo a un modelo que está muy bueno con el que me encantaría emparejarte.

Kate se echó a reír.

—No sé si doy el tipo para un modelo, Maggie.

—Qué tontería, tienen gustos muy variados.

Gen meneó la cabeza.

—¿Dónde están esos dos cumpleaños guapos?

Maggie soltó el aire.

—Luke está otra vez en el rincón de pensar. Ethan no para de correr de un lado para otro, así que sé que ya ha probado la tarta de cumpleaños. Le había echado la culpa a Michael por error porque es su dulce preferido de La Dolce Maggie.

Gen sonrió.

—¿Tu hijo por encima de tu marido, Maggie?

—Solo intento mantenerlo a raya.

Como si le hubieran pitado los oídos, Michael apareció detrás de ella y se llevó un dedo a los labios para indicarles que no dijeran nada. Gen apretó los labios para no delatarlo.

—Qué interesante. ¿Cuál es la mejor manera de mantener a raya a tu hombre, Maggie?

Ella cambió de postura, sacando cadera, y les guiñó un ojo.

—El sexo, claro. Bueno, el sexo y la comida, pero como lo segundo no es lo mío, bordo lo primero.

Alexa puso los ojos en blanco al oír la bravuconada.

—Por favor. He visto quién lleva los pantalones en tu casa y no son precisamente los elegantes Prada que tanto te gustan. A tu marido le basta con mover un dedo para que te derritas.

Los ojos verdes de Maggie relampaguearon.

—Eso es difamación. O libelo. Y también mentira. Solo tengo que chasquear los dedos para que mi hombre obedezca.

Las palabras salieron de su boca justo cuando su marido le rodeaba la cintura con el brazo. Maggie soltó un grito e intentó darse la vuelta, pero Michael la pegó a él sin inmutarse y no le permitió moverse.

—¿Otra vez yéndote de la lengua, *cara*? —preguntó con voz ronca mientras sus manos la acariciaban con destreza para someterla al instante.

Kate observó, fascinada, cómo Maggie se relajaba contra él y cómo en sus ojos brillaba esa chispa que no se había apagado en los ocho años que llevaban casados. Sintió un anhelo abrumador que le formó un nudo en la garganta. Dios, se moría por experimentar eso mismo. Que un hombre la conquistara y la hechizara por completo. Una imagen de Slade pasó por delante de sus ojos. Colocado entre sus piernas, con esos ojos verdes brillantes por la pasión, con sus dedos entrelazados mientras la penetraba y la hacía suya por completo... mientras reclamaba su cuerpo... su alma... su corazón.

Las lágrimas hicieron que le escocieran los ojos. Joder, seguro que era culpa de las hormonas. Una noche de nada y no solo había entregado su virginidad, sino también sus emociones.

—Uf, lo siento, cariño. Charla de chicas.

Michael agachó la cabeza y refunfuñó en voz lo bastante alta para que lo oyeran todas:

—Tal vez esta noche consigo que me pidas perdón con esa boca. Ya veremos cómo.

La sensual promesa provocó un escalofrío a Maggie, y Kate tuvo que tragar saliva al percibir la energía sexual que tenía delante.

Alexa agitó una mano en el aire, más acostumbrada al comportamiento de

su amiga.

—Cortaos un poco, chicos. No estamos en una fiesta sado, sino en una infantil. Y dejad de hablar de sexo, que Carina acaba de llegar.

Nada más decirlo, la hermana pequeña de Michael apareció en la terraza andando despacio. Tenía cara de fastidio, aunque estaba monísima con la camiseta y los vaqueros premamá y unas zapatillas deportivas de color rosa. Llevaba la lustrosa melena recogida en una coleta y tenía las mejillas sonrojadas y regordetas.

—Ay. No quiero ni oír hablar de sexo. Por eso estoy así como me veis.

Michael gimió.

—No necesito tanta información, hermanita.

Max iba detrás de su mujer, sujetándola del codo.

—Voy a buscarte un agua con gas, nena.

Carina gimió y se colocó las manos sobre la enorme barriga.

—Echo de menos el alcohol. Echo de menos verme los pies. Echo de menos dormir.

Alexa y Maggie intercambiaron una mirada y luego le dieron unas palmaditas en el hombro.

—Lo sé —dijo Alexa—. Pero dentro de unas cuantas semanas tendrás toda la felicidad y la alegría que te puedas imaginar. La maternidad es increíble, el regalo perfecto que hace que toda la incomodidad valga la pena.

En ese momento Luke cruzó desnudo el jardín. Parecía sacado de un cómic porque llevaba el pelo de punta y se reía sin parar. Los demás niños lo señalaban con el dedo mientras chillaban y saltaban al verlo con el culo al aire.

Maria iba detrás de él. Llevaba el vestido de princesa manchado de barro y había perdido un zapato, pero lo perseguía a la carrera gritando su nombre a pleno pulmón.

Carina enarcó una ceja.

—¿Qué decías?

Maggie suspiró.

—Olvídalo. El parto duele. La maternidad te convertirá en una esclava. Te faltará el sueño y te volverás cruel, loca y el ser más feliz que hayas imaginado jamás.

Alexa asintió con la cabeza.

—Sí. Eso mismo.

Gen se metió un nudillo en la boca e intentó no echarse a reír.

—Esto... voy a ver qué hacen. Y... a buscar la ropa de Luke. ¿Kate?

—Te ayudo.

—Gracias, chicas —dijo Maggie.

Atravesaron el jardín detrás de los sobrinos y las sobrinas, con las copas en la mano. Kate contuvo una carcajada.

—Tu familia es la leche.

—Sí, pero tu madre fuma porros. Eso sí que es la leche.

Las siguientes horas pasaron en mitad de un torbellino vertiginoso de niños, azúcar, gritos, juegos y bebidas. Cantaron *Cumpleaños feliz*, cortaron la tarta y estuvieron charlando en la enorme cocina, mientras bebían capuchinos y expresos. David apareció por fin y Kate vio cómo su amiga se relajaba entre los brazos de su novio, al parecer cómoda y feliz. Oyó otra vez la vocecilla que la ponía sobre aviso, de manera que les rozó los brazos para comprobar si captaba alguna sensación entre ellos.

Nada.

Frunció el ceño. ¿No estaban hechos el uno para el otro? ¿O su toque seguía fallando? Rodeada de parejas felices, se dirigió al bar, donde Alexa y Nick se cogían las manos mientras se susurraban. Se interpuso entre ellos, decidida a demostrar de una vez por todas si su don funcionaba o no. La pareja solía darle una buena descarga cada vez que los tocaba, la señal inequívoca de que eran almas gemelas. Extendió la mano para coger una copa mientras murmuraba una disculpa y se las apañó para rozar las muñecas de ambos.

«Nada.»

Se le cayó el alma a los pies. El toque no había vuelto. ¿Y si lo había perdido

para siempre? Apoyó la espalda contra la pared para no caerse e intentó controlar el pánico. Si el sexo no había funcionado, ¿qué había pasado por alto? Aunque había echado pestes del don durante años, era consciente de que formaba parte de ella. Había fundado Kinnections con la certeza de que sabría reconocer a una buena pareja, de que podría poner unos cimientos sólidos para que los clientes estuvieran bien cuidados. ¿Qué iba a pasar a partir de ese momento? ¿Cuál iba a ser su papel si ya no tenía el toque?

Una voz la sacó de sus pensamientos y evitó que sufriera un ataque de histeria.

—Vaya, ¡qué bonito todo! La pareja de moda dispuesta a comerse el mundo. Cirujanos unidos y blablablá.

El silencio se impuso en la cocina. La gemela de Gen, Izzy, estaba en la puerta. Llevaba unos pantalones de cuero que se ceñían a todas y cada una de sus voluptuosas curvas, botas a medio muslo con tachuelas, y una camiseta negra con un escote delantero tan pronunciado que dejaba al aire la rosa con espinas tatuada en su pecho. Las numerosas cadenas plateadas que le adornaban el cuello tintineaban entre sí y el aro con un diamante que tenía en la nariz reflejaba la luz. La voz de Gen rompió la tensión.

—Te hemos echado de menos, Iz. Los niños han preguntado por ti. ¿Cómo estás?

Izzy se encogió de hombros.

—Me alegra saber que alguien se ha dado cuenta. Estoy bien.

Alexa se adelantó y miró el atuendo de su hermana con desaprobación. Apenas le devolvió el abrazo.

—¿Tienes una cita esta noche? —bromeó Alexa—. Sé que no te has arreglado así para nosotros.

Isabella volvió la cabeza de repente.

—¿Por qué supones que estoy liada con un tío? Me visto para una sola persona: para mí.

La voz de Nick reverberó por la estancia.

—Ya vale. Sabes que Alexa estaba bromeando. No te pases.

Una expresión rebelde apareció en la cara de Isabella. Kate captó un desgarrador anhelo, como si se arrepintiera de haberse pasado pero ya no pudiera echarse atrás.

—Lo que tú digas. —Se alejó acompañada por el taconeo de sus botas.

David meneó la cabeza.

—Un comportamiento inaceptable. No debería haber venido.

—Es de la familia —le recordó Gen.

David frunció el ceño.

—Tu hermana va camino de la destrucción y no pienso dejar que te arrastre con ella. No deberías mezclarte con gente que vaya hasta arriba de droga. Podría destruir tu carrera profesional.

Kate estaba a punto de defender a su amiga cuando la interrumpieron. El mejor amigo de Gen, Wolfe, se encontraba en la puerta de la cocina, y su estatura conseguía que los demás parecieran diminutos. La cabeza rapada, los relampagueantes ojos azules y el poderoso cuerpo dejaban bien claro que era un tío duro. Una serpiente tatuada le cubría el hombro y subía por su cuello, y un diamante brillaba en su oreja izquierda. También tenía un piercing en una ceja. Llevaba pulseras de cuero y una camisa de manga larga negra. Las mujeres perdían la cabeza nada más ver esa pinta de tío peligroso.

Por el motivo que fuera, Kate nunca se había sentido atraída por él, tal vez por la larga amistad que lo única a Gen. Siempre se había preguntado si habría algo más entre ellos, sobre todo porque Wolfe parecía detestar a David, pero su amiga siempre le había asegurado que no había química entre ellos, que solo eran amigos.

—No va hasta arriba de droga —lo corrigió Wolfe con su voz grave—. Está hasta arriba de dolor —añadió sin más.

Gen se mordió el labio.

—No consigo llegar hasta ella —dijo—. Lo he intentado, pero no quiere saber nada de mí. Se comporta como si me odiara.

—Ten paciencia. Al final, te necesitará.

David soltó un suspiro.

—Está celosa del éxito de Gen. Es mejor dejarla sola.

Wolfe miró a David un momento. Luego meneó la cabeza y se fue.

—Serían la pareja ideal —masculló David—. Me sorprende que no se hayan liado. Aunque a lo mejor sí lo han hecho.

Kate se dio unos golpecitos en el labio inferior. Mmm, ¿Izzy y Wolfe? Esa pareja sería explosiva. Los dos parecían vibrar con un dolor latente, pero Wolfe contenía sus emociones muchísimo mejor que Izzy.

Miró el reloj. Hora de volver con Robert.

—Tengo que irme pronto, Gen. Voy al baño.

Su amiga asintió.

Kate soltó la taza y fue a la planta superior. Subió la escalinata mientras acariciaba con los dedos el lustroso pasamanos de caoba. Dejó atrás la increíble araña de cristal de Swarovski, enfiló el pasillo y oyó las voces. Uf, una conversación íntima. Dio media vuelta para retroceder, pero reconoció la voz de Wolfe. Después la voz de Izzy resonó con claridad meridiana. Kate se quedó paralizada.

—¿Por qué te torturas? Me he dado cuenta de cómo la miras. Ella no puede darte lo que necesitas, guapo, pero yo sí.

Kate se debatió entre la espantosa necesidad de enterarse de qué decían y el respeto que tenía por la privacidad de los demás. Su demonio ganó y se quedó allí de pie, en silencio, mientras escuchaba la conversación.

—No.

La advertencia, pronunciada en voz baja, no tuvo efecto. Oyó una carcajada ronca y el repiqueteo de unos tacones sobre el suelo de madera.

—Dices que no, pero tu cuerpo dice que sí. ¿Por qué luchas tanto? Gen está con David y nunca te mirará como tú quieres. Además, seguro que es una mojigata en la cama. Yo puedo darte lo que necesitas.

Kate estiró el cuello para asomarse por la puerta. Izzy estaba delante de

Wolfe, inclinada hacia él y dejando a la vista una panorámica espectacular de su impresionante canalillo. Él estaba muy quieto, con la cara demudada por la rabia y los brazos cruzados por delante del pecho, como si los intentos de seducción de Izzy no le interesan lo más mínimo.

—No soy tonto, Izzy. Ahora mismo estás pasando una mala racha y solo quieres distraerte. Pero el sexo no te servirá. Tampoco el odio. Tienes una familia increíble en la que apoyarte. ¿Por qué te esfuerzas tanto en alejarlos de ti?

Isabella temblaba de indignación y estuvo a punto de escupirle en la cara.

—No me vengas con esos rollos psicológicos. No sabes nada sobre mi familia, no sabes que me tratan como a una mierda. Creen que soy peor que mi hermana, doña Perfecta. Se niegan a aceptar quién soy porque no encajo en esa visión ideal de cómo deben ser sus hijos. Estoy harta de ellos y de sus expectativas. Incluso tú te lo has tragado. —Acortó la distancia que los separaba y se pegó a su cuerpo. Wolfe reaccionó con un siseo, pero no se movió. Izzy esbozó una sonrisa agresiva, se puso de puntillas y se detuvo a pocos centímetros de su boca—. Sabes muy bien que eres como yo. Crees que Gen le aportará algo bueno e inocente a tu vida. Pero tu destino no es ser ese hombre, Wolfe. Vives en la oscuridad. Te gusta el sexo duro, con un poco de dolor, y ves la realidad de la vida. No como mi tonta y mimada hermana. ¿Por qué no demuestras el hombre que eres en realidad y me aceptas? Te daré todo lo que siempre has deseado. —Se humedeció los labios y le acarició la mejilla con un dedo. Wolfe se tensó y la miró fijamente a los ojos—. Incluso dejaré que finjas que te la estás follando a ella si es lo que quieres. ¿No te parece que eso sería todavía mejor?

La tensión se podía palpar en el ambiente. Kate esperó a ver la reacción de Wolfe.

Wolfe la apartó con delicadeza de su cuerpo y se alejó de ella. En su cara había una mezcla de arrepentimiento, deseo y compasión.

—Las cosas no funcionan así, Izzy. No sé qué ha pasado, pero te está

destrozando por dentro. Que sepas que puedes hablar conmigo. Te escucharé.

Izzy lo empujó con fuerza y siseó como una gata enfurecida.

—Que te jodan, Wolfe. Ojalá seas feliz imaginando que mi hermana se fijará en ti algún día. No cumples ni uno solo de sus requisitos como amante. Me das lástima.

Kate fue incapaz de seguir escuchando. Retrocedió despacio y fue al otro cuarto de baño. ¡Uf, menuda conversación! ¿Wolfe estaba enamorado de Gen? ¿Y su amiga lo sabía? ¿O solo era una suposición ridícula de Izzy para crear problemas? Aquello era como una temporada de *Hospital General* pero a lo bestia.

Kate hizo sus necesidades, se lavó las manos y regresó a la cocina. David no acababa de gustarle, pero nunca se inmiscuiría en la vida sentimental de su amiga. Gen parecía feliz con el cirujano, pero quizá debería contarle lo que había oído. No acostumbraba a ocultarle cosas a su mejor amiga.

Estaba a punto de coger el abrigo y despedirse cuando David agarró a Gen de la mano y la llevó al centro del salón. Tuvo un mal presentimiento al oír que David alzaba la voz para llamar la atención de todos. Los invitados se congregaron en grupos y se sentaron en el sofá de color café y en los sillones, o se quedaron junto al bar o se sentaron en la alfombra persa.

—Os pido disculpas a todos, pero me gustaría decir unas palabras.

Sí, ese día había resultado ser de locos, desde que Slade salió por la puerta.

—Mi mundo está patas arriba desde que conocí a Genevieve. Es una mujer testaruda, brillante y guapísima que hizo que mi vida en blanco y negro pasara al technicolor. Nunca volveré a ser la persona que era antes. Y estar aquí con todos vosotros, entre los cálidos brazos de la familia, ha hecho que me dé cuenta de que no quiero perder ni un segundo más.

David hincó una rodilla en el suelo. Sacó un estuche. Y lo abrió.

Se alzó un coro de exclamaciones.

—Genevieve MacKenzie, eres la mujer que siempre he soñado. Te quiero con todo mi corazón y con toda mi alma, y quiero pasar el resto de la vida a tu

lado. ¿Quieres casarte conmigo?

Kate vio el sinfín de expresiones que pasaban por la cara de su amiga. Estupefacción. Confusión. Alegría.

«Y miedo.»

¿A qué se debía eso? La mirada de Gen titubeó un instante y se desvió hacia el otro extremo de la estancia. Como si buscara a alguien. Kate siguió su mirada y vio a Wolfe observando a la pareja. Su cara parecía tallada en piedra, sin rastro alguno de emoción.

Kate contuvo el aliento mientras se preguntaba qué pasaba en realidad. Y en ese momento la respuesta de su amiga reverberó en el salón.

—Sí, David, me casaré contigo.

Cuando Kate volvió a mirar, Wolfe se había ido.

Y se preguntó si Gen también ocultaba secretos.

Era un capullo.

Slade miró la pantalla del ordenador y trató de comprender las interminables notas acerca del próximo cliente. Apenas recordaba lo sucedido el domingo, solo unos momentos de lucidez durante los cuales luchaba contra la necesidad de ir a casa de Kate para pedirle perdón. Sin duda, había ganado el premio a Gilipollas del Año. Había conseguido llevársela a la cama después de intentar seducirla de todas las maneras posibles, habían pasado horas sumidos en un éxtasis orgásmico y al final la había tratado como a un bicho raro por ser virgen. Parecía sacado de una película mala de los ochenta y eso que hacía años que dejó atrás el instituto.

La vergüenza lo abrumó. La verdad se burlaba de él y le impedía llamarla. Una noche con Kate Seymour nunca sería suficiente. Ansiaba más, quería pasar horas con ella, descubrir todos sus secretos y explorar cada centímetro de su delicioso cuerpo. Quería pasar tiempo con Robert y ver películas. Quería cocinar para ella, llevarle el café por las mañanas y leer el periódico en la cama.

Todas esas imágenes pasaron por su mente como una visión, dejándolo acojonado.

Era más que sexo, pero no se veía capaz de asimilarlo. Saber que había sido él quien le había arrebatado la virginidad bastaba para que tuviera ganas de rugir de satisfacción como el primate en el que trataba de no convertirse. También era consciente de que había cimentado el vínculo que existía entre ellos como un hilo invisible e irrompible. Para ella siempre sería el primero y,

en cierto modo, alguien especial. Era una lástima que le hubiera estropeado ese buen recuerdo a Kate.

Se apartó del escritorio con un gemido y deseó tener un minibar. En cambio, cogió una botella de agua fría mientras sopesaba cuál sería su siguiente movimiento. Dudaba mucho que Kate quisiera emparejarlo con otra mujer y, la verdad, no le apetecía salir con nadie cuando la deseaba a ella. Aunque sabía que debería mantenerse alejado porque no podía ofrecerle lo que ella quería, necesitaba y merecía.

Aunque no existiera.

Su plan original era desenmascarar su empresa. Sí, había estado pendiente de Jane, pero Kinnections no parecía hacer nada ilegal o inmoral. De hecho, las mujeres que la dirigían lo hacían de corazón y con buenas intenciones, algo que él admiraba. Ya no había motivos para seguir frecuentándola.

Hizo caso omiso de la dolorosa punzada que sintió en las entrañas mientras cogía el teléfono. Se acabó. Iba a llamarla, se disculparía por haberse comportado tan mal y cancelaría su contrato con Kinnections. Aunque esperaba encontrar una mujer que lo encandilara y con la que pudiera tener una relación seria, no tenía derecho alguno a interferir en su vida. Kate era una mujer poco dada a la promiscuidad... ¡Por el amor de Dios, si casi tenía treinta años y seguía siendo virgen! Y eso significaba que el hombre al que le diera cabida en su vida sería importante.

Empezó a sudar solo con pensar que lo imaginara como el procurador de un final feliz. Bien sabía Dios que su última cliente era la personificación de la verdad. La pobre mujer se había visto sola con dos niños mientras su marido la dejaba por su última aventura, veinte años más joven, y se fundía los ahorros para los futuros estudios universitarios de sus hijos más rápido de lo que podría reponerlos.

Marcó el número con más fuerza de la necesaria.

—Kinnections, ¿dígame?

Respiró hondo.

—Hola, Kennedy, soy Slade Montgomery. ¿Puedo hablar con Kate, por favor?

Se produjo una incómoda pausa. Mierda, ¿hasta qué punto estaba enterada Kennedy? ¿Se lo habría contado todo Kate?

—Kate no está. ¿Quieres dejarle algún mensaje?

—¿Está con un cliente? Es importante, necesito saberlo.

Otra pausa.

—En realidad, está en el veterinario. Robert está enfermo. Dudo mucho que vuelva hoy, a lo mejor deberías llamarla al móvil esta noche.

Intentó calmarse, porque se le había desbocado el corazón.

—¿Sabes qué le pasa?

—Alguna infección. Oye, yo que tú le daba un poco de tiempo y...

—¿En qué veterinario?

—Clínica Animal Menagerie. Mmm... Slade, no creo que debas...

Colgó. Metió los informes en el maletín, cogió la chaqueta y se marchó. Se detuvo en la mesa de su asistente para decirle que desviara las llamadas y cancelara algunas citas, y después pasó a toda velocidad por delante del despacho de su jefe, desoyendo su sugerencia de que pasara para tener una charla.

Sabía que ese perro lo era todo para Kate. También suponía que estaría sola, enfrentándose a los acontecimientos, como de costumbre, con una serena compostura y una feroz independencia que le impedían demostrar la menor debilidad. No molestaría a nadie en busca de apoyo, porque era ella quien trataba de cuidar a los demás.

Pero las cosas no serían así ese día. Aunque fuera por una vez, quería ser él quien cuidara de ella.

Se negó a analizar sus intenciones mientras se subía al Jaguar y ponía rumbo a Verily.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Kate con serenidad, aunque le temblaba el labio inferior.

Hacía unos días que Robert no estaba bien, pero detestaba llevarlo al veterinario cada vez que sospechaba que tenía un problema. Había aprendido que lo mejor era esperar un poco, y muchas veces solo se trataba de una molestia menor de la vejiga o de una infección cutánea que podía tratar bañándolo y aplicándole una pomada especial que le había recetado el veterinario.

Esa mañana tuvo que ayudarlo a que vaciara la vejiga y sabía que el animal estaba dolorido. Cada vez que entraba en la clínica veterinaria, se preguntaba si volvería a salir. Le dijeron desde el principio que los perros parapléjicos sufrían muchos problemas de salud, pero se juró que haría todo lo posible para evitarlos.

—La infección está descontrolada —respondió el veterinario, que le acariciaba la cabeza a Robert con el cariño surgido tras muchos años de tratamiento y amistad—. Le pondré unos antibióticos fuertes y esperaremos los resultados de la analítica. Mucha agua y un poco de zumo de arándano para aumentar la acidez. Vigílalo y aumenta el tiempo del baño.

El alivio le inundó el pecho. Ya habían superado varias infecciones graves, y normalmente Robert se portaba como un campeón. Sus enormes ojos marrones miraban al veterinario con seriedad, como si estuviera esperando el diagnóstico.

Kate le dio un beso en la cabeza, le levantó el hocico y lo miró a los ojos.

—Solo es una infección de orina, cielo —dijo—. Medicinas y baños. Nada del otro mundo. Y más tiempo con mami.

Un lametón. Como si la hubiera entendido, Robert apoyó de nuevo la cabeza en la mesa, al parecer tranquilo por la idea de que no fuera nada grave. Kate sonrió y sopesó rápidamente qué haría durante los dos próximos días. Ese día podía quedarse en casa, pero el siguiente tenía que ir a una feria en Manhattan. Le había costado dos años conseguir que incluyeran a Kinnections, de manera

que no podía faltar. Su madre seguramente podría quedarse con Robert todo el día y después...

La puerta se abrió de repente. Slade entró con el traje un poco arrugado y ese maravilloso pelo de surfista alborotado.

—¿Cómo está? —exigió saber mientras atravesaba la pequeña sala de exploración en dirección a Robert.

Kate se quedó boquiabierta.

—¿Q-q-qué haces aquí?

El veterinario frunció el ceño.

—Disculpe, pero solo pueden entrar los dueños.

—Soy un amigo. —Su presencia inundó la estancia y se hizo con el control. Kate soltó una especie de chillido que él pasó por alto mientras se inclinaba para mirar a Robert a la cara—. ¿Cómo vas, colega? —El perro empezó a mover el rabo y pareció alegrarse. El asombro de Kate era patente mientras Slade lo acariciaba, tras lo cual la miró y también miró al veterinario—. ¿Se pondrá bien?

El veterinario carraspeó.

—Kate, ¿es amigo tuyo?

La pregunta la sorprendió, pero contestó de forma balbuceante y sin pensar.

—Sí.

—Lo siento. Slade Montgomery. Encantado de conocerlo.

Se dieron un apretón de manos y el veterinario se relajó.

—Igualmente. Le decía a Kate que Robert tiene una infección de vejiga. Los antibióticos deberían solucionarlo. Necesita vigilancia, que lo bañen y beber mucha agua. Y que lo ayuden a vaciar la vejiga si lo necesita. Me pondré en contacto cuando lleguen los resultados del laboratorio.

—Bien.

—Kate, ¿por qué no esperas fuera un rato? Te lo llevaré en breve.

Slade le acarició una oreja a Robert antes de seguirla. Kate se sentó en la sala de espera, donde se oía de fondo la alegre programación del canal Animal

Planet en la televisión y donde esperaba pacientemente un golden retriever con su dueño.

Bajó la voz y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué has venido?

¿Lo que vio en su cara fue un atisbo de arrepentimiento o un efecto de la luz?

—Llamé para hablar contigo y Ken me dijo que estabas aquí. Pensé que necesitarías ayuda. Estaba preocupado.

Lo ridículo de la conversación la golpeó como un mazazo. La otra mañana la dejó tirada después de descubrir que era virgen y, de repente, abandonaba el trabajo y se presentaba en Verily porque estaba preocupado por su perro...

—Robert está bien, llevo años cuidándolo y no necesito ayuda.

—¿Y quién te cuida a ti, Kate?

La pregunta la descolocó. Le dolió tanto como si se hubiera cortado con un papel. No, no podía hablar de eso en ese momento. No con él.

—Yo me cuido sola —respondió secamente—. Me dejaste bien claro que no era un trabajo que te interesara, así que ¿qué haces aquí?

—No sé qué estoy haciendo aquí. Estoy hecho un lío. Quería alejarme y hacer lo correcto, que es no amargarte la vida. Pero la idea de que estuvieras aquí sola, con Robert enfermo... No sé. —Soltó el aire—. He pensado que debía venir.

Kate lo miró, paralizada por el asombro. Su sincera confesión la dejó pasmada. ¿A qué estaba jugando? No obstante, parecía tan confundido como ella, como si no estuviera acostumbrado a dejarse guiar por el corazón. Como si significara para él más de lo que le gustaría. El avispero que eran las emociones resultaba peligroso de tocar, mucho más de analizar, y Kate odiaba acabar con alguna picadura. El veterinario salió con Robert en los brazos antes de que le diera tiempo a analizar la improvisada confesión de Slade.

—Aquí está el paciente. Te llamaré en cuanto tenga los resultados. Avísame si surge algún problema.

—Gracias.

Pagó la visita, cogió a Robert en brazos y echó a andar hacia el coche. Slade la siguió de cerca, la ayudó a abrir la puerta y a colocar al perro en el asiento trasero de manera que estuviera cómodo.

—¿Te tomarás el día libre? —preguntó él.

Kate se apartó el pelo de la cara y parpadeó por la luz del sol.

—Sí, hoy me quedaré en casa. Mañana hay una feria en Manhattan, así que le diré a mi madre que se quede con él... Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

—Mi madre tiene una conferencia sobre sexo.

Lo vio enarcar una de esas cejas doradas.

—¿Una qué?

—Da igual, mejor no hablar del tema. Shelly solo puede quedarse unas horas durante la semana. Será mejor que cancele mi asistencia a la feria. Ken y Arilyn tendrán que sustituirme.

—Yo lo haré.

Kate ladeó la cabeza.

—¿El qué?

La expresión decidida que apareció en su cara le ofreció una muestra de lo que veían los miembros del jurado cuando Slade quería algo. Era una fuerza de la naturaleza.

—Cuidar a Robert. Como la feria es en Manhattan, puedes llevarlo a mi casa y dejarlo todo el día. Yo lo vigilaré.

Kate soltó una carcajada entrecortada.

—¿Cómo? De eso nada. Nunca has cuidado de un perro. Además, tienes que trabajar.

—Puedo trabajar en casa. Soy perfectamente capaz de cuidar a Robert y de darle lo que necesite.

—No, me quedaré en casa.

—¿Y dejarás pasar esta oportunidad para Kinnections? Sería un error, en mi

opinión. Al ser la relaciones públicas, deberías estar presente.

Lo miró echando chispas por los ojos. Por desgracia, tenía razón. Todos trabajaban y no tenía a nadie que pudiera cuidar a Robert. No asistir a la feria de Manhattan sería un revés para Kinnections. Ya había entablado contacto con ciertas personas y esperaban que asistiera. Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y buscó otra alternativa.

No había ninguna.

Slade sonrió.

—Me alegro de que veamos las cosas de la misma manera. Te espero sobre las siete de la mañana, ¿no?

Debía de estar loca.

—Muy bien. Si te ves capaz, te agradezco que me eches un cable.

La expresión de Slade se suavizó. Extendió un brazo y le acarició una mejilla con un dedo, dejando un rastro abrasador a su paso.

—Gracias por permitírmelo —murmuró.

La dejó en la acera; mientras lo observaba alejarse se preguntaba qué acababa de poner en movimiento.

A la mañana siguiente, Kate entró en el apartamento de Slade hecha un manojo de nervios. Llevar a Robert al espacio privado de Slade podía parecer un gesto íntimo, que era justo lo contrario de lo que ambos habían decidido que necesitaban. Sin embargo, tal vez fuera su forma de pedirle perdón por lo mal que se había portado. Una especie de ofrenda de paz antes de cortar de raíz. Aunque en realidad entre ellos no existía una relación como tal, solo había sido un rollo de una noche.

Estos pensamientos le provocaban dolor de cabeza, de manera que decidió ceder a la curiosidad y recabar información. Los techos altos y la planta diáfana encajaban con el estilo de Tribeca, pero Slade le había dado un aire sencillo y masculino. La escalera de caracol de cristal era un toque fresco y

divertido. Las líneas rectas de los muebles, las mesas de cristal y las paredes pintadas de azul oscuro dejaban claro que sabía lo que quería. El salón era el sueño de cualquier hombre.

Se acercó al sillón relax acompañada por el repiqueteo de sus tacones sobre el suelo de bambú. Acarició el suave tapizado y estuvo a punto de gemir de placer.

—¿Te gusta?

Slade movió una cadera. Llevaba unos vaqueros de cintura baja, que acentuaban su tableta de chocolate y sus largas piernas. Al parecer se había convertido en un adepto de los vaqueros. Ese hombre era la perfección personificada, pero en su propio ambiente resultaba aún más irresistible. La sencilla camiseta de manga corta negra estaba desgastada y parecía suave, y sus pies descalzos añadían un toque íntimo en el que Kate no quería pensar.

—¿Cómo no va a gustarme? Estoy ahorrando para comprarme uno nuevo. Dios mío, ¿eso es un mando a distancia?

Él se rio y se lo ofreció.

—Sí. El respaldo se echa hacia atrás por completo, tiene calor y da masajes. Kate se estremeció.

—Yo no saldría de esta casa —dijo.

—Con uno de estos ni falta que hace. —Sus ojos verdes se iluminaron con un brillo sensual, recordándole a Kate la noche que pasaron juntos, dándose un festín hasta que sus cuerpos se desplomaron por el agotamiento.

Kate retrocedió un paso y se humedeció los labios.

—En ese caso, a lo mejor es bueno que no tenga uno.

—A lo mejor.

Se miraron fijamente. La energía fluyó de repente entre ellos con fuerza y los instó a acercarse. Rompió el hechizo con deliberada precisión cuando echó a andar hacia Robert y se agachó a su lado. Colocó la frente sobre su cabeza y susurró:

—Slade te cuidará hoy. Sé bueno, cariño. Mamá volverá tarde.

—Le he comprado galletas de mantequilla de cacahuete y trozos de beicon. ¿Cuántos ladridos?

Kate se incorporó y sonrió.

—Uno para el beicon y dos para la mantequilla de cacahuete. He traído zumo de arándano, por si no tenías. Échale un poco en el bebedero. Lo bañaré esta noche cuando llegue a casa.

—No hace falta. Tengo una bañera enorme y llegarás tarde. Yo lo bañaré.

Kate titubeó, pero después asintió con la cabeza brevemente.

—De acuerdo. Gracias. Luego te llamo.

—Estás guapa.

Llevaba un traje de pantalón negro, elegante y entallado, y las botas nuevas tenían un reluciente tacón grueso de diez centímetros.

—Gracias. —¿Se le había quebrado la voz? Dios, tenía que largarse ya—. Hasta luego.

Se apresuró a salir del apartamento como si le persiguiera un puñado de avispas. ¿Cuándo fue la última vez que la ayudó un hombre, sobre todo en lo referente a su perro? Slade había pedido el día en el trabajo y parecía sincero. El día anterior estuvo a punto de llamarlo para cancelar los planes, convencida de que tenía un motivo oculto para hacer semejante locura. Sin embargo, no se le ocurrió nada que lo justificara. Ya la había seducido, así que eso podía tacharlo de la lista. Estaba vigilando a Jane y parecía satisfecho con el trato que le daban. Podría haberse disculpado por todo lo que dijo aquella mañana y punto. Sin embargo, el corazón le decía que había algo más detrás de sus actos.

Se pasó el día en el Javits Center pensando en él. Habló con clientes potenciales, aumentó su red de contactos, causó una buena impresión entre distintos empresarios del sector que creían que Kinnections sería un bombazo y rio con Ken y Arilyn. Cuando acabaron de cenar con los dueños de otra empresa de citas que buscaba fusionarse para unir las bases de datos de clientes, Kate condujo hasta Tribeca, agotada pero feliz por el éxito. Su empresa por fin recibía reconocimiento, y el futuro parecía brillante. Aun sin

su don, creía en las habilidades de su equipo y se sentía afortunada por haber convertido su trabajo ideal en una realidad que pagaba las facturas. Lo único que le faltaba para completar el día era poder compartir su felicidad con un hombre al que amara.

Y que no era Slade Montgomery.

Sí, había logrado colarse en su vida, pero después de esa noche, se alejaría de él. No había motivos para torturarse con un hombre que no estaba destinado a ser su alma gemela. Aunque tuviera buenas intenciones e intentara ayudarla, seguir por ese camino solo les haría daño a los dos. Bueno, al menos a ella.

Slade le abrió la puerta del apartamento y trató de no cojear mientras entraba. Esas dichas botas eran una tortura mortal. Intentó no pensar en el largo camino que le quedaba hasta llegar a casa y se martirizó con la idea de sentarse en el sillón relax con su pijama y disfrutar después de una buena noche de sueño.

—Hola. —El corazón le dio un vuelco al ver la sonrisa de Slade. Oyó que Robert se arrastraba por el suelo y extendió los brazos para saludar a su compañero. Robert le lamió la cara muy contento y después le hizo mimos unos minutos—. Ha sido muy bueno. Lo he bañado y después le he puesto la pomada en las heridas. Se ha pasado el día meando y ha bebido mucha agua. Lo hemos pasado bien, ¿verdad, colega?

Robert ladeó la cabeza y asintió para darle la razón.

—¿Y si le enseñas a mamá qué te han regalado hoy? Ve a por tu conejito, Robert.

El perro se dio media vuelta, desapareció un instante y volvió con un conejito de peluche entre los dientes. Kate jadeó.

—¿Qué es eso, cariño? —Cogió el conejito, lleno de babas, y lo miró, pasmada—. ¿De verdad le gusta?

Slade frunció el ceño.

—¿Qué pasa? Le permites tener juguetes, ¿no?

—Sí, ese no es el problema. He intentado muchas veces que juegue con

peluches, pero los odia. Como si creyera que se está rebajando o algo así. Solo acepta algún hueso de vez en cuando o una pelota.

Como si quisiera dejarla en evidencia, Robert extendió la cabeza, agarró el peluche y empezó a morderlo para que sonara. Cada vez que sonaba el chiflido del conejito, Robert levantaba las orejas.

Slade se echó a reír.

—Supongo que ahora le parece algo masculino. A lo mejor tenía que dárselo yo para que viera que no pasaba nada. Seguramente no quería avergonzar a su madre actuando como si fuera un cachorrito.

Una sensación placentera la invadió mientras lo veía jugar. Cuando por fin dejó de mirarlo, sonrió y alzó la vista.

«Fuego.»

Contuvo el aliento al percibir el vínculo que ardía entre ellos. El deseo relampagueaba en esos ojos verdes, y parecía muy tenso, como si temiera moverse porque eso lo llevaría a tocarla. Kate apretó los puños y rezó para tener la fuerza suficiente. Saltar a sus brazos y arrancarle la ropa sería una mala idea. Estaba cansada, exhausta y se encontraba en una posición vulnerable desde el punto de vista emocional. Si era fuerte, superaría ese obstáculo y lo dejaría atrás.

—Kate...

—Será mejor que me vaya, es muy tarde. Gracias por ayudarme, te lo agradezco de corazón.

—¿Has comido?

—Sí, he venido después de cenar.

—Pareces agotada. Espera, te prepararé un café. Te espabilará durante el trayecto de vuelta. Siéntate.

—No creo que...

—Por favor.

Le dolían los pies y le picaban los ojos. El café seguro que le sentaba bien. Unos minutos más no le harían daño. Asintió con la cabeza.

—Gracias.

Slade fue a la cocina.

—¿Por qué no te sientas en el sillón relax? —le sugirió a gritos—. El mando está en la mesa.

Un alegre chiflido del conejito dio la razón a esas palabras.

Meneó la cabeza mientras se sentaba en el sillón. La suave piel le acarició la espalda. Ya estaba caliente. Subió la temperatura un poco más, reclinó el respaldo y contuvo un gemido. El mejor sillón que había probado en la vida. Cuando levantó los pies, la sangre volvió a circularle por los dedos.

—Este chisme debería ser ilegal. —Oyó la carcajada de Slade. De la cocina le llegó el olor del café recién molido—. ¿Aquí es donde creas la magia para tus clientes?

—Qué va, ahí es donde me recupero.

—¿Qué te hizo decantarte por ser abogado matrimonialista? ¿Tus padres se divorciaron?

Apareció a su lado con una taza en la mano. Hizo ademán de levantarse, pero él se lo impidió con un gesto.

—No, quédate ahí y relájate.

Ella aceptó la taza y bebió un sorbo de fuerte y oscuro café.

—Mis padres murieron en un accidente de coche, así que no, no puedo alegar como motivo el maltrato emocional de mis padres. Simplemente veía por todas partes los efectos de las relaciones fracasadas, antes incluso del matrimonio. Una misma persona puede sufrir muchos desengaños. Quería luchar por esas personas y ser su voz.

Fascinada, lo miró a los ojos. Detrás de esa fachada agradable y seductora, latía el corazón de un hombre complicado. Había visto retazos de ese hombre la noche que pasaron juntos, pero estaba segura de que le quedaba un mundo por descubrir. Sintió una dolorosa punzada al caer en la cuenta de que ella no sería la mujer que emprendería el viaje para descubrirlo todo.

—Siento lo de tus padres —musitó—. Mi padre murió hace unos años y

todavía siento el vacío de su ausencia. Jane tuvo la suerte de contar contigo para que la cuidaras.

—Ya no me deja hacer mucho por ella. Pero todavía me siento responsable.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad—. ¿Qué pasó para que te asuste tanto la posibilidad de que Jane sufra?

Lo vio moverse, inquieto, y se preparó para ser testigo de cómo eludía su pregunta. En cambio, Slade respiró hondo y contestó:

—Jane siempre ha sido muy sensible. Sufrió acoso en el colegio y después tuvo la mala experiencia de salir con hombres que se aprovecharon de ella. Intenté cuidarla cuando nuestros padres murieron. Pero se lió con un músico. Yo sabía que iba a ser un desastre desde el principio, pero se negó a hacerme caso. El tío acabó largándose de la ciudad con todos los ahorros de mi hermana.

—¿Qué pasó después? —preguntó.

—Llegué una noche a casa, entré en el cuarto de baño y la encontré tirada en el suelo. Se había tomado una sobredosis de pastillas y estaba inconsciente. La llevé al hospital justo a tiempo para que le hicieran un lavado de estómago, pero tardó bastante en recuperarse psicológicamente. Ese hijo de puta la destrozó. Jane confiaba en él, y él le rompió el corazón.

Kate guardó silencio un rato. La tensión en el ambiente era palpable, y tenía la impresión de que no le había contado a nadie ese episodio de su vida.

—El amor es algo muy curioso —musitó al final—. Si antes no nos amamos a nosotros mismos, se puede convertir en una emoción dañina. He estado observando a Jane durante estas últimas semanas. Ha madurado, parece más segura de sí misma y está preparada para emprender este camino. No creo que hubiera llegado tan lejos sin tu ayuda. Personalmente, creo que la mujer a la que le entregues el corazón será muy afortunada. Porque será algo para toda la vida.

La emoción le provocó un nudo en la garganta y luchó contra el impulso de huir de su casa cual rata que huyera de un exterminador. Era demasiado.

Esos ojos verdes se ensombrecieron como si hubiera percibido su necesidad de escapar.

—Siento mucho lo que pasó aquella mañana, Kate. —Su sencilla disculpa resonó en la estancia como un cañonazo—. Fui un gilipollas.

Kate trató de contener una carcajada. Dios, ese hombre no aprendería jamás a disculparse en condiciones.

—Disculpas aceptadas. No estuvimos muy acertados aquel día.

—Me dejé llevar por el pánico.

—Sí, suelo provocar esa reacción en los hombres.

Él rio entre dientes.

—Estoy loco por ti. Y la noche que pasamos juntos fue la mejor de mi vida.

—Y ahora viene el pero...

—Pero no creo que pueda darte lo que necesitas.

La pena la pilló por sorpresa, pero también descubrió un nuevo respeto por ese hombre, dispuesto a enfrentarse a la verdad.

—Lo sé.

Sus palabras lo desconcertaron.

—¿Lo sabes?

Kate asintió con la cabeza.

—Quiero casarme. Tener hijos. Un hombre que me quiera con toda su alma. Que adore a Robert y que esté dispuesto a zambullirse en el caos que supone vivir una vida sin garantías. Necesito a alguien que sea valiente. Porque eso es lo que hace falta para que una relación funcione.

Sus palabras parecieron hacerle daño, pero estaba cansada de fingir. Era mejor dejar las cosas claras, aceptar que entre ellos había un vínculo irracional y pasar página como dos adultos sensatos. Era la única manera.

—Eso ha dolido.

—Lo siento.

Se sentó en el otro sillón y se quedó mirando la taza pensativo.

—Tal vez tengas razón. El hecho de pasarme día tras día siendo testigo de

cómo otras personas recomponen su destrozado corazón no me ofrece mucha esperanza. Finalizaré mi contrato con Kinnections.

—¿No te asusta que desplumemos a Jane y la liemos con un estafador?

Slade negó con la cabeza.

—Ya no. Sigo pensando que te mueven unas creencias erróneas, pero sé que cuidarás bien de Jane.

Se lo imaginó solo en ese precioso apartamento, trabajando día y noche para aconsejar a parejas rotas, confirmando que no existía la esperanza ni las relaciones felices a largo plazo. No. Se merecía mucho más, joder, aunque no fuese ella la mujer destinada a estar a su lado.

—Creo que deberías seguir siendo cliente de Kinnections.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque no solo me encargo de emparejar personas que buscan el final feliz por antonomasia, ¿sabes? También hay muchas mujeres que creen lo mismo que tú y que miran con recelo una nueva relación. Aseguraste que querías una compañera. Incluso una familia en el futuro. ¿Y si encuentras a una mujer con las mismas ideas? Le diré a Kennedy que volvamos al punto de partida y lo intentaremos de nuevo.

Slade la miró a la tenue luz.

—Soy incapaz de seguirte el ritmo.

—Me alegro, no lo intentes siquiera. Pero danos otra oportunidad.

—¿Nada de bikram yoga ni de cambios de estilo?

Kate se echó a reír.

—No, ya has completado esa etapa del proceso. Lo que haremos será encajar las piezas en otro orden y ver si podemos emparejarte con una mujer más parecida a ti. Menos...

—¿Optimista?

Kate frunció el ceño.

—Ilusionada. ¿De acuerdo?

Slade colocó los pies en el reposapiés a juego y se acomodó en el sillón.

—¿Puedo evitar las citas múltiples?

—Es posible. Lo dejaré todo en manos de Ken.

—De acuerdo. Lo intentaré de nuevo.

Se sumieron en un cómodo silencio. El vínculo seguía siendo palpable entre ellos, pero se había suavizado, como si al reconocer el deseo y aceptarlo, fueran capaces de pasar página. Bebió un sorbo de café y se percató de la película que él estaba mirando en el enorme televisor.

—¡Madre mía, una de mis películas preferidas! ¡*Resacón en Las Vegas!*

—Sí, también es una de mis preferidas. Sube el volumen.

Kate se apresuró a hacerlo y vio cómo se extendía ante ella la ciudad de Las Vegas.

—Es un clásico.

—No tanto como *Trabajo basura*.

Kate jadeó.

—¿También te gusta esa? La he visto mil veces. Me sé los diálogos de memoria.

—Las mujeres detestan esa película.

Ella le sacó la lengua al tiempo que se cubría las cansadas piernas con la manta.

—No seas machista. Soy adicta a las comedias.

—¿Cuál es la mejor de todas?

Kate torció el gesto mientras se estrujaba el cerebro.

—*De boda en boda*. Vince Vaughn lo borda.

—Opino igual.

El calor del sillón le relajó los músculos y se acomodó sobre el cuero, disfrutando del sabor del café en la lengua y de la suavidad de la manta sobre las piernas. No recordaba en qué momento soltó la taza y decidió que era hora de irse. Tampoco recordaba gran cosa de la conversación mientras discutían sobre cuáles eran las mejores comedias de todos los tiempos y por qué. Su

último pensamiento antes de que la estancia se desvaneciera ante sus ojos fue que Slade Montgomery le gustaba mucho y que era una pena que él no creyese en el amor.

Slade la observó mientras dormía. En un momento dado durante la animada conversación se dio cuenta de que se estaba quedando dormida, pero no quiso obligarla a marcharse. Robert ya había dejado el conejito y estaba durmiendo en su cama ortopédica con una expresión de felicidad en la cara, contento por el día que había pasado. Esperó hasta que Kate ladeó la cabeza y el pelo rubio le cayó sobre la mejilla.

Sintió una repentina calidez en el pecho. ¿Quién iba a pensar que compartía su retorcido sentido del humor, su amor por las bromas y su obsesión por las comedias burdas? Deseó que fuera una divorciada cínica que buscaba compañía en lugar de buscar emociones mágicas. Harían una pareja perfecta.

Contuvo un suspiro y se puso de pie. Limpió las tazas, y después apagó las luces y el televisor. Kate gimió y se cambió de postura. El deseo de llevarla a su cama, desnudarla y hundirse en su cuerpo le provocaba un hormigueo en los dedos. Su perfume todavía lo torturaba, y se juró que jamás podría ir a una feria sin recordar su sabor a algodón de azúcar en la lengua. En cambio, hizo lo correcto. La tapó mejor con la manta, le apartó el pelo de la cara y la besó en la frente. Ella sonrió, pero no se despertó. Si hubiera tenido un corazón, se le habría roto en ese mismo momento.

Se marchó solo a su dormitorio y la dejó dormida en el salón.

Cuando despertó por la mañana, fue a verla, dispuesto a prepararle un gran desayuno, encargarse de Robert y pasar un poco más de tiempo con ella.

Pero se había ido.

La manta estaba pulcramente doblada sobre la mesa. Los cuencos de Robert descansaban en el fregadero. Sintió una opresión en el pecho, provocada por una extraña emoción, y un vacío palpitante en las entrañas. Ni siquiera le había

dejado una nota. Solo su ausencia que aún olía a su perfume dulzón y un silencio que le provocaba un dolor agónico que nunca antes había experimentado.

—Quieres que le organice una cita con otra mujer.

Kennedy y Arilyn se miraron. Habían quedado en casa de Kate después del trabajo para repasar los acontecimientos de la feria y ponerse al día de las novedades. Arilyn estaba sentada en la alfombra del salón con las piernas cruzadas, Kennedy estaba tumbada en el sofá y Kate presidía la reunión en su sillón. Todas llevaban ropa cómoda, pantalones de deporte y camisetas, y prácticamente habían devorado una tarta de queso. A la botella de chardonnay le quedaban un par de dedos. En el televisor se veían los títulos de crédito de un dramón. Kate había perdido la apuesta y Arilyn había ganado. *Magnolias de acero* o algo del estilo. Robert dormía a pata suelta en su cama junto a su conejito, saciado como estaba por los bordes de pizza que Arilyn y Ken le habían dado a escondidas.

Kate admiraba su discreción. La habían dejado tranquila casi toda la semana y no le habían hecho preguntas sobre la noche que había pasado con Slade. Había evitado contárselo a sus socias y amigas para conseguir más tiempo y así poder calmar sus emociones. Sabía que Ken era quien lo llevaba peor. Su amiga tenía un tic nervioso en el ojo y se moría por conocer los detalles, así que al final acabó cediendo y las invitó a cenar pizza esa noche.

—Sí —contestó Kate finalmente—. Quiero que le organices una cita con otra mujer.

Kennedy se dio golpecitos en el labio inferior con los dedos, cuyas uñas llevaba pintadas de color rosa fucsia, y esperó unos segundos.

—Pero te has acostado con él, ¿no?

Kate se rindió y confesó.

—Sí, me he acostado con él.

Ken enarcó una ceja.

—¿Y? Por favor, los detalles. Con pelos y señales.

Kate suspiró y resumió su encuentro. El silencio se adueñó un rato del salón, mientras sus amigas procesaban la información.

—Por Dios, Kate, ¿tuviste un orgasmo la primera vez? —masculló Ken—. Qué suerte tienes. A mí me costó la misma vida descubrir por qué a las mujeres les gustaba tanto el sexo.

Kate ladeó la cabeza.

—Venga ya. ¿Tú no tuviste un orgasmo la primera vez?

Ken resopló y contestó:

—Ni siquiera me acerqué. No lo tuve hasta que conocí a Caleb Street, la definición del chico malo. Era tres años mayor que yo y tenía moto. Me escabullí una noche por la ventana de mi dormitorio y me llevó a dar una vuelta. —Soltó un suspiro satisfecho—. Y menuda vuelta. Después de eso, me juré no volver a salir con chicos buenos, eran un chasco tremendo. ¿Y tú, Arilyn?

Arilyn se pasó el pelo rubio al otro hombro.

—No. El chico con el que lo hice no sabía qué era el clítoris, y mucho menos dónde estaba.

Kate contuvo una carcajada al oír el comentario de su amiga.

—No sabía que fuera tan difícil. La verdad es que tuve tres —confesó.

Sus amigas la miraron como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Tres? —consiguió decir Ken—. Qué portento de hombre.

Se ruborizó, pero sintió cierto orgullo por la pericia de su amante.

—Sí, es una pena que se acojonara al enterarse de que era virgen. A ver, ¿cuál es el problema? Porque no lo entiendo, la verdad.

Arilyn meneó la cabeza.

—Seguramente se sentía muy unido a ti. Cuando los hombres establecen un

vínculo, lo primero que hacen es intentar cortarlo. Como un lobo cuando cae en un cepo. Se comería su propia pata con tal de liberarse.

Ken se echó a reír.

—Bonito símil. Joder, ni que le hubieras dicho que lo querías y que esperabas que os casarais. Mantuviste el tipo muy bien. Vale, vamos a repararlo una vez más. Tuviste una noche de sexo increíble, él hizo el capullo, cortasteis más o menos y ahora quieres que sea yo quien lo lleve en Kinnections y le organice citas, ¿es eso?

—Correcto.

Arilyn se inclinó y apoyó los pulgares en las rodillas.

—Cariño, ¿crees que es saludable? A lo mejor deberíamos cortar toda relación con él.

—No. Necesitamos a más mujeres. Cometí un error táctico al pensar que podría obligar a Slade a creer en el amor, pero no vamos a ganar esa batalla en la vida. Tenemos que emparejarlo con una mujer que comparta su filosofía. Se sentirá seguro con ella y tal vez sea capaz de abrirse a una relación a largo plazo.

Arilyn asintió con la cabeza para darle la razón, pero Kate sabía que ya estaba echando mano de sus herramientas como terapeuta.

—Muy bien, si es lo que quieres. ¿Estás preparada para dejarlo en manos de otra?

—Sí.

—Y una mierda. —Kennedy echaba chispas por los ojos y empezó a agitar un dedo en el aire—. Estás colada por él. Ya lo hemos intentado y ha acabado apareciendo en tu casa para llevarte a la cama. ¿Qué te hace pensar que no volverá a pasar?

Kate cruzó los brazos por delante del pecho.

—Ahora ya sabemos de qué pie cojeamos los dos. Nos hemos dado cuenta de que queremos cosas distintas. Además, teníamos que quitarnos el sexo de encima para poder avanzar.

—¿Acostarte con él te ha devuelto el toque?

Kate cogió la copa de vino y la apuró de un trago.

—No —masculló.

Sus amigas soltaron sendos suspiros.

—Ay, mierda —dijo Ken—. Estaba convencida de que el sexo sería la clave. ¿Qué ha dicho tu madre?

—Con una visita he tenido de sobra, gracias. Estuvo a punto de conseguir que me arrestaran por meterme un porro en el bolso. Me niego a molestarla con esto. Vamos a pasar página y esperar a que vuelva. Estamos en el camino del éxito con mi don o sin él. No debemos perder de vista el objetivo.

Arilyn asintió, entusiasmada.

—Kate tiene razón. Todo esto está sucediendo por un motivo, para ayudarla a superar la siguiente fase de su viaje. Seremos pacientes y esperaremos. Dejaremos que el universo nos guíe.

—El universo y yo tenemos otro tipo de relación. He descubierto que el éxito llega cuando das la patada al universo y haces lo que te da la gana — repuso Ken.

Arilyn le dirigió una mirada elocuente.

—Quizá te hace falta una sesión de bikram yoga.

—Quizá necesito una sesión de algo que me haga sudar de la misma manera, pero con resultados mucho más placenteros.

Kate contuvo una sonrisa.

—¿Estamos de acuerdo? Ken se ocupará del caso de Slade y pasaremos página.

La aludida soltó un suspiro disgustado.

—De acuerdo. Creo que el plan es un desastre, pero lo haré por ti. Al menos ha tenido la amabilidad de quedarse con Robert para que pudieras asistir a la feria.

Recordó de repente el momento en el que despertó en casa de Slade. Tapada con la manta, con Robert a los pies, se sintió a salvo. Cuidada. Slade no había

intentado llevarla a la cama ni usar su atracción sexual.

Se había imaginado que pasarían la mañana juntos, compartiendo el desayuno, y eso la llevó a perder los papeles. Supo que sería imposible seguir luchando contra el deseo de rendirse a él, de manera que en mitad de la noche recogió las cosas de Robert y se escabulló como si lo suyo fuera una sórdida aventura.

Se preguntó si la había echado de menos cuando despertó. Se preguntó si le había importado o si había pensado en ella siquiera, o si se había sentido aliviado al no tener que lidiar con su compañía.

Sí, definitivamente estaba colada por él. Tenía que emparejarlo con otra mujer antes de que fuera demasiado tarde.

—Ah, mirad, ¡está empezando *Cómo eliminar a su jefe!* —chilló Ken.

Kate volvió la cabeza. Esa clásica comedia de compañerismo femenino siempre la hacía reír. Arilyn empezó a dar botes de alegría.

—¡Me encanta esta película! Necesitamos más vino.

—Voy a por él. —Kate fue a la cocina a por otra botella—. Mi parte preferida es cuando todas se colocan y empiezan a pensar formas creativas de matar a su jefe.

—¡A mí me encanta cuando sacan el cadáver del hospital y las pillan con él en el maletero!

—¡Un momento! —gritó Kennedy—. Se me ha ocurrido algo.

Kate y Arilyn se miraron.

—Eso nunca augura nada bueno, Ken. Tus ocurrencias suelen estar relacionadas con quebrantar la ley o con tíos buenos.

Su amiga se irguió, toda orgullosa.

—Es noche de chicas. Tenemos que liberar tensión. Y seguro que Kate todavía tiene ese porro que le dio Madeline. ¿A que sí, guapa?

—¿Quieres colocarte? —preguntó Kate con voz chillona.

—Joder, sí. Ve a por él.

Kate dudó un instante. A Arilyn parecía intrigarle la idea. Y durante un rato,

ella no quería preocuparse de Slade, de las reglas ni de ninguna otra cosa. Quería pasar el rato con sus mejores amigas y liberar tensión.

—De acuerdo, voy a por él.

Lo sacó del bolsillo interior con cremallera de su bolso, buscó una caja de cerillas en el cajón de los chismes de la cocina y regresó al salón. Se sentaron cerca las unas de las otras, alrededor de la destartalada mesa auxiliar, mientras Dolly Parton entraba con sus cosas en el despacho de su jefe.

—No puedo creer lo que estamos haciendo —murmuró Arilyn. Sin embargo, cuando cogió el porro, le dio una buena calada y mantuvo el humo en los pulmones. Kate y Kennedy se echaron a reír como adolescentes y se pasaron el porro.

—¡Deberíais haber visto la cara de Slade cuando se me cayó del bolso! —exclamó Kate antes de dar una calada.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Arilyn.

Kate resopló.

—¡Lo negué todo! ¡Le dije que no era mío!

Eso les provocó más carcajadas.

—¿Por qué los hombres tienen que complicar tanto la vida? —masculló Kennedy, que sostenía el porro con pericia entre los dedos mientras se lo llevaba a los labios.

Arilyn soltó un suspiro soñador.

—Porque son nuestra media naranja. Se supone que tiene que ser complicado.

—¿Tu nuevo profesor de yoga te está complicando las cosas, Arilyn? —preguntó Ken con astucia.

Kate observó las mejillas coloradas de su amiga.

—¿Te has liado con tu instructor? —preguntó, sorprendida. Arilyn seguía a rajatabla la norma de no salir con sus instructores ni con sus alumnos. Tenía un código moral más estricto que los demás.

Arilyn frunció el ceño y se hizo con el porro con un gesto muy hábil.

—Digamos que me he saltado mis normas. Una vez. Dos. Vale, unas cuantas veces.

Ken se inclinó.

—Qué bien. ¿Una relación secreta? ¿Os lo montáis en su despacho o después del trabajo?

—Mis labios están sellados.

Kate se echó a reír. Arilyn siempre conseguía sorprenderla cuando respondía a las preguntas tan atrevidas de Ken.

—Solo pienso decir que el perro boca abajo no volverá a ser lo mismo para mí.

Ken se quedó sin aliento.

—Bien por ti, guapa.

—No es nada a largo plazo. No cree en la monogamia, así que no estaré con él mucho tiempo.

Kate suspiró.

—Slade tampoco cree en eso. Cree en la oxitocina. Es una hormona que segrega el cuerpo después del sexo y que disfrazamos de amor.

Arilyn le puso el porro en las manos.

—Toma, cariño. Dale otra calada.

—Gracias.

—Pues yo digo que no necesitamos a los hombres. A la mierda con ellos.

Kate asintió al oír la declaración a voz en grito de Kennedy. Qué curioso que la cabeza le flotara sobre los hombros, aunque estaba guapa así. Como si fuera un hada o algo parecido.

—Sí, tienes razón. No necesitamos a los hombres para nada. Solo nos necesitamos las unas a las otras.

—Y buenas películas —añadió Arilyn.

—Y vino —dijo Ken—. ¡Por los siglos de los siglos!

—¡Las chicas al poder! —gritaron al unísono.

Kate no recordaba qué sucedió después. La habitación daba vueltas, cálida y

acogedora, y las voces de sus amigas eran como música para sus oídos. Llegó flotando a un lugar feliz, donde no le importaba nada Slade Montgomery ni su próxima cita ni su ridícula oxitocina. A partir de ese momento, se concentraría en su propio camino, se divertiría y tal vez con el tiempo encontraría a alguien que correspondiera a su amor.

Algún día.

—Tu casa está genial, Jane. Y tú también.

Slade observó a su hermana pequeña y sintió una dolorosa punzada. La veía distinta. Sí, en el fondo seguía siendo muy dulce, un poco tímida, pero andaba con una confianza femenina que no le había visto antes.

Sinceramente, la había fastidiado con ella. Solo quería que fuera autosuficiente, pero en ese momento tenía la sensación de que ya no lo necesitaba.

Jane sonrió y le pasó patatas fritas y salsa para mojar, su debilidad. La casa era pequeña, pero resultaba muy acogedora gracias a las revistas, los libros y los papeles dispersos por las mesas antiguas, el amplio sofá modular y un pequeño espacio para desayunar con puertas francesas que daban a un patio. La primavera flotaba en el ambiente con su frescura, y se la imaginó en el exterior cuidando un jardín. Siempre se le habían dado bien las plantas, pero nunca había tenido en su casa de la ciudad. La mezcla de tiestos de cerámica y las distintas acuarelas reflejaban el verdadero gusto de Jane.

—Gracias, hermano. Te dije que estaría bien. Verily es el lugar perfecto para mí. Incluso voy a clases de modelado de arcilla los fines de semana, y Brian está impartiendo un taller de poesía creativa al que pienso asistir.

El trabajo de Jane había asfixiado casi todas sus actividades sociales y había tenido miedo de explorar más allá de sus barreras. En ese momento parecía relajada con los vaqueros ceñidos, las zapatillas Coach y la camiseta negra de lentejuelas. Se había alisado el pelo y lo llevaba apartado de la cara para

resaltar sus marcadas facciones. Las elegantes gafas nuevas le otorgaban una seguridad que nunca antes había demostrado.

Slade cogió unas cuantas patatas fritas.

—Bueno, hálame de ese tal Brian.

Jane entornó los ojos, tal vez por experiencias pasadas.

—No empieces...

Él se echó a reír y levantó las manos.

—No lo haré, en serio. Solo quiero saber cosas de él. No tengo la menor intención de volver a meter las narices en tu vida privada.

Jane arrugó la nariz.

—¿Por qué?

—Porque te veo feliz y con muy buen aspecto. —Se le quebró la voz por la emoción—. Eso es lo que siempre he querido.

La expresión de su hermana se suavizó y le dio un rápido apretón en la mano.

—Te lo agradezco. Brian es genial. Kate me dijo que íbamos demasiado deprisa, pero parece confiar en mi buen juicio. Nos llevamos bien, tenemos intereses comunes y hemos decidido no ver a nadie más.

—Mmm, pero solo han pasado dos semanas, ¿no?

—Slade...

—Lo sé, lo siento. Cuesta acabar con los malos hábitos. Haz caso a tu instinto. Si crees que él va demasiado deprisa, pisa el freno. Tú eres quien controla.

—Sí. Ahora mismo me estoy dejando llevar y disfruto de cada momento.

La preocupación lo carcomía por dentro. Estaba claro que Kate no le quitaba el ojo de encima a su hermana, sobre todo si había hecho ese comentario. Tal vez debería hablar con ella sobre Brian. No para crear problemas, sino para asegurarse de que Kate comprendía las consecuencias si ese tío no iba con cuidado. ¿Cuántas veces se metían los hombres de lleno en una relación y después se echaban atrás al darse cuenta de que iba en serio? Era una debilidad

de su sexo que conocía muy bien. Miró el reloj. A lo mejor se pasaba por su casa, comprobaba cómo estaba Robert y le hacía unas cuantas preguntas inocentes.

Se pasó la siguiente hora poniéndose al día con la vida de su hermana y picoteando comida. ¿Debería llamar antes de ir a verla? ¿Y si le decía que no fuera? Desde la otra mañana, parecía que habían llegado al acuerdo tácito de mantener las distancias. Kennedy ya le había organizado una cita el viernes por la noche y no tenía motivos para ponerse en contacto con Kate.

Aun así, estaba por la zona y le preocupaba mucho lo de Jane.

Atravesó la ciudad. La multitud inundaba las aceras. Había gente paseando a sus perros o tomando café en las terrazas de las cafeterías. El agua del río corría de nuevo una vez derretida la capa de hielo y nieve, y el puente relucía recortado contra el cielo nublado. Qué curioso que empezara a gustarle la ciudad. Un poco ecléctica, llena de artistas con el pelo teñido de morado, piercings y tatuajes por todo el cuerpo, pero en sus serpenteantes calles reinaba la tolerancia y la energía positiva. Pasó junto a un cartel que anunciaba clases de bikram yoga y se encogió de espanto.

El Ford Fusion de Kate estaba aparcado en el camino de entrada cuando llegó. Contuvo el impulso de secarse las manos en los pantalones y se preguntó qué narices le pasaba. No tenía motivos para estar nervioso, solo sería una rápida visita para hablar de su hermana.

Llamó al timbre y esperó.

Cuando Kate abrió la puerta, entendió el motivo de su intranquilidad.

Lo dejaba sin aliento.

Se había recogido el pelo en una coleta y llevaba la cara lavada, pantalones de yoga negros, unas zapatillas de deporte Reebok y una camiseta amarilla ancha. La vio abrir los ojos como platos al verlo. Su cuerpo cobró vida de repente, y tuvo que reprimir las ganas de entrar, cogerla en brazos y besarla hasta que le diera vueltas la cabeza. Joder, era guapísima y sin artificios.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo de casa de Jane. Quería ver cómo estaba Robert.

Por supuesto, habían pasado casi dos semanas y sabía muy bien que la infección había desaparecido por completo. Kate enarcó una ceja, como si no la convenciera una excusa tan pobre, pero abrió la puerta.

—Pasa. ¡Robert, ha venido Slade!

El ruido de las patas resonó por la casa. El perro corrió hacia él y se estampó contra sus brazos abiertos. Slade se echó a reír y lo acarició antes de pegar la frente a la suya.

—Hola, colega. Te he echado de menos. ¿Te encuentras bien?

Ladró una vez.

—Me lo tomaré como un sí. ¿Todavía tienes el conejito?

Robert se dio la vuelta, desapareció hacia el salón y regresó con el conejito medio destrozado y babeado en el hocico. Un profundo placer se apoderó de Slade al saber que al perro le seguía gustado su regalo.

Kate meneó la cabeza y sonrió.

—Es su juguete preferido. El otro día insistí en que tenía que lavarlo y estuvo media hora plantado delante de la secadora.

Sus palabras le provocaron un nudo en la garganta.

—Me alegro. —Se puso de pie y la miró con expresión ardiente. Kate tenía las mejillas coloradas, pero supuso que había estado haciendo ejercicio. Pensar en él le dolería demasiado—. ¿Interrumpo algo?

Ella cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Iba a llevar a Robert al parque canino. Para que corra un poco y eso.

—Ah. —La miró como un idiota adolescente—. Esto... ¿podría acompañaros? Quiero hablarte de una cosa.

La vio titubear y morderse el labio inferior. Clavó la mirada en esos carnosos labios rosados y deseó que estuviera lamiendo otra cosa.

—Bueno...

Su renuencia le arrancó una sonrisa. Siempre había intentado deshacerse de él, desde el principio.

—Genial. Vamos.

Cogió la silla de ruedas, llamó a Robert y ató las cintas con pericia. Kate cogió dos botellines de agua, una gorra de los NY Mets y salieron por la puerta. Avanzaban por la acera a grandes zancadas a la ciudad. Robert les seguía el ritmo sin problema gracias a la silla de ruedas.

—¿Te gusta el béisbol? —Señaló la gorra que se había puesto. Joder, estaba guapísima con la coleta al viento.

Kate se echó a reír.

—No, la hermana de Gen, Alexa, es una fanática de los Mets. Las regala en los cumpleaños y en Navidad.

—Pues ojalá que su marido no sea un seguidor de los Yankees.

—Esto... mejor dejar el tema. ¿Qué me dices de ti? ¿Te gustan los deportes?

—No tengo tiempo. Pero siempre veo los Juegos Olímpicos.

—Son lo más.

Un montón de razas diferentes se daban cita en el parque canino. Kate abrió la verja tras la cual había un enorme jardín, varios juguetes y grandes bebederos. Después de saludar a otros dueños de perros, se apoyaron en la cerca y vieron a Robert salir disparado con su silla de ruedas, corriendo de un lado para otro con las orejas hacia atrás y la lengua fuera, la viva imagen de la felicidad. Slade se relajó y se echó a reír por el placer tan sencillo de pasear durante una bonita tarde de primavera. Un día normal estaría trabajando en el despacho, en el gimnasio o intentando hacer algo medianamente productivo.

—¿De qué querías hablar conmigo?

Ah, sí, claro. De vuelta al objetivo principal de su visita.

—De Jane. Acabo de salir de su casa.

Kate suspiró.

—Sabes que no puedo hablar de su situación, ¿verdad?

—Sí, pero esto es distinto. Me ha dicho que está saliendo con un tal Brian, un profesor de poesía, y que las cosas se están poniendo serias. Me ha comentado que le dijiste que iba demasiado deprisa. ¿A qué te referías

exactamente?

Kate clavó la vista en Robert mientras este corría y ella meditaba la respuesta.

—No puedo contarte mucho sin violar la confidencialidad. Siempre aconsejo a mis clientes que no vayan demasiado deprisa, por si acaso. Les recomiendo que vayan despacio, pero con seguridad, porque parece que así se consiguen mejores porcentajes de relaciones satisfactorias.

Slade tamborileó sobre la cerca con los dedos.

—¿Crees que puede tener problemas?

Kate negó con la cabeza.

—Jane parece más que capaz de lidiar con la situación. Ahora mismo no te puedo decir nada más, y es posible que me haya pasado de la raya.

Él asintió.

—Con eso me basta.

—¿Ya está? —se burló—. ¿Ahora confías en mí? ¿No crees que vaya a aumentarle la tarifa y a obligarla a hipotecar su apartamento?

La miró a la cara, miró su dulce sonrisa y sus ojos brillantes, y se preguntó si alguna vez podría olvidarla.

—Confío en ti, Kate.

Las palabras flotaron en la brisa. Ella se tensó al reconocer su significado oculto y dio un paso hacia él. El tiempo se detuvo. La energía sexual crepitó en el aire y los acercó. Incapaz de resistir un hechizo tan incitante y dulce como la primavera, Slade se inclinó y la besó en los labios.

Fue un beso tierno. Sin exigencias. La más liviana de las caricias, tan breve y tan potente como el subidón de adrenalina al hacer puenting. Los ojos de Kate se ensombrecieron como un cielo un día de tormenta. Slade olió su deseo, y resopló por la nariz por el ansia de tomar, de reclamar, de poseer.

Sin embargo, se tragó una palabrota y se apartó. No se disculpó y ella no exigió que lo hiciera. Se miraron en silencio un rato, hasta que Robert rompió el hechizo y los obligó a regresar a la realidad.

—¿Quieres ir a la pastelería canina? —preguntó Kate.

Robert ladró dos veces.

—Dudo que eso sea un no —dijo Slade—. Vamos, colega.

Regresaron a la ciudad paseando. Se detuvieron en la pastelería y le compraron a Robert un donut de mantequilla de cacahuete orgánico congelado y una trenza de *pepperoni* para dársela más tarde. La Swan Pastry estaba en el local de al lado y Slade la arrastró al interior para comprarle una bolsa de *biscotti* de almendras y miel, de doble de chocolate y de crema de limón. Se los comieron mientras se abrían paso entre la multitud y admiraban las obras de arte expuestas en los escaparates, y luego pasaron casi una hora en la librería de segunda mano. El olor a cuero y a papel flotaba en el ambiente, y Slade lo aspiró como si fuera una droga. Compró una biografía de Franklin Delano Roosevelt y a ella le regaló *Historia del pitbull*, un libro en el que encontró una ilustración de un perro igual que Robert.

Después de un satisfactorio almuerzo junto al camión de los perritos calientes, se tomaron un café moca y luego regresaron a casa. El viento empezó a soplar con fuerza y el sol desapareció, indicando el final de ese idílico día. Cuando se detuvo delante de la casa de Kate, la desolación se apoderó de él. Quería entrar, acurrucarse con ella en ese sillón ajado y ver la puesta de sol. Quería...

Cortó en seco esa idea y se obligó a pronunciar las palabras.

—Tengo una cita esta noche.

Ella se tensó. Y después asintió.

—Eso es bueno. ¿Con quién?

—Con Tammy. He hablado por teléfono con ella un par de veces. Parece agradable. Distinta de las otras, algo mayor... y parece que compartimos la misma filosofía vital.

Slade se moría por verle los ojos, pero ella mantuvo la cabeza gacha mientras buscaba las llaves.

—Ken sabe lo que hace. Ojalá funcione. Gracias por haberme acompañado

hoy.

—Gracias por hablarme de Jane.

—De nada. —Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta—. Nos vemos.

Se despidió de Robert con una caricia y los vio desaparecer. La luz se encendió en el salón y oyó la televisión a través de la ventana medio abierta. Se quedó en la acera un rato, mirando el interior de la casa antes de darse media vuelta.

En esa ocasión no volvió la vista atrás.

Tammy.

Ya la odiaba.

Kate atacó la tarrina de helado Chunky Monkey con la cuchara y luego se la llevó a la boca. ¿Por qué había tenido que aparecer en su puerta precisamente ese día? ¿Antes de la cita con otra mujer que seguro que era su pareja ideal? Había estado bien durante esas dos semanas. Mejor que bien. Casi se había curado de la enfermedad llamada Slade Montgomery, y de aquella erótica noche, y había decidido que quería empezar a salir con otros hombres. Pronto. Muy pronto.

Pero otra vez había logrado colarse en su cabeza, con esos increíbles ojos verdes, esa boca hecha para el pecado y ese pelo rubio alborotado. Su olor era una deliciosa mezcla de jengibre y almizcle que le provocaba ganas de aullar como una loba en celo. Ojalá nunca le hubiera hablado de los vaqueros, porque esos Levi's se ceñían a su culo y resaltaban sus mejores atributos. Unos atributos que ella había explorado y disfrutado. Unos atributos que ya no eran suyos.

Unos atributos que ya podía cuidarse mucho Tammy de tocar.

Siguió comiendo helado mientras echaba humo por las orejas. Fulminó con la mirada el televisor, donde ponían *Virgen a los 40*, aunque todavía no se había reído ni una sola vez. Si Steve Carell fracasaba, la cosa estaba mal. Ni

siquiera la ayudaban los trocitos de caramelo del helado.

Gimió, derrotada, y se preguntó si debería quitarse la ropa deportiva y salir de casa. Mugs seguía abierto y le bastaría una llamada a Kennedy para conseguir compañía. Podría beberse unas cervezas y pasar un rato con otras personas en lugar de sumirse en el agujero de la depresión sola, mientras pensaba en un hombre que no estaba hecho para ella.

La vida era una mierda.

La idea de ponerse unas botas y no las cómodas zapatillas de estar por casa cimentó su decisión. Terminaría la tarrina de helado, se bebería dos copas de vino y dejaría que su mente se distrajera con la televisión. Había leído en alguna parte que por cada hora que se pasaba sentado delante de la tele, se acortaba la vida en dos minutos. Qué ilusión. A lo mejor así podría acabar con ese infierno antes de tiempo.

A la mierda. Se acostaría pronto, desconectaría y por la mañana se le habría pasado. No permitiría que Slade entrara en su casa otra vez, ni siquiera volvería a hablar con él. Era demasiado peligroso y ella era una adicta. Apagó el televisor y las luces, y se fue a la cama.

—Me alegro mucho de que por fin hayamos quedado para vernos.

—Yo también. —Slade miró a la mujer que estaba al otro lado de la mesa. Era morena, llevaba el pelo cortado con un estilo muy moderno y su sonrisa era genuina. Le gustaba ir al gimnasio, trabajaba como abogada especializada en temas inmobiliarios y estaba divorciada. De momento, la cita había ido como una seda, y la verdad era que le gustaba mucho.

—Me sorprende que hayas recurrido a una agencia de citas —comentó ella mientras cortaba su filete. Su apetito era mucho mejor que el de las otras mujeres con las que había salido. No tan bueno como el de Kate, claro, pero aun así complementaba su gusto por la buena comida—. Trabajé como becaria en un bufete especializado en divorcios al principio de mi carrera y fue

espantoso. Te estropea la idea del final feliz.

Sorprendido por esa demostración de astucia, sonrió.

—Sí, me he quemado un poco con los años.

—Más bien estarás ya carbonizado.

Slade se echó a reír y bebió un sorbo de vino.

—Digamos que mi mente está abierta a la idea de una compañera. Alguien sin los ideales románticos, pero dispuesta a salir y a explorar una relación en términos racionales.

Ella asintió, dándole la razón.

—Yo también. Me asusta cuando un hombre empieza a hablar de su reloj biológico o de sentar la cabeza. Me encanta mi trabajo, mi vida, y tengo un montón de aficiones. Pero tener a alguien con quien compartirlo todo sería agradable. Y ya veríamos qué pasa.

—Exacto.

Ken había dado en el clavo. No solo le gustaba Tammy, sino que era atractiva y compartía su sentido del humor. Las piezas que había estado buscando por fin encajaron. Terminaron el postre (ella se comió la tarta sin disculparse) y salieron del restaurante. Tammy parloteó mientras la acompañaba al coche y Slade titubeó. ¿Debería invitarla a su casa? No, mejor esperar a la próxima vez. Y desde luego que habría una próxima vez.

—Me lo he pasado genial. ¿Querrás repetir? —preguntó ella.

—Por supuesto. Te llamaré esta semana. Me alegro de que nos hayamos conocido.

—Yo también. —Ella se puso de puntillas y le dio un fugaz beso en los labios—. Buenas noches.

—Buenas noches.

La vio alejarse. Había vuelto al camino correcto. Esa era la clase de mujer que necesitaba en su vida; una mujer que lo comprendiera, que supiera cómo funcionaba la vida y estuviera ansiosa por encontrarse con él a mitad de camino. Se metió en el Jaguar y emprendió la vuelta a casa.

Subió el volumen de la radio y oyó a Daughtry cantar sobre el comienzo de algo bueno, y se imaginó su futuro. Socio de su bufete. Una mujer guapa y lista con la que compartir buenos momentos. Jane feliz. Su apartamento de revista de decoración. La vida le sonreía, sin duda.

La letra de la canción le asaltó los oídos y el estómago al mismo tiempo. Eso era lo que quería, ¿verdad? ¿Lo que siempre había querido? Era lo mejor que iba a conseguir.

Pensó en su tarde con Kate. En Robert. Pensó en el vacío que sentía en el estómago, un vacío que nunca parecía llenarse por más que comiera, que bebiera o que trabajara. Recordó qué sintió al tocar a Tammy, y también lo agradable que había sido su compañía y lo bien que encajaban en un plano racional.

Pero no era Kate.

Estaba enamorado de Kate.

Esa certeza se le clavó en el alma y le desgarró la piel. No. Imposible. No creía en el amor o, al menos, no creía que el amor pudiera durar. Lo destrozaría en mil pedazos y convertiría su existencia en un caos. Le pondría la vida patas arriba y nunca podría ceñirse a las cuidadosas líneas que había trazado.

Esa noche le daba igual.

Esa noche la necesitaba. La anhelaba. El deseo le corría por las venas, y pisó el acelerador camino de Verily. El tiempo pasó volando y cuando por fin llegó a su casa y salió a trompicones del coche, sentía la cabeza abotargada. Con la vista nublada, aporreó la puerta. Y esperó.

Kate apareció en el vano, con los brazos cruzados sobre una bata corta de seda. Llevaba unas cómodas zapatillas de color rosa. El pelo le caía suelto por los hombros y sus ojos lo miraban, desenfocados por el sueño. La vio poner cara de sorpresa y cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro, como si no supiera si invitarlo a pasar o cerrarle la puerta en las narices.

—La cita ha sido perfecta. Tammy ha sido perfecta —dijo él.

—Pues vete con ella. No puedo hacer esto, Slade. No puedo.

A Kate se le quebró la voz y eso fue su perdición. Extendió las manos en señal de rendición.

—No la deseo, Kate. Solo te deseo a ti. Me siento... vacío sin ti.

Kate parpadeó. Tenía los ojos anegados en lágrimas y él esperaba que lo apartara de un empujón y se refugiara en su casa.

En cambio, extendió los brazos y lo pegó a ella.

El cuerpo de Kate estaba ardiendo. Su sedosa piel se pegó a él, rodeándolo. Emitió un gemido ronco y se apoderó de su boca, ahogándose en su sabor, introduciéndole la lengua entre los labios para saborearlo, mientras se preguntaba si alguna vez se saciaría.

Cerró la puerta con el pie, la levantó en volandas y la llevó al dormitorio. Se arrancó la ropa, le quitó la bata de un tirón y sus pechos quedaron ante sus ojos. Se le endurecieron los pezones y él se los metió en la boca, lamiéndoselos y mordiéndolos hasta que ella arqueó la espalda y gritó de placer. Su olor le llenó las fosas nasales y la conexión entre ellos generó una descarga eléctrica. Kate separó los muslos para facilitarle el acceso y él deslizó sus dedos en esa dulce miel y luego le acarició el clítoris y le provocó su primer orgasmo. La vio estremecerse mientras le clavaba las uñas en los hombros. La vio estallar en mil pedazos, pero no había terminado con ella, ni mucho menos, apenas había rascado la superficie de lo que quería obtener de su cuerpo. Le dejó un reguero de besos por el abdomen antes de separar los labios de su sexo para lamérselo, raspándole los temblorosos muslos con la barba mientras le lamía el clítoris hasta que ella le tiró del pelo y comenzó a retorcerse bajo él, rindiéndose a un segundo orgasmo. Siguió lamiéndola para alargar el placer, sujetándole los muslos contra el colchón y atormentándola con los labios al tiempo que la penetraba una y otra vez con los dedos mientras su sexo lo instaba a quedarse dentro. La tenía tan dura que le dolía, pero se negaba a terminar todavía, quería sumergirse en cada parte de esa mujer que había derribado todas y cada una de sus barreras. Buscó a tientas el condón que

llevaba en los pantalones y, después de ponérselo, le separó los muslos y la penetró.

Ella lo atrapó en su sedoso interior y Slade gimió, con la sensación de que ese cálido interior era el paraíso. Se quedó quieto, disfrutando de la húmeda calidez que intentaba devorarlo con sus llamas. Despacio, la sacó del todo y volvió a penetrarla hasta el fondo con embestidas lentas y seguras. Kate se debatió como una gata, arqueando la espalda para que la penetrase más rápido, con más fuerza, pero él estaba disfrutando demasiado para terminar tan pronto. Añadió un poco de fricción a su turgente clítoris y ella le clavó los talones en el culo mientras se agitaba de un lado para otro como una posesa. Soltó una carcajada ronca y le chupó un pezón, acariciando la endurecida punta con los dientes mientras aceleraba el ritmo. Se movió hasta dar con su punto G, momento en que ella gritó y se estremeció bajo su cuerpo. Tensó los dedos entre los de Kate, sujetándole las manos, y la penetró una y otra vez mientras el palpitante placer erótico se volvía casi doloroso, arrastrándolo a la cima hasta hacerlo estallar.

Se corrió con el nombre de Kate en los labios. Empapado de sudor, se estremeció con los últimos coletazos del orgasmo antes de salir del cuerpo de Kate, que se quedó tumbada en la cama, con los brazos y las piernas extendidos, respirando de forma entrecortada. Después de quitarse el condón, Slade volvió a la cama y la abrazó. La instó a apoyar la cabeza en su torso y ella lo rodeó con los brazos.

—No me dejes esta noche.

Esas palabras, pronunciadas en un susurro, lo empujaron a abrazarla con más fuerza.

—No quiero irme. Me quedaré.

Ella se acurrucó contra su cuerpo y se quedaron dormidos.

Kate movió la pierna y se topó con algo duro. Deslizó la mano por el colchón

hasta cerrar los dedos en torno a una erección en toda regla. Murmuró de placer al despertarse del todo y empezó a acariciarle el miembro de la base a la punta. Era como acero envuelto en satén y disfrutó de su textura y su dureza. Oyó los gemidos que brotaron del pecho de Slade cuando comenzó a moverse contra su mano, buscando más estimulación.

Esbozó una sonrisa traviesa y se metió debajo de las sábanas buscándolo con la boca. Slade jadeó, pero Kate estaba demasiado inmersa en lo que hacía, perdida en su sabor almizcleño. Lamió y chupó la punta con la lengua mientras le acariciaba de arriba abajo con las manos.

Slade le enterró los dedos en el pelo y se abandonó a sus caricias. Embriagada por el poder que sintió de repente, abrió más la boca, hasta que le rozó la garganta y se dio cuenta de que se le tensaban los testículos.

—¡Kate! —Su nombre fue un gemido arrollador que brotó de sus labios junto con los jadeos—. Un condón, ya.

—¿Dónde están? —preguntó con voz traviesa mientras le lamía la húmeda punta con la lengua.

—Joder, Dios, en el bolsillo del pantalón. ¡Allí!

Extendió un brazo, cogió el condón y se lo puso sin soltarlo ni alterar el ritmo de sus caricias. Ya mojada y ansiando tenerlo dentro, se sentó a horcajadas sobre él y se la metió.

Echó la cabeza hacia atrás cuando sintió que el delicioso placer le recorría la piel y le acariciaba el clítoris. Era maravilloso. La descarga entre ellos le añadía un aliciente más, aumentaba la tensión. Recorrió el cuerpo de Slade con la mirada y se quedó atrapada en esos ardientes ojos verdes.

—Muévete, nena. No dejes de moverte.

Se estremeció y lo obedeció. Slade le tomó los pechos entre las manos y le acarició los pezones mientras ella se movía sobre él, cada vez más cerca del orgasmo, rotando las caderas y sintiendo la agonía en las entrañas, el ardor en la piel y la tensión en los pezones.

Slade le sujetó las caderas, la hizo moverse hacia delante y luego la obligó a

bajar con fuerza. Una vez. Dos. Y luego...

—¡Slade! —Se corrió de una manera salvaje mientras él siguió guiando sus movimientos arriba y abajo, alargando el orgasmo hasta que las sacudidas remitieron. Luego su cuerpo se estremeció bajo el de ella cuando alcanzó a su vez el clímax, y Kate ansió sentir su piel contra la suya, ansió librarse del condón y aceptar su semen en su interior. Se dejó caer sobre él, sin fuerzas, y él le acarició la espalda con movimientos reconfortantes.

—Esta es la mejor manera de despertarme.

Ella se echó a reír y le dio un mordisco en el hombro.

—Mmm, mejor que el café. —Dos ladridos la instaron a volver la cabeza. Robert la miraba con paciencia infinita y con los ojos abiertos como platos y clavados en su trasero desnudo—. Uf, lo siento, cariño. Ahora te saco.

—¿Quieres que lo haga yo?

Le dio un beso en los labios.

—No, ya voy yo. Vuelvo enseguida.

Hizo caso omiso de su ávida mirada y se puso la bata manteniendo en todo momento las distancias para no acabar de nuevo en la cama, porque Robert no podría aguantar mucho más. Lo sacó, molió el café y luego puso la cafetera.

—¿Pienso o comida de lata de esta mañana?

Dos ladridos.

—Pues pienso. —Kate le llenó el cuenco mientras tarareaba y se volvió para encontrarse con una espectacular imagen enmarcada por el vano de la puerta de la cocina.

Slade Montgomery. Desnudo como el día en que nació. Con las piernas separadas, los brazos en jarras y su impresionante erección que confirmaba que estaban a punto de disfrutar del quinto asalto. Se dio un festín con toda esa belleza masculina, el vientre plano, los pectorales bien definidos y la piel morena. Esa mirada indolente se coló bajo la bata que llevaba y le acarició el cuerpo.

—¿No decías que era mejor que el café?

Ella hizo un mohín travieso.

—Eso he dicho, ¿no?

Slade ladeó una cadera, y eso no fue lo único que se movió.

—A lo mejor tengo que demostrar mi valía de nuevo.

Kate se humedeció los labios y bajó la mirada.

—Creo que tu valía es enorme.

—Me halagas.

Se desató el cinturón de la bata e hizo ademán de abrísela.

—Abogado, creo que...

—¡Cariño, estoy aquí! ¿De quién es ese coche que hay en la entrada? ¡Oh!

Su madre estaba delante de ellos, boquiabierta, mirando a Slade primero con asombro y luego con pura admiración. Cerró la boca y esbozó una sonrisa enorme.

—¡Cariño! ¡Por fin estás disfrutando! No sabes cuánto me alegro.

Kate se cerró la bata y se plantó delante de Slade.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —Cogió la manta del sofá y se la puso a Slade en las manos. Él se la colocó en torno a las caderas, pero el diseño del ganchillo dejaba poco a la imaginación.

—No te he visto desde que volví de mi conferencia sobre sexo y he pensado que podíamos desayunar juntas. Pero ya veo que lo del desayuno lo tienes cubierto. ¡Esto es mucho mejor que un tazón de cereales!

Se ruborizó. Slade miraba a la madre de Kate con una fascinación que a ella le resultaba muy familiar, como si fuera una criatura exótica, de otro planeta, que acabara de aterrizar en su universo. Madeline llevaba un top amarillo chillón, una falda de encaje de color crema que le llegaba a las rodillas y sandalias romanas. Una diadema de flores le apartaba el pelo rubio platino de la cara, y las pulseras tintineaban en sus muñecas. Robert corrió a saludarla y Kate aprovechó ese momento para dejar a Slade detrás de la encimera, de modo que quedara tapado de cintura para abajo. Madeline lo vio retroceder con desolación.

—¿Conferencia sobre sexo? —preguntó Slade, cuya mirada saltaba de una a otra—. Qué interesante. Perdona a Kate por no presentarnos. Soy Slade Montgomery.

Madeline se acercó y le tendió la mano.

—Un placer conocerte, Slade. Yo soy Madeline, tutéame. Te pido disculpas por la interrupción, porque mi hija rara vez se permite disfrutar de estas oportunidades.

Kate gimió.

—Gracias, mamá. En fin... ¿por qué no me llamas más tarde?

Slade juntó las yemas de los dedos como si estuviera en una reunión de negocios.

—Tonterías, quédate y tómate un café con nosotros. No tenemos prisa.

—Me encantaría. ¿Son los granos orgánicos que te compré, cariño?

Ni en broma. Kate fulminó a Slade con la mirada, pero la sonrisa traviesa que esbozaba le indicó que se lo estaba pasando en grande.

—Sí. Ahora mismo te pongo una taza. —Se acercó a la cafetera y le sirvió a su madre una taza, que deslizó por la encimera de granito.

—¿Puedo preguntar qué tal la conferencia? —dijo Slade.

—Estupenda. Soy terapeuta sexual, así que para mí es importante mantenerme al día de las nuevas técnicas. He aprendido muchas maneras de desbloquear a un hombre para que alcance el orgasmo. ¿Has tenido alguna vez problemas de impotencia, Slade?

Kate tuvo que quitarse el sombrero porque Slade ni siquiera se atragantó con el café.

—Me alegra poder decir que no.

—Mmm, no me sorprende después de lo que he visto. De todas maneras, muchos hombres la sufren y suele deberse a un bloqueo mental. Nos han enseñado unos movimientos para derribar barreras.

—Qué trabajo más fascinante. Kate no me lo había contado.

—No me sorprende. Kate lleva años bloqueada.

—¡Mamá!

—Bueno, contadme cómo os habéis conocido.

—Soy cliente de Kinnections —dijo él.

Madeline se quedó sin aliento.

—No serás el abogado matrimonialista, ¿verdad? —susurró.

Slade enarcó una ceja.

—¿Has oído hablar de mí? Kate, qué bonito. No tenía ni idea de que le habías hablado a tu madre de nosotros.

Kate se removi6, inc6moda, por la frustraci6n y lo fulmin6 con la mirada.

—Mira, mamá, es mejor que no hablemos de este tema, ¿vale? Me gustaría que todo esto quedara entre nosotros.

—Pero, cariño, ¿es la persona con quien has experimentado el toque! Has encontrado la manera de que funcione. Me alegro muchísimo por ti. Tendremos que eliminar el karma negativo, pero si os estáis acostando, estoy casi segura del resultado.

—¿Toque? —Slade frunci6 el ceño—. ¿Qué toque?

—No es nada.

—¿Kate no te lo ha contado? —pregunt6 Madeline—. Las mujeres de nuestra familia poseemos un don que se transmite de generaci6n en generaci6n. Un sexto sentido para emparejar a los dem6s. Sentimos una descarga cuando conocemos a una pareja que est6 destinada a formarse.

Slade se qued6 muy callado. Kate apenas respiraba, con la esperanza de haberse convertido en el tío de *Más allá del tiempo* y poder perderse por el espacio.

—¿Alguna vez ha experimentado Kate el toque en beneficio propio? ¿O solo funciona con los dem6s? —pregunt6 él.

Se avecinaba el desastre, como un volc6n a punto de entrar en erupci6n, y Kate tenía tantas posibilidades de detener a su madre como de detener a esa fuerza de la naturaleza. Madeline soltó una carcajada y juguete6 con sus pulseras.

—¡Qué tonto eres! Eres tú, cariño. Conectó contigo... eres su alma gemela. No me hizo mucha ilusión lo de que fueras abogado matrimonialista, pero el universo es más poderoso que nosotros los mortales, y tenemos que plegarnos a sus designios. Al menos habéis superado los inconvenientes iniciales. Negar el toque es peligroso. A saber qué habría pasado. Tu prima Rose murió sola y desdichada.

Kate volvió la cabeza de repente.

—¡Dijiste que no recordabas qué le había pasado a la prima Rose! Dijiste que era un secreto familiar del que nadie hablaba.

Madeline suspiró.

—Te mentí. No quería decirte que murió como una vieja solterona amargada, condenada a la infelicidad porque se negó a creer en su don. Creo que se rodeó de unos cincuenta gatos y que nadie fue a su entierro, salvo el representante de la protectora de animales local.

Kate enterró la cara en las manos y se dio por vencida. La mañana había empezado estupendamente. Con sexo. No habían hablado del detalle de la virginidad. Habían pasado por completo de la posibilidad de una relación futura entre ellos. Pero en ese momento la crudísima realidad había llegado para quedarse. Y Slade parecía haberse tragado un objeto punzante y estar a punto de llamar a los servicios de emergencias. Kate se preguntó si le asustaba más su virginidad o su toque. Un empate absoluto.

Slade carraspeó.

—Qué curioso, hasta ahora no recuerdo haber oído nada al respecto.

—¿Kate no te lo ha contado? A lo mejor te lo quería decir poco a poco. A algunos hombres les cuesta creer en el concepto de las almas gemelas y en el amor eterno.

En esa ocasión Slade sí se atragantó. Kate le dio unas palmaditas en la espalda hasta que pareció regresar al mundo de los vivos.

—Mamá, creo que Slade y yo tenemos que hablar.

—Pues claro, siento muchísimo la interrupción. —Les lanzó un beso a los

dos y echó a andar hacia la puerta. Sus pulseras tintinearón y Robert le dio un lametón de despedida—. ¿Por qué no venís a cenar una noche? Prometo no fumarme un porro si eso te incomoda, y así conocerás a mi nuevo amante, Richard. Te encantará.

—Me parece estupendo. Adiós, mamá.

—Adiós, cariño.

La puerta se cerró con un portazo. Kate esperó en el más absoluto silencio mientras se preguntaba si Slade se marcharía sin más o si se quedaría para hacerle unas preguntas.

—Así que ella te dio el porro, ¿no?

—Te dije que no era mío.

Él asintió. Bebió un buen sorbo de café y se enderezó. En ese instante Kate recordó otro requisito para su compañera perfecta: nada de familiares que pudieran avergonzarlo. Sí, definitivamente había hecho añicos su lista.

—¿Por eso experimentamos una descarga eléctrica cada vez que nos tocamos? ¿Por ese don?

Le ofreció el espacio que él parecía necesitar, aunque sintiera un dolor tremendo en el pecho. Había sido una idiota al creer que otra noche de sexo salvaje solucionaría sus problemas. Ya estaba intentando tapar como podía el enorme agujero que tenía en el pecho, pero iba a necesitar ladrillos bien fuertes, porque el lobo malo había derribado ya sus dos primeros refugios.

—Se supone que sí.

—Y no te pareció buena idea mencionarlo antes, ¿no?

La rabia desterró el dolor.

—La verdad es que lo mencioné, en el primer cóctel que te organicé.

—Podrías haberte explayado un poco más.

—Sí, claro, a ver si reproduzco bien cómo habría ido la cosa: Por cierto, Slade, tengo un gen mágico que me hace sentir cuándo una pareja está predestinada. ¿Y sabes qué? ¡Tú eres mi media naranja! Perdona la descarga tan de sopetón, pero ¿a que es genial? ¿Cuándo es la boda?

Slade entornó los ojos.

—Podrías haber pulido un poco el discursito, pero sí, no habría estado mal.

Una carcajada carente de humor brotó de sus labios.

—Quería fingir que no había pasado. Te supliqué que te mantuvieras alejado, ¿recuerdas? ¡Fuiste tú quien llamó a mi puerta anoche! Yo estaba decidida a pasar página, a olvidarme de... de esto que hay entre nosotros. Encajamos desde el principio.

—¿Crees en el don, Kate? ¿Crees que puedes emparejar a dos personas con solo tocarlas? ¿En eso has basado tu empresa?

Algo gélido le recorrió la espalda. Su voz destilaba incredulidad y ya percibía cómo se iba distanciando de ella. ¿Cómo iba a creer Slade en algo que era casi tan mágico como el amor? ¿En algo indefinido pero lleno de esperanza? La pregunta destrozó sus últimas defensas y de repente se dio cuenta de que ya no le quedaba nada por lo que luchar. Podría decirle que el don había desaparecido y que no sabía si lo iba a recuperar. Podría negarlo todo, aducir que era todo una broma pesada de su madre para salvaguardar el orgullo. En cambio, le dijo la verdad.

—Sí, he usado mi don para unir a muchas parejas. He presentido si eran de verdad almas gemelas. Pero nunca lo había experimentado conmigo. Hasta que tú llegaste.

Slade se sobresaltó y el café se derramó por el borde de la taza. Temblaba un poco cuando lo limpió con un paño de cocina.

—No puedo negar lo que hay entre nosotros —dijo él al cabo de un rato—. Pero ¿creo en esa clase de brujería romántica? No. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Crees que estamos hechos el uno para el otro y que viviremos felices y comeremos perdices solo porque sentimos una descarga cuando nos tocamos? ¿Sabes cómo suena eso?

Kate se arrebujo con su bata, ansiaba con desesperación algo de calor. Estaba helada y tenía la piel de gallina. Sí. Sonaba infantil y tonto. Pero era la verdad, una verdad que él jamás creería, que nunca aceptaría. Abrió la boca

para defenderse y zanjar la conversación. Se aislaría y se lamería las heridas por última vez. Y después se despediría de Slade Montgomery. Para siempre.

El móvil los interrumpió. La versión setentera de «We are family» empezó a sonar. Slade soltó un taco.

—Es mi hermana. Tengo que cogerlo.

Ella asintió con la cabeza y se dio media vuelta. Hasta ella llegaban los murmullos de la conversación. Limpió la encimera y relleno el cuenco de agua de Robert sin prestar atención a la conversación, que iba subiendo de tono. No tuvo tiempo de reaccionar antes de que Slade se plantara delante de ella, irradiando indignación por los cuatro costados.

El corazón le dio un vuelco al verlo.

—¿Qué pasa?

—Tengo que irme. Jane estaba muy alterada por teléfono. Parece que el tío con el que la has emparejado, el que la presionaba para ir más rápido, la ha dejado esta mañana.

Kate se llevó una mano al cuello.

—Oh, no. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

La cara de Slade se tensó. Sus ojos verdes la miraban con una expresión acusadora que le provocó un nudo en el estómago.

—Le ha dicho que no le gusta tanto, no para una relación seria, y se ha pirado después de pasar la noche con ella. ¿Así llevas el negocio? ¿Usaste tu poder mágico para emparejar a Jane con ese gilipollas y te dijiste que la cosa iba a salir bien?

El dolor la atravesó por completo. Se inclinó un poco mientras intentaba respirar.

—¡No! Le organizamos dos citas y ella prefirió a Brian, pero no hay garantías de qué cita o de qué relación va a funcionar. Déjame ir contigo. Hablaré con ella. Si está muy alterada, le vendrá bien que le organice una sesión con Arilyn.

—No, ya has hecho bastante. —Su voz restalló como un látigo—. No lo

entiendes, ¿verdad, Kate? Jane no está hecha para esto. Casi la perdí una vez porque no la cuidé como debía. Quería confiar en ti, aunque el instinto me decía que iban a hacerle daño de nuevo.

—Slade...

—¡Es lo único que me queda!

Esas palabras flotaron a su alrededor. Kate sintió un nudo en la garganta al vislumbrar la vulnerabilidad y el miedo viscerales que asomaban a esos ojos verdes. Slade había perdido a casi todas las mujeres de su vida. Comprendió que la responsabilidad que sentía hacia su hermana era más profunda de lo que había creído. Cuando Slade amaba, se entregaba por completo. Por desgracia, no creía que su amor bastara en ningún caso. Por más que quisiera obligarlo a quedarse, que quisiera suplicarle que hablara con ella y se sincerase, sabía que debía hacerlo por iniciativa propia. Tal vez Slade nunca estuviera preparado para algo más.

Se metió en el dormitorio y salió vestido, con el pelo alborotado y la barba del día anterior oscureciéndole el mentón. Mantenía una actitud distante y fría, como si ya no la reconociera.

—Necesito que la dejes tranquila, Kate. Por favor.

Salió de la casa sin mirar atrás.

Robert gimió y se acercó a ella, pegando su cuerpo caliente contra su pierna para darle todo su apoyo. Kate se dejó caer al suelo y lo abrazó con fuerza mientras apoyaba la mejilla en su cabeza y se echaba a llorar como una magdalena.

Slade miraba a su hermana e intentaba controlar el pánico. Jane tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y la caja de pañuelos de papel que descansaba a su lado se vaciaba a marchas forzadas. Había bolitas de papel diseminadas por el suelo. Sus pies descalzos asomaban por debajo de la bata, una prenda que siempre se ponía cuando estaba en casa y necesitaba consuelo. Apretó los

puños e intentó mantener la calma. Se quedaría allí todo el día y toda la noche si podía. Joder, Jane podía mudarse de nuevo a su apartamento, recuperar su antiguo trabajo y olvidarse de Verily. Haría todo lo que estuviera en su mano con tal de lograr que se sintiera mejor.

El labio inferior de Jane temblaba cuando por fin lo miró.

—Me siento como una imbécil integral —dijo mientras sorbía por la nariz—. Brian insistía en que pasáramos más tiempo juntos. Me pidió pasar la noche aquí. Me invitó a su clase para dar una charla. Sabía que Kate tenía razón cuando me dijo que íbamos demasiado deprisa, pero estaba tan feliz que solo quería creer que iba a salir bien.

La impotencia lo quemaba por dentro.

—No es culpa tuya. Ese tío te ha engatusado y te ha dado la patada sin miramientos. Kate debería haberlo visto venir. Además, ¿por qué es cliente de la empresa? ¿Y por qué coño te emparejó con él?

—No es culpa de Kate. Podría haber escogido a Tim, que también parecía majísimo, pero Brian tenía un punto más atrevido que me pareció emocionante. Arilyn me advirtió en una sesión de que no diera el paso demasiado pronto. Me dijo que eso era lo que solía hacer en el pasado para superar algunos de mis bloqueos y barreras.

Gruñó entre dientes al oírla.

—Eres estupenda tal como y eres. Ese gilipollas es quien tiene el problema. Sus labios esbozaron una sonrisa temblorosa.

—Gracias, hermano. Siento mucho haberte sacado de la cama tan temprano. Tengo la mala costumbre de llamarte cuando me meto en algún lío. Supongo que cuesta deshacerse de las malas costumbres.

—Para eso estoy aquí, Jane. Para cuidarte. Oye, ya sé qué vamos a hacer. Puedes volver a vivir conmigo mientras te recuperas. Conseguiré que Kinnections te devuelva el dinero y empezarás de cero. Joder, seguro que en tu antiguo trabajo te suplicarán de rodillas que vuelvas.

Jane frunció el ceño.

—¿Qué dices? No volveré a vivir contigo.

Slade se inclinó y apoyó las manos en las rodillas.

—Solo una temporada, no de forma permanente. Joder, se me ha ocurrido algo mucho mejor. ¿Por qué no nos tomamos unas minivacaciones? Para despejarte un poco. Llamaré a una empresa de mudanza para que se ocupe de tu apartamento y fingiremos que nada de esto ha pasado.

Jane puso los ojos como platos, como si estuviera mirando a un trol y no a su hermano.

—¿Te has vuelto loco? Me encanta mi trabajo y me encanta Verily. No necesito vacaciones.

Intentó hablar con voz calmada.

—Ahora mismo no deberías estar sola. No después de lo que te ha hecho.

Ella meneó la cabeza con firmeza.

—No, Slade, creo que no lo has entendido. Sí, me cabrea y me molesta que Brian haya resultado ser un capullo. No me lo esperaba. Pero me recuperaré. Es lo que hacemos las mujeres. Despotricamos, lloramos, comemos helado y nos emborrachamos. Las chicas de Kinnections me han enseñado que puedo ser normal, que puedo dejar aflorar mis emociones y que no pasará nada. No estoy teniendo un ataque de nervios y por supuesto pienso volver a salir con chicos en cuanto se me pase.

Slade apretó los dientes e intentó no perder los papeles. ¿Qué narices vendían en Kinnections? ¿No se daban cuenta de que Jane era frágil? Cuando las relaciones de su hermana terminaban, se sumía en un agujero negro de culpa porque creía que nunca sería suficiente. Él había aprendido a esquivar los campos de minas protegiéndola, pero desde el intento de suicidio, no le había permitido que se separase mucho. Sí, había completado varios años de terapia y había declarado su independencia, pero ¿y si estaba al borde del precipicio y él le fallaba?

—Me alegro de que estés siendo razonable con el tema, de verdad. Pero creo que lo mejor sería que pasaras una temporada conmigo.

Las lágrimas desaparecieron y la vio alzar la barbilla. Oh, oh... Cierta expresión apareció en su cara y de repente ya no parecía frágil.

—No pienso mudarme. Dios, esto es culpa mía. No debería haberte llamado. Slade se sobresaltó.

—No, me alegro de que me hayas llamado. Sabes que puedes contar conmigo.

—Mira, el amor a veces es una putada. Eso no quiere decir que no crea que al final acabará funcionando. Me arrepentiré toda la vida de lo que te he hecho sufrir y sé que quieres protegerme. Pero ya no necesito tu ayuda. Soy capaz de apañármelas sola.

La observó durante un buen rato. Se había convencido de que su hermana era tan delicada como la porcelana, pero... no parecía que pudiera romperse con tanta facilidad. No como antes. ¿Era posible que fuera más fuerte de lo que creía? ¿Era posible que, de alguna forma, en algún momento del camino, se hubiera convertido en una mujer adulta capaz de asumir las vueltas que daba la vida?

—No quiero volver a fallarte —susurró él.

Jane parpadeó para contener las lágrimas.

—Por Dios, Slade, ¿estás de coña? Eres la única persona que nunca me ha fallado. Eres el motivo de que crea en el amor, de que crea en mí misma. Eres tú quien me lo ha enseñado. Te observé capear tu divorcio, las muertes de papá y de mamá... te he observado aconsejar a parejas destrozadas a lo largo de toda tu carrera profesional. Nunca has perdido el alma. Te gusta cuidar de los demás y yo por fin estoy preparada para hacerme con las riendas. ¿Lo entiendes? Tú eres quien me ha salvado.

Esas palabras llegaron a un lugar recóndito de su interior y liberaron una maraña de emociones que llevaba años ocultando. La verdad lo dejó de piedra. La idea de que ella creía en él, de que de alguna manera a lo largo de todo ese tiempo había hecho algo bien. Sintió un nudo en la garganta y tardó un buen rato en poder hablar.

—Gracias.

Jane sonrió y lo miró con una expresión relajada y dulce.

—De nada. Y ya que te has convertido en el típico mejor amigo que te consuela durante el bajón, ¿no deberías salir para comprar unos sándwiches de beicon, huevo y queso? Hay una tienda de comestibles increíble al final de la manzana. ¡Ah, y tortitas de patata!

Slade soltó una carcajada.

—Hecho. Y ya de paso compraré un par de esos donuts tan ricos.

—Genial, seguro que ni has desayunado. Oye, ¿cómo has llegado tan rápido? No has tardado ni diez minutos. ¿Por dónde andabas?

La imagen de Kate, desnuda y moviéndose sobre él, apareció delante de sus ojos.

—Esto... había ido a ver a Kate para preguntarle una cosa.

Jane frunció el ceño.

—¿Tan temprano?

—Sí. Mejor me voy ya.

—Un momento, colega. —Jane se cruzó de brazos y lo miró con la expresión de profesora aterradora que lo ponía tan nervioso—. ¡La leche! ¡Te estás acostando con ella!

Apretó los dientes.

—Me estaba acostando con ella. Se ha acabado.

—Ay, por Dios. No me lo esperaba. Claro que, en cierta forma, sois perfectos el uno para el otro.

Slade soltó una carcajada amarga.

—Lo dudo. No creo que existan dos personas más dispares. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Alguna vez te ha hablado Kate de un don especial? Cuando te emparejé con Brian, ¿os... en fin... os tocó o dijo que había sentido una chispa entre vosotros?

Jane meneó la cabeza.

—No. Nunca me ha comentado nada de eso. Usan un método bastante científico. Sobre el papel y después de varias charlas, Brian parecía perfecto. Pero me advirtieron al principio que era un camino de largo recorrido. Y me parece bien.

—Vale. Ahora vuelvo con los sándwiches.

Salió por la puerta mientras se preguntaba si había metido la pata hasta el fondo. Culpar a Kate por lo de su hermana no había estado bien. Las dos tenían razón: no había garantías. Kinnections no había hecho nada malo salvo creer en lo mismo que su hermana, y él no tenía derecho a culpar a Kate ni a hacerla responsable de lo sucedido.

Empezó a dolerle la cabeza al pensar en la forma en la que se había marchado. Otro punto más que confirmaba que era un capullo. Pero había sido la gota que había colmado el vaso. Primero, su madre; luego el poder mágico; y por último, Jane. ¿En qué punto se encontraban después de todo eso?

No lo sabía. Y por primera vez en la vida no sabía qué hacer al respecto.

—**A** ver si lo he entendido bien. Te acuestas con él. Cortáis por la mañana. Decidís ir cada uno por vuestro lado y le organizas una cita. Luego aparece en tu puerta después de esa cita y te acuestas de nuevo con él. Y cortáis por la mañana. Otra vez. ¿Es así?

Kate apoyó la frente en la fría encimera de granito y gimió. Era domingo por la mañana y habían pasado veinticuatro horas desde dicho episodio. No había pegado ojo y no se había quitado el descolorido pijama. Necesitaba una ducha lo antes posible.

—Sí, tal cual.

Gen se metió en la boca lo que quedaba del bizcocho y masticó.

—Es oficial. Has perdido la cabeza y la virginidad al mismo tiempo.

—Lo sé. Se acojonó al enterarse de la maldición del toque. No me creyó, y no lo culpo, la verdad. Ahora cree que he destrozado la vida de Jane y que soy una delincuente. Me da miedo llamarla porque estaba muy enfadado.

Gen dio golpecitos a la taza de café con un dedo.

—Deja que se tranquilice. Creo que es de los sobreprotectores. Dale unos días para calmarse y después llama a Jane si ella no lo ha hecho antes.

—No lo entiendo, si le iba fenomenal. Slade actuó como si Jane fuera a subirse por las paredes. Sabía que iban demasiado deprisa. ¿Por qué no los obligué a hacerme caso?

—Solo puedes llevarlos hasta la orilla, amiga mía. No puedes obligarlos a beber.

—Supongo. Lo siento, me paso la vida hablando de mis problemas y aquí

estás tú, recién comprometida. ¡Me encanta el anillo! ¿Estás emocionada?

El anillo, un diamante de tres quilates de talla princesa, relucía a la luz del sol, pero a Gen no le llegaba la sonrisa a los ojos. A lo mejor estaban demasiado cansadas.

—Claro. Es que llevo unos días trabajando sin parar y la gente no deja de preguntarme por la boda. Todo esto me agobia un poco.

—Me lo imagino.

Gen evitó su mirada y clavó los ojos en el bizcocho, de manera que Kate sintió el escalofrío de otra premonición en la columna.

—Te trata bien, ¿verdad? Me refiero a que quieres casarte con él, ¿no? Porque si te está presionando o si crees que es demasiado pronto, deberías dejarlo claro.

—No, estamos bien. Es perfecto para mí y muy cariñoso. Le encanta mimarme, pero también me estimula para que sea mejor. No podría encontrar otro hombre como él.

Era la respuesta adecuada, pero... Kate tenía la impresión de que algo fallaba. Vislumbraba ciertas sombras en los ojos de su amiga que no estaban allí antes. Gen cogió la servilleta, apuró el café y se levantó.

—Lo siento, tengo que regresar al hospital. Escúchame, Kate. Sé que todo esto es desconcertante, pero te diré una cosa: nunca te había visto tan feliz.

—¿Esto es ser feliz?

Su amiga rio.

—Te brillan los ojos cuando pronuncias su nombre. Has perdido la virginidad con él y has sentido el toque por primera vez. Es especial. Sé que parece haber obstáculos y que él dice que no cree en el amor, pero ¿le has dado una oportunidad de verdad? ¿Has luchado por él?

Kate frunció el ceño.

—Creo que no te entiendo.

El busca de Gen empezó a pitar como si fuera una alarma de incendios y se tensó.

—Ese es David. Me está buscando. Luego hablamos. Gracias por el café.

Salió como una bala por la puerta. Robert apenas si movió la cabeza, acostumbrado a las rápidas visitas de su amiga. Kate reflexionó sobre sus palabras mientras recogía y limpiaba la cocina. Qué raro. Slade sabía que sentía algo profundo por él, aunque ella insistía en luchar contra dichos sentimientos y en enterrarlos. No tenía sentido compartirlos cuando no eran recíprocos ni percibía interés alguno por ir más lejos. A lo mejor se sentaba en el sillón relax y se pasaba la tarde sin hacer otra cosa que no fuera ver películas y leer libros. El papeleo podía esperar. El gimnasio también. Nada le parecía importante.

Alguien abrió la puerta de golpe. Kate alzó la vista, sobresaltada y frunció el ceño al ver a su madre.

—¿Estás bien? —preguntó al tiempo que se acercaba a ella—. Nunca has venido a verme dos veces en la misma semana.

Madeline atravesó la estancia y la agarró por los brazos. Tenía los ojos abiertos como platos y rebosantes de miedo.

—He tenido un sueño.

Kate trató de no sonreír.

—¿Otra vez has visto el mundo engullido por bolsas de plástico y pañales? La gente empieza a reciclar más, mamá, no te preocupes.

—No, tonta, he soñado contigo. He soñado que negabas tu vínculo con Slade y eso arruinaba tu vida entera. Una mala decisión y jamás te recuperarás. ¿Qué pasó después de que yo me fuera?

Sintió una repentina intranquilidad. Genial, acabaría siendo la vieja de los gatos, y eso que siempre le habían gustado más los perros. Suspiró.

—No quiero que te preocupes. Slade no es para mí. Así resumiéndolo brevemente, no cree en el amor, ni en el matrimonio ni en los finales felices. Cree en la oxitocina.

Su madre la zarandeó con impaciencia.

—Me da igual lo que afirme creer. Quiero que me digas qué sientes tú y qué

has hecho. ¿Le has dicho qué quieres? ¿Que quieres luchar por él? ¿Que tú crees lo suficiente por los dos?

El pánico la atenazó. Se zafó de las manos de su madre y se alejó, porque necesitaba poner distancia entre ellas.

—No digas tonterías. Claro que no. Las mujeres no hacen esas cosas hoy en día. Además, estoy segura de que es lo mejor.

Sintió que se le rompía el corazón y que la llamaba mentirosa. Le dolía el cuerpo, como si estuviera castigándola de esa forma. Su madre soltó un grito de frustración que Kate jamás le había escuchado. Madeline era un río, fluía y se derretía, aceptaba los retos de la vida y rara vez luchaba contra la marea. La mujer que tenía delante temblaba y su aura palpitaba con tal violencia que le habría puesto un porro en las manos de haber tenido alguno.

—Mamá, ¿qué te pasa?

—¿Qué te ha pasado a ti? —susurró su madre—. ¿Cuándo has dejado de creer en ti misma? ¿En tu don? ¿En lo que te mereces?

La emoción la abrumó. No podía soportar eso. Su madre había dado casi en el centro de la diana.

—Lo he intentado. Slade sabe qué siento por él y ha sido sincero acerca de qué es capaz de aceptar y qué no. Cree que la he fastidiado bien con su hermana y que soy una mentirosa. ¿Y lo de mi don? No quería decírtelo, pero ha desaparecido. Y no creo que vaya a recuperarlo. Así que deja el tema.

—No. Cariño, vas a escucharme y sin interrumpirme. Siéntate. —Su madre señaló una silla.

Kate fue hasta ella, se sentó y esperó. Había aprendido hacía mucho tiempo que era mejor no discutir con su madre cuando esta quería hablar.

—Ha llegado el momento de dejar de huir, Kate. Dices que has perdido el don. ¿Cuándo lo perdiste?

—Después de descubrir el vínculo entre Slade y yo. Esa fue la última vez que sentí algo. He estado entumecida, incluso cuando me encontraba con parejas que están casadas y unidas por el vínculo. Ni siquiera lo he sentido en

esos casos.

—Pero ¿sigues sintiéndolo con Slade?

Asintió con la cabeza.

—Creía que me estaba bloqueando al negar la atracción que hay entre nosotros. Así que me acosté con él. Pensé que así lo recuperaría, pero no. Mi don ha desaparecido.

Madeline hizo un mohín con los labios.

—Cariño, lo que pasa es que estás negando tu don. Eres la primera de la familia que lo siente con otras personas. Las mujeres que han poseído el don solo lo sentían con su amor verdadero. Tú has sido bendecida con la capacidad de compartirlo con el mundo. Pero cuando ha llegado el momento de enfrentarte a tu verdad, has elegido esconderte y huir. Lo has envuelto en sexo y has hablado de forma racional sobre el hecho de que las cosas entre vosotros no pueden funcionar. Has perdido el rumbo.

Kate se frotó las sienes. Dios, cuando su madre se ponía poética, era todo muy raro. Como colocarse con ácido, su-ponía.

—No lo entiendo. No me he escondido. Le dije a Slade que creía en el amor y que quería una relación para siempre. Me contestó que no podía dármelo. Nos separamos. Cambio y corto.

—¿Le confesaste que estás enamorada de él?

Kate se quedó petrificada.

—N-n-no. No tiene sentido.

Su madre la miró con los ojos entornados.

—¿Que no tiene sentido confesarle la verdad al hombre que amas? ¿La hija que he criado me ha salido así de cobarde?

Kate dio un respingo.

—¿Para qué? ¿Para que me dé las gracias y me diga que no funcionará? ¿Para que pueda hacer trizas el poco orgullo que me queda y dejarme hecha polvo? No, gracias.

—No hay medias tintas, no hay un refugio en el que esconderse cuando

hablamos del amor. Tú tienes más suerte que las demás personas porque tu don te ha guiado hasta el hombre destinado para ti. Pero al negar tu verdad, o al menospreciar el vínculo que te une a él, estás negando el don, te estás negando a ti misma, y ya no lo mereces.

Esas palabras la golpearon con fuerza, como si estuviera en un cuadrilátero, y sintió que algo se rompía en su interior. ¿No había sido lo bastante clara al hablar de sus sentimientos? ¿No había luchado lo suficiente? ¿Tendría razón su madre? Había usado la lógica para lidiar con Slade, lo había alejado y solo le había dado acceso a su cama, no a su corazón. No se había mantenido firme ni había puesto en tela de juicio sus ridículas creencias.

—No sé qué hacer, mamá —admitió con la voz quebrada—. Podría romperme el corazón y eso me asusta.

—¿Qué sientes cuándo estás con él?

Respiró hondo.

—Que soy mejor persona. Despierta mi cuerpo y satisface mi alma. Me hace reír. Adora a Robert y quiere encargarse de él. Es todo lo que siempre he deseado, pero nunca he tenido tanto miedo como ahora.

Madeline se acercó a ella, le cogió una mano y se la apretó.

—Debes ser valiente y admitir que lo quieres, cariño. Es la única forma de ganar. Y si pierdes, bueno, al menos has perdido con honestidad, con la cabeza bien alta y sin remordimientos. ¿Cómo es posible que te avergüences de seguir los dictados de tu corazón? Es lo más valiente que se puede hacer en este mundo. Es lo que conforma los cimientos de tu empresa y lo que te da de comer.

La verdad se asentó en su interior, echó raíces, la zarandeó y se extendió. En ese momento comprendió que no se había entregado al cien por cien durante el camino. Pero eso se acabó. Merecía mucho más.

Extendió los brazos y abrazó a su madre con fuerza.

—Te quiero, mamá. Gracias.

—De nada. Ve a por tu hombre.

—Tenemos un problema.

Slade observó a su jefe, que estaba sentado tras su enorme escritorio con expresión preocupada. Mierda. Primero, su vida personal. Después, su trabajo. ¿Estaría molesto porque había salido del despacho temprano durante todos esos días? No, Bob tenía por costumbre dejar que fueran los empleados los que controlaran sus agendas, porque confiaba en que harían su trabajo. ¿Habría descubierto que su relación con Kate era una mentira como una catedral? ¿Habían arrestado a Melody por culpa de la multa por exceso de velocidad? Se ajustó los puños de la camisa.

—¿Qué pasa, Bob? —preguntó con voz serena.

Su jefe señaló el monitor.

—Acaban de llegarme las horas de facturación para que les dé el visto bueno, y las tuyas no cuadran. ¿Me quieres explicar qué está pasando?

El alivio fue instantáneo. Ese tema estaba controlado.

—Tengo un cliente que quiere pagarme al final, cuando gane el caso. Olvidé decírtelo. Ahora te envío los detalles, cuando vuelva a mi despacho.

Bob negó con la cabeza.

—Imposible. He dicho a los socios que a partir de ahora cobrarás por adelantado. El bufete hace muchos casos gratuitos y últimamente perdemos demasiados.

Eso lo irritó.

—¿Alguna vez has perdido dinero por mi culpa en un caso? Necesito un poco de libertad de movimientos en este. La mujer de mi cliente ha congelado las cuentas y le ha dejado un buen marrón. Necesita obtener la custodia de los niños. Ganaré.

—No lo dudo. Pero se acabaron los sentimentalismos. Su historia es la misma que la de un millón de personas que podrían entrar por esa puerta. A ver, entiendo que quieras quedar bien con él, pero tiene que pagar. Si no me

interesara el dinero, estaría en la fiscalía o sería un abogado de oficio.

Slade contuvo la frustración e intentó verlo desde su punto de vista. Pero, joder, estaba cansado de todo eso. Quería hacer algo bueno por una persona que lo necesitaba y, como siempre, tenía las manos atadas.

—Muy bien. Lo pagaré de mi sueldo. Descuéntamelo.

Bob enarcó una ceja.

—Es un poco exagerado tratándose de un desconocido. ¿Qué te pasa últimamente? Pronto tendré que decidirme por alguien a quien nombrar socio y necesito que esa persona sea de confianza. Este sector es brutal, te devora y luego te escupe. Si no te ves capaz, creo que Samuel sí tiene lo que hay que tener.

Su jefe lo miraba de forma penetrante y Slade supo que lo estaba poniendo a prueba. ¿Tenía él lo que había que tener? Durante los últimos cinco años su único objetivo había sido convertirse en socio del bufete, pero de un tiempo a esa parte el futuro que veía por delante le parecía lo mismo de siempre. Más trabajo, más estrés y menos satisfacción. El guante estaba en la mesa para que lo recogiera. Bastaba con darle la patada al cliente para ganarse el respeto de Bob. Tenía la impresión de que le llevaba cierta ventaja a Samuel. Si hacía lo que Bob quería, todo habría acabado.

—Bob, te mentí.

Su jefe siguió mirándolo con atención.

—¿Sobre qué?

—Kate. Nunca hemos mantenido una relación. La contraté en una agencia de citas para que se hiciera pasar por mi novia, porque sabía que prefieres que los socios tengan una vida familiar estable. No es contable, su padre no es juez y es dueña de una empresa llamada Kinnections.

Bob frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿No era ese el nombre de su asesoría?

—No, es la dueña de una agencia de citas. Lo orquesté todo porque quería ganar a Samuel. Llevo años deseando ser socio del bufete y no estaba

dispuesto a permitir que la ausencia de una relación sentimental en mi vida fuera un obstáculo.

Se hizo el silencio. Sintió que le quitaban un peso de encima y esperó el desenlace. ¿Lo despediría Bob? Tal vez. ¿Lo apartaría de la competición? Posiblemente. Al menos ya no tendría que fingir ser quien no era.

Bob echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Mira que he visto estrategias creativas para llegar a la cima, pero esto es una novedad. No teníamos ni idea. De hecho, mi mujer se quedó tan prendada de Kate que íbamos a invitarla a cenar esta semana. Nos la has colado, pero bien. Y aunque me cabrea que nos mintieras, te aplaudo por la ambición. Ese es el tipo de hombre que queremos, Slade. Has analizado el problema, has buscado una solución y te has lanzado. Es una pena que Melody vaya a acabar yendo a juicio por exceso de velocidad.

Slade consiguió contener un jadeo asombrado y lo convirtió en una sonrisa socarrona.

—Me alegro de que no estés molesto. Y siento mucho haberos puesto en una situación tan incómoda.

Bob le restó importancia con un gesto de la mano.

—Nada que no se pueda arreglar. Te agradezco que te hayas sincerado antes de que tomemos una decisión.

—Bob, no voy a dejar este caso. No afectará a mi agenda de trabajo ni a mis horas, pero lo quiero.

Su jefe soltó el aire.

—De acuerdo, sigue con él. Siempre has sido un cabrón testarudo. Pero asegúrate de ganarlo.

—Lo haré. Gracias. —Se puso de pie y echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo al oír su nombre—. ¿Qué?

Bob lo miraba con un brillo divertido en los ojos.

—Digamos que te alegrará mucho saber cuál es mi decisión final sobre el nuevo socio a finales de semana.

El significado no dejaba lugar a dudas. Salió del despacho mientras le daba vueltas la cabeza. Joder. Lo había conseguido. Sin embargo, mientras enfilaba el pasillo sintió un palpitante vacío en las entrañas, el anhelo de estar con una mujer a la que había apartado de su lado, y se preguntó si alguna vez volvería a sentirse satisfecho.

Kate esperó en los escalones de entrada del apartamento de Slade. Miró el reloj de nuevo con la esperanza de que no trabajara hasta muy tarde. Ya llevaba una hora allí sentada y, a medida que pasaban los minutos, sentía la tentación de abandonar el plan y regresar a casa. Nada como una importante confesión amorosa para acojonar a una mujer.

—¿Kate?

Volvió la cabeza hacia la derecha y el corazón le dio un vuelco. Qué guapo era. Con su altura y sus músculos, el traje azul marino de Prada le quedaba como un guante. La nívea camisa y la corbata roja completaban su imagen perfecta. Seguro que había estado en los tribunales. Se le marcaban las arrugas a ambos lados de la boca y de los ojos, un indicio del cansancio que debía de sentir. Las gafas de montura dorada le otorgaban una apariencia de académico que aumentaba su atractivo. Se puso de pie mientras lo devoraba con la mirada y la abrumó el deseo de tocarlo, de apartarle el pelo de la cara, de acariciar sus afilados pómulos. Tragó saliva.

—Tengo que hablar contigo.

Él asintió con la cabeza.

—Pasa.

Subieron los escalones y entraron en el apartamento. En el silencio de las estancias vacías palpaba el deseo de que hubiera ruido, risas y jaleo. ¿Por qué no se había percatado antes de ese detalle, del control que Slade ejercía sobre su vida, de su afán por mantener a la gente alejada para no caer en la tentación y tener la posibilidad de fracasar? Como ella.

—¿Te apetece beber algo? ¿Comer algo?

—No.

—¿Quieres sentarte? Siento mucho llegar tarde, tenía una vista en el tribunal.

—Te quiero.

Lo vio tensarse. Mierda, típico de ella soltar las cosas a lo bruto. Era un desastre a la hora de hacer confesiones amorosas, así que lo mejor sería retroceder un poco. ¿La expresión que tenía él en la cara era de horror, sorpresa o placer? Parecía que le hubieran dado un ladrillazo en la cabeza.

—Kate, yo... —musitó con un hilo de voz.

—No, por favor, escúchame antes de hablar. —Se limpió las palmas de las manos en los vaqueros y acertó la distancia que los separaba. Su delicioso olor le saturó los sentidos, esa mezcla especiada y cítrica. Apretó los puños con fuerza para no tocarlo—. Te acusé de ser un cobarde, pero está claro que soy yo quien se está conteniendo. Supe que eras el hombre de mi vida desde la primera vez que te toqué. Pero esto va más allá de lo físico. Me escondí detrás de tu concepto de relación y de tu negativa a creer que podíamos funcionar a largo plazo. Pero yo creo lo bastante por los dos, Slade. —Se rindió al deseo y lo tocó. Le colocó las manos en los hombros. La energía candente palpó entre ellos, confirmando lo que había elegido su corazón—. Quiero que le des una oportunidad a nuestra relación. He visto el hombre que eres. He visto cómo proteges y cuidas a tu hermana. Lo cariñoso que eres con Robert. Tu forma de luchar por tus clientes, tus intentos de que sufran un poco menos. Y he visto cómo me miras cuando hacemos el amor. —Se puso de puntillas y le tomó la cara entre las manos mientras contemplaba ese rostro que tanto quería. El deseo, la confusión y el miedo relucían en esos ojos verdes—. Te quiero. Adoro tu cuerpo, tu corazón y tu alma. Tu mente, tu testarudez y tu sentido del humor. Dale a nuestra relación una oportunidad para que llegue a ser algo más. Dame la oportunidad de quererte como te mereces.

No titubeó, se limitó a tirar de su cabeza para besarlo con todo el deseo y la

emoción que llevaba dentro. Él gimió, separó los labios y le introdujo la lengua en la boca, entregándose al momento con pasión. El beso se prolongó un buen rato, mientras Slade conquistaba todos los rincones de su boca y exploraba con placer. Cuando se apartó de ella, sus ojos tenían un brillo extraño.

Kate se echó a reír de alegría. Había ganado. Era suyo.

Extendió los brazos para besarlo de nuevo, pero él retrocedió. Una expresión arrepentida apareció en su cara, aunque tenía una erección más que evidente y el deseo ardía en sus ojos.

—No puedo, Kate. Por Dios, no puedo hacerte esto, no puedo hacerte daño, no puedo romperte el corazón. Yo también te quiero, de verdad, pero este camino no es para mí. Al final acabaremos haciéndonos daño y antes prefiero morir.

Kate lo vio todo rojo por culpa de la indignación. Las emociones eran tan intensas que empezó a temblar.

—¿Vas a negarnos la felicidad por un futuro incierto? ¿Y qué pasa con las relaciones que sí funcionan? ¿Vas a negarnos esa oportunidad? ¿La oportunidad de ser una familia y de despertarnos abrazados todas las mañanas? ¿O es que tienes miedo de sentar la cabeza conmigo por si acaso aparece otra mejor en algún momento?

Slade apretó los dientes.

—Ni se te ocurra ir por ahí. Eso no tiene nada que ver. Estoy loco por ti. Me paso los días intentando asimilar lo que siento por ti desde que te conocí, porque nunca he sentido nada parecido a esto.

—Entonces, ¿por qué te niegas a darme una oportunidad?

—¡Porque lo quieres todo!

Kate jadeó y contuvo el aire. Slade retrocedió y se pasó una mano por el pelo. La tensión crepitaba en el silencio, y Kate comprendió por fin que había ido para ganar, pero que Slade ya había tomado una decisión. Un dolor agudo surgió de sus entrañas y se extendió por su cuerpo amenazando con asfixiarla,

pero logró pronunciar sus últimas palabras.

—Tienes razón. Lo quiero todo. Siento mucho que sea demasiado para ti, pero creo que nos lo merecemos. Es una lástima que tú no opines lo mismo.

—Kate...

Pronunció su nombre a modo de despedida, de súplica, de oración. Kate lo miró sin rastro de lágrimas en los ojos.

—Adiós, Slade.

En esa ocasión, él no la detuvo. Salió de su apartamento por última vez, con la certeza de que Slade había tomado su decisión.

—¿Estás bien?

Kate se obligó a sonreír y alzó la vista cuando Kennedy entró en su despacho.

—Claro. ¿Vendrá Jane hoy?

—Debería llegar en cualquier momento. Está preparada para volver a la acción, así que quería tener una charla privada con ella. Qué pena que Brian acabara siendo un capullo.

—Sí, supongo que son gajes del oficio. De todas formas, estoy orgullosa de ella. Parece más segura de sí misma y no ha dejado que la afecte demasiado.

—He tenido buenas profesoras.

Kate se echó a reír cuando Jane apareció detrás de Ken y la abrazó. Desde luego, Jane había madurado. Aceptaba la ruptura y sus emociones, y se había repuesto. En ese momento estaba emocionada por la idea de emprender un nuevo viaje, y en esa ocasión Ken tendría todavía más cuidado en la selección de parejas.

—¿Cómo estás, Kate? —preguntó Jane.

—Bien.

Ken y Jane se miraron. Kate contuvo un suspiro. Le habían hecho la misma pregunta todos los días durante las dos últimas semanas y la respuesta siempre era la misma. Aun así, sus amigas sabían que era una mentira como una catedral. Desde que perdió a Slade, deambulaba vacía, atrapada entre el dolor y un extraño entumecimiento. Se había refugiado en el trabajo, se quedaba en casa con Robert e intentaba creer que la cosa mejoraría. Algún día.

Jane se había hecho muy amiga de las tres y quedaba con ellas los viernes por la noche en Mugs. Kate se alegraba de que nunca hablara de su hermano ni hiciera preguntas.

—¿A alguien le apetece tomarse una copa hoy después del trabajo? —preguntó Jane—. He terminado mi investigación y me encantaría celebrarlo.

Ken vitoreó.

—Bien hecho, guapa. Pues claro que iremos. Pero primero ven a mi despacho para repasar unas cosas. Creo que tengo a un chico perfecto para ti.

Kate las oyó alejarse por el pasillo acompañadas por el repiqueteo de sus tacones y bajó la vista al montón de carpetas que tenía en la mesa. Resultaba curioso que en los últimos meses su lista de clientes prácticamente se hubiera duplicado. Era muy posible que la feria de Manhattan hubiera ayudado y todo el mundo se había esforzado al máximo para suplir el hecho de que había perdido su don. Claro que ya no intentaba comprobar si había vuelto; pasaba casi todo el tiempo con Robert y viendo la televisión.

Se preguntaba si Slade la echaba de menos. Se preguntaba si lo habían hecho socio del bufete. Se preguntaba si alguna vez pensaba en llamarla o si ya había pasado página.

Oyó la campanilla de la entrada y después alguien llamó a su puerta. Sonrió al ver que Tim se asomaba.

—Hola, Kate, ¿tienes un minuto?

—Claro. —Le hizo un gesto de que pasara—. ¿Cómo fue la cita del viernes por la noche?

Tim se sentó en la silla y se encogió de hombros. Era uno de sus clientes preferidos y deseaba de todo corazón encontrarle a la pareja adecuada. Le sobraban unos kilos, tenía unos increíbles ojos ambarinos y un lustroso pelo castaño, y su ácido sentido del humor siempre le arrancaba una carcajada. No era despampanante, ni hosco ni un chico malo. De hecho, era alguien muy agradable con una personalidad estupenda. Había llegado el momento de esforzarse más.

—Era dulce, pero no creo que encajemos. Es una obsesa del gimnasio y, aunque tuvimos una conversación interesante, la verdad es que la pillé echándole el ojo al camarero.

Kate meneó la cabeza al recordar la espantosa cita que había tenido con un camarero.

—Algunas veces es una mierda, ¿verdad? Pero no me abandones, Tim. Creo que tengo en mente una pareja mejor para ti.

—No me rindo con facilidad. Oye, al menos estoy saliendo con un montón de mujeres estupendas y como fuera de casa. Antes de apuntarme a Kinnections estuve a punto de fundir el mando a distancia de mi televisor.

Pues si viera el suyo...

La puerta se abrió de par en par.

—Kate, me voy. Te veré en Mugs... Ay, siento haber interrumpido. —Jane sonrió a Tim—. Hola, Tim, me alegro de volver a verte.

Él sonrió.

—Lo mismo digo. ¿Estás buscando otra pareja?

Jane se echó a reír.

—Supongo que estamos en la misma situación, ¿no?

Kate se levantó del sillón y su amiga entró en el despacho.

—¿Ken ha terminado contigo?

—Sí. Vamos a probar una cita múltiple durante un cóctel. Creo que estoy lista.

—Me parece bien.

Tim se levantó y se puso delante de ella.

—Siento que no te fuera bien con el último chico —dijo Tim. La miró fijamente, con una sonrisa en los labios—. Menudo idiota.

—Ay, gracias. Lo mismo te digo. No sé por qué sigues aquí.

Kate se volvió para darles un poco de intimidad para charlar y los rozó con las manos.

¡Chas!

¡Pum!

¡Zas!

La piel le ardió y sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo que hizo que se apartara de un salto. Contuvo el aliento y los miró mientras el corazón le latía con tanta fuerza que pensó que ellos también lo oirían. Pero no era así. Se miraban y la energía crepitaba a su alrededor como un ente vivo.

¡Oh, Dios mío!

El toque había vuelto.

Intentó mantener la compostura, aunque tenía ganas de meter las manos en un cubo de agua helada. Se le había olvidado la descarga que experimentaba cuando existía una conexión, pero se moría por echar la cabeza hacia atrás y reír a carcajadas de la alegría.

—Oye, Tim, Jane y yo iremos a Mugs después del trabajo, a eso de las cinco. Nos encantaría que nos acompañaras.

—Bueno, no me gustaría estropear una noche de chicas.

Jane meneó la cabeza y le tocó el brazo.

—No, ven. Lo pasaremos bien.

—Genial, será un placer.

Kate contuvo una risa al verlos mirarse como dos tórtolos.

—Será mejor que vuelva al trabajo. Te acompaño fuera.

—Nos vemos luego.

Kate los vio alejarse mientras seguían hablando y la puerta se cerraba tras ellos.

Le escocieron los ojos por las lágrimas cuando se dejó caer en el sillón. De algún modo había tenido la suerte de recuperar su don, y nunca volvería a darlo por sentado. Vio una imagen de Slade pasar por delante de sus ojos. Dios, lo echaba de menos. Se preguntó qué estaría haciendo en ese instante.

Se frotó los ojos, intentó concentrarse y retomó el trabajo.

Vivía en un infierno.

Slade miró por la ventana, atrapado un día más en el despacho. Dos semanas. Los días eran interminables, pero las noches eran peores. Se pasaba el día esperando sentir la satisfacción de haber hecho lo correcto al dejarla marchar. Intentaba convencerse de que era fuerte por haber reconocido sus limitaciones y por no querer hacerle daño. Pero esa vocecita de Ted, el osito de peluche, había vuelto, y se regocijaba con su desdén.

«Te confesó que te quería y le diste la patada. Eres un cobarde. Y estás solo.»

«Cierra el pico. Mejor hacerle daño ahora que más adelante», respondió a la voz.

«¿Qué creías que iba a pasar?»

Cualquier cosa. Kate seguro que no le pondría los cuernos. Seguro que no lo traicionaría. Y no mentiría. Pero acabarían distanciándose. A lo mejor sus respectivos trabajos les pasarían factura. Discutirían. Claro que discutir con Kate era estupendo y las reconciliaciones eran todavía mejores. No, en las buenas relaciones también pasaban cosas a todas horas, sobre todo si se asumía la idea del amor y del felices para siempre.

«Lo dicho, eres un cobarde.»

Cerró la tapa de su loco compañero mental e intentó no pensar en Kate. Se preguntó cómo le iría. Intentaba no sonsacarle información a Jane, a sabiendas de que si se enteraba de que había empezado a salir con alguien, se volvería loco. Su hermana parecía feliz y ya no lo necesitaba. Había vuelto a Kinnections y mantenía la esperanza de encontrar a alguien. ¿Por qué Jane creía en los finales felices y él no? Le habían hecho daño muchas veces, la habían llevado hasta el límite emocional, pero seguía intentándolo. No lo entendía. Sin embargo, las últimas palabras que le dijo lo atormentaban y lo arrastraban continuamente hacia el precipicio.

«Fuiste tú quien me ayudó a creer en el amor.»

Su asistente dijo por el interfono:

—Señor Montgomery, su cita de las tres ya ha llegado.

—Hazla pasar. Gracias.

Se enderezó la chaqueta y adoptó su pose de abogado. La mujer que entró en el despacho podría muy bien tener setenta años. Pelo canoso corto, gafas, traje de poliéster y zapatos ortopédicos. Esbozaba una sonrisa amable y generosa, y lo saludó con voz cálida y un apretón de manos firme. Slade se preparó, ya que presentía que el caso iba a ser de los malos. A lo mejor su marido iba a dejarla por una mujer más joven. O se había fundido su jubilación. O se estaba acostando con la criada.

—Señora White, encantado de conocerla. Sé que ha dicho que quería presentar la solicitud para la separación legal y siento mucho que tenga problemas. ¿Sería tan amable de contarme algunos detalles?

La mujer se sentó en el sillón con tal serenidad que lo desconcertó.

—Por supuesto. Le agradezco que me haya hecho un hueco con tan poca antelación, señor Montgomery. Ha ayudado a algunas de mis amistades y todas hablan maravillas de usted. Llevo casada con mi marido cuarenta años. Tenemos cuatro hijos. Quiero la separación legal para que él pueda explorar el mundo.

Slade se esforzó para no fruncir el ceño y repasó el expediente donde había anotado varias cosas.

—Veo que no hay oposición. ¿Cuál es el motivo de la separación? Si la está amenazando o está siéndole infiel, puedo asegurarme de que usted recibe lo que le corresponde.

Su carcajada resonó, alegre, en el despacho.

—Ay, por favor, no, nunca me ha sido infiel. Hemos disfrutado de una vida maravillosa en común, pero él ansía viajar y ver mundo. Verá, nos casamos muy jóvenes, tuvimos hijos y la situación económica no daba para mucho, así que no pudimos hacer muchas cosas. Charles siempre ha soñado con viajar y vivir aventuras. Yo prefería la vida hogareña, así que él se ha conformado durante todo el matrimonio. Criamos a nuestros hijos, pagamos la hipoteca y ahorramos primero para la universidad y luego para la jubilación. Pero ahora

no quiere dejarme. Hemos discutido mucho al respeto, pero se niega a hacerme caso. Quiero que viaje y viva sus aventuras, aunque sea sin mí. Ahora le toca a él, así que la única manera de conseguirlo es una separación legal.

Slade había oído historias rocambolescas, pero esa lo dejó boquiabierto. Intentó encontrar sentido a sus palabras.

—Le pido disculpas, señora White, pero estoy intentando comprender la situación. Su marido no ha hecho nada malo, pero de todas formas quiere solicitar la separación. ¿Cree que eso ayudará?

—Sí, cortará los lazos que Charles cree tener conmigo y con nuestro matrimonio. Me quiere, no me cabe la menor duda. Pero yo deseo que él sea feliz. Ha sido una fuente de alegrías durante estos cuarenta años y siempre me ha dado lo que yo he necesitado. Ahora le toca a él. La única manera es liberarlo. Si quiere volver conmigo a su vuelta del viaje, pues volveremos.

Slade carraspeó y golpeó el escritorio con el bolígrafo.

—Es una petición muy inusual. Nunca he asesorado a nadie cuando es feliz y está satisfecho con su cónyuge.

—Desde luego que puede parecer raro. El amor es algo muy curioso. No hay garantías, solo el día a día, el presente. Pronuncias los votos, rezas para que suceda lo mejor y te esfuerzas con toda tu alma para amar a la persona que tienes al lado. Sufrimos cuando mi hijo tuvo cáncer de pequeño, también con dos abortos espontáneos y durante el divorcio de mi hija. Pero siempre nos hemos tenido el uno al otro. ¿Lo entiende?

Slade era incapaz de encajar las piezas de su historia.

—No. ¿Ha pasado por todo eso y ahora quiere separarse? ¿Qué sentido tiene todo lo que han pasado? Tal vez se marche y a la vuelta no quiera saber nada de usted. Todo este tiempo no habrá servido de nada. —La rabia lo inundó, feroz e incontrolable—. Si le ha dado tanto, ¿por qué no lo acompaña? ¿Por qué no se sacrifica usted? ¿Es que no merece la pena hacerlo por él?

La mujer se inclinó sobre la mesa y le cogió la mano entre las suyas. Slade dio un respingo, sorprendido por el gesto y por la fuerza de esos dedos

encorvados. Los ojos castaños de la mujer lo miraban con serenidad y sabiduría.

—Me muero, señor Montgomery. Daría lo que fuera por acompañarlo, por estar a su lado cuando por fin vea el mundo. Pero no puedo, y si se lo cuento, nunca se irá. No puedo vivir con ese peso en mi conciencia. Así que lo liberaré y cuando vuelva, le contaré la verdad. Pero no antes de que consiga lo que necesita.

La estupefacción lo paralizó. El corazón se le aceleró. Ella siguió hablando con voz dulce:

—La posibilidad de amar lo merece todo, señor Montgomery. El dolor, la pena, el llanto. Es lo único por lo que vale la pena luchar en esta vida. Y aunque no hay certezas, si se es lo bastante valiente como para entregarse, nunca habrá motivos para el arrepentimiento. Si perdiera a mi marido mañana, me quedaría destrozada, sí, pero nunca me arrepentiría ni cambiaría las decisiones que he tomado. Y he vivido un amor que va más allá de la muerte. Un amor por el que merece la pena sacrificarse para conseguir que la otra persona sea feliz. Por favor, ¿cuál es la alternativa? ¿Estar a salvo pero vivir solo? Eso no es vivir, es subsistir.

A Slade le tembló la mano. Esa certeza lo engulló, le dio un buen revolcón en el rompeolas y lo arrojó a las gélidas aguas.

Qué idiota. Se había enamorado por primera vez en la vida y había despreciado el amor porque no había llegado con un contrato que aseguraba el éxito. Se había condenado a una vida de soledad cuando podría tener a Kate en su cama, oír sus carcajadas y sentir su cuerpo bajo él. Se había comportado como si fuera un dios, mirando a los demás con lástima por encima del hombro.

Sin embargo, era él quien daba lástima. Y tal vez fuera demasiado tarde.

—Señora White, tengo que irme. Ahora mismo.

La mujer parpadeó, apartó las manos y asintió.

—Entiendo. Buena suerte, señor Montgomery. ¿Se encargará del papeleo?

—Sí. Lo siento. La llamaré.

Salió corriendo del despacho seguro de qué tenía que hacer.

Kate volvió a casa desde Mugs con la luna llena bien visible en el cielo, reluciente y rodeada por un halo anaranjado que parecía mágico. Jane y Tim se habían sentado juntos en Mugs y casi no habían dirigido la palabra a los demás. Tenían las cabezas muy cerca la una de la otra, sonreían como un par de tontos, y presentía que la relación marcharía muy rápido, pero que en esa ocasión acabaría bien. Estaban hechos el uno para el otro, no había más.

Sentía el corazón dolorido, pero ya se acostumbraría, sobreviviría a los días y a las noches yendo con el piloto automático. Aparcó delante de la casa, cogió el bolso y se dirigió hacia la puerta. Dejaría salir a Robert, picaría algo de comer y luego compraría la nueva película de Owen Wilson y Vince Vaughn. Seguramente no fuera tan buena como *De boda en boda*, pero si conseguía hacerla reír, lo consideraría un éxito.

Entró en el salón y se paró en seco.

Se le cayó el bolso al suelo.

—Hola.

Tenía a Slade delante. Robert estaba sentado a su lado y no hacía ademán de saludarla; le temblaba el cuerpo por la emoción, pero se negaba a romper filas. Disimuló el desconcierto mientras se preguntaba si estaba alucinando.

—¿Qué ha-ha-haces aquí? ¿Dón-dón-dónde está el Jaguar?

—Lo he dejado más adelante. Temía que no entraras si lo veías.

—¿Cómo has en-en-entrado?

—Arilyn se ha apiadado de mí. Me dijo que tenía una llave de tu casa por si necesitabas ayuda con Robert.

El perro jadeaba como si estuviera esperando el gran final. Kate meneó la cabeza. Experimentaba unas emociones tan descarnadas que era incapaz de luchar.

—Por fa-fa-favor, no me hagas esto —susurró—. No pu-pu-pu... — Frustrada, el tartamudeo se impuso y le ofuscó el cerebro y la tranquilidad. Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta y se negaron a salir, y su cuerpo temblaba mientras trataba de hacerse con el control. Slade esperó en silencio, no la interrumpió ni intentó terminar la frase por ella, hasta que por fin su música interior y la paz consiguieron derribar el bloqueo—. Ya no puedo hacer esto.

—Lo sé. Y no lo haré. Nunca volveré a hacerte daño, Kate. Solo quiero que me escuches, aunque no me merezco ni que me des la hora. No después de lo que hice.

Robert meneó el pecho y luego se tranquilizó.

—No estaba preparado para ti, para lo que sentía. Toda mi vida, tanto personal como profesional, giraba en torno a la idea de no acabar en el círculo vicioso de las relaciones rotas que veo día sí y día también. Creía que era listo, sincero y real al negarlas. En cambio, estaba siendo un idiota y un cobarde. Te quiero. Te quiero con toda mi alma y no me iré a ninguna parte. Esta vez lucharé por ti, te suplicaré que me perdones, te demostraré que merezco la pena. No volveré a irme a ninguna parte, hasta que llegue el día en que me mires a la cara y confíes en mí por completo. Hasta que sepas que no voy a salir corriendo y que quiero pasar el resto de la vida contigo.

Las palabras fueron abrumadoras y la esperanza comenzó a brillar a lo lejos, como un espejismo.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea? ¿Por qué ahora? ¿Vamos a acostarnos y luego por la mañana decidirás que necesitas protegernos? ¿Cómo voy a confiar en ti?

Slade apretó los dientes.

—Porque te lo demostraré. Empezaré esta misma noche. Te he traído un regalo.

Kate se tapó los ojos con las manos y soltó una carcajada carente de humor.

—No creo que unas flores y unos dulces puedan arreglar esto, Slade.

—Lo sé. Pero a lo mejor esto pueda indicarte cómo nos veo. ¿Robert?

El perro ladró dos veces y se dio la vuelta. Kate lo vio arrastrar las patas mientras corría al salón y subía una rampa para aposentarse en un sillón relax. Se quedó boquiabierta al ver el sillón, unido a la rampa que conducía hasta los mullidos cojines que se reclinaban de forma que le sujetaban las patas traseras. El conejito estaba junto al perro, mordisqueado, y Robert era la viva imagen de la felicidad canina.

—Es un sillón especialmente diseñado para él —explicó Slade—. Es ortopédico y tiene función de calor y su propio mando a distancia. Y este es el tuyo. —Señaló el flamante sillón relax de cuero que había junto al de Robert. Era de un tono chocolate oscuro y cuando Kate pasó la mano por el respaldo, comprobó lo suave que era al tacto mientras el corazón le latía desbocado en el pecho—. Totalmente equipado con todos los botones que necesitas.

—Me has comprado un sillón relax. —Kate miraba fijamente el sillón, el símbolo de algo mucho mayor y más profundo de lo que cualquier anillo podría prometer. Temerosa de romper el hechizo, reparó en el otro sillón que había junto al primero—. Hay otro.

—Es el mío —replicó Slade, y ella volvió la cabeza. Esos ojos verdes le devolvían la mirada, rebosantes de amor y determinación—. Porque no pienso irme a ninguna parte, Kate. Quiero sentarme a tu lado y ver películas con Robert. Quiero hundirme entre tus muslos todos los días, prepararte el café por la mañana y acurrucarme a tu lado todas las noches, bajo esa manta deshilachada, con un montón de películas que ver. Quiero una vida contigo, con todos los problemas del día a día y una compañera con quien compartirlos. Te quiero, Kate Seymour. Creo que te quiero desde que me electrocutaste y me dijiste que me largara con viento fresco. Solo me queda una pregunta: ¿me darás una oportunidad?

La alegría la inundó y desterró las dudas. Miró los sillones iguales, miró la alegre cara de Robert, y supo que estaba preparada para arriesgarse.

—Sí. Te quiero, Slade. No pienso dejarte marchar de nuevo.

La abrazó con fuerza y la besó. La invasión de su lengua la proclamó suya. Ese fuego tan conocido los consumió y les corrió por las venas, les relajó los músculos, y acabaron fundidos el uno contra el otro, rendidos como almas gemelas.

—Se acabó lo de intentar emparejarme con otras, ¿no? —murmuró él mientras le besaba las mejillas y le enterraba los dedos en el pelo.

—Por fin has encontrado a tu pareja, abogado.

—Ya lo creo. Vamos a cerrar el trato.

Kate se echó a reír mientras él la cogía en brazos y la llevaba al dormitorio.

—Pareces muy contenta. De hecho, todo esto es demasiado sensiblero hasta para ti. ¿Y qué pasa con los sillones relax? Tengo la sensación de que estoy en una casa de soltero.

Kate sonrió, se tumbó y volvió la cabeza hacia la izquierda.

—Estás celosa porque David solo te dio un anillo y ni un solo mueble. Tú siéntate, verás cómo lo entiendes.

—De acuerdo. Pero mi anillo es la leche y... Madre mía, esto debería ser ilegal. ¿Puedo ajustar el calor? —Kate se echó a reír y le lanzó el mando a distancia. Gen suspiró y se estiró como una gata—. Slade no se molestará porque me haya sentado en su sillón, ¿verdad?

Kate resopló.

—No hace más que trabajar desde que lo hicieron socio, pero creo que está empezando a cogerle el ritmo. Tiene entre manos un caso difícil con un padre divorciado y hace horas extra para compensar al bufete.

—¿Por qué?

Kate sonrió de oreja a oreja.

—Porque no le cobra. Y he descubierto que no hay que cabrear a mi hombre en los tribunales. Es como un tiburón y un oso, todo en uno.

—No puedo creerme que dejara su apartamento de Tribeca. Creía que

odiaba Verily.

Kate resopló de nuevo.

—¿Estás de coña? Le propuse mantener las dos casas una temporada para ver cómo iban las cosas, pero él no quiso irse. Aquí conoce a todo el mundo. Compra los *bagels* recién hechos en la panadería de Martha, se lleva el portátil a la cafetería y pasa el rato con Jim, y ha abierto una cuenta con Héctor en la librería. Verily ha obrado su magia, así que hemos decidido quedarnos aquí hasta encontrar algo más grande.

—Me alegro mucho por ti, Kate. —Gen se puso a parpadear como una loca—. Te lo mereces.

—Por favor, nada de lágrimas. No sobreviviremos a dos bodas. Seremos damas de honor la una de la otra, ¿no? Pero tú primero. No pienso robarte la fecha de agosto.

—David se empecinó en agosto, aunque a mí me daba igual. —Algo ensombreció su cara y se levantó del sillón—. De vuelta al hospital. ¿Me prestas el libro ese sobre tartamudeo? Una de mis pacientes tiene problemas y sería estupendo obtener información fiable y algún consejo. Cuesta entablar una buena relación cuando le da miedo abrir la boca.

—Claro. Está en la estantería.

Gen se acercó al mueble y ojeó los títulos antes de sacarlo del estante.

—Lo he encontrado. Oye, ¿qué es esto? —Sacó un volumen de tapas moradas y lo miró con curiosidad—. ¿Un libro sobre hechizos de amor? ¿Qué me has estado ocultando, Kate?

Kate se levantó del sillón y se acercó a ella.

—Lo había olvidado. Lo compré en una tienda de segunda mano por si a algunos de mis clientes les hacía gracia.

Gen acarició la tela morada con los dedos.

—No hiciste el hechizo, ¿verdad?

Kate hizo una mueca.

—No. Sí. En fin, después de que Slade y yo cortáramos la primera vez, o la

segunda, ya no me acuerdo, me sentía sola y pensé que daba lo mismo.

Gen meneó la cabeza.

—Eres genial. Tienes un don mágico y encima tienes agallas para hacer un hechizo. Supongo que ha funcionado, ¿no?

Kate se quedó callada. Por supuesto que era una mera coincidencia que el hechizo hubiera conducido al amor y al compromiso. ¿Verdad?

La lista.

—Espera un momento, tengo que mirar una cosa.

Corrió al dormitorio, metió la mano debajo del colchón y sacó el papel arrugado. Lo desdobló y leyó la lista de requisitos de su alma gemela.

1. Sentido del humor
2. Inteligencia
3. Lealtad
4. Integridad
5. Afán protector hacia su familia
6. Personalidad
7. Que luche por lo que cree
8. Que le gusten los perros (Robert)
9. Que le gusten las series y las películas (comedias)
10. Un hombre con quien experimente el toque
11. Un gran amante
12. Un hombre que crea en el amor

Jadeó. La lista describía todas las cualidades que poseía su futuro marido. Metió el papel debajo el colchón y volvió junto a Gen.

—¿Qué pasa? Ni que hubieras visto un fantasma.

—Pues creo que sí. Dejémoslo en que creo que el hechizo ha funcionado, algo imposible porque no creo en la Madre Tierra, ni en quemar listas ni en las coincidencias.

Gen la miró boquiabierto antes de mirar el libro.

—¿Puedo llevármelo?

Kate se echó a reír.

—Ya has encontrado a don Perfecto.

—Lo sé. Pero a lo mejor a Izzy le gusta. Cuesta mucho hablar con ella de un tiempo a esta parte, así que a lo mejor nos echamos unas risas. Quizá podamos hablar de los viejos tiempos. Los chicos suelen ayudar a estrechar lazos.

Kate lo sentía por su amiga, que echaba mucho de menos a su hermana gemela.

—Pues claro, llévatelo.

—Gracias.

Una extraña premonición la saltó de repente cuando los dedos de Gen se cerraron en torno al libro. Como si presintiera que algo muy gordo estaba a punto de suceder y que no sería precisamente un camino de rosas. Sintió un escalofrío en la espalda. Por suerte, Gen no se había percatado de su preocupación, ocupada como estaba dándole una palmada a Robert en la cabeza antes de despedirse y salir de la casa.

Kate rezó para que David le ofreciera a Gen una vida maravillosa. Su amiga se merecía la felicidad.

Bajó la vista y la clavó en su anillo, el precioso diamante redondo con un corte sencillo que brillaba en su dedo como un millón de rayos de alegría. Por fin. Había valido la pena el camino recorrido para llegar hasta allí. Con el alma ligera, se tumbó de nuevo en su sillón relax, con su perro y el mando a distancia, y se dispuso a esperar a que el amor de su vida entrara por la puerta.

Epílogo

El sol entraba por las ventanas abiertas y se derramaba sobre mi pelo, calentándome el cuerpo como una mantita eléctrica. Me acurruqué más en la cama y suspiré con ganas. Conejito Chillón estaba cerca de mi pata y un delicioso olor a carne flotaba en el aire. Mmm, la cena. Mami y papi hablaban a mis espaldas. Luego oí esos ruidos. «Besos» los llamaban. Cerré los ojos y me dormí un rato.

Recuerdo cuando era capaz de correr, muy rápido. Entonces tenía todas las patas, pero no era feliz. Unas personas malas me hicieron daño y yo intentaba ser mejor, pero nunca era lo bastante bueno. La primera vez que vi a Kate, creí que era un ángel. Me recogió de la cuneta y me salvó. Sus ojos eran muy grandes y muy dulces.

No creí que me quisiera. Tenía las piernas rotas y sabía que ya no podría correr ni jugar. Pero a ella le dio igual. Me consiguió una silla de ruedas superchula y me enseñó a correr tan rápido como el viento, y se pasaba horas hablando de cosas importantes conmigo. Yo siempre prestaba atención. Me encantaba ver películas tontas con ella, y acurrucarme en la cama, y quedarme a su lado cuando lloraba. Detestaba cuando lloraba, pero luego me abrazaba, se echaba a reír y las cosas volvían a estar bien.

Siempre quise un papi, para ella y para mí, y ahora lo tengo. Él me regaló a Conejito Chillón y me pasea por el parque y quiere a mami. Me consiguió el mejor sillón del mundo y ahora tengo el trasero mucho mejor cuando me tiendo. Tengo una familia de verdad, como los otros perros del parque.

Prefiero no tener patas traseras y estar con mami y con papi. Nunca creí que

el amor existiera o, de hacerlo, que fuera para mí, pero me equivocaba.

Supongo que si nunca te rindes y sigues luchando, al final encuentras a la persona destinada para ti. O a las personas.

—¿Robert?

Levanté la cabeza. Papi estaba abrazando a mami por la cintura. Tenía dos bolsas con chucherías en las manos.

—¿Mantequilla de cacahuete o beicon?

Ladré una vez.

—Pues beicon.

Papi se acercó, me dio una palmada en la cabeza y luego la chuche. Mastiqué el beicon crujiente, me acerqué a Conejito Chillón y me sentí feliz. Supongo que a veces no puedes renunciar a la esperanza, aunque estés destrozado.

Ojalá otros perros y otros humanos se den cuenta y aprovechen su oportunidad.

Suspiré con fuerza, apoyé la cabeza en mi cama y me dormí.

Agradecimientos

Gracias a mi editora, Lauren McKenna, por ayudarme a llegar hasta el final y hacer que esta historia brille. Gracias también al equipo de Gallery, por su apoyo y su experiencia.

Gracias a mi agente, Kevan Lyon, por todo su apoyo.

Y, por último, todos los que me conocen saben que sueño con crear finales felices para todos mis personajes, tanto humanos como caninos. Por suerte, la historia de Robert es verídica.

En la protectora de mi localidad, Pets Alive, pusieron una foto de Robert, cuya eutanasia estaba programada. Le habían aplastado las patas traseras después de arrojarlo de un coche. Estaba parapléjico y necesitaba una cirugía de urgencia. Tenía una sentencia de muerte.

Pero el voluntario que trabajaba en la protectora vio algo en su expresión. Una mirada que nos turbó a todos, plasmada en una foto, y la subió a internet. Ese perro tenía esperanza. Tenía fe. Y aunque lo habían maltratado, le habían pegado y lo habían abandonado, era evidente que ansiaba algo mejor.

Esa fue la mirada que lo salvó. Pets Alive lo acogió, pagó la operación y le buscó una silla de ruedas para que pudiera andar de nuevo, y en la actualidad Robert ha sido adoptado y vive feliz. Incluso tiene perfil en Facebook, Rockin' Robert. Me gusta mirar la página de vez en cuando, ver esa sonrisa feliz con la lengua fuera, posando con su silla de ruedas, y saber que salvaron a un ángel.

Robert me enseñó la lección más importante de la vida: «discapacitado» y «desechable» no son sinónimos. Todos deberíamos tener una segunda oportunidad, o una tercera. Y nadie debería rendirse jamás.

Gracias a Robert y a Pets Alive, por recordarme lo que es importante. Si

quieres visitar a Robert y ver cómo le va, aquí tienes el enlace:
<https://www.facebook.com/RobertPetsAlive>

Con *Buscándote a ti* arranca la irresistiblemente sensual nueva saga romántica de Jennifer Probst, la autora de la serie «Casarse con un millonario».

paraíso para aquellos que desean encontrar a su alma gemela. El nombre de esta agencia de citas es Kinnections, y se dice que nunca falla. Kate ha heredado de las mujeres de su familia el don de descubrir a través de un mero roce de la piel si dos personas están hechas la una para la otra.

Ella, sin embargo, ha perdido toda esperanza en lo que a asuntos del corazón se refiere.

Hasta que Slade Montgomery, un abogado experto en divorcios que no cree en el amor, irrumpe en la agencia decidido a demostrarle a su hermana que Kinnections es un fraude. Cuando Kate y Slade se encuentran, ella siente la descarga que le indica que es él: su media naranja. La conexión es evidente, pero ambos quieren lo que el otro no puede darle.

Y cuando Slade rete a Kate a que encuentre a la mujer de sus sueños, todo aquello en lo que Kate cree se tambaleará porque quizá tenga que admitir que la tiene justo delante.

«Una novela romántica sofisticada y sexy, con una heroína inteligente y un pretendiente supersensual.»

RT Book Reviews

«¡Deliciosamente romántico y divertido... Probst es una de las mejores autoras del momento!»

Under the Covers

Jennifer Probst es escritora de novelas románticas y eróticas. Sus libros han escalado las listas de los más vendidos en los medios más importantes de Estados Unidos y lleva más de un millón de ejemplares vendidos en todo el mundo.

Desde su debut con *Matrimonio por contrato* (Plaza & Janés, julio 2014), que se colocó en los primeros puestos del ranking anual de Amazon y permaneció veintiséis semanas entre los más vendidos de *The New York Times*, todos sus libros se han convertido en *best sellers*.

Las tres siguientes entregas de la serie «Casarse con un millonario», *La trampa del matrimonio*, *Matrimonio por error* y *Pacto de matrimonio* (Plaza & Janés, 2014-2016), también gozaron de ventas notables y afianzaron el éxito de la serie, que se ha traducido a una veintena de idiomas.

Buscándote a ti, su nueva novela y primera entrega de la serie «En busca de...», está ambientada en el mismo universo que «Casarse con un millonario», retoma algunos de los personajes y está haciendo las delicias de sus seguidoras en todo el mundo.

Jennifer Probst vive en el estado de Nueva York con su marido, sus dos hijos y dos perros.

Para más información, visita su página web jenniferprobst.com

Título original: *Searching For Someday*

Edición en formato digital: agosto de 2017

© 2013, Jennifer Probst

Publicado por acuerdo con Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc. Todos los derechos reservados

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena, por la traducción

Adaptación de la portada original de Lisa Litwack: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de la portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01978-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Buscándote a ti

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jennifer Probst

Créditos